

# EL CRISOL DE LA POBREZA

**MUJERES, SUBJETIVIDADES, EMOCIONES Y REDES SOCIALES**

**ROCÍO ENRÍQUEZ ROSAS**

# **EL CRISOL DE LA POBREZA**

**MUJERES, SUBJETIVIDADES, EMOCIONES Y REDES SOCIALES**

# EL CRISOL DE LA POBREZA

MUJERES, SUBJETIVIDADES, EMOCIONES Y REDES SOCIALES

ROCÍO ENRÍQUEZ ROSAS



**ITESO**  
Universidad Jesuita  
de Guadalajara

Enríquez Rosas, Rocío

El crisol de la pobreza : mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales / R. Enríquez Rosas.

-- Guadalajara, México : ITESO, 2008.

400 p.

ISBN 978-968-9524-08-3

1. Mujeres - Guadalajara, Jalisco - Condiciones Sociales y Culturales 2. Mujeres - Jalisco - Condiciones Sociales y Culturales 3. Mujeres - México - Condiciones Sociales y Culturales 4. Mujeres - Guadalajara, Jalisco - Condiciones Económicas 5. Mujeres - Jalisco - Condiciones Económicas 6. Mujeres - México - Condiciones Económicas 7. Mujeres - Guadalajara, Jalisco - Condiciones Psicológicas 8. Mujeres - Jalisco - Condiciones Psicológicas 9. Mujeres - México - Condiciones Psicológicas 10. Pobreza - Guadalajara, Jalisco - Tema Principal 11. Pobreza - Jalisco 12. Pobreza - México 13. Igualdad y Desigualdad - Guadalajara, Jalisco 14. Igualdad y Desigualdad - Jalisco 15. Igualdad y Desigualdad - México 16. Emoción - Tema Principal 17. Subjetividad (Psicología) 18. Redes Sociales - Guadalajara, Jalisco 19. Redes Sociales - Jalisco 20. Redes Sociales - México 21. Relaciones Sociales - Guadalajara, Jalisco 22. Relaciones Sociales - Jalisco 23. Relaciones Sociales - México 24. Relaciones Familiares - Guadalajara, Jalisco 25. Relaciones Familiares - Jalisco 26. Relaciones Familiares - México 27. Género - Guadalajara, Jalisco 28. Género - Jalisco 29. Género - México 30. Etnografía 31. Psicología Social 32. Sociología I. t.

[LC]

305. 420972352 [Dewey]

---

La presentación y disposición de *El crisol de la pobreza: mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales* son propiedad del editor. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito del editor.

1a reimpresión, Guadalajara, 2009.

DR © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)

Periférico Sur, Manuel Gómez Morín 8585, Col. ITESO,

Tlaquepaque, Jalisco, CP 45604.

ISBN 978-968-9524-08-3

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

Para información sobre compras de mayoreo, por favor ponerse en contacto  
con Publicaciones ITESO: + 52 (33) 3669 3485 o publicaciones@iteso.mx





# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
I. LA POBREZA EXTREMA EN LAS GRANDES CIUDADES	15
II. LOS HOGARES Y LA POBREZA EN EL CONTEXTO DE LAS GRANDES CIUDADES	41
III. LAS ENCRUCIJADAS DE LA SOBREVIVENCIA: LA PARTICIPACIÓN FEMENINA ECONÓMICA Y LA FAMILIA	93
IV. INTERSUBJETIVIDAD Y POBREZA	165
V. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LAS EMOCIONES Y LOS PROCESOS DE EXCLUSIÓN SOCIAL URBANA: UNA PROPUESTA TEÓRICO METODOLÓGICA	203

VI. SOBRE TRISTEZAS, MIEDOS Y PREOCUPACIONES: MALESTAR EMOCIONAL FEMENINO Y POBREZA URBANA	223
VII. LA CONSTRUCCIÓN SOCIOCULTURAL DE LAS EMOCIONES Y REDES SOCIALES: NARRATIVAS SOBRE EXCLUSIÓN SOCIAL URBANA	261
VIII. REDES SOCIALES Y DE APOYO EMOCIONAL EN MUJERES POBRES URBANAS: MARCO CONCEPTUAL	313
IX. REDES SOCIALES Y DE APOYO EMOCIONAL EN MUJERES POBRES URBANAS	337
BIBLIOGRAFÍA	381



# INTRODUCCIÓN

La pobreza es ante todo un fenómeno complejo y multidimensional que afecta las posibilidades de desarrollo para muchas personas, familias y comunidades del México actual. Los estudios sobre pobreza dan cuenta de los encuentros y desencuentros entre diversas disciplinas y metodologías del análisis social. Avanzar en el combate a la pobreza implica por fuerza la búsqueda explícita y sin tregua por lograr establecer condiciones necesarias para garantizar el desarrollo social.

Esta obra busca aportar al entendimiento de la pobreza a través del estudio de las subjetividades.<sup>1</sup> Reconocer las formas en que se expresa, se significa, se siente y se enfrenta la vida cuando se vive en condiciones de pobreza extrema en las grandes ciudades, es la tarea central.

Pretender explorar las emociones como construcciones sociales a partir de quienes experimentan día a día la pobreza en el contexto de las grandes ciudades demanda una mirada detenida, vigilante y reflexiva sobre las propias emociones del investigador. La mirada que mira al otro implica también la mirada de sí mismo; esta observación sistemática transita por caminos que se

1. Partes y avances de la investigación que dieron origen a este libro han sido publicadas en: Enríquez Rosas (1998, 1999a, 1999b, 2000, 2001a, 2001b, 2002c, 2003a, 2003b, 2003c, y 2005); Enríquez Rosas y Aldrete (1999), y Enríquez Rosas *et al.* (1998).

bifurcan y que demandan la recreación planeada de la distancia y la cercanía con aquello que se estudia. Esta reflexividad intencionada acompaña y da cuenta de las múltiples formas en que se vinculan las miradas, las narrativas, las prácticas y las emociones entre los distintos sujetos que participan en una investigación. Los temas centrales de esta obra son las emociones, la subjetividad, las redes sociales y la pobreza urbana.<sup>2</sup>

La revisión y el análisis de la experiencia subjetiva de quien investiga son elementos sustantivos en el proceso de investigación. No es posible alejarse de uno mismo para conocer al otro, el investigador es también instrumento central en el trabajo, no así los métodos y las técnicas específicas que se elijan. Esta búsqueda estimuló el encuentro con planteamientos de diversos autores respecto a las formas en que se relacionan conceptos como reflexividad, subjetividad y emociones en el marco del trabajo etnográfico (Kleinman y Copp, 1993; Schein, 1987; Hunt, 1989; Rose, 1990; Adler y Adler, 1987; Hammersley y Atkinson, 1994). Aquí se destaca la influencia de la obra *Cultura y verdad: nueva propuesta de análisis social*, de Renato Rosaldo (1989).

La comprensión de la fuerza cultural de las emociones lleva al conocimiento profundo de la experiencia emocional de quien pretende desempeñarse como investigador en este campo. En palabras de Kleinman y Copp, solo es posible adentrarse en la experiencia humana del otro si se está también atento a las propias respuestas emocionales ante aquellos a quienes se pretende estudiar.

En este sentido, el etnógrafo no es un sujeto imparcial (“observador indiferente”, en términos de Rosaldo, 1989) y los contenidos de sus observaciones están cargados de subjetividad. Todo aquello que el observador aprehende a través de sus sentidos debe estimular sus certidumbres e incer-

2. Este libro da cuenta de los contenidos centrales de la tesis del Doctorado en Ciencias Sociales: “El crisol de la pobreza: malestar emocional femenino y redes de apoyo social en mujeres pobres urbanas” (Enríquez Rosas, 2002a), que además es producto de un proyecto mayor que la autora dirigió y que contó con financiamiento del CONACYT-SIMORELOS (96-03-010) y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). La tesis doctoral obtuvo mención honorífica, Premios Casa Chata, 2004.

tidumbres intelectuales. El trabajo reflexivo propicia el desmantelamiento de los mecanismos de mediación personales para poder utilizarlos en un análisis social más fino que estimule el diálogo permanente entre lo que se observa, se registra y se interpreta sobre los otros.

A partir de esta perspectiva, se entiende la escritura como un proceso y no como un producto acabado. Las notas analíticas sobre los apuntes de campo profundizan en el análisis y avanzan en la construcción intersubjetiva del fenómeno en estudio.

El trabajo etnográfico es, entonces, una actividad que rebasa el campo de lo intelectual y toca también las emociones y prácticas, enmarcadas en un contexto biográfico particular y siempre en construcción. Es una labor artesanal que hace que el proceso de creación de la obra sea tan importante como el producto final.

El interés por desarrollar una investigación etnográfica me llevó al diseño del proyecto y a la conformación de un equipo de investigación. El escenario elegido fue la colonia Las Flores, un asentamiento irregular en condiciones de pobreza extrema que se ubica en la periferia de la zona metropolitana de Guadalajara. La realización de este estudio significó un encuentro permanente con una realidad marcada por la falta de recursos y la dificultad para satisfacer las necesidades básicas del ser humano.

Para la realización de las tres primeras etapas se trabajó junto con un equipo conformado por cinco tesis de la carrera de Psicología del ITESO: Ana Paola Aldrete, quien además participó como asistente de investigación, Vanessa Medrano, Tanya Yadira Pérez, Victoria Angélica Torres y Astrid Aguiar. Gracias a su valiosa participación fue posible abarcar la muestra seleccionada y profundizar en los casos elegidos a lo largo de varias sesiones. La participación intensiva en campo de quien escribe y como coordinadora del mismo, facilitó el desarrollo del estudio.

Al principio, Las Flores era sobre todo un espacio social caracterizado por la estrechez económica, la ausencia de equipamiento urbano y la precariedad en las viviendas. Conforme avanzó el trabajo de campo, este asentamiento adquirió matices. Fue posible advertir la heterogeneidad de la pobreza a

partir del acercamiento con las personas concretas, con tiempos, ritmos, espacios, narrativas y prácticas cotidianas particulares.

Las etapas de trabajo de campo fueron intensas y productivas. La revisión semanal del trabajo etnográfico me permitió visibilizar con mayor claridad los avances en el proceso de investigación. Se acumularon experiencias de contacto con las familias, con los niños y sobre todo con las mujeres, que contribuyeron enormemente a nuestra propia sensibilización y capacidad de observación.

En esas reuniones semanales se daba seguimiento a cada uno de los 60 casos de mujeres residentes en Las Flores con los que trabajamos. Diseñamos en conjunto la sesión final de retroalimentación y orientación con las mujeres entrevistadas. Contar con un equipo capacitado permitió devolverles lo compartido, como orientaciones básicas sobre la problemática planteada y los datos sobre algunas organizaciones donde podían ser atendidas.

Al término de la participación del equipo de investigación, seguí realizando trabajo etnográfico y colaboré con un grupo de mujeres panaderas de Las Flores. Logré reconocer que la vida puede cambiar continuamente cuando se vive en pobreza extrema; tanto el paisaje de la colonia como la vida misma de las personas sufrían modificaciones drásticas en poco tiempo. Comprendí la incertidumbre de quienes viven en pobreza, la fuerza de su respuesta y su capacidad de agencia.

Tomar distancia física y emocional de Las Flores para luego regresar de forma sistemática fue otra de las estrategias que me ayudó a construir lo que hoy presento. Sin lugar a dudas, las asesorías con mi tutora, la Dra. Mercedes González de la Rocha y con la comunidad de maestros y compañeros de doctorado del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) me ayudaron mucho a procesar, analizar y profundizar en el análisis social.

El trabajo que implicó el análisis y codificación de cada una de las transcripciones de las entrevistas a profundidad de enfoque biográfico fue también una etapa muy intensa.<sup>3</sup> Estoy convencida del poder de las narrativas, las

3. Se procesaron alrededor de 1,500 cuartillas de material transcrito.

que surgen de las múltiples historias que construyen las mujeres y también las que derivan del trabajo en campo. Aprendí a tomar distancia de estas historias a través de las mediaciones metodológicas desarrolladas para este estudio. Reconocer en el discurso femenino de las carencias una estrategia de sobrevivencia fue un elemento primordial.

### **Subjetividad y pobreza: hacia una propuesta de investigación**

En las últimas décadas, el fenómeno de la pobreza urbana ha sido abordado desde diferentes disciplinas y perspectivas tanto teóricas como metodológicas. Se trata no solo de la pobreza sino de su intensidad y de las formas particulares en que se manifiesta y materializa. Es un fenómeno complejo y dinámico que demanda un diálogo constante entre los estudios macro que señalan tendencias a través de los “datos duros” y los estudios micro que abordan la subjetividad y, por tanto, la búsqueda de los significados que los actores sociales atribuyen a sus prácticas cotidianas en contextos diversos de pobreza.

Por una parte, en el campo de las ciencias sociales se han hecho esfuerzos sustantivos por profundizar en los diferentes rostros que presenta hoy en día el fenómeno de la pobreza. Investigaciones realizadas desde la antropología y la sociología han privilegiado el análisis de los hogares pobres con el propósito de elaborar tipologías que permitan un acercamiento a las diversas formas en que se encarna y enfrenta la pobreza de acuerdo con la gran variedad de arreglos familiares que existen en México y en distintas regiones de América Latina. Por otra, en el campo de las ciencias de la salud también existen estudios de corte cuantitativo y cualitativo que buscan explorar las condiciones de salud que imperan en los individuos que residen en unidades domésticas pobres. Las aportaciones han sido sobre todo en temas como salud reproductiva, relación materno–infantil, estudio y prevención de enfermedades infectocontagiosas y, en general, en un conocimiento más profundo sobre hábitos de higiene y de cuidado del cuerpo. Las investigaciones que de manera explícita tratan de establecer relaciones sobre pobreza y salud mental han sido, en su mayoría, estudios de corte

epidemiológico, las que bajo criterios de diagnóstico psiquiátrico señalan una mayor morbilidad mental en los estratos más empobrecidos del país y consideran a las mujeres adultas como uno de los grupos de mayor riesgo ante los padecimientos mentales, en específico la depresión.

A partir del marco de la antropología social, esta obra intenta profundizar en las formas específicas de cómo los pobres —en particular las mujeres pobres urbanas— significan y enfrentan su malestar emocional y el papel que juegan las redes sociales y de apoyo emocional en este sentido.

### **Sobre la construcción de senderos y puentes: precisiones sobre el marco metodológico**

Las rutas metodológicas de indagación fueron de corte cualitativo y cuantitativo, lo mismo que las vías de triangulación seguidas a lo largo del proceso de investigación y del análisis de los datos. Para autores como Schulman (en González, 1988), este tipo de abordaje metodológico combinado es un vínculo complementario y necesario en la mayoría de los estudios en las ciencias sociales. Del mismo modo, Fenstermacher (en González, 1988) sugiere que cuando se toman ambos enfoques se crea un mosaico metodológico que es preciso para comprender el momento social actual.

En el caso específico de los métodos cualitativos, se partió de una mirada interpretativa que observa en detalle los eventos sociales en términos de cómo los sujetos se relacionan, se organizan y significan su realidad social. La investigación cualitativa se interesa en la significación subjetiva y en la relación que existe entre la perspectiva personal desde la que se significa la realidad y las circunstancias particulares de la acción en la que esta se encuentra. De esta manera, el modelo cualitativo persigue más la búsqueda de significados que de leyes.

Para autores como Rodríguez Gómez, Gil Flores y García Jiménez (1996) y Erickson (en González, 1988), lo primordial de la investigación cualitativa se centra en asuntos de contenidos más que en procesos. Woods (1995) señala que se pone énfasis en el investigador como instrumento fundamental de la investigación. La dinámica de este tipo de estudios es visualizada

como un diálogo abierto y continuo entre la obtención de datos y la teoría, en donde la búsqueda de ideas conspira contra toda conclusión anticipada. Una de las premisas básicas de la metodología cualitativa considera que la investigación solo podrá acceder al conocimiento de la realidad si comprende el punto de vista del informante.

Se trata de conocer los símbolos, las creencias, los rituales y las categorías que una cultura específica utiliza para interpretar el mundo. Representa una forma de acceder a la realidad construida por un grupo cultural concreto y una manera de entender cómo las formas de pensamiento y de comportamiento se ajustan a esta construcción.

Contrastar y confrontar la información obtenida cuantitativamente a la luz de datos cualitativos fue un ejercicio permanente en esta obra. La triangulación entre distintos tipos de técnicas y de datos (Rodríguez Gómez, Gil Flores y García Jiménez, 1996) favoreció la saturación y delimitación clara de cada una de las categorías propuestas y dio consistencia empírica a los hallazgos.

La resolución metodológica implicó el diseño de una encuesta que aborda los tres ejes centrales de este estudio: pobreza, emociones y redes de apoyo social; las entrevistas en profundidad de enfoque biográfico sirvieron para abordar el tema a partir de la experiencia de vida de las mujeres, y se mantuvo un registro de observaciones en el diario de campo. Esta combinación de estrategias fue central para transitar del dato cuantitativo al análisis de narrativas, producto de las entrevistas en profundidad, y a la confrontación de los hallazgos con las observaciones realizadas en el trabajo etnográfico. Recuperar las narrativas de las mujeres sobre sus apoyos sociales en momentos críticos de la vida permitió dar un marco histórico y contextual a la información, así como entretejer los datos e ilustrar los hallazgos. Además, la observación en campo sobre las formas en que se vinculan y relacionan los actores sociales en la vida cotidiana fue fundamental para el análisis de este tema.

Esta obra es una construcción que integra voces y miradas múltiples sobre un fenómeno que nos rebasa y que demanda de manera enfática el diseño de estrategias que garanticen el bienestar de quienes viven día a día la pobreza en las grandes ciudades.





# I. LA POBREZA EXTREMA EN LAS GRANDES CIUDADES

## El inicio de la urbanización popular periférica en Guadalajara

El crecimiento poblacional y espacial en Guadalajara inició en la década de los cuarenta. Durante 30 años (1940–1970), la demanda de suelo urbano para vivienda propició la creación de un mercado inmobiliario de tierra legal accesible para las clases populares (Ramírez Sáiz, 1993). Sin embargo, los espacios fueron reflejo de un conflicto de intereses entre distintos actores: los fraccionadores, los pobladores, las autoridades de los municipios, la iglesia y los partidos políticos. Ante la ausencia de un marco legal eficiente que sentara las bases y normas para la urbanización, la especulación sobre la tierra encontró su etapa más fértil y los arreglos informales entre los fraccionadores y las autoridades municipales determinaron las formas y los procesos para la edificación de viviendas (Morffín y Sánchez, 1984, y De la Peña y De la Torre, 1993).<sup>1</sup>

1. Al momento en que se cerró la investigación, en los asentamientos en tierras ejidales las alianzas que se establecen entre el comisariado, los intermediarios y las autoridades municipales determinan las formas y los procesos para la venta de la tierra. Los colonos son utilizados como masa de maniobra a favor del partido en el poder, para luego tener que hacerse cargo de los costos de la invasión irregular. Además de haber pagado los derechos de ocupación, después tienen que pagar la expropiación y regularización de la tierra, así como la lenta y costosa gestión de los servicios públicos. La compleja red de relaciones que establecen los colonos con cada una de las instancias

Así, en este periodo se añadieron a la ciudad más de 175 fraccionamientos populares ubicados en más de 12,000 hectáreas; en ellos se vendía a los pobres, sobre todo a los migrantes del campo a la ciudad, vivienda a plazos en espacios parcialmente urbanizados (Ramírez Sáiz, 1993). A inicios de los setenta, la tierra privada prácticamente se había terminado y las clases populares comenzaron a adquirir tierra informal en terrenos ejidales (Ramírez Sáiz, 1993).

Los asentamientos irregulares en tierra ejidal de esa época en el área metropolitana se caracterizaron por no ser producto de invasiones organizadas, por un ritmo de poblamiento lento y por un proceso interminable para la regularización de la tierra<sup>2</sup> y la gestión de servicios públicos básicos. Su proliferación tuvo que ver con varios factores: la crisis en el campo y los altos flujos migratorios hacia la ciudad, la escasez de tierra privada y la poca capacidad de compra de los pobres en fraccionamientos populares legales, así como la escasa oferta de vivienda para trabajadores informales por parte de las autoridades del gobierno (De la Peña y De la Torre, 1993). Otro rasgo distintivo fue la invasión no masiva de terrenos ejidales y la compra individual de los derechos de posesión (De la Peña y De la Torre, 1993, y Ramírez Sáiz, 1993 y 1995).

Desde finales de los setenta hasta mediados de los ochenta, el gobierno estatal adoptó tres caminos distintos ante esta problemática: el primero, “dejar hacer”; el segundo, crear diversas asociaciones, como las juntas de vecinos y las confederaciones, y considerarlas las únicas vías legítimas para acceder a la regularización de la tierra y a la edificación, y, el último, establecer fraccionamientos de objetivo social, en los que desafortunadamente los criterios clientelistas y corporativistas permanecieron (Ramírez Sáiz, 1993).<sup>3</sup>

públicas y los grupos económicos está fuertemente determinada por los conflictos de intereses y las luchas de poder, que en muchas ocasiones obstaculizan el desarrollo y la consolidación urbana de los asentamientos precarios en la periferia de la ciudad (Ramírez Sáiz, 1995).

2. Aun con la creación a nivel federal de la Comisión para la Regularización y la Tenencia de la Tierra (CORETT) en 1974, que buscaba dar solución a este problema, para 1988 más de 800,000 personas vivían en zonas irregulares que cubrían 20% del área metropolitana, según registros oficiales.
3. Para 1981, el gobierno federal creó el Fondo Nacional de la Habitación Popular (FONAHPO) con la intención de dar una respuesta integral al problema de la vivienda (terreno, construcción y

También al final de los setenta, las luchas de las organizaciones urbano–populares comenzaron a tomar fuerza. Estos grupos independientes surgieron para dar respuesta a las carencias de los fraccionamientos legales y atender las demandas de los asentamientos irregulares establecidos en tierra ejidal.

De ellos destacan algunas organizaciones promovidas por el clero progresista, a través de la conformación de comunidades eclesiales de base, y las agrupaciones independientes de inspiración cristiana, como el Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario (IMDEC) (Ramírez Sáiz, 1993 y 1995, y De la Peña y De la Torre, 1990). Antes, la iglesia realizaba una acción religiosa con un perfil adoctrinador y proselitista; sin embargo, ante la situación de pobreza extrema de los feligreses, fortaleció su brazo asistencial y paternalista hasta bien entrada la década de los sesenta.<sup>4</sup> Al mismo tiempo, para 1970, las prácticas religiosas se habían polarizado: la iglesia tradicional mantuvo su perfil centrado en los rituales y en la conservación del orden social prevaleciente, mientras que la iglesia liberadora o de los pobres buscó la toma de conciencia y la transformación de la realidad social, en beneficio de aquellos que menos tienen. Con el paso de los años, la iglesia oficialista trató de detener el movimiento progresista mediante la penetración en los grupos ya conformados y la creación de los grupos de barrio, que promovían prácticas religiosas conservadoras, centradas en la evangelización y en la ayuda asistencial a los más necesitados (Ramírez Sáiz, 1995).

servicios básicos) a través de créditos colectivos a solicitantes con ingresos menores a dos y medio salarios mínimos. Sin embargo, en la distribución de los recursos, este proyecto estuvo determinado por criterios clientelares y excluyó las iniciativas provenientes de organizaciones populares independientes.

4. La iglesia ha sido un eje estructurante del espacio urbano y, junto con la escuela, es uno de los elementos centrales en la socialización de los colonos (Ramírez Sáiz, 1993 y 1995; De la Peña y De la Torre, 1990 y 1993; Morfín y Sánchez, 1984, y Ruiz Velasco y Solínís, 1988). En un inicio, el eje estructurador de las relaciones sociales operó a través de los vínculos y las negociaciones entre el comisariado ejidal y los líderes que dirigían la maniobra de poblamiento y compra–venta de lotes. Sin embargo, una vez que iniciaba el proceso de autoconstrucción, se asignaba un espacio físico para la iglesia que garantizara la llegada de un párroco; así, se convirtió en un actor social que fue cobrando fuerza dentro del entramado de las relaciones sociales vecinales (Ramírez Sáiz, 1995). La función social de la iglesia, tanto católica como protestante, en la trayectoria de los procesos urbano populares está determinada por su capacidad para generar un sentido grupal o de pertenencia, por su potencial organizativo para imponer un marco normativo sobre sus miembros y por su papel mediador entre los individuos y las instituciones (De la Peña y De la Torre, 1990).

Asimismo, en los setenta se dio lugar a la conformación de varios movimientos, como el Frente Popular Independiente y el Movimiento Popular Independiente; para los ochenta, las organizaciones políticas de izquierda se integraron al movimiento popular urbano, surgieron nuevos grupos independientes y se fortalecieron diversos proyectos a favor de la vivienda y de la gestión urbana. A pesar de ello, la intensidad de estos movimientos tendía a disminuir una vez que se lograba el cumplimiento de sus principales demandas (Ramírez Sáiz, 1993: 86).<sup>5</sup>

En los noventa, la crisis económica de 1994–1995, el repliegue del estado en sus funciones de protección y seguridad social, la precarización del empleo y el debilitamiento de las fuerzas sociales organizadas influyeron en la proliferación de nuevos asentamientos urbanos irregulares que presentaron características particulares, a diferencia de las encontradas en décadas anteriores: se registró un papel periférico de la iglesia, hubo un deterioro de las relaciones vecinales y se fue generando una ruptura gradual de los vínculos sociales entre los pobres de la ciudad debido a los continuos desplazamientos en el entorno urbano marginal.

Como estudio de caso de esta nueva situación, el escenario de investigación elegido, la colonia Las Flores, muestra lo que significa en la actualidad ser pobre en el contexto de las grandes ciudades. Los hallazgos pueden ser ilustrativos de lo que sucede en otras regiones del país.

### **“Una tierra donde fincar”. La colonia Las Flores**

En las localidades rurales, factores como la falta de servicios, de vías de comunicación y de recursos, así como la distancia y dispersión geográficas y el aislamiento, agudizan el deterioro en las condiciones de vida de sus habitantes. Sin embargo, hoy en día las ciudades concentran el mayor nú-

5. Las organizaciones independientes involucradas en la lucha por la vivienda lograron incentivar la solidaridad interna y la búsqueda de derechos cívicos a través de la participación y el crecimiento de cada individuo (De la Peña, 1994). En el caso concreto de los ejidos invadidos de manera progresiva e individual y a través de la compra-venta ilegal de lotes, el surgimiento de organizaciones

mero de pobres y los niveles de satisfacción y acceso al empleo se han ido deteriorando cada vez más. Los pobres urbanos experimentan de manera cotidiana las consecuencias de una condición paradójica: aun cuando viven en la ciudad, no cuentan con las ventajas que esta ofrece en cuanto a infraestructura, acceso al empleo formal y seguridad social. Asimismo, han quedado alienados de los avances tecnológicos y, por tanto, excluidos de la modernidad.<sup>6</sup>

Para González de la Rocha y Escobar (1999), en la actualidad la pobreza urbana no es producto de la migración de los pobres rurales a las zonas urbanas; las mismas ciudades son generadoras de pobres y estos presentan características específicas y diferenciales con respecto a los que se encuentran en el campo. Además, por años los pobres de las grandes ciudades habían quedado al margen de la política social y hasta principios de 2000 surgieron programas, como Hábitat–Sedesol, orientados a esta población.<sup>7</sup>

La búsqueda incansable de una tierra propia donde fincar ha llevado a los pobres a residir en espacios urbanos marginales con serios riesgos ambientales. Hombres y mujeres que viven en pobreza han desplegado a lo largo de los años diversas estrategias para la autoconstrucción de sus espacios físicos cotidianos; sin embargo, los procesos de gestión colectiva para la búsqueda de servicios e infraestructura urbana adecuada en muchos casos han sido incipientes y, por mucho, rebasados por otras necesidades prioritarias, como la alimentación y la salud.

Profundizar en el fenómeno de la pobreza urbana implica detectar aquellos escenarios domésticos en condiciones de mayor vulnerabilidad, así como los recursos con los que los sujetos hacen frente a su condición. En este sentido, características como estructura y tamaño de los hogares, etapa del ciclo doméstico, redes de apoyo social, perceptores económicos

6. Los indicadores sobre pobreza señalan una cantidad mayor de pobres en las áreas urbanas, mientras que existe una intensidad mayor de la pobreza en las áreas rurales.

7. Véase el Programa Hábitat de la Subsecretaría de Desarrollo Urbano y Ordenación del Territorio, de la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL) [DE disponible en: <http://www.sedesol.gob.mx/subsecretarias/desarrollourbano/antecedentes.htm>].

y tipo de jefatura de hogar son indicadores fundamentales para el estudio de las diversas dimensiones y manifestaciones de la pobreza.

En la zona metropolitana de Guadalajara, González de la Rocha y Escobar (1999) han encontrado que las unidades domésticas extensas y en etapa de consolidación presentan una mayor flexibilidad para hacer uso de los recursos y cuentan con más miembros adultos en posibilidad de generar ingresos. Sin embargo, Bazán (1998 y 1999), González de la Rocha (1999a) y Estrada Iguíniz (1999) señalan que la crisis de los noventa y la consiguiente escasez de empleo generaron tensiones importantes al interior de muchos de esos hogares, lo que los orilló a replegarse en estructuras nucleares y debilitó las redes de ayuda e intercambio recíproco entre parientes, amigos y vecinos. González de la Rocha y Escobar (1999) advierten sobre la importancia del acceso al trabajo remunerado con seguridad social y estabilidad como estrategia para sobrevivir en contextos urbanos, así como el acceso a una vivienda digna y el recurso que esta implica como tal.

El estudio de caso de la colonia Las Flores fue seleccionado porque representaba un escenario de investigación adecuado para el estudio de sectores pobres en las grandes ciudades y porque cubría diversos criterios de selección cualitativa, entre ellos:

- Es un asentamiento irregular ubicado en la periferia urbana de una zona metropolitana, en este caso, la de Guadalajara.
- Está inmerso en condiciones de pobreza extrema, es decir, con ausencia de algún servicio público (varios), bajos ingresos y empleos precarios.
- Se trata de una colonia relativamente joven en la que fue posible conocer sus procesos de conformación y las problemáticas experimentadas en sus primeros años.
- Hubo posibilidades de establecer contacto con las organizaciones o personas que facilitaron la entrada a la colonia, para iniciar la investigación.

Gráfica 1.1  
Mapa de ubicación de la colonia Las Flores



Fuente: Instituto de Información Territorial del Estado de Jalisco.

- La ubicación geográfica y el tamaño de la colonia permitieron la realización de un trabajo de campo intensivo durante un periodo prolongado (de 1997 a 2001).

La colonia se encuentra al sur de la zona metropolitana de Guadalajara y en el interior del municipio de Tlaquepaque (véase la gráfica 1.1). Cuando se inició el estudio, en este asentamiento residían alrededor de 600 familias y la mayoría tenía seis años de permanencia en el lugar. Esta zona originalmente pertenecía al ejido de Santa María Tequepexpan y por ello todavía persisten algunos conflictos con ejidatarios y comuneros, sobre todo en relación con la tenencia de la tierra. En años anteriores, había sido utilizada como banco de material para la construcción, lo que ha generado que la tierra sea insegura para los colonos debido a los constantes deslaves, peligro que se acentúa de manera dramática en tiempo de lluvias.

El primer contacto para iniciar la investigación se hizo con el voluntariado de Banca Promex (en la actualidad la organización no gubernamental, ONG, “Estamos Contigo”) que en ese momento repartía despensas cada mes en esta zona y que para 1997 levantó una encuesta en 394 hogares de Las Flores. Los resultados de esta encuesta revelaron las características que presentaba la colonia al inicio de la investigación.<sup>8</sup>

**“Yo estoy aquí pa’ que me hagan dueño de aquí”.**

**Proceso de conformación de la colonia Las Flores**

El protagonismo actual de las ciudades en la reproducción desmedida de la pobreza es la prueba fehaciente de un mito resquebrajado: migrar a la ciudad no garantiza una mayor calidad de vida. Aquellas familias que en generaciones anteriores apostaron sus vidas y sus recursos al “sueño urbano” no han logrado materializar sus esperanzas en una vida mejor. La pobreza urbana es un fenómeno cualitativamente diferente a la pobreza que se padece en el ámbito rural. Los pobres urbanos experimentan día a día los efectos negativos de un proceso de modernización que les excluye y margina. En términos de Kaztman y Filgueira (en Kaztman, 1999), los recursos con los que cuentan difícilmente se pueden transformar en activos que les permitan insertarse en la estructura de oportunidades que brinda un medio mercantilizado y altamente selectivo.

La siguiente recuperación se hace a partir de las entrevistas a profundidad a cinco de los pobladores que iniciaron el asentamiento Las Flores<sup>9</sup> y los diarios de campo de la investigación, en los que se narra cómo los colonos han visto el proceso de conformación de la colonia y las problemáticas a las que se han enfrentado en este periodo.

Salma tiene 53 años. Nació y fue criada, al igual que su pareja, en Santa María Tequepexpan, pueblo colindante con Las Flores. Salma y su pareja recibieron un lote en Las Flores que les fue donado por la familia política

8. Los resultados se pueden consultar en Enríquez Rosas (2002a).

9. Los nombres de los entrevistados han sido cambiados por motivos de confidencialidad.



de ella. Se establecieron en este asentamiento varios años antes de que otros colonos llegaran. Tienen cinco hijos (de entre 12 y 22 años) y una nieta, producto de abuso sexual a una de sus hijas mayores. Salma se encuentra delicada de salud, igual que su marido, quien desde hace muchos años padece diabetes. Cuentan con un pequeño comercio en la parte externa de su vivienda, donde venden raspados y tejuino. Salma y su pareja residen en este espacio desde hace más de 15 años y comenta sus impresiones acerca de las primeras familias que poblaron estas tierras:

Mire, en una ocasión ya estaban los terrenos listos para la siembra, ha de haber sido como en este tiempo [en mayo] y llegó una caravana, traían hasta pericos, jaulas de pájaros, jaulas de gallinas. Mire, pues en todo eso se extendió [señala con sus manos una amplia porción de tierra] Llegaron por el Periférico, entraron, y ahí van y se pusieron en lo más bonito que les gustó [...] En lo que estaba más bien preparado para la siembra.

Por su parte, Manuel y su esposa son originarios de Zacatecas, donde vivieron 30 años. En 1971 se vinieron a Guadalajara. En esta ciudad han vivido, entre 1971 y 1979, en el centro, en la colonia Constitución, en la colonia Vigía (ubicada en los alrededores de Zapopan) y después en la periferia. En 1979, se cambiaron a Polanco, de ahí a la colonia López Portillo y en 1985 compraron un lote en Santa María (una colonia cercana), para finalmente llegar a Las Flores.

Esta pareja tiene ocho hijos (tres hombres y cinco mujeres). En la casa de Las Flores viven Manuel y su esposa, y en la de Santa María viven dos hijos con sus respectivas familias. El resto tiene sus propias viviendas en colonias similares a Las Flores. Manuel trabajó primero de policía, luego entró a una fábrica como vigilante y ahora se dedica a atender una pequeña tienda que tiene en su casa.

Manuel retrata el sentir de muchos pobladores respecto a la necesidad de establecerse de manera definitiva en un espacio, después de un largo deambular por diversas zonas de la ciudad: “Yo me vine, no, pues desde...

yo ya tengo cinco años viviendo aquí, y ya de aquí no me cambio pa' ningún lado. Yo tengo cinco años de posición aquí”.

Sara nació en Tepatitlán, Jalisco, y su esposo es de Jocotepec. Radica en Las Flores desde hace seis años. Tiene 34 años, su esposo 36, y se casaron hace 11. Son padres de cuatro hijos y esperan gemelos. Sara es la hija mayor de cinco mujeres y cuatro hombres. Trabajó un tiempo porque su esposo no le ayudaba al sostenimiento del hogar y después decidió dejar de hacerlo para que él se hiciera responsable económicamente de la familia. Tiene la ilusión de trabajar de nuevo en un comercio en la parte exterior de su casa. Ha estado dando clases de alfabetización en el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA). Su esposo es agente de ventas de materiales de construcción. Sara estudió una carrera comercial (auxiliar de contador).

Los motivos que orillaron a estas familias a establecerse en un espacio inhóspito se comparten: tener un lote propio donde fincar su casa y la dificultad económica para seguir pagando rentas cada vez más elevadas. Sara señala:

Yo siempre he rentado, ya me había enfadado de la renta... me prestaban [con pago de cuotas] un terreno, mi patrón nos lo prestaba, entonces ya de ahí nos cambiamos para acá porque nos lo pidieron. Y ya de ahí me fui y nos venimos acá a la Terminal, esa que está aquí por Santa María [...] Esos señores [los de la Santa María] querían dinero, yo no tenía, y él [uno de los señores] me dijo: “¿Por qué no se va allá abajo [a Las Flores] a cuidar terrenos y le damos un pedazo?” Como que no me animaba, como que sí y como que no. “¡Chín marín... hay que progresar! —dije—, si no la debemos, ¿eda?”

En este mismo sentido, Manuel comenta: “O sea, que lo que pasa de allá que viene uno, para buscarle bienestar para la familia”.

En la narrativa de Rosa se presenta una variante de este aspecto. Ella nació y ha vivido siempre en Guadalajara. Es originaria de la colonia Ferrocarriles y después vivió en la colonia Manolete, en el sector Reforma. Tiene 36 años,

se casó a los 17; tuvo una niña y después un niño que falleció a los cinco meses de edad. Comenta que su esposo no vivía con ella y fue la razón que la hizo cambiarse a la colonia Las Flores con sus hijos. Allí conoció a su actual pareja, quien tiene 33 años. Con él tuvo dos hijos más, un niño y una niña. Rosa trabajaba en Industrias Mexicanas Unix, hacía partes de computadoras, pero dejó la empresa hace ya siete años. Se dedica a su familia.

Ella decidió cambiarse a Las Flores porque se le facilitaba más, ya que sus hijos asisten a una escuela cercana a la colonia. Sin embargo, su comentario también refleja la estrategia común en este tipo de población, que consiste en cuidar varios lotes en diferentes asentamientos para luego quedarse, en la mayoría de los casos, con uno de ellos o lograr que alguno sea para un familiar, en especial para los hijos, cuando la unidad doméstica inicia su etapa de dispersión: “O sea que vendimos allá y nos cambiamos a la nueva Santa María, porque allá teníamos otro lote, pero últimamente ya allá lo vendimos también, para quedarnos aquí, porque pues no se puede cuidar tanto, ¿verdad? Porque la escuela [está por acá] y ya andar pa’lla y pa’cá, pues no se puede”.

Algunos de los problemas a los que se enfrentan al llegar a Las Flores se relacionan con los conflictos entre los pobladores y los grupos opuestos en la lucha por un mismo espacio. Esta dificultad hace que los individuos en pugna desarrollen diversas alternativas para apropiarse del lugar. Una de ellas, según los entrevistados, consiste en hacer guardias permanentes para cuidar el terreno y alejar a los nuevos aspirantes; otra es la distribución de roles al interior del grupo, con funciones específicas de resguardo del espacio y de atención, en lo posible, a aquellos que permanecen en la vigilancia. La respuesta violenta para defender el espacio también fue citada por los entrevistados: las familias se unen en defensa de aquellas personas que ven amenazada su vivienda.

De igual manera, son referidos los enfrentamientos con la policía. Estos altercados han propiciado que se mantengan en un frente unido aun ante condiciones adversas. Varios autores, como Lezama (1993), González de la Rocha (1986), Gabayet (1988) y Massolo (1992 y 1994), señalan el papel que tienen las mujeres en las luchas organizadas por la vivienda. Ellas son

percibidas como agentes generadores de cambio, que participan desde su vida cotidiana en la producción del espacio y se involucran de manera activa en su defensa. Por lo general, estas mujeres en un inicio no saben de política ni de autoridades públicas, leyes o administración, pero al ver amenazadas su sobrevivencia y la de sus familias, emprenden acciones orientadas a pugnar por lo que consideran que les pertenece.

Muchas entran en una disyuntiva al enfrentar las demandas que implican la vida doméstica y la reproducción de la misma frente a la lucha sistemática a través de los movimientos urbanos organizados en pro de sus derechos. Finalmente, son a ellas a quienes más les incumbe y confronta la precariedad de su vivienda, la carencia de servicios y la falta de equipamiento urbano, ya que todo esto forma parte de su ambiente inmediato. Para Massolo (1992), son principalmente las mujeres jefas de hogar quienes tienden a involucrarse con mayor impacto en este tipo de luchas.

Así lo representa Bertha, originaria de Guadalajara y primogénita de una familia conformada por seis hijos. Tiene 32 años. La casaron a los 14 años, pero dejó a su esposo por maltrato y se fue a Estados Unidos, para desde allá mandar dinero a sus padres para el cuidado de sus hijas. Tiene siete hijos, tres ya están casados y viven aparte; le quedan cuatro hijos en casa. Su actual pareja tiene 55 años. En un principio, tras su regreso, Bertha laboraba de policía con horario de 24 por 24 horas y en su día de descanso trabajaba en una casa como empleada doméstica, pero después su esposo no la dejó trabajar durante un tiempo. En el momento en que se llevó a cabo la entrevista, Bertha laboraba en Convermex, empresa dedicada a la fabricación de vasos desechables. Su esposo trabajó también como policía, luego como chofer de transporte urbano y en ese momento estaba desempleado, aunque a veces conseguía trabajo como chofer de transporte escolar. Bertha estudió hasta tercero de primaria, mientras que su pareja sí la terminó. Ella ilustra uno de los momentos en los que ha sentido su vivienda en peligro:

Pues hubo pedradas, gente golpeada, ¿eda? Así es que entonces ya no podía decir: “Pos me voy a trabajar y dejo a mis hijos”, porque no, yo

sabía a lo que ellos se arriesgaban, porque a veces que estábamos, por ejemplo, aquí afuera sentados y ya nos gritaban: “Pos que a fulano ya le andan tumbando su casa y lo andan golpeando”, ya toda la gente que vivíamos aquí nos uníamos y nos íbamos contra aquellas personas.

Después de los primeros ocho años, Las Flores continúa en condiciones difíciles, el paisaje es casi desértico, no existen áreas verdes, las calles están sin empedrar ni pavimentar, y la lucha por los servicios sigue.

La autoconstrucción se lleva a cabo con el esfuerzo de toda la familia; la mujer participa de manera activa en las distintas tareas para la edificación. Los procesos de autoconstrucción demandan un largo y lento camino, la mayoría de las veces se realizan en los fines de semana, por las noches, en cualquier periodo de descanso o cuando las personas de la unidad doméstica carecen de empleo. Las casas se identifican por su escasa planeación y por la utilización de material improvisado, despojados de cualquier margen de seguridad en cuanto a la edificación se refiere. De esta manera, las familias más pobres economizan al máximo y gestionan un espacio precario pero indispensable para refugiarse, como lo ejemplifica Bertha:

Dejé el trabajo hasta que acabé de bardear, así fue como fui construyendo mi casa, empecé a abonar ahí en materiales Zermeño, y le llevaba yo de a 20, de a 30, de a 10 pesos, de a como yo podía. Están todas chuecas las bardas, como ven, todas, porque pos albañil no tuvimos. En las noches [cuando] llegábamos mi esposo y yo, ya mi hijo nos decía: “Ya tengo la mezcla”. “Ah, pos ándale, ahora vamos a construir”. Casi todo esto [señala una parte de su vivienda] se hizo de noche.

Cuando se inicia la autoconstrucción en los asentamientos irregulares, como sucedió en Las Flores, no se toma en cuenta el trazo de las calles, lo que a la larga dificulta el acceso del transporte urbano y la recolección de basura; tampoco se planea la asignación de áreas verdes ni los espacios de recreación.

Así, la casa de Rosa tiene dos cuartos pequeños, uno de ellos funciona como sala (un sillón), cocina y comedor, y en el otro tiene las camas en las que duermen ella, su esposo y sus hijas. La vivienda de Manuel se encuentra en una esquina, su cocina y comedor están a la intemperie, el piso es de tierra y los límites de la casa se señalan con un alambre; a un costado está un cuarto, construido con pedazos de madera y lonas, que hace las veces de dormitorio. La puerta de la entrada de la casa de Sara es de madera vieja y está protegida con una cobija; tiene tres pequeños cuartos: en el primero tiene una sala, en el segundo el comedor y una cama, y en el tercero las camas restantes; el piso también es de tierra. Bertha cuenta con dos cuartos pequeños, uno funciona como comedor y cocina, que además tiene un sillón que en la noche se utiliza como cama, y en el otro están las camas para el resto de la familia; su puerta, al igual que la de Sara, no tiene cerrojo y es de madera vieja, y para proteger la casa utiliza candados.

Los procesos de apropiación de la tierra que caracterizan este asentamiento irregular consistieron en donaciones y ventas muy accesibles por parte de unos comuneros, supuestos dueños de los terrenos. Es muy usual que algunas personas se hagan pasar por los propietarios de los terrenos y los vendan a la gente necesitada, para luego desaparecer. En el primer testimonio de Rosa, ella comenta que varios terrenos fueron cedidos por la comunidad indígena de Santa María Tequepexpan y que el pago se realizó por medio de cuotas, veladas y guardias de día y de noche: “No, pos ese [señala el terreno de una vecina] se lo cedió la comunidad [...] La comunidad indígena de Santa María Tequepexpan, pero, o sea que les ha costado carísimo, porque con cuotas, con veladas, con las guardias de día y de noche, por todo eso les ha salido más caro que si lo hubieran comprado”.

Acerca de la seguridad en el lugar, Sara agrega: “O sea, de pura guardia en la noche, pues sí, estar cuidando. Hacíamos lumbradas [...] porque venía gente, otro tipo de gente, y empezaba a meterse, por eso nada más los sacábamos. Nos llegaron a quemar hasta las casitas”.

Como lo manifiesta Manuel, lo importante para él es mantener su propiedad, aun cuando sabe que todavía no cuenta con la escrituración corres-

pondiente; como la mayoría de los pobladores, él considera su lote como propio y lo defiende como tal: “Yo estoy aquí pa’ que me hagan dueño de aquí cuando vengan los trámites de legalización, entonces, pos [...] ‘¿Dónde vive usted?’ ‘¡No, pos yo vivo aquí!’”.

Con respecto a los servicios públicos, Las Flores ha pasado durante estos años por algunos cambios, aún incipientes, pero que muestran los procesos colectivos de gestión. En un principio, en 1997, no se contaba con redes de agua ni sistema de drenaje, tampoco se tenía luz, aunque los postes ya estaban colocados. A inicios de 2000 se comenzó la instalación del drenaje, tarea que ha sido sumamente lenta e inconsistente, ha acarreado problemas serios de contaminación en la zona y existe una situación de confusión sobre las formas específicas en que operará este servicio. El factor incertidumbre está siempre presente en los comentarios que vierten los colonos y la desinformación acerca del pago del servicio es una preocupación que se refleja en las conversaciones cotidianas de los pobladores.

Para la dotación de gas, pasan camiones a venderles, pero antes los colonos tenían que ir a comprarlo a varios kilómetros de distancia y solo mediante propinas muy altas conseguían que les dejaran los tanques cerca de sus casas. Para obtener agua utilizan tres recursos: la recolección de agua de lluvia, el servicio de pipas y la extracción de la colonia vecina, a través de mangueras, como lo expone Bertha: “Como no tenemos dinero, por lo pronto para el agua, cuando llueve pone uno el bote ahí, nomás la primera caída de agua no, porque está sucio allá arriba [el toldo de la casa] así por lo pronto nomás compramos el agua pa’ tomar, ¿eda?”. Lore, una mujer joven con tres hijos menores de cinco años, comenta de las desventajas de no contar con el vital líquido:

Pues es que aquí hay mucha pobreza y la pobreza lo que trae son riesgos. Ire, por ejemplo, yo diario ando calentando agua para poder bañar a mis hijos, y uno se imagina que si se me cae la olla con el agua en los niños o que si se suben a la estufa y se la echan encima, o que si se me van por la fosa, porque las fosas aquí no están ni bien tapadas y seguido hay

accidentes de niños que se ahogan en las fosas, y si no se ahogan, pues sí se enferman con todos los gases que tienen. Entonces, pos los pobres vivimos en mucho riesgo por todos lados, pa' donde mire uno.

La luz se ha estado *jaland* de una colonia vecina: se meten líneas que surten a varias personas y de esa corriente se *cuelga* mucha gente, por lo que hay variación en el voltaje. Hasta el momento, los postes solo son un adorno de lujo para la mayoría de los colonos, debido a que les cobran 500 pesos por persona para hacer la instalación, además de que implica el pago periódico de la misma. Cecilia, una mujer joven, madre de una hija menor de dos años y arrendataria de un local comercial en el mercado de la colonia, señala:

Pues sí, las ventas andan muy mal, yo no saco ni para pagar la luz. Tanto nos dicen que ya no robemos la luz y yo hice ya contrato de luz y ahora me vienen unos recibos altísimos, y yo digo: “Pos así no se puede, el gobierno quiere que paguemos y al final con esto nos joden más, pues acaba uno pagando su luz más la de muchos otros que se cuelgan de los cables y no pagan”. Mi esposo y yo ya vamos a cerrar este local porque de a tiro no estamos sacando nada, y luego las cosas [los productos lácteos que vende en su local] se me echan a perder y acabo tirando bien muchas.

En las entrevistas se comenta sobre algunas iniciativas, aún en ciernes, de organización de colonos para gestionar los servicios; de alguna manera las redes entre vecinos han comenzado a tomar fuerza ante la necesidad apremiante. Sin embargo, hasta ahora esto no ha tenido éxito.

La relación con el gobierno por parte de los pobladores plantea dificultades. Existe una evidente confusión del municipio al que pertenece Las Flores. La gente se asume sin un interlocutor al que le puedan expresar sus demandas; cuando acuden a un municipio a solicitar algún servicio, hay incluso desorientación en las mismas administraciones de Tlaquepaque y Guadalajara, y terminan por responsabilizarse mutuamente de la atención a esa colonia. Esto ha generado desesperanza en el interior de las redes



vecinales y, en ocasiones, prevalece la creencia de que solo queda esperar a que el gobierno ejecute las medidas necesarias para solventar los problemas. La sensación de no tener control ante su condición de pobreza, de que se haga lo que se haga no habrá ningún cambio (“desesperanza aprendida”), permea la vida y cultura de los pobladores, como lo relata Rosa:

Mire, a que según se sabe, o sea, que un regidor del municipio de Tlaquepaque fue el que electrificó, pero nosotros a lo que nos dijeron acá en Palacio de Gobierno, que él no tenía que electrificar, que son otras sus labores [...] como regidor, que eso ya lo debieran hacer más bien los de aquí, los del municipio de Guadalajara, y pues ya fuimos nosotros a preguntar ahí, en Palacio de Gobierno no sabían nada, ey, no sabían nada, nos dijeron que no sabían nada, pero que iban a abrir una investigación.

Durante una consulta al Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) para conocer el mapeo urbano de la zona metropolitana de Guadalajara para el censo de 2000, se pudo observar que en los planos urbanos no aparecen la colonia Las Flores ni otras más que se encuentran en condiciones similares, y tal vez fueron anexadas a espacios cercanos urbanizados. Al parecer, el hecho de que estas colonias no estén urbanizadas ni cuenten con calles y límites definidos las hace permanecer en la invisibilidad.<sup>10</sup>

Los pobres urbanos no son sujetos sociales pasivos, desarrollan diversas estrategias que les permiten enfrentar las múltiples carencias que sufren día a día. Un ejemplo observado en la colonia consiste en llevar la pobreza aún más al extremo, al límite necesario que logre llamar la atención de las autoridades cuando se busca ayuda. Asimismo, han desarrollado su propio

10. Como primer paso, la pobreza extrema en las ciudades implica el reconocimiento explícito y la ubicación geográfica del fenómeno, así como la caracterización detallada, precisa y sistemática de este tipo de asentamientos, para luego poner el foco en ellos y generar las políticas sociales urbanas adecuadas para mejorar las condiciones de vida de los individuos que ahí habitan.

punto de vista acerca de la situación de la sociedad en la que se encuentran inmersos, desarrollan mecanismos de resistencia a la autoridad y construyen de manera activa un orden social (Beezley, French y Martin, 1994).

Los movimientos urbanos que pugnan por una vivienda digna reflejan los procesos de organización y participación de la sociedad civil. Por ejemplo, Jalisco cuenta con un registro de 548 organizaciones sociales (ONG) que pueden representar un potencial humano y social importante para el desarrollo de alternativas y propuestas que promuevan mejores condiciones de vida para la población más necesitada (Pozos y Barba, 1999). Juan Manuel Ramírez Sáiz (1999) considera que el grado de organización y participación de una comunidad y los diversos tipos de relaciones que esta establece con sus instituciones sociales y políticas son factores importantes que se deben tomar en cuenta para la medición, la evaluación y el combate de la pobreza.

En un inicio, en 1997, el papel de la iglesia en esta colonia tuvo poca fuerza. En contraste con lo que se reporta en otros asentamientos similares y en años anteriores, el apoyo que se recibió de la iglesia ha sido pobre y esporádico. Aun cuando el templo era la construcción más grande y sólida del lugar, las redes de cooperación y solidaridad construidas a través de esta institución eran escasas. Años después, el espacio físico que ofrece el templo ha sido destinatario de diversas funciones sociales en beneficio de los habitantes, muchas apoyadas e inducidas por el voluntariado Banca Promex, como el reparto de despensas y la organización de cursos y talleres de corte y confección, de flor de hoja de maíz y de figuras con fieltro para las madres de familia. Algunas de las mujeres que han participado en los talleres han desarrollado las habilidades necesarias para producir y vender por su cuenta la mercancía lograda, pero este esfuerzo ha sido básicamente individual y fluctuante, de acuerdo con los tiempos de las mujeres y sus posibilidades económicas para obtener los insumos necesarios para llevar a cabo este tipo de tareas.

También, con el apoyo de esta ONG, se inició la construcción de un pequeño huerto en un patio interior del templo, atendido por un grupo de mujeres que ha recibido capacitación. Poco a poco han comenzado a

poner a la venta los productos que se cosechan ahí, principalmente entre las personas de la misma colonia.

Otra acción importante es la fundación de una panadería que es atendida por otro grupo de mujeres de la colonia. La infraestructura para esta pequeña empresa se logró a partir de los donativos gestionados por esa misma ONG y en este espacio trabajan cuatro mujeres que a diario elaboran pan para vender en la colonia. Incluso cuando son pocos los involucrados en estas actividades, el trabajo etnográfico permitió observar y escuchar lo que estas iniciativas significan en la vida de las mujeres que participan.

La educación formal de los hijos es uno de los problemas que despierta más angustia y preocupación en las familias. No existen escuelas en el interior de la colonia y las más cercanas están saturadas o cuentan con instalaciones deficientes. Por esta razón, hay niños que no estudian y otros que se ven en la necesidad de acudir a escuelas lejanas. Esta situación genera mucha intranquilidad y ansiedad, sobre todo en las madres que trabajan, ya que sus hijos se van solos a la escuela, con los riesgos que esto conlleva, como lo narra Bertha: “Por ejemplo, mis niños ahorita van hasta Santa María, a un lado de la plaza de toros, ahí está la escuela. Tienen que cruzar Periférico. Yo trabajo, ¿quién me asegura que mis niños se pasan por el puente? [para cruzar el Periférico]”. Y esta preocupación se pudo detectar en otras mujeres.

La escuela fue uno de los tópicos recurrentes en las entrevistas y mientras los colonos habían apartado un terreno bastante amplio para la futura construcción de una escuela, en cuestión de semanas este espacio fue invadido por nuevas familias que llegaron en busca de un lote. Hay más de una docena de viviendas instaladas en esa área, algunas construidas con lonas y deshechos, y otras inician su construcción con materiales más resistentes para contar por lo menos con un cuarto. Esta situación ha generado mucha incomodidad y frustración en el resto de los habitantes. De nuevo sus iniciativas para lograr avances en la colonia se ven rápidamente mermadas por el incontrolable flujo de cambios y nuevas circunstancias a las que se ven expuestos. Esto no es más que reflejo de la gran cantidad de familias pobres que van de un lado a otro, en busca de un espacio donde establecerse.

En relación con la salud, Las Flores no cuenta con hospitales y las personas acuden a dispensarios y a centros de salud de las comunidades cercanas; muy pocas familias cuentan con seguro. En general, las narrativas dan cuenta de la desatención que padecen en este aspecto. Con estos primeros hallazgos se evidencia la distancia y el desconocimiento del modelo médico formal. La atención que reciben por parte del sector salud es deficiente, se reduce a veces a alguna receta médica que las personas continúan consumiendo por mucho tiempo, sin ningún tipo de supervisión o seguimiento. Se vive la enfermedad como algo estático, que muchas veces llega para quedarse; de esta manera, los padecimientos aparentemente crónicos, referidos por los entrevistados, son muy frecuentes aun cuando pudieran existir soluciones a corto plazo para ellos. Tal es el caso de Bertha:

Mi niña, la más grande, hace muchos años tuvo un golpe en la cabeza... Es que me la descalbraron y la llevé a la Cruz Roja. Me la estuvieron atendiendo, pero me dijo el doctor que alguna astillita se le quedó dentro y que se le está pudriendo [en el interior de su cabeza] O sea que le empezaron dolores de cabeza [...] y me la operaron, pero me dijo el doctor que él no me aseguraba que estuviera bien. Solamente me le dan pastillas para el dolor y hasta ahí [...]

Pos yo tuve una enfermedad que al bajarme del camión quedé tirada, quedé muda, así duré como tres o cuatro meses... Nunca me hallaron, pero todavía hasta la fecha padezco un dolor de cabeza horrible y me sigo tomando las pastillas pa'l dolor.

Debido a la falta de acceso a los servicios formales de atención a la salud, la automedicación se practica con frecuencia, lo que agrava las precarias condiciones de salud y bienestar de los colonos. A través de las relaciones con los vecinos y en diversos comercios no formales, ellos consiguen diferentes tipos de medicamentos para aminorar sus síntomas y continuar la jornada diaria.

El impacto que el trabajo tiene en la salud es otro punto abordado por los entrevistados. Se trata, por ejemplo, del trabajo en fábricas que implica turnos alternados en periodos que duran desde una semana hasta un mes. Esta situación de sobreadaptación, en el caso de las mujeres (quienes además de llevar jornadas laborales con turnos cambiantes, deben asumir el trabajo doméstico y la atención de los hijos), genera sentimientos y conductas de irritabilidad hacia el interior de sus familias y en sus relaciones con los vecinos.

Con respecto al comercio, la colonia en un inicio no contaba con un mercado, como lo narra Rosa: “Por la Ocho de Julio hay tianguis; los domingos teníamos que irnos hasta allá a comprar cosas porque aquí estaban, o sea, que le aumentaban mucho el precio a toda la mercancía. Últimamente sí le aumentan, pero un poquito menos, porque ya está el mercado, ya hay varios comercios y ya le aumentan un poco menos”.

Se pueden observar varios comercios informales: pequeños puestos ubicados en la parte exterior de las viviendas, donde las mujeres, casi siempre, se dedican a la venta de diferentes tipos de alimentos de elaboración casera. Esto les permite estar al tanto, al mismo tiempo, del cuidado de los hijos y de las faenas diarias del hogar.

El mercado también se ha visto afectado por la precariedad económica que viven estos grupos sociales. La escasez de empleo y los ingresos raquíticos han provocado que muchos de los colonos dejen de consumir algunos productos. Entre 1997 y 2001 muchos de los locales habían cerrado, otros habían cambiado su mercancía por bienes de consumo básico, algunos locatarios habían dejado de abrir sus comercios entre semana, para vender solo los domingos, que es cuando hay mayor afluencia de personas.

Según la percepción de los entrevistados, en la primera etapa de conformación de la colonia, 300 familias buscaban obtener un terreno en este espacio; de ellas solo resistieron alrededor de 100, y en los últimos años se ha visto un mayor flujo de familias que han tratado de establecerse en el lugar. Ahora se calcula que viven alrededor de 600 familias en la zona y, aun cuando existen dificultades de organización, se reportan algunos cambios y avances en su entorno:

Pues sí, sí ha tenido cambios [la colonia] porque, como le digo, antes eran pues unos cuartitos chiquitos de lonas y todo, ya ahorita pos se ve construido también con material. Póngale que hay casas de lámina de asbesto, pero no está igual que antes, porque antes uno mismo se desesperaba porque veía uno el calorón, que le quemaba el sol donde quiera (Rosa).

Aquí las calles se abrieron a pico y pala. Nos aventábamos una jornada en la mañana de, por decir algo, de cinco a diez de la mañana, que es cuando el sol comienza a apretar, y ya descansábamos. En la tarde otra vez, ya después cuando hubo que hacer los detalles [...] entre todos nos cooperábamos para meter máquina, ¿eda? Y es lo que seguimos haciendo cada año (Bertha).

Pos es que como todos estamos amolados aquí, necesitamos unos de otros (Manuel).

En Las Flores coexisten tanto relaciones de intercambio y ayuda mutua como de aislamiento y desconfianza. En una primera etapa, cuando la lucha central giraba en torno a hacerse de un pedazo de tierra, los procesos de asociación entre los vecinos fueron intensos y solidarios. Muchos se unieron para preservar sus lotes, sus precarias viviendas y sus escasas pertenencias; esto significó una lucha frontal contra aquellas nuevas familias que aspiraban a un lote y contra la policía, que en múltiples ocasiones destruyó las viviendas de los primeros colonos.

Luego, empezó la demanda por los servicios. En esta etapa es posible detectar tanto prácticas asociativas como de conflicto y aislamiento entre los vecinos. Contrario a lo que autoras como Clara Eugenia Salazar (1996) y Lucila Pucci (1993) plantean, la gestión de los servicios en los asentamientos

irregulares no puede garantizar una mayor vinculación entre los vecinos y un consecuente fortalecimiento de las redes sociales. Se trata más bien de una lucha encarnada en el tiempo y el espacio que implica altas y bajas, que fluctúa de acuerdo con los recursos y necesidades de cada uno de los grupos domésticos. La evidencia señala que existen algunos colonos asociados en la búsqueda de los servicios, pero también un número mayor de familias que se encuentran desinformadas acerca de los avances y deciden de manera autónoma los caminos a seguir.

Los problemas y necesidades reportados en las entrevistas guardan bastante similitud con lo encontrado en las encuestas aplicadas. Los temas más recurrentes son: los conflictos por los terrenos; el alcoholismo, la drogadicción y el pandillerismo; la inseguridad permanente; la falta de espacios de recreación y áreas verdes; la carencia de una organización vecinal eficiente; la ausencia de centros de salud; la falta de servicios públicos, y la no escrituración de los terrenos.

Por las mañanas es común observar a varios hombres jóvenes y maduros que no cuentan con empleo y permanecen en la colonia, sin alternativas claras para hacer frente a la demanda de sus hogares. Algunos aprovechan el tiempo para actividades de autoconstrucción, otros se reúnen con conocidos o amigos a conversar, a beber alcohol o simplemente a pasar el día en compañía.

El repliegue del estado y de sus instituciones de apoyo a la vivienda durante las décadas de los ochenta y los noventa, tuvo consecuencias graves en las condiciones de vida de los pobres urbanos. El gobierno recortó los créditos para vivienda, tanto terminada como progresiva, y focalizó su apoyo en programas, como el Progresía–Oportunidades, que buscan combatir los efectos más graves de la pobreza extrema. No existe todavía una oferta de vivienda suficiente y asequible para los pobres, y la respuesta

de las instancias gubernamentales dedicadas a este rubro, ante el déficit de vivienda en el estado y en el centro conurbado de Guadalajara, es insuficiente.<sup>11</sup> Además, las posibilidades de acceder a un crédito para vivienda cuando se sobrevive del trabajo informal precario, son casi nulas.

Los procesos sociales de gestión colectiva que se dieron en las décadas anteriores a la conformación de la colonia para la adquisición de vivienda popular a través de diversas organizaciones independientes, hoy se han debilitado. Estos fueron inducidos por los distintos actores sociales externos, como el clero progresista y los movimientos de izquierda, entre otros. Ahora el control social ejercido por el brazo conservador de la iglesia, los intereses coyunturales de quienes se encuentran en el poder y la baja capacitación de las autoridades para alentar y potenciar prácticas de gestión social, han obstaculizado los procesos de asociación entre los colonos que impliquen confrontación y capacidad de crítica hacia quienes detentan el poder.

Desde los noventa, y más aún después de la crisis de 1995, lo que se detecta en los asentamientos como Las Flores son estrategias de “ocupación hormiga”: desplazamientos individuales–familiares hacia espacios irregulares, con el propósito central de contar con una porción de tierra y dejar de pagar rentas cada vez más elevadas. Este tipo de ocupación progresiva e individual entorpece enormemente las posibilidades de asociación entre los colonos. Las iniciativas colectivas para la gestión social de los servicios y la regularización de la tierra se convierten en tareas inalcanzables que rebasan las posibilidades de un tejido social incipiente, fracturado por los continuos desplazamientos.

Las crisis económicas en México han tenido consecuencias graves en el bienestar de los hogares pobres urbanos. El empleo precario y la escasez de

11. De acuerdo con el *Anuario estadístico de Jalisco* (2000), en 1999 las viviendas terminadas en el estado fueron realizadas casi en su mayoría por el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT) (11,467 en todo el estado), mientras que el Fondo de la Vivienda del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (FOVISSSTE) entregó solo 518 viviendas terminadas y la Inmobiliaria y Promotora de Viviendas de Interés Público del Estado (IPROVIPE) reportó 310, así como más de 8,000 acciones para la adecuación de lotes con servicios.



recursos han forzado a muchas familias a enviar al mercado de trabajo a más de dos perceptores, sobre todo mujeres y niños (García y De Oliveira, 1994, y González de la Rocha, 1986 y 1994; entre otros). Cuando se vive en un contexto de necesidades básicas insatisfechas, el factor tiempo adquiere una connotación particular. Los pobres urbanos actuales destinan cada hora del día a la búsqueda de la sobrevivencia, por lo que no existen tiempos reales para la asociación y la gestión social del hábitat.

Establecer convenios con cada una de las instancias de gobierno para la dotación de servicios públicos cuando se vive de “ilegal”, significa pagar cuotas económicas que los pobres urbanos no pueden solventar. La pobreza es un fenómeno dinámico que acumula en su interior la experiencia de la desigualdad y que se expande y trasforma de manera cualitativa a través de las generaciones y de los cambios económicos y sociales experimentados por las sociedades contemporáneas.

Mirar con detenimiento los asentamientos irregulares como Las Flores significa toparse de frente con una realidad socioeconómica que sostiene diferencias objetivas con respecto a las poblaciones pobres de décadas anteriores. Mientras los recursos en términos de capital humano no han significado una movilidad social ascendente, el capital social ha sufrido bajas considerables (Salazar, 1996; Bazán, 1998 y 1999; Estrada Iguíniz, 1999; González de la Rocha, 1999a, y Kaztman y Filgueira, en Katzman 1999), que se han agudizado con los problemas de inseguridad y desconfianza. Además, el divorcio entre el espacio de residencia y el productivo ha ocasionado la proliferación de empleos precarios y el aislamiento social.

Por último, algunos elementos son coincidentes entre los hallazgos en este estudio y la evidencia recuperada en la investigación que realizaron a nivel nacional el programa Hábitat-Sedesol y el Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social (CIESAS), para diagnosticar las condiciones de pobreza en 31 barrios de 31 ciudades del país (Rodríguez Herrero y Escobar Latapí, 2004). Esta investigación señala que los barrios pobres de las ciudades mexicanas son espacios en los que el proceso de urbanización

o acondicionamiento del territorio no se ha desarrollado lo suficiente y los habitantes no cuentan con los recursos ni con la infraestructura urbana adecuados. Las necesidades reportadas por los habitantes de estos barrios, a través de dinámicas participativas, señalan de manera central la regularización de la tenencia de la tierra y una infraestructura urbana adecuada que permita la circulación de las personas, los bienes y los servicios, así como gozar de centros de salud, mercados de trabajo dignos y escuelas. La investigación advierte también sobre el deterioro ambiental que se expresa con especial intensidad en este tipo de asentamientos urbanos.<sup>12</sup>

12. El Programa Hábitat–Sedesol ha desarrollado diversas acciones y estrategias de combate a la pobreza urbana (véase la página *web* de la Secretaría de Desarrollo Social, DE disponible en: <http://www.sedesol.gob.mx>). Debido a que esta iniciativa es posterior al periodo de investigación (1997–2001), no se incorporan elementos de análisis sobre el impacto que estas acciones puedan tener en la actualidad en diversos barrios pobres de la zona metropolitana de Guadalajara. Sin embargo, es importante participar en la realización de estudios que le den seguimiento a este tipo de acciones gubernamentales y aporten elementos que fortalezcan y consoliden los procesos participativos.

## II. LOS HOGARES Y LA POBREZA EN EL CONTEXTO DE LAS GRANDES CIUDADES

La unidad de análisis en este capítulo es el hogar, entendido como el conjunto de personas unidas por lazos de parentesco o no, que residen en la misma vivienda y se sostienen de un gasto común, principalmente para comer.<sup>1</sup>

La vida en familia dista mucho de ser el espacio social ideal donde se crean y recrean las relaciones democráticas, equitativas y armónicas. La familia es una arena social donde se entretienen también relaciones de desigualdad y opresión, en las que la condición de género y edad, además de la posición jerárquica de los miembros, juegan un papel fundamental. Mirar al interior de las familias que viven día a día la pobreza exige una visión analítica que permita recuperar las formas en que cada miembro negocia con los otros su espacio y su posición (González de la Rocha, 1986; Moser, 1996, y De Oliveira, 1998, entre otros).

1. El hogar es considerado como una categoría analítica a diferencia de la familia, que se refiere a una categoría cultural donde existe una red compleja de relaciones normativas. En este capítulo se aborda al hogar como categoría analítica para el trabajo con los datos cuantitativos y se retoma el concepto de familia, como categoría cultural (Selby *et al*, 1994), ya que se trabaja con una muestra compuesta en su totalidad por hogares constituidos por relaciones de parentesco y donde se gestan relaciones entre los miembros que permiten reconocer patrones socioculturales de organización y funcionamiento familiar. Por ello, el lector encontrará el uso de ambos conceptos (hogar y familia) como sinónimos en el desarrollo del texto.

En este capítulo se analiza una muestra seleccionada de manera aleatoria, compuesta por 60 hogares de Las Flores. Se explora analíticamente la composición de los hogares por sexo y edad, las características económicas de los hogares de acuerdo con el sexo de los perceptores y el ingreso per cápita, y la distribución del trabajo doméstico al interior del grupo doméstico y de acuerdo con el sexo y posición jerárquica de los miembros. Cada una de estas dimensiones son abordadas a partir de tres ejes analíticos para establecer comparaciones y semejanzas entre los distintos tipos de escenarios domésticos: el tipo de estructura del hogar, el tipo de jefatura de hogar y la etapa del ciclo doméstico.

Se entiende por hogares de “estructura nuclear” aquellas unidades donde residen bajo el mismo techo ambos padres o uno de ellos y los hijos; en esta categoría se incluyeron también los unipersonales. Los hogares de “estructura extensa” son aquellas unidades donde residen bajo el mismo techo uno o ambos padres, los hijos y otros miembros relacionados o no por lazos de parentesco.

El periodo de tiempo o fase en la que se encuentra el hogar es el “ciclo doméstico”. González de la Rocha (1986) ha planteado la necesidad de analizar las siguientes etapas: expansión, que incluye el tiempo en que el grupo doméstico crece y hay un incremento de sus miembros; consolidación o equilibrio, cuando el grupo doméstico tiene la capacidad de volverse económicamente más equilibrado, ya que la madre y los hijos tienen más posibilidades de incorporarse al mercado de trabajo, y dispersión, etapa en que los miembros del grupo doméstico se separan para formar sus propias unidades.

Se habla de “jefatura femenina” en aquellos hogares donde el hombre no está presente; se trata de mujeres viudas, separadas y madres solteras. La “jefatura masculina” se refiere a aquellos hogares donde el hombre sí está presente.

La “jefatura femenina económica” son aquellos hogares donde el hombre está presente, pero es la mujer la principal o única proveedora económica, a diferencia de los hogares donde el hombre está presente y es el proveedor económico principal o único (García y De Oliveira, 1994). La categoría

“jefatura declarada” se aborda en tres modalidades: femenina, compartida y masculina. Esta categoría refiere la autodenominación que hacen las mujeres con respecto al tipo de jefatura existente en su hogar.

### **La jefatura de hogar como categoría analítica: bondades y limitaciones**

La categoría “jefatura de hogar” ha sido ampliamente utilizada en diversos contextos, pero no ha sido posible homogeneizar el significado ni las formas de medición. Esto ha repercutido en la dificultad para realizar estudios comparativos, ya que la jefatura de hogar tiene diferentes significados y está matizada por elementos culturales propios de cada región. Además, la manera en que se define de manera operacional puede dar lugar a imprecisiones para detectar aquellos hogares más vulnerables.

Autores como Félix Acosta (1994), Sylvia Chant (1997), Nancy Folbre (1991), Mayra Buvinic (1990), Mercedes González de la Rocha (1999), Cecilia Rodríguez (1997) y Vicente Torrado y Royo Prieto (2006), han problematizado esta categoría con el objetivo de lograr mayor precisión y han sugerido tipologías específicas con la finalidad de acercarse con mayor exactitud al objeto de estudio. Una de las tipologías propuesta para desagregar el término jefatura de hogar femenina es presentada por Chant (1997): hogares extendidos dirigidos por mujeres, hogares con mujeres solas, hogares con un solo género / únicamente mujeres, hogares en que predominan las mujeres, hogares dirigidos por la abuela y unidades incrustadas dirigidas por mujeres.

Por su parte, Acosta (1998) define a las jefas de hogar de acuerdo con su estado civil: jefas divorciadas y separadas, jefas madres solteras, jefas casadas y jefas viudas; esta clasificación no permite discriminar sobre los distintos arreglos domésticos que se dan de hecho, como aquellas mujeres que declaran en los registros censales ser divorciadas o separadas, pero residen bajo el mismo techo con una nueva pareja estable.

Las distintas formas en que se gesta y organiza un grupo doméstico dificultan la creación de tipologías que en verdad abarquen la diversidad familiar:

- Un grupo que permanece excluido está compuesto por las mujeres subjefas de hogar que, aun cuando viven con la familia de origen de jefatura masculina, se hacen cargo de la mayor parte de las responsabilidades hacia sus hijos, es decir, son cabezas de familia dentro de una organización mayor.
- Otro grupo está conformado por aquellas modalidades familiares donde la jefatura recae en las mujeres que no son las madres ni las abuelas; otros parientes o alguna otra persona no pariente han asumido el cuidado de los menores, situación frecuente en poblaciones urbanas pobres.
- Un tercer grupo está compuesto por aquellos hogares que declaran jefatura masculina y son de hecho hogares dirigidos por mujeres, ya que el hombre presenta algún tipo de discapacidad o alguna enfermedad crónica degenerativa; este grupo se debe diferenciar con respecto al total de los hogares de jefatura femenina económica propuestos por Brígida García y Orlandina de Oliveira (1994), en los que la mujer es la principal o única perceptora de ingresos.
- Otro grupo importante y con características particulares, son los hogares donde el hombre ha emigrado a Estados Unidos y la mujer declara jefatura masculina, a pesar de largos periodos de ausencia de la pareja (Salgado y Maldonado, 1992 y 1993; Salgado, Díaz Pérez y Maldonado, 1995).

Con respecto a la manera en que se indaga sobre la jefatura de hogar, en varios países al entrevistado se le pide que diga quién es la persona que los demás miembros del hogar reconocen como jefe, lo que da lugar a que en muchos casos se dé una respuesta normativa que refleja jerarquías de género o de edad, con los sesgos propios de la cultura en particular. Se ha observado también que cuando se atiende a criterios económicos para definir la jefatura de hogar, la frecuencia de jefaturas femeninas aumenta de manera considerable, dato que en muchos estudios no se toma en cuenta explícitamente.

Además, el término jefatura de hogar es tan ambiguo y general, que promueve respuestas diversas en la persona entrevistada de acuerdo con los criterios socioculturales como: jefe es aquel que toma las decisiones más importantes en la familia, el que sostiene económicamente el hogar, el que se desempeña como pilar emocional del hogar, etc. Otro factor importante tiene que ver con que este concepto no discrimina entre jefaturas individuales y jefaturas compartidas, la formulación misma de la pregunta niega la posibilidad de hogares donde tanto el hombre como la mujer se asumen como jefes de hogar o donde se presentan jefaturas compartidas entre diferentes generaciones.

Sin embargo, para Buvinic (1990) el concepto de jefatura de hogar puede ofrecer información importante cuando se contempla el criterio económico, ya que permite hacer una comparación entre los hogares y discriminar con mayor claridad aquellos que se encuentran en una situación de mayor vulnerabilidad. Otra bondad de este concepto consiste en que ayuda a identificar aquellos hogares donde no existe un hombre que resida y contribuya al ingreso de forma permanente, lo que permite acercarnos a los hogares compuestos por viudas o mujeres jóvenes sin pareja, que dan a luz fuera del matrimonio o que pronto son abandonadas por su pareja. Estos hogares son considerados en especial vulnerables tanto económica como socialmente y se encuentran en mayor riesgo de transmitir la pobreza intergeneracionalmente.

El concepto de jefatura de hogar declarada puede ser útil para detectar aquellos hogares que se encuentran en desventaja social y que no reciben los beneficios de ciertos programas de política social, ya que en el diseño e implementación de estas políticas se utiliza el concepto patriarcal de familia (Acosta, 1995). La categoría jefatura de hogar necesita ser cruzada con distintas variables que permitan reconocer los escenarios familiares actuales. Las variables centrales son: estructura familiar, ciclo doméstico, niveles de marginalidad, etnia, origen rural, urbano o rural-urbano, entre otras.

Trabajar la jefatura de hogar es entrar de lleno a una categoría matizada por múltiples significados. Las formas de indagación dirigen las posibilidades de respuesta hacia realidades familiares que poco pueden tener en común.

Mujeres no unidas, mujeres solas, mujeres jefas de familia, son tan solo algunas de las formas en que distintos actores sociales se refieren a un porcentaje cada vez mayor de hogares en México que han resuelto su situación doméstica de una manera diferente a la tradicional. La categoría jefatura de hogar ha sido especialmente *bondadosa* para incluir en sí misma realidades diversas, complejas y cambiantes. Sin embargo, los hechos familiares han rebasado las fronteras de esta categoría, por lo que es necesario trabajar en la precisión conceptual y operacional de las distintas formas de convivencia familiar que se gestan en la actualidad.

### Jefatura de hogar y pobreza: ¿relaciones causales?

Los primeros estudios realizados sobre jefatura de hogar femenina en el contexto Latinoamericano y del Caribe datan de la década de los setenta (volumen publicado por el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía, CELADE, citado en Acosta, 1994); en ellos se ponía especial énfasis en aspectos sociodemográficos sobre la composición y el tamaño de los hogares. Las fuentes de información más socorridas eran los censos de población y las encuestas de hogares; se incluyeron análisis con variables referentes a edad, género, estado civil y atributos socioeconómicos de los jefes de los hogares. Estas investigaciones marcaron las primeras diferencias en cuanto a la jefatura de hogar de acuerdo con el género del jefe: las jefas de hogar se concentraban sobre todo en las etapas más avanzadas del ciclo vital familiar; las familias extendidas tenían mayor presencia en los hogares de jefatura femenina (HJF) en comparación con los de jefatura masculina (HJM); el tamaño de los HJF era menor que el de los HJM, y la participación económica de las mujeres era mayor en aquellas que se desempeñaban como jefas de hogar.

En investigaciones posteriores sobre el tema, se considera que el número de HJF se está multiplicando en el tercer mundo y se contemplan principalmente dos factores asociados con el cambio económico, que favorecen este tipo de organización familiar: la disrupción de los sistemas tradicionales patriarcales de gobierno, que debilitan los contenidos implícitos y explí-



bitos que forzaban a la transferencia de ingresos de los padres a las madres e hijos, y la caída del ingreso familiar, con el consecuente aumento en los índices de pobreza, que ha influido de forma significativa en que muchos hombres abandonen las responsabilidades de mantenimiento familiar (Buvinic, 1990).

En el caso latinoamericano, Buvinic plantea tres tendencias sociales que han marcado en las últimas décadas el incremento de este tipo de hogares y que los hace más proclives a enfrentar condiciones de vulnerabilidad económica y social: la migración predominantemente de mujeres a las zonas urbanas y los conflictos civiles en algunos países, que han dejado un desbalance demográfico en las áreas urbanas; el incremento de embarazos en adolescentes y, por tanto, un porcentaje mayor de madres solteras, y la erosión sistemática de la familia extendida y de las redes tradicionales de ayuda en áreas urbanas, que favorecen la presencia de viudas y madres solteras solas.

Diversos autores marcan la incidencia mayor de pobreza en los HJF; factores como la invisibilidad femenina en los registros de datos a nivel oficial, las cargas múltiples de las mujeres urbanas de bajo ingreso, la falta de capital humano y las características específicas del sector informal de empleos, son algunos de los precursores de un acentuado proceso de pauperización en estos grupos (Chalita, 1994). Para Buvinic (1990) y Folbre (1991) está demostrada una relación positiva entre la jefatura femenina y la pobreza que se sustenta en: las características de la composición del hogar (menor tamaño pero mayor número de dependientes); el género del receptor principal, así como el menor acceso de las mujeres a recursos productivos; las dobles jornadas femeninas, la discriminación y precariedad laboral y la maternidad precoz, que favorece la trasmisión generacional de la pobreza.

Rubén Kaztman (1992) centra su análisis en la “irresponsabilidad masculina”, que lleva a que muchos hombres abandonen sus hogares en el contexto latinoamericano. La distribución del poder dentro de las familias populares urbanas ha tenido un carácter machista y autoritario a lo largo de la historia; la legitimidad de este poder se ha sustentado en la fuerza de los valores tradicionales y en el cumplimiento de los roles que ellos establecen.

Esta concepción del poder ha sido cuestionada y bombardeada en la actualidad, a partir de tres frentes: por el incumplimiento del rol masculino como proveedor único o principal para la satisfacción de las necesidades de los miembros de la familia; por el debilitamiento de la imagen paterna como modelo a seguir para las nuevas generaciones, y por la acción de tendencias ideológicas que promueven la igualdad de géneros y ponen en tela de juicio los valores machistas–autoritarios.

Con la crisis de los ochenta, muchos hombres se vieron en la necesidad de abandonar su rol de proveedores económicos únicos; aún con fuerte resistencia de parte de ellos, muchas mujeres iniciaron o intensificaron su participación en el mercado de trabajo, lo que vino a cuestionar y sacudir la autoridad masculina en el ámbito doméstico. Aunado a esto, las nuevas generaciones están expuestas de manera indiscriminada en mayor o menor grado a la información que ofrecen los medios de comunicación masiva acerca de estilos de vida y de consumo dominantes, lo que ha abierto todavía más la brecha entre padres e hijos de sectores populares.

Al final, los mayores niveles de educación de las mujeres, su participación económica y la incongruencia cada vez mayor entre las expectativas del rol masculino–paterno de acuerdo con la familia tradicional y las posibilidades actuales de satisfacerlas, han generado que muchos hombres que ven erosionada su autoridad en el hogar (principal fuente de su autoestima) se encuentren cada vez más tentados a abandonar sus responsabilidades (Katzman, 1992).

En el caso de México, existen investigaciones a partir de la década de los ochenta (García, Muñoz y De Oliveira, 1982, y los trabajos revisados por Acosta, 1994) que buscan caracterizar los HJF y que guardan relación con los hallazgos encontrados en el contexto latinoamericano de ese entonces:

- El tamaño promedio de los HJF es menor que el de los HJM, tanto en zonas rurales como en zonas urbanas.
- Los HJF se concentran en las últimas etapas del ciclo vital familiar.
- Las mujeres jefas de hogar presentan tasas de participación económica mayores que el resto de las mujeres de cualquier edad.

- Las familias extendidas son más comunes entre los HJF.
- El índice de trabajadoras por cuenta propia, en comparación con las asalariadas, es mayor en los HJF; también se observó un alto número de empleadas domésticas.
- La doble jornada es más frecuente en los HJF.
- La mayor parte de los HJF se concentran en las áreas urbanas de nuestro país.
- La edad de las jefas de hogar se concentra principalmente en 60 años o más.
- El estado civil de las jefas de hogar es principalmente la viudez y en porcentajes menores separadas o divorciadas.
- Los ingresos de las jefas de hogar tienden a ser menores al salario mínimo.
- Se encuentra un porcentaje alto de jefas de hogar que no cuentan con ningún tipo de instrucción educativa o con niveles básicos (algún grado de primaria).

En investigaciones de corte antropológico, en ese mismo periodo, se desarrolló un debate que cuestionó abiertamente si los HJF eran en efecto espacios fértiles para la reproducción de la pobreza, como se señalaba en diversos estudios. Chant (1988), a diferencia de González de la Rocha (1986 y 1988), buscó mostrar que los HJF viven mejor en términos sociales y económicos que los encabezados por hombres. La discusión se centra en indicadores tales como: ingresos, contribución económica al hogar, patrones de gasto, distribución del trabajo doméstico, instrucción formal de los hijos, patrones de autoridad y de socialización e índices de violencia doméstica. Para Chant, los HJF garantizan que el total del ingreso sea utilizado para el bienestar familiar y promueven la democratización de las relaciones familiares y, por tanto, la prevalencia de relaciones no violentas. En cambio, González de la Rocha advierte sobre la precariedad económica que experimentan los HJF, así como el incremento de los mismos en etapas tempranas de ciclo doméstico.

El trabajo infantil como estrategia de sobrevivencia desarrollada por los HJF, ha sido elemento central de discusión. Patricia Muñiz y Rosa María Rubalcava (1996) y Félix Acosta (1998) afirman que el trabajo infantil es utilizado como un recurso para allegarse ingresos en hogares pobres donde el preceptor principal es mujer; sin embargo, en un mediano y largo plazos, el abandono temprano de la escuela en los niños genera el incremento de jóvenes pobremente capacitados que ingresarán al mercado de trabajo en condiciones desfavorables y, en consecuencia, reproducirán nuevos hogares vulnerables, donde la situación de pobreza se mantiene como un patrón presente en cada nueva generación.

Los registros de información realizados por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) señalan que durante el periodo comprendido entre 1976 y 1990, los HJF se incrementaron en 22%. En los noventa, el número de HJF se aproximó a los 3'000,000 de unidades, donde residían alrededor de 10'000,000 de personas.<sup>2</sup> Algunos factores asociados con el incremento de los HJF son: la migración tanto femenina como masculina, ya sea de manera temporal o definitiva; una mayor sobrevivencia de las mujeres; la menor edad de las mujeres al contraer matrimonio, en comparación con los hombres; la ruptura de uniones; el aumento de madres solteras y la prevalencia de fecundidad en mujeres adolescentes; una menor tendencia en las mujeres viudas a contraer un segundo matrimonio; los problemas relacionados con el machismo, el alcoholismo y otros factores, y dos o más HJF que conviven con el mismo hombre (INEGI y UNIFEM, 1995, y López e Izazola, 1995).

2. La pregunta específica que se utiliza en México para conocer al jefe de hogar es la siguiente: “¿Cuál es el nombre del jefe de este hogar? Ahora voy a anotar los nombres de todos los demás miembros de este hogar, según el orden que le voy a indicar enseguida: primero el del cónyuge del jefe, luego los hijos solteros de mayor a menor. Después, si las hay, las personas casadas y sus hijos, también de mayor a menor. Al final, los otros parientes o amigos y los sirvientes” (INEGI, 1996, sección “Características sociodemográficas de todos los miembros del hogar”). Por jefe del hogar se entiende la persona reconocida como jefe por los miembros de los hogares, pudiendo estar presentes o ausentes del hogar. El jefe presente en el hogar es aquel que al momento de la entrevista se encontraba residiendo en la vivienda o tenía una ausencia menor a tres meses; el jefe ausente en el hogar es aquel que al momento de la entrevista no se encontró residiendo en la vivienda por motivos de trabajo, estudio o personales, con tres meses o más de ausencia (INEGI, 1994, “Glosario. Anexo 2”).

En contraste, Chant (1997) considera que entre los factores asociados con el incremento de los HJF se encuentran: el aumento de las mujeres que tienen los medios para sobrevivir económicamente sin parejas masculinas o pueden sostener niños parcial o totalmente por medio de sus ingresos; las mujeres que son capaces de resolver o sobrellevar las presiones sociales a las que con frecuencia están sujetas por no residir con sus cónyuges, en donde ellas son más libres de actuar de manera independiente o tener contacto con mujeres en circunstancias similares, y cuando las ganancias económicas y psicológicas de vivir con un hombre no son mayores que las que obtienen viviendo solas, con otras mujeres o con sus hijos. La autora considera que algunos de los aspectos de género que afectan a los HJF son: la legitimidad social que las mujeres obtienen del matrimonio y la maternidad, las restricciones a la sexualidad femenina extramarital, el nivel económico secundario de las mujeres y la mayor orientación de los hombres a actividades extradomésticas.

Las características sociodemográficas de los HJF en México, obtenidas a partir del Censo de población de 1990, mantuvieron varias constantes y señalaron algunas variaciones en relación con los principales hallazgos obtenidos en las investigaciones anteriores:

- La proporción de HJF continuó su tendencia a una mayor presencia en zonas urbanas (López e Izazola, 1995); sin embargo, la condición de pobreza puede tener matices muy diferentes en las áreas urbanas y rurales. Estudios realizados por Julio Boltvinik (1996a) demuestran que aun cuando existen más pobres en las ciudades, la intensidad de la pobreza es mayor en las áreas rurales.
- La estructura por edades de los HJF se rejuveneció. El número de jefas fue mayor en el rango de edad entre los 25 y 54 años, y con tendencia a descender en edades más avanzadas (López e Izazola, 1995).
- El estado civil de la población femenina encontró su porcentaje más alto en las mujeres que se reportaron como casadas, pero se observó un incremento en cuanto a las mujeres separadas y divorciadas, y una disminución en las viudas (López e Izazola, 1995).

- En cuanto a la composición del hogar y tomando en cuenta el sexo del jefe, poco más de la mitad de los HJF se registraron como nucleares (55%), pero las unidades ampliadas alcanzaron un porcentaje alto (26.5%) en comparación con las de jefatura masculina (15.4%) al igual que los hogares unipersonales (14.1%). Esto último se puede deber a que hay mayor número de mujeres viudas y a que existe una tendencia cada vez mayor a no contraer segundas nupcias (López e Izazola, 1995).
- Sobre el nivel de instrucción de las jefas de hogar y de acuerdo con la edad, una cuarta parte de ellas no reportó instrucción alguna; esto es más evidente en la población de edad avanzada que ha quedado al margen de los servicios e infraestructura educativa. El porcentaje más alto de instrucción se encontró en el nivel básico y en índices decrecientes en niveles superiores (INEGI y UNIFEM, 1995).
- Con respecto a las actividades del jefe de hogar, el índice de mujeres jefas que trabajan ascendió a 51.0%, en comparación con los jefes hombres (93.1%) (INEGI, muestra de 1% del Censo de 1990, en Cortés y Rubalcava, 1995). Al analizar los HJF y HJM, se observa que en los primeros es más alto el número de perceptores para el sostenimiento de la unidad doméstica (Cortés y Rubalcava, 1995). Al hacer un análisis más específico, se observa que en los HJF hay mayor número de personas (sobre todo mujeres) que trabajan para poder sostenerlo, a diferencia de los hogares dirigidos por hombres. Para González de la Rocha (1999c), los bajos salarios son compensados con un empleo más intensivo del trabajo femenino, es decir, son hogares donde tanto las jefas como sus hijas y otras mujeres participan en su mantenimiento.

Por otra parte, en el Programa Nacional de Educación, Salud y Alimentación (PROGRESA, 1997) se calculaba que en México había cerca de 20'200,000 hogares; de ellos, a partir de datos de la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares de 1994 (INEGI, 1994), se estimó que alrededor de

21% vivía en condiciones de pobreza.<sup>3</sup> En términos absolutos, equivalen a 4'200,000 hogares, en los que vivían casi 24'000,000 de personas (26% de la población). Se considera que alrededor de una de cada cinco unidades domésticas es encabezada por una mujer y en estos hogares el ingreso promedio es significativamente menor que en aquellos con jefatura masculina, lo que ocasiona que sea necesario que se ocupen en actividades económicas el mayor número posible de personas y esto repercute en las oportunidades de desarrollo en sus miembros más jóvenes. En los HJF se encontró que la proporción de adolescentes de 12 a 15 años que asisten a la escuela es de 76%, en comparación con 82% de los HJM.

En contraste con estos datos y con relación a los índices de pobreza en el país, Boltvinik (1996b) considera que más de dos terceras partes de la población nacional (70.6%) es pobre; cerca de la mitad (44.7%) es pobre extrema; 11.4% pertenece a la clase media, y solo 5.5% pertenece a la clase alta. Estos datos muestran que al tomar en cuenta una serie de indicadores para la medición de la pobreza, esta última adquiere una presencia mucho mayor de la considerada en los documentos oficiales, lo que puede implicar un porcentaje significativamente mayor de hogares en condiciones de pobreza que son dirigidos por mujeres.

Además, es necesario continuar con la realización de análisis cuantitativos finos que permitan desagregar categorías como el tamaño y el tipo de estruc-

3. En el documento del PROGRESA se especifica que las familias en pobreza extrema son aquellas que no se pueden proveer de una alimentación suficiente para desempeñarse de manera adecuada. Las personas desnutridas son más vulnerables a las enfermedades, corren el riesgo de desarrollar deficiencias en sus capacidades cognoscitivas y físicas, en ocasiones sufren de letargia y, en general, son menos capaces de llevar una vida sana con la suficiente energía para desempeñarse de manera satisfactoria en la escuela o el trabajo. Las familias en pobreza moderada, por su parte, no pueden satisfacer necesidades que, dado el nivel de desarrollo de país, se consideran básicas. Sin embargo, su situación es fundamentalmente distinta, pues su mayor acceso a alimentación y mejor estado de salud les permiten participar de modo activo en el mercado de trabajo, aprovechar las oportunidades de educación, tener más movilidad y afrontar más riesgos. La pobreza de estas familias es relativa: en comparación con el resto de la población, carecen de ciertos bienes y servicios que todos deberían disfrutar. Por lo general, la identificación de las familias en pobreza extrema se obtiene mediante la comparación de los ingresos de la familia con el costo de una canasta básica alimentaria, a través de la fijación de una línea de pobreza extrema. También se toman en cuenta variables referentes a la composición y el tamaño de los hogares, características de edad, educacionales y laborales de sus miembros, equipamiento de las viviendas y posesión de enseres domésticos (PROGRESA, 1997: 5 y 6).

tura familiar, así como la relación que estos guardan con el ingreso familiar total. Se sabe que los HJM cuentan con un mayor número de miembros y el ingreso tiende a ser mayor en comparación con los HJF, que cuentan con un menor número de miembros y el número de perceptores en varios casos es mayor, incluso cuando los ingresos individuales son menores.

A partir del estudio realizado por Fernando Cortés y Rosa María Rubalcava (1995), donde analizan el ingreso de los hogares y utilizan como eje de comparación la exclusividad de los ingresos por género y la existencia de ingresos combinados (tanto masculinos como femeninos), González de la Rocha (1999c) señala que los hogares más pobres son aquellos que se encuentran dirigidos por hombres donde el ingreso es exclusivamente femenino; en segundo lugar se encuentran los hogares dirigidos por mujeres donde el ingreso es exclusivamente masculino.

Siguiendo a Cortés y Rubalcava, González de la Rocha plantea que la exclusividad en los ingresos, sean femeninos o masculinos, es un factor clave para el empobrecimiento de los hogares y no el factor jefatura de hogar (entendida como la ausencia del cónyuge). Para la investigadora, esto se explica también porque los hogares con ingreso exclusivamente femenino o masculino tienen un menor número de perceptores (1.5 o menos) en comparación con los hogares donde la generación de ingresos es responsabilidad tanto femenina como masculina (más de 2.5 perceptores).

Sobre los hogares considerados entre los más pobres, donde el cónyuge no trabaja y la mujer es la que aporta el ingreso, se observa que tienden a presentar situaciones extremas de subordinación femenina y de violencia física y psicológica ejercida por los esposos contra sus esposas (García y De Oliveira, 1994).

Para González de la Rocha (1999c), los hallazgos orientan a cuestionar la aparente vulnerabilidad de los HJF. Al parecer, este tipo de hogares *resuelven* los conflictos de intereses individuales y colectivos propios del grupo doméstico dando mayor relevancia a los segundos. La autora coincide con Chant (1988, 1997) en que en los HJF se pueden encontrar mayores conductas de cooperación y solidaridad entre los miembros, que se reflejan en una distribución más equitativa de los recursos y las tareas domésticas.



A través del análisis de estudios de caso de mujeres jefas de hogar, González de la Rocha considera que a pesar de que la condición de pobreza es evidente en este tipo de organizaciones familiares, existen ciertas ventajas, importantes de ser consideradas, como: condiciones de vida más armónicas al interior del hogar; la autonomía para decidir quién trabaja y cómo se organizan para combinar la generación de ingresos y el cuidado de la casa; la autonomía para decidir la utilización de los ingresos, y los altos niveles de escolaridad de algunos miembros del hogar.

Según Cortés y Rubalcava (1995), los resultados marcan una heterogeneidad importante en cuanto a la diversidad de los arreglos posibles de los hogares mexicanos, donde se manifiestan con claridad las desigualdades de género con respecto a los ingresos familiares. Los autores consideran que la utilización del indicador referente a jefatura declarada, ya sea femenina o masculina, y el análisis del mismo en función de la variable ingreso no permiten llegar a conclusiones finales, ya que darían como resultado una visión parcial de la realidad, donde los HJF parecerían estar en mejores condiciones económicas que los HJM. Por ello, los autores enfatizan la importancia de que continúe la participación de investigadores de las ciencias sociales en el tema, que desde diversas disciplinas y con métodos tanto cuantitativos como cualitativos estudien la complejidad y relevancia de este punto.

Cortés (1997) ha profundizado sobre los factores asociados a la presencia de hogares en condiciones de pobreza y encontró que la tesis que postula que: “en los grupos domésticos donde solo hay perceptoras, el dinero se distribuye prioritariamente para satisfacer las necesidades del hogar y de sus miembros” (Chant, 1988, y González de la Rocha, 1999c, por ejemplo) no obtuvo una probabilidad alta. Es decir, la diferenciación por sexo de los perceptores al hogar no arrojó resultados significativos para ser considerada como un factor determinante asociado a una mayor o menor incidencia de hogares pobres. Al parecer, la probabilidad de que un hogar sea pobre está determinada sobre todo por el ingreso medio de los perceptores y su ubicación geográfica, así como por la tasa de dependencia del hogar.

Por su parte, Acosta (1998) agrega que, en comparación con los HJM, los HJF presentan mayores posibilidades de encontrarse en situaciones de

vulnerabilidad tanto económica como social, debido a los factores asociados con la estructura del hogar, el género y el estado civil de las jefas de hogar. Sin embargo, este autor secunda la idea de no crear asociaciones causales entre la jefatura femenina y la mayor o menor pobreza (Cortés y Rubalcava, 1995) y recalca la necesidad de estudiar a fondo las distintas modalidades de jefatura femenina y los diversos antecedentes que llevan a la formación de este tipo de arreglos familiares.

La tendencia actual de los HJF se analizó a partir de los datos de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos en los Hogares (ENIGH) en 2002 (INEGI, 2005): los resultados señalan que 20% de los hogares en el país es dirigido por una mujer; de estos, 39.3% está representado por jefas viudas, 34.7% se trata de mujeres separadas y divorciadas, 16% está conformado por jefas solteras y el 10% restante por jefas casadas o unidas. Un dato importante es que en las zonas rurales el porcentaje de jefas viudas es mayor (54.5%), mientras que en las zonas urbanas el porcentaje mayor descansa en las separadas y divorciadas (36.8%) y en las solteras (17.1%). De cada 100 HJF, 19 son unipersonales, su presencia es mayor en zonas rurales que en urbanas (con 27.1% y 16.8%, respectivamente). En el caso de los HJF rurales, de cada diez jefas, seis son mayores de 45 años y tres tienen entre 30 y 44 años. Esta situación puede estar relacionada con una mayor vulnerabilidad en este tipo de hogares. En las áreas rurales, del total de HJF (16.8%), 50.2% son nucleares, 33.3% son extensos y 16.5% son mujeres que viven solas.

En la actualidad, la participación económica de las jefas tiende a ser menor después de los 49 años y desciende hasta 52.3% para las jefas de 60 años y más. Las transferencias y los regalos son fuentes importantes de ingresos (más de 25%) para los HJF; mientras que 13% de las jefas no percibe ingresos. Los datos señalan como especialmente precaria la situación de las jefas que viven en hogares unipersonales y que dependen de las transferencias que reciben.

En México, 58.5% de las jefas recibe salario y 37.4% se trata de trabajadoras por cuenta propia. En cambio, en el caso de los jefes varones, 64.7% es asalariado y solo 27.3% se trata de trabajadores por cuenta propia. Además,

94 de cada 100 jefas realizan actividades domésticas a las que dedican 43 horas semanales, mientras que nueve de cada diez jefes dedican en promedio 12 horas a las actividades domésticas.

Los ingresos medios de los HJF son menores que los HJM, a pesar de contar con mayor número de perceptores. Este dato es más frecuente en zonas rurales. La mayoría de los hogares en México tienen ingresos menores a seis salarios mínimos, pero es más alto el porcentaje de los HJF que se ubican en este nivel de ingreso (76.4% frente a 70.2% de los HJM). El incremento en el número de perceptores aparece como la estrategia más socorrida para elevar niveles de ingreso en ambas modalidades de jefatura. Sin embargo, debido a que los HJF tienen un promedio de miembros menor a los de jefatura masculina, el ingreso per cápita es mayor en los HJF (42% mayor en el primer estrato de salario mínimo).

Los HJF tienen un porcentaje mayor de miembros de 12 años y más, desocupados, pensionados o jubilados y dedicados a otra actividad no económica. Además, las jefas tienden a tener horarios de trabajo menos extensos que los de los jefes: de cada 100 jefas ocupadas, 36 trabajan menos de 35 horas a la semana. Tanto en zonas rurales como urbanas, la mayoría de las jefas que trabajan también realizan el quehacer doméstico y le dedican de 39 (rural) a 44 (urbana) horas semanales.

Con respecto a la propiedad de la vivienda, la situación es similar para jefes y jefas. Las viviendas de los HJF son propias en 67.6% de los casos; en cuanto a los jefes, son propias 68.5%.

La tendencia a conformar HJF de estructura extensa sigue vigente: 34.7% presentan esta característica. Esta respuesta doméstica puede estar asociada con una estrategia de sobrevivencia. En lo referente a ocupación, las jefas se concentran en aquellas que no requieren calificación y son de baja remuneración, pero según los datos en la misma situación están los jefes, sobre todo en zonas rurales. El porcentaje de perceptores es mayor en los HJF y hay un menor número de dependientes.

El documento concluye que la jefatura femenina no reduce el bienestar de los hijos y se señalan algunos datos interesantes: las jefas gastan más en proteínas de origen animal y en educación y menos en recreación. La

asistencia escolar de las niñas es un poco mayor en los HJF, pero el nivel de instrucción de los miembros del hogar es ligeramente mayor en los HJM. En salud, las jefas gastan menos que los jefes. Los HJF dedican casi la mitad de su gasto en vivienda, al pago de energía eléctrica y combustibles, y esto es más extremo en el caso de las jefas rurales. En los HJF se otorga más importancia a los bienes de primera necesidad, como el refrigerador, estufa y calentador de agua. El teléfono (asociado al mantenimiento de los vínculos sociales) se encuentra en una proporción de cuatro a uno en los HJF con respecto a los de jefatura masculina. Por último, la variable rural-urbano sigue siendo central para el análisis de las condiciones de vida de los hogares y muestra una situación de mayor desventaja en el caso de los rurales.

De acuerdo con el XII Censo general de población y vivienda 2000 (INEGI, 2003), Jalisco presenta 20.8% de HJF, precedido solo por el Distrito Federal (25.8%) y Michoacán de Ocampo (21.4%); el porcentaje nacional es de 20.6%. En Jalisco, tres de cada diez jefas son mayores de 60 años; este dato tiene que ver con la esperanza de vida femenina y con que las mujeres tienden a no contraer segundas nupcias una vez separadas, divorciadas o viudas. En los HJF familiares, 59.6% son nucleares y 38.3% son ampliados, mientras que la proporción de HJM ampliados apenas llega a 18.2%; 26.0% de los HJF no recibe ingresos por concepto de trabajo, dato que coincide con el reporte sobre HJF en el país (INEGI, 2005). Solo 6.2% de los HJF reporta ingresos superiores a diez salarios mínimos, en tanto que en el caso de los HJM asciende a 12.0%. Con respecto al promedio de miembros por vivienda, en el caso de los HJF es de 3.6 y en los HJM de 4.7 miembros. Asimismo, la proporción de hogares unipersonales es mayor en el caso de las mujeres jefas (INEGI, 2003).

Estas tendencias señalan una presencia cada vez mayor de los HJF tanto en áreas rurales como urbanas, siendo en estas últimas mayor el porcentaje. Destaca también la caracterización sobre estos hogares que se presenta en el documento “Hogares con jefatura femenina” (INEGI, 2005), donde se señalan aspectos sin desventaja con respecto a estas organizaciones familiares que será de suma importancia puedan ser rastreados y analizados a partir de estudios cualitativos.

## Pobreza y estrategias de sobrevivencia

Chalita (1994) ha revisado las prácticas que realizan los miembros de unidades domésticas encabezadas por una mujer, a fin de asegurarse su reproducción material. La población estudiada son grupos familiares de la periferia urbana, que operan bajo una economía semisalarial, donde los recursos en especie y las redes de intercambio entre las familias son parte importante de las alternativas para la sobrevivencia del grupo doméstico.

Las estrategias de sobrevivencia familiar son definidas por la autora como la ruta por medio de la cual se logran y combinan diversas clases de recursos urbanos para asegurar la reproducción material de la familia, es decir, la suma total de comportamientos a nivel familiar orientados a la satisfacción de las necesidades básicas de cada uno de sus miembros. Chalita expone algunas de las estrategias más utilizadas por este tipo de hogares y enfatiza la importancia que tiene la composición familiar específica y la etapa del ciclo vital familiar (elementos planteados y construidos con anterioridad por González de la Rocha, 1986 y 1988) para la utilización de estrategias específicas y su éxito o fracaso en el bienestar del grupo familiar:

- La incorporación de salarios adicionales alternativos, sobre todo masculinos. Esto contrasta con lo encontrado por González de la Rocha (1999c), a partir de los datos y análisis de Cortés y Rubalcava (1995), donde los ingresos combinados con predominio femenino en la actualidad parecen ser la mejor manera de no ubicarse entre los hogares más pobres del país. Sin embargo, la existencia de más de un perceptor por hogar es un factor reconocido por varios autores como una medida exitosa para hacer frente a la situación de pobreza. Por su parte, Muñiz y Rubalcava (1996) consideran que en los hogares donde el principal aportante es la mujer, el ingreso per cápita tiende a ser más alto, pero el ingreso por perceptor tiende a ser menor, en comparación con los hogares donde el aportante principal es el hombre. Sobre la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, García y De Oliveira (1994) consideran que las mujeres desarrollan múltiples

estrategias para combinar la maternidad y el trabajo, buscan trabajos compatibles que presenten flexibilidad de horario, a corta distancia del hogar, y utilizan el apoyo de familiares, amigos y vecinos.

- La presencia de otras mujeres capaces de asumir los papeles reproductivos y comunitarios, lo que permite a la jefa de hogar desempeñar actividades remuneradas que impliquen tiempo completo. Es común que las hijas mayores, las abuelas u otros parientes femeninos se hagan cargo de las tareas domésticas, con mayor o menor eficiencia, para permitir la incorporación de la madre jefa de hogar al mercado de trabajo. Esta estrategia tiene también sus costos, ya que muchas mujeres jóvenes dejan sus estudios para asumir el rol de madres y sustituir a sus progenitoras en actividades de gestión comunitaria. Por otro lado, la calidad de atención hacia los niños tiende a ser pobre, ya que muchas de estas jóvenes mujeres no cuentan con la capacitación ni la edad necesaria para llevar a cabo este tipo de tareas. Florinda Riquer (1996b) ha realizado varios estudios en hogares de escasos recursos de la ciudad de México, muchos de ellos de origen rural. Sus hallazgos indican que a partir de los nueve o diez años de edad las hijas (sobre todo las primogénitas) empiezan a realizar tareas maternas.
- La incorporación de las hijas jóvenes al mercado de trabajo, ya que en muchos casos ellas tienen un mayor acceso al sector formal de empleo, lo que implica mayores salarios y prestaciones importantes, como el seguro médico. Sobre este punto, Riquer (1996b) considera que cuando los recursos con los que se cuenta en la unidad doméstica no son suficientes, son las hijas, antes que los hijos, las enviadas en búsqueda de empleo remunerado y en muchas ocasiones esta alternativa se inicia a edades muy tempranas (entre los 12 y los 15 años); así, muchas niñas pasan a ser adultas sin intermediar la etapa sociocultural de la adolescencia. Para Muñiz y Rubalcava (1996) los hogares donde el aportante principal es una mujer presentan un índice más elevado de niños que no asisten a la escuela y de niños que trabajan; se observan también diferencias en este comportamiento de acuerdo con el sexo de los niños.

- En hogares que se encuentran en etapas avanzadas del ciclo vital, las jefas de familia buscan el apoyo para el sostenimiento del hogar y la realización de las tareas domésticas tanto en las hijas y los hijos como en las nueras y los yernos. De alguna manera, invertir en la educación y el matrimonio de los hijos puede ser una estrategia que en el corto o mediano plazos favorece la sobrevivencia familiar. Un factor asociado con el bienestar de la familia tiene que ver también con el número de dependientes; las familias en etapas tempranas del ciclo vital, con hijos pequeños, tienden a experimentar una carga importante debido al alto número de dependientes, aquí los apoyos con los parientes y otras familias suelen ser muy importantes.

Para Chalita, a diferencia de Chant (1997) y González de la Rocha (1999c), en los HJF existen factores que tienden a generar la reproducción de la pobreza y pueden promover la desigualdad de género:

- Alternativas de baja calidad para el cuidado de los hijos en los casos de las mujeres que trabajan. Muchos de estos niños permanecen solos en su casa, en algunas ocasiones amarrados, o deambulan por las calles sin ningún tipo de vigilancia. Además, en el caso de las madres *sustitutas*, la calidad de la atención tiende a ser pobre. Sobre este punto, Riquer (1996a) realizó un estudio en la ciudad de México a fin de conocer los mecanismos para el cuidado de menores de cinco años que se implementan en hogares de bajos ingresos, cuando las madres trabajan de manera remunerada. Elaboró una clasificación de las unidades domésticas de acuerdo con la edad de la madre (indicador del ciclo vital femenino) y la del hijo mayor (indicador de la etapa del ciclo doméstico). En la unidad nuclear tipo II, recuperó la experiencia de madres que han criado solas a sus hijos y con una red de apoyo familiar y social débil. En ellas encontró que se autodefinen como madres solteras, madres solas o madres abandonadas. Las estrategias utilizadas por estas mujeres para combinar el empleo fuera de casa con el cuidado de sus hijos (sobre todo con menores de tres años)

fueron: cambiar de empleo por uno donde se les permitiera llevar a sus hijos con ellas o contratar a otra mujer para cuidarlos. Esta última opción consiste en ofrecerle empleo a una mujer de su mismo pueblo de origen y darle una remuneración menor al salario mínimo, casa y comida. Estas cuidadoras suelen tener entre 13 y 15 años de edad. Las mujeres madres reportaron haber encontrado lesiones menores en sus hijos cuando los dejan al cuidado de estas jóvenes, debido a comportamientos de negligencia, por lo que algunas de ellas han preferido dejar solos a sus hijos, encerrados y tomando las medidas de seguridad posibles, como las llaves del gas cerradas, los cubiertos escondidos, los jabones y detergentes aparte, etcétera.

- La presencia de una menor dedicación a la educación de las hijas.
- La “desintegración moral”, sobre todo de los hijos, que resulta de la falta de atención de parientes, en especial del padre.

Además, Chalita recupera algunos factores en los HJF que pueden influir de manera positiva para combatir la pobreza (abordados también por Chant, 1988 y 1997, y González de la Rocha, 1988 y 1999c): el primero se relaciona con que las mujeres de estos hogares, principalmente las jefas, dedican la mayor parte o el total de sus ingresos a la subsistencia familiar, variable que en los HJM muestra un comportamiento diferente; los jefes de hogar tienden a quedarse con una parte significativa del ingreso que reciben a cambio de su trabajo. La segunda variable, en coincidencia también con Acosta (1995), se refiere a que en los HJF, los índices de violencia y abuso en general son menores en comparación con los HJM. La tercera se refiere a la promoción de modelos creativos y activos por parte de las madres hacia sus hijas, quienes tienen la oportunidad de asimilar, interiorizar y proyectar para sus comportamientos futuros nuevas maneras de ser madres, en las que la iniciativa y confianza en sí mismas son muy importantes. Para Chant (1997), en los HJF, los niños pueden estar menos traumatizados al crecer con sus madres solas que en hogares donde sus padres tienen relaciones conflictivas. Las investigaciones de campo sugieren que los logros de los



hijos, sobre todo en el campo educativo y laboral, pueden ser significativos en unidades dirigidas a largo plazo por mujeres, y esto es especialmente notorio en las hijas.

Con respecto a la utilización de las redes sociales como otra estrategia de sobrevivencia en familias de sectores en extrema pobreza, Raimundo Abello, Camilo Madariaga y Olga Lucía Hoyos (1997) confirman los hallazgos de Larissa Adler de Lomnitz (1975 y 1994). Los autores encontraron que las redes familiares existentes en este tipo de población presentan tres aspectos en común: la consanguinidad, la proximidad física y la confianza. Los tipos de ayuda son principalmente préstamos, regalos, intercambios, la mayoría de ellos en especie (comida y ropa), que se incrementan de manera considerable cuando ocurren eventos como muertes, enfermedades o nacimientos. Las remesas y ayudas de dinero que llegan desde los familiares migrantes también son un factor importante para la sobrevivencia de estos grupos domésticos.

En contraste con el estudio anterior, en una investigación realizada por Clara Eugenia Salazar (1996), enfocada a analizar las relaciones que establecen las mujeres adultas (jefas de hogar o esposas del jefe de familia) de los hogares populares que habitan en la periferia de la ciudad de México con personas o grupos externos a la unidad doméstica propia, encontró evidencia importante de que en estos hogares hay una extrema carencia de redes de apoyo y solidaridad entre vecinos, parientes y amigos, característica exaltada en diversas investigaciones como estrategia fundamental de sobrevivencia. Para la autora, el proceso de empobrecimiento de las redes sociales en este tipo de población se vincula con que la gran mayoría de estas mujeres —jefas y no jefas— forma parte de grupos con alta migración interna (familias procedentes de zonas rurales que emigran a las zonas urbanas en búsqueda de mejores oportunidades y que tienen pocas relaciones y vínculos con el nuevo espacio de residencia). Además, este tipo de colonias está en proceso de consolidación urbana, lo que influye en la presencia de una alta población flotante que hace más difícil la posibilidad de establecer vínculos duraderos.

## Participación económica femenina y pobreza urbana

No se puede valorar adecuadamente la contribución que representa el trabajo de la mujer si no comprendemos el papel económico esencial que ella tiene al interior de la familia y los beneficios desproporcionados que de ella obtienen las familias. Las relaciones familiares contribuyen al empobrecimiento de la mujer (Buvinic y Bruce 1998: 15).

Mayra Buvinic y Judith Bruce (1998) enfatizan el hecho de la invisibilidad del trabajo femenino al interior del hogar y el escaso o nulo control que las mujeres tienen de sus ingresos al participar en el mercado de trabajo, donde la prioridad es siempre la familia. Plantean también el hecho de que casi cualquier mujer, en cualquier tipo de organización familiar, funciona como “madre sola”, ya que la carga es mucho mayor para ella en cuanto a trabajo doméstico, cuidado de los hijos y aun en aspectos financieros, información que puede ser respaldada por los análisis expuestos por el INEGI (2005), en donde se señala el número de horas de trabajo doméstico de las jefas con respecto a los jefes (43 horas y 12 horas semanales, respectivamente). Para Buvinic y Bruce, muchas mujeres son madres solas de facto, aun cuando el hombre esté presente y genere ingresos. El bienestar de la mujer está profundamente enraizado en términos socioculturales, en el compromiso que ella tiene con sus hijos. De alguna manera, pensar en el bienestar de la mujer implica pensar en el de los hijos. En este sentido, entender la participación económica de la mujer en el sector formal o informal, sobre todo en poblaciones pobres, requiere reconocer y valorar la intensidad del vínculo que la madre tiene para con sus hijos y el bienestar de los mismos.

La prevalencia del trabajo extradoméstico femenino en sectores populares parece no estar asociada con un cambio favorable en la posición de la mujer con respecto a su pareja. Según De Oliveira (1998), cuando las esposas reciben ingresos similares o mayores a los de la pareja, el hombre puede sentir amenazada su masculinidad, su papel de proveedor único o principal al hogar y, en estas situaciones, las relaciones familiares tienden a ser más opresivas para las mujeres. En los hogares pobres, los cambios en

las relaciones de género han sido muy lentos. Muchas mujeres consideran que su aportación económica al hogar no es esencial, aun cuando en verdad lo sea, y en el mismo discurso femenino siguen considerando a sus maridos como los responsables del gasto familiar.

Según García (1998), el aumento en el número de perceptores de ingreso al hogar, acentuado en el incremento de la participación económica femenina, ha sido percibido por diversos estudiosos como un mecanismo de sobrevivencia importante; sin embargo, la autora afirma que la mejoría en términos generales del hogar no implica un mayor bienestar en cada uno de los individuos que lo componen. Esta reflexión remite sobre todo al alto costo en la salud y bienestar femenino cuando se vive cotidianamente la doble jornada. Acosta (1998) considera el trabajo extradoméstico femenino como una actividad fundamental en los procesos de construcción de identidad de las mujeres como jefas de hogar, ya que les permite la transición de madres-esposas a madres-trabajadoras. Según este autor, las jefas son ante todo madres, rol que da sentido y orientación a su vida y quehacer cotidiano. Para Riquer (1996a), este tipo de mujeres ha privilegiado la maternidad frente a la conyugalidad.

### **Los quehaceres del hogar y el cuidado de los hijos: avances y resistencias en la transformación de los roles de género tradicionales**

Autores como De Oliveira (1998), Rodríguez (1997), García (1998), De Oliveira y Ariza (2000), Salles (2001), García y De Oliveira (2006) y Pedrero Nieto (2005), consideran que esta dimensión es en especial resistente a cambios en el corto plazo, tanto en lo que se refiere a una división más equitativa de las labores domésticas como a las tareas propias de la crianza de los hijos. Diversos estudios muestran la escasa participación de los hombres en estas actividades, que siguen siendo percibidas como *femeninas* (véase INEGI, 2005).

Las mujeres mexicanas de mayor edad y, sobre todo, de sectores populares se consideran responsables del trabajo en el hogar y perciben a la pareja como el responsable de la manutención de la familia. Las mujeres jóvenes

trabajadoras ejercen mayor presión sobre los hombres para que participen en las tareas del hogar, a diferencia de las que no desarrollan actividades extradomésticas. Sin embargo, los hombres siguen considerando su participación en lo doméstico como una *ayuda* y no un compromiso que hay que compartir de manera equitativa (De Oliveira, 1998).

Según De Oliveira (1998), en los sectores populares se presenta una reafirmación en términos discursivos de los roles tradicionales de pareja. Al parecer, aun cuando en la práctica más de la mitad de los hogares en México ya no son sostenidos solo por el varón y la participación económica de las mujeres es cada vez más evidente, el discurso que mantiene al hombre como proveedor y a la mujer en las tareas propias del hogar continúa vigente. Esta situación de incongruencia entre lo que se piensa y lo que se hace, genera sentimientos de frustración e impotencia en muchos hombres, lo que al final favorece el incremento en los índices de violencia al interior de los hogares o el abandono total o parcial de las responsabilidades del hombre hacia su familia. Esto señala el largo camino que falta por recorrer para lograr un verdadero cambio en los valores y creencias sobre el papel de la mujer y el hombre en lo que respecta a la división del trabajo doméstico. El ámbito de lo íntimo, de las relaciones primarias que se crean y recrean en la familia, es uno de los espacios más resistente al cambio y a la transformación.

Sin embargo, García (1998) señala que incluso cuando en la pareja no se ha constatado una transformación en lo que respecta a la división del trabajo doméstico, sí existen algunos cambios en la manera de participar en los quehaceres del hogar entre los hijos y las hijas; además, las mujeres sí argumentan en su discurso, a diferencia de lo planteado con respecto a sus parejas, una participación más igualitaria de parte de sus hijos e hijas.

Las expectativas a corto plazo, sobre todo en hogares pobres, no permiten elaborar formulaciones optimistas. La situación de las mujeres permanece en seria desventaja con respecto a otros miembros de la familia, principalmente a los cónyuges. Asimismo, las posibilidades de uso de tiempo libre para las mujeres son escasas y de poca calidad, lo que tiende a deteriorar aún más su calidad de vida. Los ajustes continuos que han hecho en sus vidas para sacar adelante a sus familias, han generado situaciones de tensión y cansancio

crónico, ya que no cuentan con tiempo ni espacio para ocuparse de ellas mismas, relajarse y recrearse a través de diversas actividades placenteras. Sin embargo, para Matthew Gutmann (1999) sí es posible vislumbrar un proceso lento pero evidente de transformación en lo que respecta a las nuevas generaciones y su participación más equitativa, en términos de género, en las tareas domésticas y extradomésticas.

### **Características de los hogares pobres urbanos: caso Las Flores**

Se analizó una muestra formal de 60 hogares que se ubicaban en la colonia Las Flores. Esta muestra fue elegida de acuerdo con los resultados de una encuesta sociodemográfica aplicada en la zona, que cubrió 394 hogares.<sup>4</sup> Se calcula que durante el desarrollo de la investigación, en este asentamiento residían alrededor de 600 familias, por lo que se utilizó 10% como criterio para definir el tamaño de la muestra. El cuestionario utilizado se denomina: “Organización y funcionamiento de la unidad doméstica”,<sup>5</sup> y se aplicó a través de entrevistas semiestructuradas.<sup>6</sup>

Se analizaron los diferentes tipos de arreglos familiares tomando en cuenta el tipo de estructura familiar, la etapa del ciclo doméstico y el tipo de jefatura de hogar. Una vez caracterizados los diferentes escenarios familiares, se examinó la manera en que estos se componen en cuanto a número de miembros y sexo de los mismos. Posteriormente, se estudiaron las características económicas de los hogares, tomando en cuenta el ingreso per cápita por hogar, el promedio de perceptores por género y el índice de dependientes. Se analizaron las modalidades en cuanto a distribución del trabajo doméstico al interior de los hogares. A partir de esta plataforma de

4. La encuesta fue aplicada por las trabajadoras sociales del voluntariado de Banca Promex (ONG “Estamos Contigo”, en la actualidad), quienes reparten despensas mensuales a las familias más necesitadas de esta colonia.

5. El cuestionario se diseñó a partir de una encuesta sobre unidades domésticas elaborada González de la Rocha (s / f) y algunos indicadores propuestos en un estudio denominado “Los pobres explican la pobreza: el caso de Guatemala” (véase Enríquez Rosas, 2002a).

6. La unidad de análisis son los hogares y las informantes son las mujeres–madres que forman parte de estos 60 hogares.

información, se buscó dar contexto a las condiciones específicas en las que viven este tipo de hogares, de tal manera que sea posible iniciar la formulación de asociaciones entre los diferentes tipos de escenarios familiares encontrados y la influencia que estos puedan tener en las condiciones de vida familiares y en la situación emocional de las mujeres madres que en ellos residen, objetivo central de la investigación.

### *Antecedentes de las familias de Las Flores*

En cuanto al asentamiento, 70% de las 60 familias entrevistadas se establecieron entre 1994 y 1996; en 1995 se concentran la mayoría de los casos. Los hallazgos se relacionan con la intensificación de la crisis económica en el país alrededor de 1995, cuando muchas familias urbanas pobres que rentaban vivienda ya no contaron con los recursos para seguir solventando ese gasto.

Según las familias entrevistadas, los principales motivos fueron el contar con un terreno propio para la construcción de su vivienda y dejar de pagar rentas cada vez más altas. A pesar de que ninguna de las familias contaba con los papeles que legalicen la propiedad de la tierra, la mayoría de ellas se consideraba propietaria de la misma, la necesidad de contar con un espacio propio está *cubierta* y solo cuando se presentan las amenazas de desalojo se recrudece la posibilidad de perder su hogar.

Asimismo, se refirieron a la oportunidad que encontraron de que algún familiar o amistad les prestara un terreno o una vivienda donde residir sin pagar renta; para otras, fue la oportunidad de independizarse de sus familias de origen y evitar así los conflictos que venían viviendo al interior de las unidades domésticas extensas. En algunos casos, se reportó también el inicio de la unión de la pareja y de formación de la familia, o la ruptura de una relación de pareja. Con menor frecuencia, se encontró el caso de familias recién llegadas a la ciudad, originarias de localidades rurales. También, están presentes los motivos que reflejan una condición extrema de pobreza, donde Las Flores es visualizada como la única alternativa viable para tener un espacio donde seguir viviendo. Ejemplos de esto se ilustran con las siguientes citas: “por trabajo [ofrecimientos laborales]”, “por no tener

donde vivir”, “por enfermedad” (y las implicaciones económicas que esta tiene), “para que los hijos tengan un lugar donde estar”, “por la pérdida de la vivienda anterior”.

La mayoría de las familias entrevistadas reportó venir de diversas colonias del área metropolitana de Guadalajara, como Polanquito, Santa María, La Nueva Santa María, Guayabitos, Cerro del Cuatro, entre otras, y no indicó antecedentes inmediatos de migración interna. Se trata de organizaciones familiares urbanas pobres con varios años de residir en la ciudad, sobre todo en asentamientos irregulares de la periferia, que encontraron en Las Flores una alternativa para continuar su expansión.

De las 60 mujeres, 19 (31.7%) eran originarias de Guadalajara y 41 (68.3%), de diversos estados: el interior de Jalisco (19), Zacatecas (5), Michoacán (4), Aguascalientes (2), Baja California (2), Colima (2), Guanajuato (2), Coahuila (1), Nayarit (1), Hidalgo (1), Sinaloa (1) y Veracruz (1).

Las localidades no mostró una tendencia única, aunque muchas mujeres provienen de poblaciones pequeñas, son mínimos los casos que reportan un mismo lugar de origen. Una vez más surge la idea de organizaciones familiares que al asentarse en la ciudad van desmembrando sus nexos, en cuanto a zonas de residencia comunes o cercanas, ante las demandas propias de lo que implica ser pobre en una ciudad grande.

En este sentido es interesante conocer hasta qué punto, en qué condiciones y de qué maneras estas mujeres han mantenido sus redes de apoyo social con sus parientes y amistades tanto dentro de la ciudad como con sus lugares de origen. Además, se hizo necesario explorar las posibilidades que un asentamiento como Las Flores (en condiciones de extrema pobreza, con una diversidad clara de orígenes, formas y costumbres de vivir la cotidianidad, y con pocos años de formación) ofrece para la creación de redes de apoyo social que beneficien la vida de estas mujeres y sus familias.

El trabajo etnográfico permitió señalar que las características propias de este asentamiento dificultan la creación de redes de intercambio y reciprocidad; los sentimientos de desconfianza, sobre todo por la amenaza de perder lo poco que se tiene, crean enemistades y dividen fuertemente a las familias. Aunado a esto, las situaciones de inseguridad y violencia que

**Cuadro 2.1**  
**Composición de los hogares por rangos de edad y sexo**

Rangos de edad	Mujeres	Hombres	Total
Infancia (0–12 años)	1.22	1.07	2.28
Adolescencia (13–18 años)	0.45	0.27	0.72
Juventud (19–25 años)	0.32	0.32	0.63
Adulthood temprana (26–45 años)	0.65	0.55	1.20
Adulthood madura (46–65 años)	0.23	0.22	0.45
Vejez (más de 65 años)	0.08	0.08	0.17
Promedios totales	2.95	2.50	5.45

se respiran cada día en la colonia mantienen a las familias resguardadas en sus hogares, donde la preocupación principal está en contar con una puerta y construir una barda que los proteja de los otros. Salazar (1996) reporta características similares en los asentamientos estudiados en la periferia de la ciudad de México: las redes sociales están empobrecidas tanto con parientes como con amigos y vecinos. Un factor asociado a esta condición es el tiempo reciente de creación de estos asentamientos, pero no existe una relación causal en este sentido, ya que interviene una serie de condiciones que no pueden quedar al margen, como las condiciones e implicaciones propias de vivir en un asentamiento irregular, las historias diversas de los pobladores que emigran a estos espacios y la situación permanente de incertidumbre e inseguridad sobre la propiedad.

### *¿Cómo son los hogares de Las Flores?*

El incremento de población femenina está ubicado sobre todo en las etapas de la infancia y la adolescencia. Además, en estos rangos de edad se ubican tres de los miembros del hogar (véase el cuadro 2.1). Esto habla de hogares en promedio jóvenes, en etapa principalmente de expansión, donde el



**Cuadro 2.2**  
**Composición de los hogares por sexo y estructura familiar**

	Mujeres	Hombres	Total
Total de hogares (60)	2.95	2.50	5.45
Hogares nucleares (42)	2.50	1.92	4.43
Hogares extensos (18)	4.01	3.82	7.83

número de dependientes tiende a ser mayor que el número de perceptores, lo que puede ubicarlos en condiciones de mayor pobreza y vulnerabilidad (González de la Rocha, 1986 y 1994, entre otros). Por otro lado, las mujeres madres de estas familias, enfrentan las demandas propias de tener hijos pequeños, lo que, aunado a las condiciones extremas en las que viven, puede ser un factor importante asociado con las condiciones de malestar que ellas experimentan en su cotidianidad.

Se analizó también la composición de los hogares a partir del tipo de estructura familiar (véase el cuadro 2.2). Las unidades nucleares equivalen a 70% de la muestra y las extensas incluyen el 30% restante. Se destaca la diferencia entre el número de miembros por hogar, que refiere a por lo menos tres miembros a favor de las unidades extensas. La estructura nuclear de los hogares tiene formas de organización diversas, entre las que destacan los HJF. La formación de unidades extensas como mecanismo exitoso para hacer frente a las condiciones de pobreza (Selby *et al*, 1994) es una idea a tratar en este estudio, ya que la situación inherente a la pobreza urbana juega un factor determinante en el comportamiento familiar. En el contexto de las grandes ciudades, mantener activos los lazos de parentesco a través de la residencia compartida o cercana geográficamente es en muchos casos imposible. Vivir en una ciudad implica rupturas, ajustes y reacomodos en lo familiar, que favorecen el aglutinamiento de las unidades nucleares y la dispersión de las unidades extensas. Lucía Bazán (1998) considera que, ante las crisis económicas enfrentadas en el país en los últimos años, la familia

**Cuadro 2.3**  
**Composición de los hogares por sexo y ciclo doméstico**

Ciclo doméstico	Mujeres	Hombres	Total
Expansión (24 hogares)	2.79	2.50	5.29
Consolidación(16 hogares)	3.13	2.56	5.69
Dispersión (20 hogares)	3.00	2.45	5.45

extensa cedió su lugar a la familia nuclear y en esta última se crean y recrean los últimos recursos existentes para enfrentar la precariedad y evitar, en lo posible, la descomposición familiar.

Con respecto a la etapa del ciclo doméstico, esta se ubicó a partir de la edad del hijo mayor y las características laborales de la unidad doméstica.<sup>7</sup> Al explorar la composición de los hogares de acuerdo con este ciclo (véase el cuadro 2.3), se observa que la etapa de expansión agrupa el mayor número de hogares (40%). La evidencia muestra la importancia de comprender la diversidad de arreglos familiares tanto a nivel de su estructura como de su ubicación en el tiempo; las implicaciones y demandas son diferentes y exigen aproximaciones específicas por parte de aquellos que intervienen en este tipo de población.

Se encuentra una relación entre las características propias de la conformación de los hogares de acuerdo con la etapa del ciclo y la participación laboral de las madres. En la etapa de expansión el número de mujeres que se dedican solo a tareas propias del hogar asciende a 12, de 24 mujeres en total: mientras 50% son amas de casa, el otro 50% participa sobre todo en el mercado de trabajo informal. En la etapa de consolidación las cifras se incrementan: 11 de las 16 mujeres trabajan (68.8%). En la fase de dispersión 9 de las 20 mujeres realizan una actividad económica (45%).

7. Para la edad del hijo mayor, los rangos utilizados fueron: 0–12 años, hijos pequeños y etapa de expansión; 13–18 años, hijos adolescentes y etapa de consolidación; 19–25 años, hijos jóvenes y etapa de dispersión.

La evidencia confirma lo encontrado en otros estudios que señalan la participación económica mayor de las madres durante etapas de consolidación (González de la Rocha, 1986, por ejemplo). Sin embargo, en la muestra seleccionada por lo menos la mitad de las mujeres que viven en hogares en expansión se encuentra trabajando y los hogares a los que pertenecen presentan una estructura predominantemente nuclear; en este sentido, las condiciones de pobreza en las que viven estas familias han orillado a muchas mujeres, aun con hijos pequeños, a salir a trabajar y contrarrestar de alguna manera los efectos de la precariedad que enfrentan día a día (García y De Oliveira, 1994). Estas condiciones de sobrecarga son precursores importantes asociados a los niveles de malestar en este tipo de población (Burín, Moncarz y Velázquez, 1991).

La evidencia coincide con lo expuesto por García (1998) en cuanto a la escasa relación entre las estrategias de sobrevivencia, tales como la salida de la madre a trabajar, y los niveles de bienestar individual mayores. El trabajo femenino es uno de los recursos que ha mantenido a flote a muchos hogares pobres urbanos y es también un punto de confrontación cotidiana con las formas de relación tradicionales entre los géneros y las generaciones al interior del grupo familiar.

Con respecto a la composición de los hogares de acuerdo con tipo de jefatura, se encontraron 11 HJF, que equivalen a 18.33%. En cuanto a las jefas económicas, 23.3% de los hogares donde sí se encuentra presente la pareja está siendo sostenido principalmente por las mujeres. Este dato refiere un número importante de escenarios familiares donde por diversas razones la mujer ha asumido el papel principal de proveedora de ingresos para su sostenimiento. En este sentido, las condiciones específicas de estas familias no marcan una desviación sutil con respecto al resto de los hogares sino un patrón importante y sugerente acerca de cuál es la dinámica y los ajustes al interior de estas unidades para enfrentar las condiciones de pobreza extrema.

Se puede observar que el promedio de número de miembros tiende a ser menor en el caso de los hogares de jefatura femenina (véase el cuadro 2.4). Esta información coincide con lo encontrado por la mayoría de los autores

**Cuadro 2.4**  
**Composición de los hogares por tipo de jefatura**

<b>Jefatura femenina: mujeres sin pareja</b>			
	Mujeres	Hombres	Total
Separadas (3 casos)	3.01	1.66	4.67
Viudas (6 casos)	2.49	1.14	3.63
Madres solteras (2 casos)	4.00	3.50	7.50
<b>Jefatura económica</b>			
Mujeres con pareja y jefas económicas (14 casos)	2.71	1.93	4.64
Mujeres con pareja y no jefas económicas (35 casos)	3.06	2.97	6.03

Promedio de miembros en HJF: 5.26.

(Acosta, 1994; García, Muñoz y De Oliveira, 1982; INEGI, 2002, 2003 y 2005). En las unidades de jefatura femenina hay más mujeres que hombres, quizá debido a que varias de estas mujeres—madres y jefas integran en sus hogares a otros miembros parientes femeninos para resolver en conjunto las demandas propias de la unidad doméstica (González de la Rocha, 1999c; Acosta, 1998, e INEGI, 2005).

Los hogares de mujeres jefas económicas caen por debajo del promedio de número de miembros por hogar del total de la muestra (5.45). Además, la concentración de menores de edad tiende a ser más baja con respecto al resto de los hogares de mujeres con pareja. Tomando en cuenta el sexo de los integrantes, se puede observar que el predominio es femenino. Otro elemento importante es que la mayoría de estos hogares son nucleares (diez de 14), lo que puede indicar que existen menos alternativas para las mujeres de poder contar con otros miembros, emparentados o no, jóvenes o adultos, que puedan aportar para la subsistencia familiar.

Este contexto familiar puede favorecer relaciones familiares en tensión. Por un lado, la mujer parece contar con menos demandas en cuanto a cuidado

de hijos pequeños, lo que le permite involucrarse en una actividad laboral; por otro, se trata sobre todo de unidades nucleares donde las redes de apoyo familiar para las tareas domésticas tienden a ser pobres y son espacios sociales que pueden llevar a relaciones en conflicto con la pareja debido a la falta o menor aportación económica del hombre para el mantenimiento del hogar. Autoras como García y De Oliveira (1994), García (1998) y De Oliveira (1998), han planteado que en este tipo de arreglos familiares el dominio masculino se ejerce principalmente mediante la violencia física y emocional, como una estrategia para mantener su poder. Por su parte, Kazzman (1992) sugiere que las dificultades para mantener el rol de proveedores únicos en los hombres provocan la pérdida de autovaloración masculina y desestabilizan el sistema familiar tradicional. Este espacio de confrontación cotidiana entre géneros, exacerbado por la indiscutible función del trabajo femenino en la sobrevivencia familiar, puede ser un campo fértil para la negociación y la transformación de las relaciones domésticas tradicionales. Los procesos de empoderamiento femenino no están libres de conflicto y es justo en este último donde se gestan de manera gradual las pequeñas transformaciones domésticas.

En cuanto a las mujeres separadas, González de la Rocha (1999) y Chant (1997) han encontrado relaciones de mayor cooperación, equidad y armonía entre los miembros en las unidades familiares conformadas por ellas. La evidencia señala que estos hogares pueden contar con más miembros para insertarse al mercado de trabajo, ya que se encuentran sobre todo en etapas de consolidación y dispersión.

Con respecto a las viudas, de los casos estudiados existen dos de mujeres que viven solas, dos que pertenecen a organizaciones nucleares y dos más en unidades extensas. Llama la atención la diversidad de arreglos familiares en que se encuentran estas mujeres. Esta variedad de escenarios familiares en contextos de pobreza urbana extrema puede ser leída como la flexibilización de las estructuras domésticas en etapas de dispersión, pero también como una mayor vulnerabilidad de las organizaciones familiares ante los procesos de envejecimiento de sus miembros.

El trabajo etnográfico realizado en la zona advierte sobre las condiciones de vulnerabilidad tanto social como económica en que se encuentran las mujeres viudas y ancianas que viven solas; los problemas de salud propios de la edad, asociados a situaciones de aislamiento social, y la falta de recursos económicos, las hacen más proclives a condiciones de malestar físico y emocional. Las viudas que residen en organizaciones extensas se encuentran la mayoría de las veces a cargo del cuidado de los nietos; algunas que viven solas reciben a los nietos durante el día, mientras las madres trabajan. Esta relación recíproca tiene un efecto de protección y de desgaste en estas mujeres: cuidar de los nietos favorece la inserción activa en la red familiar, pero al mismo tiempo tiene un costo emocional y físico en las posibilidades de descanso y cuidado de la salud.

En el caso de las madres solteras, el promedio de número de miembros es mayor al encontrado en el total de la muestra (7.50 contra 5.45). Se trata principalmente de organizaciones extensas donde la mujer forma parte de un sistema familiar mayor que la incluye y al que se subordina por su condición misma. Estas mujeres viven relaciones tanto de género como entre generaciones muy específicas y de una inmensa complejidad; su situación las convierte en un blanco fácil para fricciones familiares que pueden llegar a deteriorar seriamente su calidad de vida y la de sus hijos. El caso de Catalina muestra las formas asimétricas en que se construye la *solidaridad* familiar:

Catalina es madre soltera, tiene 28 años y dos hijas [de nueve y cuatro años] cada una de diferente padre. Catalina vive con su familia de origen en Las Flores. Esta unidad extensa está compuesta por el padre de Catalina, un hermano y una hermana solteros, y Catalina y sus hijas. La madre de Catalina murió hace más de diez años. Catalina comenta: “Y aunque mis hermanos trabajan, aquí la que tiene que dar para el gasto soy yo [los hermanos no aportan para el sostenimiento de la unidad, ellos utilizan sus ingresos para gastos personales] ellos dicen que ando de arrimada y que por andarme revolcando con hombres ahora me toca pagarla”. Catalina trabaja como obrera y cambia de turno cada 15 días [diurno, vespertino y nocturno] Ella está angustiada porque cree estar

nuevamente embarazada de un hombre casado que vive a unas cuerdas de su casa y que no tiene interés en formar una familia con Catalina. Ella tiene el deseo de independizarse de su familia de origen, rentar un cuarto y llevarse a sus dos hijas con ella (diario de campo, mayo de 1998).

### *Configuraciones familiares y condiciones materiales de vida: más allá del mito de la homogeneidad de la pobreza*

Para continuar con la caracterización de los hogares, se analizó el promedio de ingresos per cápita, el promedio de perceptores femeninos y masculinos y el promedio de dependientes, tomando en cuenta los ejes de estructura familiar, ciclo doméstico y tipo de jefatura (véase el cuadro 2.5), con el objetivo de conocer cuáles son las estrategias en cuanto a número y sexo de perceptores, para que los hogares se ubiquen en mayor o menor pobreza. Para conocer con mayor detalle la manera en que se comportaban los diferentes tipos de arreglos familiares en la dimensión económica, se desagregó el total de hogares a partir del tipo de estructura familiar y la etapa del ciclo doméstico.

Según los datos tomados a finales de 1998 en el total de hogares (60), el ingreso per cápita promedio fue de \$1,413.93 pesos mensuales; el índice de dependientes ascendió a 3.47 miembros, y el promedio de perceptores femeninos y masculinos fue de 1.31 y 1.48, respectivamente. Esta información confirma la alta participación económica de las mujeres para atraer ingresos a sus hogares: la diferencia entre perceptores femeninos y masculinos es baja en comparación con otros sectores de la sociedad. Al parecer, la combinación de ingresos tanto femeninos como masculinos es una de las estrategias utilizada en la mayoría de los hogares estudiados para hacer frente a la situación de precariedad económica (Cortés y Rubalcava, 1995, y González de la Rocha, 1999c).

En todos los arreglos familiares analizados existen perceptores femeninos y masculinos. Es evidente que una de las estrategias para subsistir es la incorporación de más miembros de la unidad al mercado de trabajo. Autores como García (1998), De Oliveira (1998), Chalita (1994), Cortés y

**Cuadro 2.5**  
**Ingreso mensual promedio per cápita y promedio de perceptores**  
**por sexo en los hogares según estructura familiar y ciclo doméstico**

Etapa del ciclo doméstico	Datos (promedio)	Estructura familiar		Total general
		Extensa	Nuclear	
Consolidación	Ingreso per cápita	\$615.83	\$273.94	\$316.68
	Mujeres*	1.00	1.22	1.18
	Hombres	2.50	1.29	1.44
	Dependientes	3.00	3.64	3.56
Dispersión	Ingreso per cápita	\$460.70	\$307.26	\$407.00
	Mujeres	1.75	1.33	1.57
	Hombres	2.40	1.00	2.08
	Dependientes	4.31	0.57	3.00
Expansión	Ingreso per cápita	\$312.59	\$509.11	\$484.55
	Mujeres	1.33	1.00	1.10
	Hombres	2.33	1.00	1.17
	Dependientes	9.00	3.05	3.79
Total promedio de ingreso per cápita		\$453.25	\$397.08	\$413.93
Total promedio de mujeres		1.54	1.18	1.31
Total promedio de hombres		2.40	1.11	1.48
Total promedio de dependientes		4.94	2.83	3.47

\* Los promedios de hombres y mujeres se refieren a los promedios de percepciones de ingresos por sexo.

Rubalcava (1995) y González de la Rocha (1999c) han dado cuenta de esto en diferentes investigaciones sobre sectores populares, en estudios locales, regionales y nacionales.

La evidencia señala que los hogares con predominio de perceptores masculinos se ubican entre los menos pobres. Asimismo, las unidades extensas parecen resolver de mejor manera su situación económica.

El promedio de dependientes es menor en los hogares que se encuentran en etapa de consolidación con respecto a aquellos en etapas de expansión y dispersión. Esta diferencia se encuentra presente en las unidades domésticas extensas. González de la Rocha (1986) señala como una de las características principales de los hogares en consolidación, el incremento



**Cuadro 2.6**  
**Ingreso mensual promedio per cápita y promedio de perceptores**  
**por sexo en los hogares según tipo de jefatura**

Tipo de jefatura	Datos (promedio)	Total
	Ingreso per cápita	\$586.37
	Mujeres*	1.50
Mujeres con pareja y jefas económicas	Hombres	1.45
	Dependientes	2.21
	Ingreso per cápita	\$420.87
Mujeres con pareja y no jefas económicas	Mujeres	1.12
	Hombres	1.54
	Dependientes	4.06
	Ingreso per cápita	\$62.98
Jefatura femenina: viudas	Mujeres	1.67
	Hombres	2.00
	Dependientes	2.50
	Ingreso per cápita	\$169.17
Jefatura femenina: madres solteras	Mujeres	1.00
	Hombres	1.00
	Dependientes	5.50
	Ingreso per cápita	\$393.33
Jefatura femenina: separadas	Mujeres	2.00
	Hombres	1.00
	Dependientes	3.00
Total promedio de ingreso per cápita		\$413.93
Total promedio de mujeres		1.31
Total promedio de hombres		1.48
Total promedio de dependientes		3.47

\* Los promedios de hombres y mujeres se refieren a los promedios de percepciones en el hogar por sexo.

de miembros que participan de manera activa en el mercado laboral y, por tanto, la disminución del índice de miembros dependientes.

Se analizó también el ingreso per cápita y el promedio de perceptores de acuerdo con el tipo de jefatura (véase el cuadro 2.6). La participación activa de las mujeres en el mercado de trabajo y como responsables económicas principales del hogar marca una diferencia importante: se sitúan por encima de las mujeres con pareja donde el responsable económico principal es el

hombre. Estos hogares se encuentran mejor en términos económicos, pero dudosamente pasa lo mismo en términos de las relaciones de género a su interior, sobre todo con la pareja. Autores como De Oliveira (1998), García (1998) y Acosta (1998) señalan posibles situaciones de mayor conflicto y tensión en la pareja cuando ella es la perceptora principal (los índices de violencia doméstica tienden a ser mayores). Entender el papel que juega el trabajo femenino en las condiciones emocionales de las mujeres pobres urbanas es uno de los elementos que se abordará en los siguientes capítulos.

Los hogares de mujeres separadas, donde el predominio de perceptores de ingreso es femenino, se ubican en una posición económica intermedia. Sobre estos arreglos familiares existen estudios que señalan relaciones más armónicas, equitativas y de menor violencia (González de la Rocha, 1999c, y Chant, 1988 y 1997). Este tipo de organización familiar encierra diversas realidades que solo pueden ser analizadas a través del acercamiento cualitativo y etnográfico. Cuando se trata de familias urbanas en extrema pobreza, las posibilidades en términos de recursos económicos y sociales para terminar una relación de pareja, son restringidas. Los factores que Chant (1997) asocia con el surgimiento de HJF (mujeres con medios económicos para sobrevivir, capaces de sobrellevar las presiones sociales producto de su decisión de separarse, que ganan más en términos psicológicos y económicos al separarse de sus parejas), muestran una realidad sociocultural y económica distante de la encontrada en las familias de Las Flores. Como se expone en los siguientes capítulos, a través de la evidencia etnográfica, las posibilidades reales de las mujeres para abandonar una relación insatisfactoria —y muchas veces violenta— son escasas debido al factor económico y a muchos otros elementos que se ponen en juego ante la posible ruptura. Las mujeres pobres urbanas que viven en asentamientos irregulares no ponen solo en el juego de las decisiones la posibilidad de independencia sino también, con mayor fuerza, la posibilidad de supervivencia para ellas y sus hijos.

Los hogares de madres solteras y viudas se ubican entre los más pobres. Es preocupante la condición económica en la que viven estas familias. Aun cuando hay combinación por género de perceptores, muchos de ellos son niños que ayudan a sus madres o a sus abuelas con pequeños trabajos o

recogiendo lo que otros dejan para venderlo y llevar algo a sus casas. Es el caso de doña Juana, una mujer viuda que cuida a dos de sus nietos y que sobrevive básicamente de lo que sacan ellos como pepenadores. En este sentido, hay coincidencia con Acosta (1998) y otros autores en cuanto a que estos hogares son especialmente vulnerables y es indispensable que se diseñen estrategias de intervención muy específicas que los ayuden a salir de la miseria.

*Sobre los quehaceres del hogar y el cuidado de los hijos:  
los matices en las resistencias socioculturales de género*

En el análisis de cada una de las tareas domésticas y el porcentaje de participación de los diversos miembros del hogar el propósito fue conocer hasta qué punto las mujeres, como indican diversos autores (García, 1998; De Oliveira, 1998, y Pedrero Nieto, 2005), son las encargadas principales, en algunos casos exclusivas, de este tipo de labores o qué miembros del hogar también cooperan para su realización. La literatura señala que en los sectores populares el apoyo por parte de la pareja es inexistente y en la participación tanto de las hijas como de los hijos se asoma cierta transformación para realizar estas tareas. A partir de esta plataforma, es posible avanzar en los capítulos posteriores en el análisis de las condiciones en las que las mujeres realizan sus tareas en el hogar y su relación con experiencias diversas de malestar emocional, como cansancio, sobresaturación y tensión.

La distribución del trabajo doméstico se abordó a partir de la estructura de las unidades domésticas.<sup>8</sup> De acuerdo con los resultados totales, un porcentaje mayor de mujeres—madres ha participado en los diferentes quehaceres del hogar y de atención a los hijos en las familias nucleares con respecto a las familias extensas. Sin embargo, el porcentaje de padres que participan en las tareas domésticas tiende a ser significativamente mayor en el caso de las unidades nucleares. En lo que se refiere a la participación de los hijos, es notoriamente diferente el nivel de colaboración de los hijos con

8. Las tablas correspondientes con todos los datos se pueden consultar en Enríquez Rosas (2002a).

respecto a las hijas, quienes participan con porcentajes altos en las diferentes actividades del hogar, sobre todo en las unidades extensas.

En el caso de las unidades extensas, se exploró quiénes son los *otros* miembros del hogar que cooperan en el trabajo doméstico: en el total de los casos (con excepción de uno donde se señala al padre de la entrevistada) se trata de miembros femeninos: nueras, madres, nietas y cuñadas.

Los datos indican que en los hogares nucleares existen indicios de procesos de transformación con respecto a la distribución del trabajo doméstico. Mientras que en los extensos el trabajo que no realiza la madre recae significativamente en las hijas y en menores proporciones en otros parientes femeninos, en el caso de los nucleares, el porcentaje de participación de la pareja y de las hijas es similar. En este sentido, en estos escenarios es posible vislumbrar algunos elementos interesantes de relaciones y responsabilidades más equitativas entre géneros y generaciones.

Es posible que en las unidades extensas se tienda a reconfirmar y reforzar los roles tradicionalmente considerados como femeninos con respecto a los masculinos. Dada la complejidad de estos arreglos familiares, las relaciones entre géneros y generaciones tienden también a la rigidez. En las familias extensas se diluyen y evaden con mayor facilidad las responsabilidades frente a las múltiples demandas del hogar. Existe más presión social para los hombres, frente a otros adultos, para resguardar su imagen masculina en el sentido tradicional.

En los hogares nucleares, las actividades en las cuales los hombres–padres colaboran más (con porcentajes mayores a 15%) son: realizar reparaciones eléctricas, regar y podar, hacer pagos de la casa, realizar compras de alimentos y los pagos de las cuotas de la escuela, cuidar de los hijos pequeños, revisar las tareas de los hijos y barrer la casa. Evidentemente, donde más colaboran los hombres son en actividades asociadas con cuestiones financieras (consideradas tradicionalmente como masculinas); sin embargo, y con porcentajes interesantes, participan también en el cuidado y atención de los hijos y en actividades de limpieza de la vivienda. En el caso de las familias extensas, la participación de los hombres–padres se reduce de manera considerable y las únicas actividades que arrojaron un porcentaje mayor a 15% fueron:

realizar reparaciones eléctricas, regar y podar, hacer los pagos de la casa y cuidar de los hijos pequeños.

Asimismo, sobresale la eminente diferencia en la participación de los hijos e hijas tanto en los hogares nucleares como extensos. Las diferencias por género estuvieron muy presentes. La evidencia permitió detectar procesos de transformación, algunos solo insinuados y otros más marcados, donde la distribución de los quehaceres domésticos y del cuidado de los hijos se va reacomodando hacia una equidad mayor, sobre todo en el caso de los hogares nucleares y en específico entre el rol de la madre y el del padre.

Se resalta una concepción de la familia como una organización tal que no permanece inmune ni estática ante los cambios que se presentan en su interior y exterior, como la salida de más mujeres a trabajar, el desempleo masculino y el trabajo infantil. Todos estos factores afectan e influyen de manera significativa en las maneras de ser y vivir en familia. En este sentido, las familias y sus miembros son sujetos activos que hacen modificaciones más o menos notorias y que es necesario buscar de forma creativa las maneras de dar cuenta de estos cambios mínimos y acumulables.

Se analizaron también las formas en que las mujeres con pareja auto-definen el tipo de jefatura en sus hogares y el efecto que esto puede tener en la distribución del trabajo doméstico. Mientras que el porcentaje de participación en el trabajo doméstico es similar tanto para las que declaran jefatura femenina como masculina o compartida, al analizar en qué porcentajes las parejas también participan, se encontró un incremento interesante en la colaboración de la pareja en las tareas domésticas en el caso de las jefaturas compartidas. Casi 25% de ellos son percibidos por sus mujeres como copartícipes en las tareas del hogar en las siguientes actividades (con porcentajes decrecientes y todos mayores de 50%): realizar reparaciones eléctricas, barrer, regar y podar, revisar tareas, ir a juntas de la escuela y cuidar hijos pequeños. Aunque la colaboración de las hijas también es importante en comparación con la de los hijos, es menor con respecto a la de los padres. En este sentido, este tipo de arreglos familiares muestra signos de una manera distinta e innovadora de organizarse al interior de los hoga-

res para hacer frente a la labor doméstica y al cuidado de los hijos. Existe una diferencia cuando las mujeres perciben y declaran un tipo de jefatura donde tanto ellas como sus parejas tienen posiciones más equivalentes: jefatura compartida.

Al analizar los hogares donde las mujeres declaran jefatura femenina, se encontró que después de ellas son las hijas (con porcentajes altos) quienes colaboran más en el hogar: tender camas, barrer, regar piso, sacudir, cuidar de los hijos pequeños y lavar la loza (todos con participación mayor a 40%). Los porcentajes obtenidos por estas hijas son mayores que los obtenidos por las hijas de hogares de jefatura declarada compartida o masculina.

En la categoría de jefatura femenina declarada se concentra un grupo importante de mujeres con pareja que son responsables económicas principales o únicas de su hogar. Los resultados conducen a pensar que en los hogares donde la mujer declara jefatura femenina hay una tendencia bastante pronunciada a que el trabajo doméstico y de cuidado de los hijos recaiga sobre todo en las mujeres. Este patrón se nota tanto entre generaciones como al interior de las mismas. Finalmente, son las hijas y sus madres quienes están haciendo frente de manera central a las múltiples demandas del hogar.

Al retomar la ubicación de los hogares de mujeres con pareja y que son jefas económicas como los menos pobres y cotejar esto con lo obtenido en cuanto a la división del trabajo doméstico en estos hogares, se advierte una relación en tensión: aunque estas familias se ubican entre las menos pobres, las diferencias por género y la sobrecarga de trabajo tanto en la madre como en las hijas es evidente. Estas mujeres, madres de familia y trabajadoras principales, experimentan sentimientos importantes de tensión y conflicto ante las demandas diversas a las que se ven expuestas día a día. Aunado a esto, se encuentra la relación de pareja, tal vez conflictiva, donde el hombre, además de no participar económicamente o hacerlo con contribuciones menores, no colabora de manera significativa en el hogar. Estos hombres viven también una situación importante de devaloración ante ellos mismos, ante sus parejas y ante sus hijos. Su rol de proveedores únicos es ya insostenible, pero hay un discurso tradicional y una manera de ser hombre, marido y padre que los confronta cada día con su realidad y, en varios casos, los lleva a buscar

su legitimación a través de actos violentos, ya sea física o emocionalmente, contra sus parejas o sus hijos.

Por último, en los hogares de las mujeres que declaran jefatura masculina, la participación de la madre en el trabajo doméstico es la que obtiene el mayor porcentaje; le sigue la del padre, luego la de las hijas y por último la de los hijos. Aunque la colaboración del sexo masculino es pequeña, tiende a ascender de manera proporcional, es decir, en estos hogares los hijos hombres participan más; quizá la figura del padre, como proveedor principal que al mismo tiempo contribuye en alguna medida a las tareas domésticas, está generando también pequeñas transformaciones en los hijos. Gutmann (1999) ha encontrado también una mayor participación masculina en algunas tareas domésticas y de cuidado de los hijos en colonias populares de la ciudad de México.

### **El estudio de los hogares pobres urbanos desde los distintos ángulos: un punto de partida**

El estudio de los hogares en México y los factores que determinan sus condiciones de pobreza es heterogéneo, sugerente y no concluyente; la literatura da cuenta de la complejidad del fenómeno de la pobreza y de la necesidad de los abordajes interdisciplinarios que promuevan los cruces entre métodos, técnicas y datos, y que densifiquen en términos cualitativos tanto los hallazgos empíricos como su potencial interpretativo. Los avances desde el marco cuantitativo muestran una diversidad de variables que en conjunto influyen, con diferente intensidad, en la vulnerabilidad económica y social de los hogares. Los estudios macro dan cuenta, a través de indicadores específicos, de patrones y tendencias de índole económica y social que determinan la presencia y el incremento o decremento en el índice de hogares pobres en México. El estudio de los determinantes de la pobreza es tan imprescindible (Cortés, 1997) como el análisis subjetivo e intersubjetivo de los significados que cada uno de los sujetos otorga a esta condición de vida en desventaja, de tal manera que sea posible abordar la pobreza en sus múltiples dimensiones y perspectivas.

El análisis de las condiciones de vida de los HJF ha adquirido especial relevancia en las últimas décadas. El nivel socioeconómico de estos hogares es un factor explicativo importante para el análisis del material empírico. Algunas investigaciones arriban a conclusiones distintas debido en parte a las condiciones específicas de pobreza y precariedad económica en que se encuentra la población estudiada. En los trabajos de Chant (1988 y 1997), los casos analizados son principalmente mujeres jefas de hogar propietarias, característica que no comparte por completo la población estudiada por González de la Rocha (1988), que es sobre todo clase trabajadora, donde el criterio de propiedad no era un factor base para la selección de la muestra. En el caso de Chalita (1994), que estudia estrategias de sobrevivencia en hogares dirigidos por mujeres, la población estudiada son unidades domésticas que se encuentran en la periferia urbana y operan bajo una economía semisalarial. Acosta (1998) utilizó una muestra compuesta por las jefas de hogar de diversas colonias populares de la ciudad de Monterrey. El nivel de marginación es una variable determinante para el entendimiento de los HJF y la viabilidad de los mismos. Los estudios comparativos en cuanto a estrato socioeconómico y jefatura de hogar pueden mostrar marcas cualitativas distintas sobre las racionalidades que están detrás de una forma de organización doméstica, así como de las ventajas y desventajas de esta en términos de viabilidad.

El análisis realizado en Las Flores sobre una muestra seleccionada de manera aleatoria de 60 hogares, arroja un porcentaje cercano a la media nacional sobre HJF. Una vez analizadas las características socioeconómicas de estos hogares, así como las condiciones del escenario de investigación elegido, es posible cuestionar si en contextos de pobreza urbana extrema es viable la conformación de los HJF, sobre todo cuando se trata de un proceso de decisión y no de una condición forzada. Estudios recientes muestran que en diversos países latinoamericanos y en México, la gran mayoría de los HJF se encuentra en el estrato de no pobres y el porcentaje de hogares dirigidos por mujeres ha disminuido de manera significativa en el estrato de indigentes (González de la Rocha, 1999c). Esto confirma la tesis que han planteado



diversos autores sobre la no asociación causal entre los HJF y la pobreza (Chant, 1999; González de la Rocha, 1999c, y Wartenberg, 1999).

La conformación de un HJF implica condiciones mínimas para su viabilidad socioeconómica. En el caso de los hogares pobres extremos de la gran ciudad, existen condiciones que no pueden ser garantizadas: se trata de familias establecidas en asentamientos irregulares donde no hay legalidad en cuanto a la propiedad y, por tanto, el factor inseguridad está presente de manera cotidiana; se trata de mujeres y familias que participan en la economía informal precaria y que apenas sobreviven con los ingresos que entran al hogar; se trata de mujeres que enfrentan limitaciones para echar mano de sus vínculos con parientes para conformar unidades extensas, debido en parte a las múltiples dificultades para mantener activos los vínculos en la gran ciudad, a no contar con una vivienda propia y con servicios, un recurso importante en términos de viabilidad para conformar un grupo doméstico extenso, y a las propias limitaciones económicas que viven los parientes.

Helen Safa (1999) ha dado cuenta del papel que juega el trabajo en los procesos de empoderamiento de las mujeres, así como del conflicto experimentado en muchas parejas en las que el hombre ha dejado de ser el proveedor económico principal o único. Esta situación ha tenido una influencia determinante en la conformación de hogares dirigidos por mujeres. Sin embargo, cuando se habla de mujeres que participan en trabajos precarios y con muy baja capacitación, donde además los vínculos sociales están debilitados y se vive en asentamientos urbanos irregulares, las condiciones para decidir una separación no son alentadoras.

Cuando se hace referencia a las dificultades que enfrentan estas mujeres para separarse de sus parejas, no se pretende señalar que se encuentren en mejores condiciones por el hecho de estar unidas a su pareja y de mantener un hogar de estructura tradicional. Como se muestra a lo largo de esta investigación, las condiciones de vida de muchas mujeres y de sus hijos son opresivas y visitadas cotidianamente por la violencia, pero estas mujeres no cuentan con los recursos sociales y económicos mínimos para romper con este tipo de relaciones y garantizar la sobrevivencia del grupo doméstico.

Sobre la noción jefatura de hogar, a partir de un ejercicio de indagación con las 60 mujeres entrevistadas, se muestran los múltiples significados que pueden estar detrás de esta categoría y que conducen a respuestas con rumbos diferentes, pero que reflejan una noción de jefatura en movimiento, vista y entendida más como un proceso que como una nominación estática y rígida (véase el cuadro 2.7).

En la primera pregunta se puede advertir que cuando se incluye la posibilidad de jefatura femenina o masculina, los casos se distribuyen de manera diferente, aun cuando se sabe que de hecho solo existen 11 mujeres en esta muestra que viven sin pareja. Resalta también la categoría de respuesta “ambos”, que refleja una noción cualitativamente diferente de entender la jefatura y que requiere ser estudiada con mayor profundidad. De igual forma, al preguntar sobre la persona que toma las decisiones en el hogar, las mujeres se perciben a sí mismas con posibilidades de agencia y, sobre todo, plantean una categoría donde las decisiones involucran a ambos miembros de la pareja. En la tercera pregunta se puede observar cómo la ausencia o presencia del criterio económico para definir la jefatura hace que el comportamiento de esta sea significativamente diferente. Por último, al abordar la dimensión emocional en las relaciones familiares, el papel central descansa en la madre en solo la mitad de los casos, en el resto hay una distribución interesante que muestra el asomo de otros vínculos familiares reconocidos por la madre como fortalezas emocionales. Como es evidente, se trabaja con los discursos que pueden o no representar las prácticas cotidianas en estas familias, pero el hecho de que las mujeres se pronuncien de esta manera muestra el terreno vivo y movedizo en el que descansa una categoría en apariencia sólida y precisa. La desaparición o no de la noción de jefatura (Feijoo, 1999) es un planteamiento que necesita ser discutido para evitar ver a los hogares con los propios paradigmas y muy lejos de lo que en realidad son.

Es necesario continuar avanzando en la elaboración de tipologías sobre hogares dirigidos por mujeres que permitan una mayor discriminación de las diversas modalidades existentes. Al respecto, Chant (1997) y Acosta (1998) han elaborado aportaciones sugerentes a ser consideradas en futu-

**Cuadro 2.7**  
**Jefatura de hogar**

	¿Quién es el jefe o jefa de su hogar?	¿Quién toma las decisiones importantes del hogar	¿Quién aporta más dinero para el sustento del hogar?	¿Quién es el pilar emocional del hogar?
Él	32	14	37	10
Ella	20	25	11	29
Hijo			4	4
Hija	1		2	5
Ambos	6	19	2	8
Mamá de la entrevistada	1			1
Entre todos		1	1	1
Ella e hijos		1	2	
Los hijos			1	
Dios				1
Él e hijos				1
Total	60	60	60	60

ras investigaciones. Es necesario también profundizar en el desarrollo de estudios que contemplen las formas de participación social de las mujeres jefas de hogar en movimientos urbano–populares; Riquer (1994), Massolo (1992) y Guadarrama (1994) han abordado esta temática. Existe evidencia, por un lado, de que las mujeres que dirigen sus hogares pueden contar con la independencia necesaria, al no estar presente la *autoridad masculina*, para involucrarse intensivamente en este tipo de tareas, sin embargo, están también las mujeres jefas de hogar que se desempeñan como madres trabajadoras y no cuentan con tiempo suficiente para ello.

La utilización de métodos etnográficos y biográficos para conocer las condiciones de vida y los procesos domésticos de familias empobrecidas, es indispensable. Explorar y contrastar los relatos de vida de mujeres jefas y no jefas, permite dar cuenta tanto de los motivos que pueden llevar a la asunción de la jefatura femenina como de la diversidad de arreglos domésticos que las propias mujeres experimentan a lo largo de sus vidas adultas.

Esta aparente *plasticidad familiar* está relacionada con una cotidianidad que transcurre en situaciones de extrema precariedad económica y donde, como afirma Moser (1996), los cambios en la estructura familiar pueden agravar o mitigar los estragos de la pobreza y las crisis económicas.

Aprender los discursos de las mujeres sobre su condición de jefas o no jefas de hogar implica adentrarse en aspectos emocionales que en pocos estudios se abordan desde perspectivas antropológicas. Las preocupaciones, los miedos, las tristezas, las esperanzas y desesperanzas son construcciones sociales productoras de sentido que abren posibilidades importantes en términos metodológicos para el entendimiento de la experiencia de la jefatura.

Existen algunos tópicos que adquieren cada vez mayor relevancia debido a la evidencia empírica y que requieren atención por parte de los estudiosos sobre el tema:

- La relación entre el índice de desempleo en la población masculina y el abandono de las responsabilidades parentales en el hogar; las madres adolescentes y la condición específica de este tipo de hogares.
- Los hogares unipersonales, compuestos sobre todo por mujeres viudas y sus condiciones de pobreza y aislamiento social, que adquieren expresiones distintas en el entorno urbano y rural.
- Los hogares dirigidos por mujeres en zonas rurales, donde los factores que les dan surgimiento y las condiciones de bienestar familiar necesitan ser ampliamente estudiadas.
- Las condiciones de bienestar integral de los niños y adolescentes que conforman estos hogares dirigidos por mujeres.

Finalmente, los estudios longitudinales de los hijos e hijas que hoy son miembros de hogares de jefatura femenina permitirán constatar hasta qué punto y de qué manera este tipo de organizaciones familiares pueden ser espacios donde las relaciones entre géneros son más igualitarias y las conductas al interior del grupo familiar favorecen la cooperación y la solidaridad.

La violencia intradoméstica, sea en su expresión física, emocional o sexual, y en específico contra la mujer, se ha vinculado con los hogares de jefatura femenina económica, es decir, arreglos domésticos donde el cónyuge está presente, pero el ingreso es principal o exclusivamente femenino (García y De Oliveira, 1994). En este sentido, es necesario profundizar, a través de estudios de caso y con un enfoque de género, en el análisis de las razones que orillan a tantas mujeres (jefas económicas de sus hogares) a permanecer en situaciones de extrema violencia.

El estudio desde una metodología cualitativa que contemple entrevistas a profundidad e historias de vida de hombres que por diversas razones han abandonado su hogar, o que conozcan de cerca esta realidad, permitirá adentrarse al universo de significados que sobre este tópico han sido poco estudiados. Integrar la percepción masculina y favorecer con mayor amplitud el análisis desde una perspectiva de género puede ofrecer elementos significativos para un mayor entendimiento del problema.

Los análisis que se presentan en este capítulo han permitido tener un conocimiento más amplio y detallado de los hogares en función a sus diversas características. No se pretende elaborar generalizaciones con la información obtenida, se trata de mostrar con evidencia lo que sucede en un asentamiento urbano en pobreza extrema, que quizá guarde ciertas semejanzas con lo que sucede en espacios urbanos similares. Se muestra la complejidad de arreglos y formas de vivir en familia en el caso estudiado y la posición en que las mujeres madres se perciben y ubican dentro de estos espacios:

- Las mujeres jefas de hogar y que son viudas, sobre todo las que residen en hogares unipersonales, experimentan condiciones económicas y sociales sumamente vulnerables. Los grados de aislamiento social, desamparo y pobreza son alarmantes en estas mujeres. Todo ello genera en ellas sentimientos importantes de malestar, como tristeza, cansancio y soledad.
- Las mujeres jefas económicas experimentan factores de riesgo importantes que están asociados de manera directa con malestar emocional: dobles o triples jornadas laborales, concentración de la carga doméstica,

situación de pareja en tensión y posibles signos de violencia intradoméstica, dificultades fuertes para contar con tiempos mínimos para atender y cuidar de ellas mismas y de realizar actividades recreativas que favorezcan su calidad de vida.

- Las mujeres que declaran jefatura compartida experimentan en su vida cotidiana sentimientos de mayor bienestar asociados a una distribución más equitativa de la carga doméstica con respecto a sus parejas. Son hogares más pequeños y, por lo mismo, con menores exigencias económicas.
- Las mujeres con pareja que pertenecen a hogares en etapa de expansión y además trabajan, experimentan una carga importante de tensión y conflicto, asociada a sentimientos de malestar emocional debido a las implicaciones propias de tener hijos pequeños (varias de ellas tienen entre dos y tres hijos pequeños), las demandas múltiples del trabajo que desarrollan, los conflictos inherentes a la relación de pareja y la falta de tiempo y espacio para el cuidado de la propia salud.
- Las mujeres jefas de hogar que se reportan como separadas, experimentan una situación de menor conflicto y malestar con respecto a las viudas y a las madres solteras, ya que cuentan con mayor autonomía con relación a su familia de origen. Sus hijos e hijas (ellas en mayor medida) colaboran en las tareas del hogar y no viven en riesgo de sufrir violencia por parte de los hombres. La viabilidad socioeconómica de conformar un hogar de jefatura femenina (el caso de las mujeres que desean separarse) está asociada a las condiciones de pobreza urbana, a las características del trabajo femenino y a la calidad de los vínculos sociales, en particular con los parientes.
- Las mujeres madres solteras que viven con su familia de origen pueden experimentar situaciones importantes de malestar emocional, relacionadas con posiciones de subordinación con respecto al resto de los adultos de la unidad doméstica, tareas relativamente incompatibles de crianza de hijos pequeños y desarrollo de actividades laborales, así como sobrecarga en la distribución de las tareas domésticas.

### III. LAS ENCRUCIJADAS DE LA SOBREVIVENCIA: LA PARTICIPACIÓN FEMENINA ECONÓMICA Y LA FAMILIA

El análisis de las raíces profundas de la pobreza ha sido una tarea abordada por diversos autores y desde diferentes planteamientos teóricos y metodológicos. La literatura sobre el tema refleja el tránsito en el entendimiento de la pobreza desde una óptica centrada en las carencias y los déficits de los pobres, hacia una perspectiva que se focaliza en los recursos y las respuestas que estos elaboran para hacer frente a su condición. El análisis de los hogares pobres ha llevado a su entendimiento como arenas sociales donde la lucha por los intereses individuales y colectivos, y las relaciones de desigualdad y subordinación por género y generación, juegan un papel determinante en la toma de decisiones y en la creación de alternativas que promuevan un mayor bienestar para cada uno de los miembros.

Para comprender el comportamiento de los pobres urbanos es necesario ahondar en el conocimiento de los espacios sociales donde se crean y recrean las relaciones primarias entre los individuos (los espacios domésticos) y el papel central que estos juegan en la lucha por la sobrevivencia cotidiana.

La visión romántica e idealizada del hogar como el *refugio* por excelencia ante las adversidades de la vida, ha quedado atrás para la mayoría de los estudiosos sobre el tema. La familia es el escenario social privilegiado para el cultivo de los afectos y los odios más profundos y perdurables a lo largo de la existencia. Las relaciones familiares reflejan en su complejidad

la coexistencia de emociones tales como: el odio y el amor; la culpa y el perdón; la distancia y la reconciliación; la solidaridad y la competencia; la confianza y la duda.

Vivir en familia implica por fuerza el enfrentamiento cotidiano con la desigualdad y el conflicto abierto o encubierto entre los diferentes miembros. En este espacio social confluyen intereses opuestos que suelen llevar a ganancias para unos y pérdidas para otros. Las posibilidades de negociación están altamente determinadas por la posición jerárquica y de género que ocupan los miembros del hogar. Las decisiones sobre los modos y formas de vivir en familia no pueden ser vistas como producto de una participación equitativa e incondicionada; en la familia, cada miembro se juega día a día el pase hacia la pertenencia o hacia la exclusión, sea emocional o física.

Estudiar los hogares pobres y la participación económica de sus miembros, en especial de las mujeres, implica dismantelar las relaciones de poder y subordinación que se anidan al interior de las dinámicas domésticas y que la ideología dominante pretende legitimar y, por tanto, naturalizar. Los caminos que construyen y transitan aquellos hogares que luchan cada día por la existencia, deben ser analizados a la luz de las contradicciones inherentes a la vida en familia y a los cambios estructurales económicos y sociales a los que están expuestos.

Diversos autores han enfatizado la necesidad de abordar analíticamente los hogares. González de la Rocha (1994) advierte sobre la importancia de entenderlos como unidades heterogéneas y variadas donde el acceso a los recursos es diferenciado y las relaciones de poder generan situaciones de conflicto y confrontación ante la toma de decisiones. Además, los intereses individuales y colectivos no siempre convergen, lo que genera que los miembros del hogar que cuentan con mayor control y poder sobre los recursos impongan su autoridad sobre aquellos con menor poder y control. Las relaciones de género y entre generaciones permean día a día la vida en familia y las decisiones que en ella se toman para enfrentar la pobreza.

Henry A. Selby *et al.* (1994) advierten sobre la necesidad de diferenciar de manera adecuada conceptos tales como familia, hogar y unidad doméstica. Para estos autores, la familia es una categoría cultural, mientras que la



unidad doméstica es analítica. La unidad doméstica refiere a un grupo de individuos corresidentes que comparten el consumo y garantizan su reproducción material a partir de un gasto común al que todos deben aportar; en este sentido, “se basa normalmente en una familia pero no la constituye como tal” (1994: 95). Bryan Roberts (1995), de igual manera, argumenta la importancia de diferenciar los términos hogar y familia. El hogar es la unidad básica de corresidencia, mientras que la familia se refiere a una red compleja de relaciones normativas.

En su investigación, Selby *et al.* (1994) describen las relaciones ideales al interior de los hogares mexicanos y concluyen, en coincidencia con Mercedes González de la Rocha (1994), sobre el entendimiento de los hogares como campos sociales llenos de contradicciones, donde se reproducen las ideologías dominantes sobre los papeles sexuales y la subordinación a la autoridad.

El análisis de las estrategias de sobrevivencia en contextos de pobreza y exclusión implica visualizar a los hogares como instancias mediadoras entre el individuo y las estructuras sociales y económicas mayores. El hogar es el escenario donde se toman decisiones y ejecutan acciones de acuerdo con los cambios en el mercado laboral y a las condiciones sociales (García, Muñoz y De Oliveira, 1982).

Diane Wolf (1994) problematiza la categoría analítica de hogar y advierte sobre la importancia de entenderlo como un escenario donde no por fuerza existe el consenso detrás de cada decisión asumida ni tampoco está garantizada la participación altruista de cada uno de los miembros. Las dinámicas de poder, coerción y rebelión están íntimamente involucradas en las decisiones que se toman al interior de los hogares. El espacio doméstico es el campo obvio para iniciar el análisis de las repercusiones que los cambios económicos externos producen; sin embargo, este análisis debe rebasar la esfera de lo doméstico y señalar también las formas en que estas transformaciones domésticas afectan las estructuras sociales y económicas mayores.

Distintas investigaciones, como las mencionadas, evidencian las relaciones antagónicas que se experimentan en lo cotidiano al interior de los hogares y no son de ninguna manera exclusivas de los grupos domésticos pobres: las

relaciones de poder y subordinación coexisten de manera independiente del estrato socioeconómico al cual se pertenece. Sin embargo, cuando la pobreza se encarna en un espacio doméstico con relaciones familiares diferenciadas de acuerdo con normas socioculturales preestablecidas, las consecuencias pueden ser muy graves. El acceso desigual a los pocos recursos que la familia logra proveer, así como los procesos no democráticos en la toma de decisiones, generan condiciones de bienestar *versus* malestar cualitativamente diferentes en cada uno de los miembros del grupo doméstico pobre. De esta manera, es necesario profundizar en las rutas internas que transitan los recursos una vez que ingresan al hogar (Benería y Roldán, 1992), así como en las lógicas y los constructos socioculturales que determinan la distribución diferenciada de los recursos, y el acceso desigual a la formulación de alternativas para la inserción laboral.

Las crisis económicas del país experimentadas a lo largo de las últimas décadas han provocado ajustes significativos en las relaciones familiares. El incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo, el desempleo masculino y la persistencia de ingresos raquíticos han originado espacios de conflicto y de negociación al interior de los grupos domésticos. Los cambios en las relaciones familiares de los pobres urbanos demandan un análisis profundo y sostenido que permita visibilizar las transformaciones que se gestan con lentitud y promueven relaciones justas y democráticas en el seno de las familias. En este sentido, adquiere relevancia el análisis de las racionalidades que impulsan o desalientan el trabajo femenino en contextos familiares de pobreza extrema.

Según Orlandina de Oliveira (1998), Brígida García (1998) y Vania Salles (2001), las familias de escasos recursos presentan una mayor resistencia al cambio en las relaciones tradicionales de género. Aun cuando a nivel de discurso se vislumbran pequeñas transformaciones, las prácticas domésticas permanecen casi inalterables. Estas aseveraciones se pueden matizar a la luz de la evidencia que los datos etnográficos ofrecen en la actualidad. Si bien no es posible hablar de procesos de transformación social generalizados, sí existen prácticas domésticas en los pobres urbanos que rebasan el orden discursivo y atentan contra las formas tradicionales de vida en familia. Justo en los

escenarios familiares pobres la lucha por la sobrevivencia ha demandado una mayor participación económica de las mujeres (García y De Oliveira, 1994 y 2006; González de la Rocha, 1994; Salles y Tuirán, 2000, y Pedrero Nieto, 2005). Esta respuesta doméstica ante la estrechez económica, mantenida a lo largo de muchos años, altera por fuerza las pautas de comunicación, de manejo y acceso a los recursos, y de toma de decisiones al interior de las familias. Existen manifestaciones domésticas que si en muchos casos han exacerbado los fenómenos conflictivos y violentos, en otros han favorecido la gestación cotidiana de nuevas maneras de entender la vida en pareja y la distribución de las múltiples responsabilidades que demanda un hogar.

Los pobres urbanos son sujetos activos que no permanecen estáticos ante los cambios sociales y económicos mayores, las rutas que diseñan día a día en su lucha por la sobrevivencia son también respuestas que detonan, voluntaria o involuntariamente, la búsqueda de nuevos significados en torno a los papeles sexuales y a las relaciones de poder al interior de la familia y del entorno comunitario.

Para autores como Moser (1996), González de la Rocha (1994, 1999d), Kaztman (1999), Zaffaroni (1999), Wolf (1994) y García y De Oliveira (2006), los individuos, los hogares y las comunidades no son pasivos en la manera de enfrentar los cambios económicos sino que desarrollan una serie de estrategias y mecanismos que buscan de manera intencionada atenuar los efectos de las crisis y el consecuente deterioro en las condiciones de vida. La respuesta laboral, en particular la femenina, adquiere centralidad en el análisis de la pobreza y la búsqueda de mejores condiciones de vida. Entender el trabajo femenino demanda explorar las relaciones entre este y el ámbito de lo doméstico, pues la respuesta laboral femenina está asociada de manera íntima con las demandas domésticas y los cambios socioeconómicos macro que experimentan las sociedades contemporáneas.

En la investigación realizada, el trabajo apareció en todos los casos como una actividad que habían desarrollado las mujeres desde su infancia. No se trataba de una experiencia nueva, producto de una crisis económica mayor, sino de una estrategia familiar ya conocida, que había permanecido presente a lo largo de sus vidas. Vivir con limitaciones económicas parecía más bien

una condición de vida que, aun cuando había presentado fluctuaciones, nunca había dejado de existir. Mirar hacia el pasado fue tomar conciencia de la sombra que la pobreza deja a su paso. Muchas de las mujeres eran originarias de Guadalajara y en la ciudad habían vivido en pobreza; como afirman González de la Rocha y Escobar (1999): es la propia ciudad la productora y generadora de pobres en las últimas décadas.

El empleo doméstico ha sido la principal actividad que han desarrollado las mujeres a lo largo de sus vidas; sus trayectorias mostraron su ejercicio desde la niñez y la adolescencia. Ser empleada doméstica significa quedar a merced de los buenos o malos tratos, los buenos o malos pagos, los límites difusos de las negociaciones asimétricas, los abusos, excesos y consideraciones inherentes al mundo de lo *privado*, y la ausencia de seguridad y protección social. Los relatos revelaron la suerte y también la poca fortuna de este tipo de actividad económica. La relación con los patrones significó para algunas de las entrevistadas un vínculo social positivo que había rebasado las fronteras formales de la relación laboral y había propiciado la ayuda solidaria. En otros casos, ser empleada doméstica implicó más bien la sobrexplotación, la soledad, el aislamiento y la falta de oportunidades de desarrollo. “Trabajar en casas”, como lo denominaban las entrevistadas, significa mantenerse fuera de los derechos y obligaciones del trabajo formal, pero también una de las pocas oportunidades de obtener ingresos cuando las demandas del hogar y del cuidado de los hijos no permiten el acceso a los esquemas rígidos que manejan la mayor parte de los empleos formales.

El trabajo era asumido como un valor y una estrategia. El arte de “gran-jea” explicita la relación dual de todo intercambio. Los pobres urbanos son sujetos activos que desarrollan de manera creativa un número ilimitado de tácticas para procurarse los bienes necesarios para la sobrevivencia. La gratuidad como tal no existe: aun en las relaciones más estrechas de parentesco, el don lleva en sí mismo la fuerza del retorno, sea este un acuerdo explícito o implícito (Godelier, 1998).

La ausencia de trabajo y la falta de seguridad y protección social representan los puños de la pobreza extrema. El debilitamiento del estado en su papel benefactor (Esteinou, 1994 y Kaztman, 1999) y la precariedad del

empleo generan condiciones de hambre, abandono y muerte. Los relatos laborales que se presentan a continuación, ilustran en términos de Kaztman la situación de algunos hogares “vulnerables a la marginalidad”, donde las capacidades para insertarse mínimamente en la estructura de oportunidades se vuelven imposibles.

Los costos sociales y económicos para las mujeres que optan por separarse de sus parejas cuando existe maltrato, violencia o infidelidad, en algunos casos parecen ser más altos de lo que al final se obtiene como ganancia. Las narrativas mostraron los argumentos que habían llevado a la mayoría de las mujeres a permanecer con sus parejas, a pesar de los malos tratos y las conductas irresponsables. Ellas optaron por mantener la relación a cambio de seguir contando con su casa, sus hijos y las relaciones que habían construido en su entorno social. Consideraban no contar con los mínimos necesarios para poder separarse. Tener un trabajo, la mayoría de las veces precario, no garantiza que puedan terminar con una relación violenta. Existen otros determinantes que se ponen en juego cuando existe el dilema de la separación y que finalmente mantienen a las mujeres en relaciones violentas pero que en apariencia garantizan la sobrevivencia.

El dilema que enfrentaban varias de las entrevistadas tiene que ver con la posibilidad entre trabajar y quedarse al cuidado de los hijos. Esta situación genera conflictos en la relación de pareja, y angustias en muchas madres que se ven forzadas a dejar solos a sus hijos pequeños durante varias horas. La mayoría de las veces, las mujeres pobres urbanas deben emplearse en trabajos mal remunerados que les permitan tener flexibilidad de horario para atender a los hijos.

Al retomar la propuesta de Moser (1996) y las aportaciones de Kaztman (1999) sobre activos–vulnerabilidad, en el caso Las Flores se evidencia que los recursos con que cuentan algunas mujeres en cuanto a capacitación formal no han podido transformarse en activos reales en su lucha por la sobrevivencia. La imposibilidad de activar estos recursos no solo implica peores condiciones de vida para el grupo doméstico sino que también repercute en la percepción que las mujeres tienen de sí mismas y de su propia valía.

El trabajo femenino extradoméstico desarrollado por la población estudiada no ha implicado una revalorización de la mujer al interior de su hogar y en su relación de pareja. De igual manera, tal como encontraron tiempo atrás Benería y Roldán (1992), la participación económica de las mujeres pobres urbanas no ha logrado todavía cambios sustantivos hacia una distribución más equitativa del trabajo doméstico. Sin embargo, las narrativas de las mujeres panaderas que se verán más adelante muestran también el profundo bienestar que les generaba participar en el espacio y clima social que habían construido. Las relaciones de solidaridad, camaradería, apoyo y ayuda mutua que establecieron, les dieron la fortaleza suficiente para negociar día a día en la familia su pertenencia a esta pequeña empresa. En este sentido, el trabajo colectivo es una oportunidad importante de revalorización de sus personas y de sus capacidades y para incentivar los procesos de empoderamiento femenino.

En coincidencia con autores como Moser (1996) y González de la Rocha (1999d), el trabajo es la estrategia fundamental que los pobres urbanos demandan para sobrevivir en la actualidad. La ausencia de empleo o su precariedad son asuntos que se abordan de manera sistemática en las narrativas que construyen los pobres.

Las rutas de subsistencia que eligen los pobres urbanos, como es el caso del trabajo femenino, deben ser analizadas a la luz del entendimiento de los hogares como espacios contradictorios y con relaciones diferenciadas por género, edad y jerarquía (González de la Rocha, 1986 y 1994); por ello, el estudio de las subjetividades es imprescindible para comprender y reforzar aquellas rutas que los pobres consideran como más pertinentes en su búsqueda por el bienestar.

## **Los malabarismos femeninos cotidianos: familia, casa y trabajo<sup>1</sup>**

Las edades de las 60 madres encuestadas oscilaban entre 19 años y 76 años; el promedio de edad es de 38.43, con una desviación estándar importante

1. Para abordar los puntos que integran este capítulo (edad, instrucción formal y características labo-

de 14.42, la moda se ubica en 33 años y la mediana en 33.5 años. Con la intención de no establecer rangos arbitrarios de edad de las mujeres y tomando en cuenta que para este estudio es importante definir etapas del ciclo vital que permitan elaborar asociaciones con dimensiones de carácter emocional, se trabajó con una clasificación propuesta por Eric Ericsson, que contempla los dilemas y claridades propios de cada periodo en la vida del ser humano (véase el cuadro 3.1).

Poco más de 70% de las mujeres se encontraba en etapas tempranas del ciclo vital, en las que las tareas propias de procreación y cuidado de los hijos demandaban buena parte de su energía y tiempo; sus organizaciones domésticas atravesaban por etapas de expansión o de consolidación. Varias de las mujeres que se ubicaban en la adultez madura habían rebasado ya los 60 años.

El nivel de escolaridad terminada (véase el cuadro 3.2) muestra datos que reflejan una diversidad importante en cuanto a educación formal se refiere. Hay un grupo (16.6%) que reportó no haber cursado ningún grado escolar; estas mujeres eran sobre todo las que se encontraban en las etapas más avanzadas del ciclo vital individual. Los datos corroboran los censos levantados por el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujeres (INEGI y UNIFEM, 1995), y el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI, 2002, 2003 y 2005) donde se establece una relación inversa entre las edades de las mujeres y el nivel de instrucción formal.

Por lo menos 33% de las madres cursaron algunos años del nivel medio básico, lo que contrasta con las condiciones de pobreza extrema en las que se encontraban ellas y sus familias. Estos datos pueden sugerir condiciones mejores de vida en tiempos pasados: de alguna manera, tuvieron posibilidades de completar la primaria y, varias más, la secundaria. Esto hace pensar que los hogares y las familias de origen de estas mujeres, como varias lo

rales de las mujeres entrevistadas), se analizó la evidencia encontrada a través de la aplicación a 60 mujeres del cuestionario denominado: "Composición y funcionamiento de la unidad doméstica". Asimismo, se trabajó con datos cualitativos resultantes de la codificación de las entrevistas en profundidad de enfoque biográfico, realizadas a 15 mujeres de la colonia y se incorporaron los análisis realizados con el material recogido en el diario de campo (véase Enríquez Rosas, 2002a).

**Cuadro 3.1**  
**Distribución de las mujeres por etapas del ciclo vital**

Etapa	Rango de edad	Número de mujeres
Juventud	19 a 25 años	10
Adulthood temprana	26 a 45 años	33
Adulthood madura	46 a 65 años	13
Vejez	66 en adelante	4
<b>Total</b>		<b>60</b>

refieren, se encontraban en mejores situaciones que las que vivían ellas al momento de la entrevista. Por otro lado, como diversos investigadores en el campo de la educación señalan, no existe una correlación significativa entre el nivel de instrucción formal alcanzado y las condiciones de bienestar en términos económicos.

A continuación se muestran algunas viñetas que refieren los motivos que orillaron a estas mujeres a abandonar la escuela. Celina, una mujer de 25 años, originaria de la ciudad de Guadalajara, comentó:

[...] pero el estudio que tenemos es porque quisimos nosotros y también por él [su padre] porque sí quería que siguiéramos la escuela, pero luego te piden material y eso, y entonces él me dijo que me fuera al Cecatis [Centro de Capacitación para el Trabajo] donde estudió él, pero no había carreras para mujer, si acaso dibujo y corte y confección, él me decía: “Sí, que hay mujeres mecánicas”, pero bueno, a mí no me llamaba la atención, pues cómo se va a ver uno arreglando un carro, pero aparte de que no se ve uno bien, luego son cosas muy pesadas o algo y no es lo mismo una mujer a un hombre, comparándose en la fuerza, y entonces me metí a estudiar corte, pero ya empezaron a que hacer pedidero de telas y llévate las de tu mamá y ten más hilo y no, además, diario para los



**Cuadro 3.2**  
**Niveles de escolaridad**

Escolaridad terminada	Número de mujeres
No estudió	10
Preprimaria	1
1° primaria	3
2° primaria	3
3° primaria	7

camiones, y así fue donde ya no quise y me salí yo sola de ahí y busqué un trabajo.

Juana, una mujer de 58 años, originaria de un pueblo cercano a Torreón, Coahuila, comentó:

Y yo, pos yo me iba a la escuela en la tarde, pero a mí no me gustaba la escuela, ¡fíjese! ¿Sabe qué hacía yo cuando me iba a escuela?, mejor [...] decía el maestro que quién quería ir a ayudarlo a hacer el quehacer a su señora, y yo decía que yo, sí yo decía que yo, porque, este, ¿sabe?, yo me sentí muy presionada en la escuela, no me gustaría o quién sabe, a mí no me gustaba la escuela y mejor me iba a ayudarlo a la señora del maestro a hacer el quehacer, a barrerle, a acarrearle agua, a lavarle trastes.

Maricela, originaria de Guadalajara, de 38 años de edad, narró lo siguiente:

Yo en ese tiempo ya no iba, ya no fui a la escuela definitivamente. Una, porque no tenía sentido de que se tenía que estudiar y, otra, porque yo veía cómo mi mamá batallaba para darnos a todos, pues imagínate todos los que estábamos en la escuela y batallaba mucho y lo que más detestaba yo era que había una sola caja de colores, ¿te imaginas a la hora de las

pruebas?, córrele al salón a que te la presten [los hermanos] y córrele al otro salón y al otro, y pues yo era la más chica, a veces no me querían prestar, entonces francamente la escuela no me gustó por eso.

Mariluz, originaria de Guadalajara, de 39 años de edad, comentó:

El padre de ahí en San Rafael [una parroquia en el centro de Guadalajara] me acuerdo yo de mi niñez, que le daba \$10 pesos diarios [al papá] y mi papá se amarró en el templo a vivir ahí, porque ahí nos dieron, nosotros estuvimos en un colegio del templo, entonces ahí nos dieron beca a todos mis hermanos y a mí, entonces él decía: “No, sí, que se preparen, que sean algo”. Ese era el anhelo de mi papá, que nosotros fuéramos algo y todos tenemos escuela, todos: mi hermana la grande es secretaria ejecutiva bilingüe, mi hermano es ingeniero electricista, mi hermana la chiquita terminó su preparatoria, también está preparada, y yo estuve en segundo año de normal, entonces todos, todos estamos prácticamente pues con preparación, ¿verdad?

Malena, originaria de Guadalajara, de 38 años de edad, narró:

Pues todos hicimos hasta sexto, algunos hicieron hasta la secundaria, pero porque mi hermana la más grande, ella trabajaba, y pues ella nos compraba lo que ocupábamos, porque a mi papá si le pedíamos para algo, nunca nos quería dar.

Salma, originaria de Santa María Tequepexpan, de 53 años de edad, contó lo siguiente:

Antes se usaba el parbulitos en lugar del kinder, y luego ya pasaba uno que a primero que a segundo, yo nomás llegué a tercer año, entonces ya la posibilidad de mi papá ya no nos pudo dar estudio, porque éramos muchos, o tal vez sería que fuimos flojas para la escuela, no había, diríamos, mucha escuela, no había secundaria, no había preparatoria, no

había nada de eso, pero él [su padre] por medio de que era el delegado [en Santa Ana Tequepexpan] le concedían en San Pedro diríamos talleres pa'l pueblo, ¿verdad?, que corte y confección, que cultura de belleza, cocina, así cositas, entonces diríamos que éramos, como se dice ahora, “papá Dios”, luego, luego, pos nos inscribíamos a todo lo que había, salíamos diplomadas, según nosotras.

Elsa, originaria de Chiquilistlán, Jalisco, de 48 años de edad, comentó:

Yo no sé leer oiga, porque mire es que mis papás antes [...] no sé, oiga, antes seríamos, serían más, ¿cómo le quiero decir? pos no tenían, pos como ahora que tenemos urgencia de que nuestros hijos vayan a la escuela y no se queden sin leer, ahora tenemos la obligación y antes no fue eso, oiga, antes yo no iba a la escuela, y sí me gustó, mucho que me gustó la escuela, pero como que mis papás no tenían, como ahora que tienen más obligaciones con los hijos, como que antes eran las mamás más desmoralizadas con los hijos o no sé, oiga, porque yo sí iba a la escuela y me sacaban de la escuela y me decían: “Ándele, váyase a acarrear agua”.

Aun cuando todas las mujeres tuvieron en un inicio acceso a la escuela, narraron los procesos que las llevaron a abandonar su instrucción formal. Destacan dos puntos: la escasez de recursos y su distribución desigual al interior del grupo doméstico. El acceso a la instrucción formal implica diversos gastos que muchas familias no han podido solventar en tiempos pasados ni en la actualidad. La compra de artículos escolares, los gastos de transporte y las cuotas de recuperación que en muchos planteles escolares se solicitan, restringen las posibilidades de que tanto los hijos como las hijas puedan recibir una instrucción formal. Ante la escasez de recursos, las familias toman decisiones con o sin consenso de sus miembros, donde el género y la edad juegan un papel fundamental para permanecer en la escuela o ingresar al mercado de trabajo y cooperar para el sustento familiar. En este sentido, asistir y continuar en la escuela implica también negociaciones

al interior del hogar para contar con los recursos mínimos que posibiliten la permanencia.

La lejanía de las instalaciones escolares o la sobresaturación de las escuelas son motivos presentes en las narrativas de las mujeres. Esta situación sigue presente para muchas familias que habitan en Las Flores. Paradójicamente, vivir en la ciudad no significa para los pobres urbanos un acceso garantizado a la instrucción formal. El pago de transporte urbano, la lejanía de las instalaciones, la saturación de las escuelas cercanas, el riesgo de sufrir daños en el trayecto de ida-vuelta a la escuela por la inseguridad de la colonia, la dificultad para acompañar a los hijos en el trayecto a la escuela, entre otras razones, son preocupaciones importantes para muchos padres de familia que residen en colonias marginales como Las Flores.

Al analizar las narrativas, se puede encontrar que las dos mujeres que lograron una permanencia mayor en la escuela contaron con situaciones particulares, como el acceso a una beca o la salida de una hermana mayor que ingresó al mercado de trabajo para poder pagar los gastos de escuela de los hermanos menores. Sin embargo, en ambos casos esto no significó mejores condiciones de vida.

Mariluz, quien estuvo cerca de terminar la normal, logró trabajar durante varios años como maestra en una escuela donde no se le demandó el título y continuó en este trabajo cuando ya tenía a dos de sus hijos, pero cuando la dueña de la escuela murió y decidieron vender las instalaciones, se quedó sin trabajo, por lo que se dedicó por un corto tiempo a las tareas del hogar. La falta de recursos la llevó tiempo después a conseguir un empleo como afanadora, actividad que desempeñaba desde hacía varios años, al igual que lavado y planchado ajeno. Esta situación generó en ella un proceso de devalorización importante tanto en sus relaciones familiares como en sus relaciones sociales en general.

Un elemento de contraste entre la experiencia escolar de las mujeres entrevistadas y lo que sucede en estos grupos sociales tiene que ver con el significado que se le atribuye en la actualidad a la escuela. Los relatos muestran un cambio en cuanto a la importancia y el valor de que los hijos acudan a la escuela; antes, el estudio era visto como una pérdida de tiempo

que, lejos de proveer de recursos a la familia, implicaba fuerza de trabajo desaprovechada en un contexto de carencia cotidiano. Los padres se perciben ahora con la obligación de inscribir a sus hijos en la escuela; sin embargo, este cambio no garantiza su permanencia debido a las múltiples demandas del grupo doméstico para su sobrevivencia y a las dificultades cotidianas de hacer posible el cumplimiento adecuado de los requerimientos escolares.

Para Moser (1996), la comprensión de los niveles de vulnerabilidad social de los individuos y los hogares implica el análisis de los activos con que cuentan para enfrentar los cambios y las crisis económicas. La evidencia muestra un capital humano insuficiente en las mujeres pobres urbanas; esta condición las mantiene excluidas de cualquier posibilidad de inserción en la estructura de oportunidades de una sociedad altamente mercantilista y con escasos apoyos en capacitación para la población más vulnerable. Las mujeres pobres urbanas enfrentan día a día los múltiples rostros de la exclusión social (De Oliveira, 2000); además de no contar con los mínimos necesarios en materia de capacitación, ellas y sus familias experimentan la segregación residencial que los mantiene marginados de las opciones laborales, educativas y de participación social existentes en otros ámbitos de la ciudad.

Con respecto al trabajo que desempeñaban,<sup>2</sup> 56.7% de las mujeres realizaba algún tipo de actividad económica y el 43.3% restante se dedicaba al quehacer del hogar y al cuidado de los hijos. De las mujeres que trabajaban, 36.11% eran las responsables económicas principales de sus hogares.

2. Para analizar la participación económica que las 60 mujeres tenían en ese momento, se clasificó de manera inductiva la evidencia en las siguientes categorías ocupacionales que permiten explorar con detalle las diversas formas en que obtienen recursos económicos, ya sea en el mercado formal o informal de trabajo, así como aquellas que se dedican exclusivamente al hogar y al cuidado de los hijos: trabajo doméstico (mujeres madres que se dedican solo a los quehaceres del hogar y al cuidado de los hijos); trabajo formal (actividades fijas con regularidad en el horario y los ingresos, bajo contrato y con prestaciones), y trabajo informal (actividades realizadas de manera independiente con variabilidad en los ingresos y horarios, y sin contrato ni prestaciones); dentro de esta última categoría se encuentran actividades económicas principales y secundarias: las primeras se refieren a aquellos trabajos con mayor regularidad en el tiempo (alrededor de ocho horas diarias) y en el espacio, y las segundas son aquellas que se realizan en tiempos menores e irregulares, que se desarrollan por lo general en la propia casa y son percibidas por las mujeres como “una ayuda económica” al hogar a base de pequeñas entradas.

Con la intención de profundizar en las características laborales, se analizó el comportamiento de la muestra a partir de los distintos tipos de categorías ocupacionales propuestos así como las características de los arreglos familiares a los cuales pertenecían las mujeres encuestadas. El trabajo femenino como estrategia de sobrevivencia necesita ser analizado a la luz de las dinámicas domésticas existentes. En este sentido, la estructura familiar y la fase del ciclo doméstico por la que atravesaba el hogar al que pertenecían las mujeres, fueron dos elementos contextuales que potenciaron de manera significativa las posibilidades explicativas del comportamiento laboral de la muestra elegida.

La mitad de las madres que se encontraba en etapa de expansión se incluyó en la categoría de *trabajo doméstico*. Además, la mayoría pertenecía a unidades familiares nucleares y eran mujeres que vivían en ese momento con su pareja. Esta información confirma en parte lo propuesto por autores como González de la Rocha (1986) y García y De Oliveira (1994), en el sentido de que en las etapas más tempranas del ciclo doméstico, las mujeres experimentan mayores demandas en la vida doméstica, debido a la crianza de niños pequeños y a la presión que reciben por parte de sus parejas para mantenerse en el hogar. Muchas de estas mujeres comentaron tener interés en trabajar debido, sobre todo, al deseo de cooperar para responder a las múltiples carencias que enfrentaban en su vida cotidiana. Sin embargo, hubo un porcentaje alto de mujeres, el otro 50%, que sí estaba trabajando, lo que permite considerar el hecho de que aun en las familias en etapas de procreación y en condiciones de pobreza extrema las mujeres desarrollan diversas alternativas para allegarse de recursos y solventar algunas de las necesidades básicas de sus hogares.

En la etapa de consolidación, solo 31.3% de las mujeres se dedicaban a las tareas del hogar y pertenecían a unidades domésticas predominantemente nucleares; el 68.7% restante realizaba diferentes tipos de actividades laborales. Esta información refleja el hecho de que las mujeres tienen mayores posibilidades de incorporarse al mercado de trabajo cuando los hijos crecen y las demandas domésticas tienden a disminuir; además, contar con una estructura familiar extensa parece ser un elemento determinante para la

realización de trabajo extradoméstico. Estos hallazgos han sido presentados con anterioridad por autores como González de la Rocha (1986 y 1994), González de la Rocha y Escobar (1999) y Ariza y De Oliveira (2001).

En la etapa de dispersión, 45% de las mujeres se dedicaban al hogar y todas, salvo una, pertenecían a unidades domésticas extensas. La información muestra que en etapas finales del ciclo doméstico donde las mujeres madres se encuentran en etapas avanzadas del ciclo vital femenino, la respuesta doméstica para el acceso a recursos económicos se centra en la salida de otros miembros más jóvenes al mercado de trabajo y la permanencia de las mujeres mayores en el hogar. Sin embargo, esta condición se logra cuando el grupo doméstico presenta una estructura extensa que posibilita el intercambio de recursos entre los miembros y mientras unos se insertan en el mercado formal o informal de trabajo, existen otros, en este caso las mujeres de mayor edad, que permanecen a cargo de las funciones domésticas cotidianas.

En la categoría de *trabajo formal*, se encontraron solo cuatro casos: una mujer contratada como afanadora en una empresa; una costurera en una fábrica; una maestra titular del Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA), y una empleada en un laboratorio. El promedio de ingresos mensual era de \$830.00 pesos.

Todas pertenecían a unidades nucleares, tres en etapa de expansión y una en etapa de consolidación; en dos de los casos, ellas eran las responsables económicas del hogar. Los datos mostraron una situación potencialmente riesgosa: hogares en etapas tempranas, de configuración nuclear, en apariencia poco propicios para alentar el empleo femenino formal y que estaban siendo sostenidos principalmente por las mujeres. La literatura señala este tipo de escenarios familiares como propensos a situaciones de tensión y conflicto (García y De Oliveira, 1994; De Oliveira y Ariza, 2000). En este tipo de arreglos con parejas jóvenes es posible observar comportamientos familiares alternativos a las dinámicas domésticas tradicionales; es justo en los hogares jóvenes donde se pueden encontrar indicios de relaciones menos conflictivas y con mayores posibilidades de negociación.

En el *trabajo informal* se concentró la mayoría de los casos analizados. Del total de las mujeres que trabajaban, 88.2% lo hacía en la informalidad.

Se trataba de mujeres que pertenecían en su mayoría a unidades domésticas nucleares y en cuanto al ciclo doméstico, la distribución fue bastante homogénea: nueve casos en expansión, diez en consolidación y 11 en dispersión; también, 36.7% de las mujeres que realizaban trabajo informal eran las proveedoras únicas o principales de su unidad doméstica.

La actividad económica informal muestra variaciones importantes en cuanto al tiempo, los ingresos, los horarios y el lugar de trabajo. Existe un primer grupo, compuesto por 12 mujeres, que realizaban una actividad informal principal que implicaba alrededor de ocho horas diarias y con cierta regularidad en el horario y el espacio de trabajo, así como en el ingreso obtenido. Más de la mitad eran responsables principales o exclusivas del sostenimiento económico de sus hogares. Se trata de mujeres que pertenecían a hogares en fase de consolidación y dispersión principalmente; solo dos mujeres estaban en hogares en etapa de expansión. La mayoría de los hogares presentaron una estructura nuclear.

En este grupo se ubicaron: cinco empleadas domésticas; una mujer que trabajaba en una lavandería; cuatro que se dedicaban al comercio: la primera con una pequeña tienda en su casa, la segunda y tercera en el mercado de la colonia, y la cuarta en un tianguis fuera de la colonia; una mujer que trabajaba como niñera, y una obrera que laboraba en un taller informal. Del total, solo dos trabajaban en su domicilio, pero la mayoría de las que se dedicaban al comercio lo hacía en espacios cercanos. El ingreso promedio mensual de estas mujeres era de \$1,110.00 pesos; el más bajo fue de \$200.00 y el más alto, que rebasaba por mucho al resto de los casos, de \$6,000.00 (la que trabajaba en un tianguis).

Estos datos muestran la diversidad de ocupaciones que desempeñan las mujeres. En muchos de los casos coincide con lo señalado por De Oliveira (1998), en el sentido de que estas mujeres buscan un trabajo que les permita tener cierta flexibilidad de horarios y en ocasiones es posible asistir con los hijos, sobre todo las mujeres comerciantes.

Sin embargo, están también quienes realizan su trabajo en espacios lejanos, como es el caso de las empleadas domésticas, lo cual implica hacer una serie de ajustes en el hogar, no siempre exitosos, para poder responder



al trabajo adquirido. En varios casos, comenta Chalita (1994), son las hijas las que terminan haciéndose cargo de las tareas domésticas y del cuidado de los hermanos menores; esto, además de mantener en una situación de tensión y pendiente a la madre, favorece la baja calidad de atención a los niños y los conflictos en las relaciones con la pareja.

En este sentido, y retomando lo propuesto por García (1998), la incorporación de las mujeres al trabajo puede favorecer en términos económicos a la familia, pero el bienestar individual de cada miembro se puede ver deteriorado; la carga de trabajo se duplica o triplica y no hay espacios, en el caso de las mujeres, para su atención y cuidado personal. Además, como señalan Buvinic y Bruce (1998), entender a la madre implica estudiar a fondo su vínculo con sus hijos, donde en vías de desarrollar estrategias para sacarlos adelante, su salud personal se ve mermada de manera gradual.

Un segundo grupo está compuesto por mujeres que desarrollaban un trabajo principal cercano a las ocho horas diarias, más un trabajo secundario que implicaba un menor número de horas y mayor irregularidad en los ingresos y en la frecuencia. En este grupo se encontraron un total de cinco casos y en tres de ellos se trataba de mujeres jefas económicas (proveedoras únicas o principales del hogar). Estaba el caso de una mujer que aseaba oficinas y como trabajo secundario lavaba y planchaba ajeno; un segundo y tercer casos de mujeres comerciantes en tianguis, que además lavaban y planchaban ajeno; un cuarto caso de una mujer comerciante, que realizaba dos actividades dentro de este ramo, y un quinto caso de una mujer que era empleada doméstica y además pedía ropa usada y la vendía. El promedio de ingreso mensual de estas mujeres era de \$1,108.00 pesos.

En esta categoría se puede observar un mayor número de actividades que se realizan en el mismo domicilio y otras que se realizan fuera, de manera más irregular en el tiempo y en el espacio, lo que les puede permitir a las mujeres combinar con mayor flexibilidad sus tareas domésticas y extradomésticas. De las cinco, tres se encontraban en hogares en etapa de consolidación y dos en hogares en etapa de dispersión. Además, cuatro pertenecían a unidades nucleares y la última, a una unidad extensa.

Existe una relación importante entre el tipo y la cantidad de trabajo que desarrollaban estas mujeres y la etapa del ciclo doméstico a la cual pertenecían sus hogares. Se trata de hogares en etapas finales del ciclo, donde hay mayores posibilidades de que la mujer se involucre en actividades de tipo laboral. Cabe preguntar sobre el costo emocional en la vida de estas mujeres, al desempeñarse con una carga importante de trabajo considerado como principal, más actividades secundarias que implican un esfuerzo físico importante, como es el caso de lavar y planchar ajeno: las jornadas de trabajo las mantienen ocupadas la mayor parte del día, y además quedan aún por realizar las tareas domésticas. Al respecto, autores como Burín, Moncarz y Velázquez (1991), consideran que los grados de eficacia con que estas mujeres desarrollan sus actividades tanto domésticas como extradomésticas, junto con las exigencias externas y el clima emocional en que se llevan a cabo cada una de las tareas, favorecen la aparición de estados de tensión y conflicto.

Un tercer grupo está compuesto por 13 mujeres que desarrollaban una o más actividades secundarias con ingresos pequeños y en tiempos y frecuencias irregulares. Los tipos de actividades que realizaban son: comercios informales en el mismo domicilio; elaboración de manualidades en el domicilio, sobre todo con hoja de maíz; corte y confección por cuenta propia y en el domicilio, y venta de alimentos, ropa y artículos diversos en espacios fuera del domicilio. El promedio de ingreso mensual era de \$255.45 pesos.

Se trata, pues, de trabajos por cuenta propia, la mayoría en el mismo domicilio, durante periodos de tiempo breves e irregulares, y con pequeñas entradas de dinero. En este grupo se ubicaron sobre todo hogares en etapa de expansión y de estructura nuclear, lo que confirma el hecho de que para las mujeres con hijos pequeños, una de las posibilidades de allegarse de recursos es a través de actividades que permitan atender el hogar y hacerse cargo de los hijos a un tiempo.

El trabajo extradoméstico femenino en los hogares pobres urbanos forma parte de las estrategias familiares desarrolladas para amortiguar el impacto de los bajos salarios sobre el nivel y la calidad de vida (González de la Rocha, 1986; García y De Oliveira, 1994, y Ariza y De Oliveira, 2001). La

participación económica de las mujeres se ha sumado a las cargas domésticas cotidianas y al cuidado de los hijos, además de la inversión en tiempo y esfuerzo para el mantenimiento de las redes sociales, y la participación para la gestión de servicios y equipamiento urbano. Estas demandas rebasan los recursos tanto materiales como sociales con que cuentan las mujeres para cubrir las de manera satisfactoria. Además, la literatura muestra que el incremento en la participación femenina económica no ha significado un mayor involucramiento de los hombres en las tareas reproductivas del hogar (Benería y Roldan, 1992; González de la Rocha, 1994, y De Oliveira y Ariza, 2000).

Aun cuando casi 60% de las mujeres encuestadas realizaba algún tipo de actividad económica, las formas de insertarse en el mercado presentaron particularidades importantes. En primer lugar, el trabajo formal femenino como respuesta ante la estrechez económica es bastante bajo en este tipo de población; los requerimientos para lograr la inclusión en este sector del mercado demandan cierto nivel de calificación y, sobre todo, mayor rigidez en horario, espacios distantes y turnos cambiantes.

La pregunta es cómo lograron cuatro mujeres trabajar en empleos formales al provenir de contextos familiares que aparentemente no propiciaban la respuesta laboral femenina? La etnografía ha permitido constatar la presencia de algunos casos donde se vislumbran nuevos comportamientos familiares que, aunque salen de la norma, señalan tendencias interesantes que quedan fuera de alcance de los estudios de corte cuantitativo. La respuesta se centra en relaciones de mayor cooperación, solidaridad y apoyo tanto entre cónyuges como entre los hijos y los padres. Se trata de mujeres jóvenes con pocos hijos (uno o dos) que han logrado una distribución más equitativa de las tareas domésticas y del cuidado de los hijos. Trabajar en el sector formal implica para las mujeres pobres urbanas resolver múltiples obstáculos. Estas mujeres han logrado negociar con sus parejas los tiempos domésticos y los tiempos laborales de cada uno. Un factor determinante es que, en los casos revisados, los cónyuges trabajaban en el sector informal, lo que permitió, no de manera automática, mayor flexibilidad para apoyar en el ámbito doméstico (Cerruti y Zenteno, 2000).

Además, varias de las mujeres contaban con el apoyo de su pareja para ser recibidas y acompañadas hasta su casa cuando llegaban por la noche a la colonia. El espacio público en las colonias periféricas pobres presenta en la actualidad una marcada diferenciación por género y edad. Las calles se masculinizan por las noches y son tomadas sobre todo por jóvenes que se reúnen fuera de sus viviendas. La inseguridad y el peligro repliegan a las mujeres y a los niños al interior de sus hogares. Por ello, contar con la pareja “en la parada del camión” se vuelve indispensable. Hombre y mujer se turnan en el cuidado de los hijos y aun cuando ella se encarga de preparar los alimentos y arreglar la casa, él cuida de los niños mientras la mujer regresa.

Estos ejemplos, evidentemente escasos, muestran comportamientos domésticos alternativos cuando es la mujer quien logra un empleo formal y quien atrae los ingresos principales al hogar. El hecho de que estas prácticas se presenten en hogares en expansión puede reflejar nuevas formas de negociación entre hombres y mujeres jóvenes, que permiten con mayor armonía hacer frente a las demandas de la vida cotidiana. Sin embargo, es importante señalar que las respuestas que habían logrado estos hogares eran solo a partir de los recursos que las relaciones familiares nucleares ofrecían.

El trabajo informal representa sin lugar a dudas la respuesta femenina más importante ante las dificultades económicas cuando se es pobre y se vive en la ciudad. En una primera lectura, los datos muestran que 88.2% de las mujeres trabajaban en el sector informal y pertenecían a hogares distribuidos homogéneamente en las distintas fases del ciclo doméstico. Sin embargo, una segunda mirada permite observar marcas cualitativas importantes. El trabajo informal que implica la realización de actividades de ocho horas o más y que se realiza fuera del domicilio, como es el caso de las empleadas domésticas, concentró en su mayoría a mujeres que pertenecían a hogares en consolidación y en dispersión. De igual manera, aquellas que realizaban actividades principales y además actividades secundarias, eran mujeres en fases avanzadas del ciclo doméstico. Las mujeres en hogares en expansión realizaban prioritariamente trabajos secundarios y en el domicilio o en espacios cercanos, además que sus ingresos eran todavía más bajos que en el resto de las categorías ocupacionales analizadas.

Esta diferenciación en cuanto a caracterización del trabajo femenino informal y ciclo doméstico corrobora los hallazgos encontrados por diversos autores (González de la Rocha, 1986, 1994; González de la Rocha y Escobar, 1999; Roberts, 1995; Zaffaroni, 1999, y De Oliveira y Ariza, 2000) sobre una mayor participación económica femenina en fases avanzadas del ciclo doméstico.

La evidencia muestra un comportamiento diferente acerca de la influencia del tipo de estructura familiar en la respuesta laboral femenina. La presencia de configuraciones familiares extensas como espacios sociales propicios para la salida de las madres al mundo laboral no es relevante en la muestra estudiada. Más bien se trata de un evidente proceso de nuclearización de los hogares (Bazán, 1998), donde la respuesta laboral femenina se desarrolla justo en contextos familiares con menos recursos sociales y humanos para enfrentar la precariedad. La conformación de estructuras familiares extensas como respuesta o efecto ante la búsqueda de la sobrevivencia (González de la Rocha, 1986, y Selby *et al*, 1994) no es un comportamiento central en el caso estudiado.

La tesis que plantea al trabajo informal como una de las estrategias más exitosas en población pobre, debido a la alta densidad de las redes sociales y a la prevalencia de familias con estructura extensa (Chiarello, 1994), no encuentra sustento suficiente en los comportamientos de los pobres urbanos de Las Flores ni, quizá, de asentamientos similares al estudiado. Se trata más bien, como plantea Mingione (1994), de hogares predominantemente nucleares y con redes sociales insuficientes para insertarse de manera eficaz en la economía informal, ya de por sí saturada desde hace varios años (Escobar, 2000) en el contexto urbano mexicano. No obstante, los datos indican también que los ingresos que obtienen las mujeres que cuentan con un trabajo principal informal son mayores que los de las que se emplean en trabajos formales; en apariencia el trabajo informal precario puede ser todavía una alternativa en la búsqueda de la sobrevivencia a pesar del nivel de saturación en el que se encuentra. Esta observación debe ser matizada por la propia diversidad de condiciones en que se presenta el trabajo informal en la población pobre urbana. Un ejemplo exitoso de economía

informal está en las familias de tiangueros que habían logrado elevar sus ingresos significativamente; sin embargo, la mayoría de los casos refleja más bien actividades precarias de subsistencia dentro de la economía informal. El trabajo informal femenino es ante todo una respuesta de sobrevivencia cuando se vive en condiciones de pobreza extrema.

## **Relatos laborales femeninos: un acercamiento cualitativo al trabajo doméstico y extradoméstico de las mujeres<sup>3</sup>**

### *Primer grupo. Mujeres no unidas y participación económica: una muestra analítica de jefaturas femeninas*

#### *Los dilemas laborales y domésticos de una mujer separada. El caso de Mónica*

Después de más de 25 años de matrimonio, Mónica se había separado hacía ocho años de su esposo debido a sus infidelidades recurrentes. La separación marcó para Mónica el inicio de su vida laboral y la toma de una serie de decisiones que habían implicado costos importantes en su vida y en su

3. Los criterios para la selección de las 11 mujeres con las que se realizaron entrevistas en profundidad de enfoque biográfico (los cuatro casos adicionales se elaboraron a partir del material del diario de campo), fueron: a partir del análisis sobre los diferentes tipos de escenarios familiares (estructura familiar, ciclo doméstico y jefatura de hogar) en los cuales se encontraban las 60 mujeres que conforman este estudio en su parte cuantitativa, se seleccionaron aquellos casos que permitieran tener acceso a esta diversidad de arreglos familiares (muestra analítica); se tomó en cuenta que fueran mujeres que hubieran mostrado disposición e interés en participar en esta investigación, para ello, la realización de la encuesta en la primera fase de la investigación, que implicó cuatro sesiones con cada una de las 60 mujeres, fue muy útil, pues ya existía un conocimiento importante sobre cada uno de los casos y un nivel de confianza y empatía adecuado para proceder a la realización de entrevistas en profundidad; se consideró que las mujeres elegidas fueran personas que tuvieran la disposición en tiempo y la habilidad verbal necesaria para compartir acerca de sus experiencias de vida y lo que estas han implicado emocionalmente, y a partir de lo anterior, se seleccionaron 11 casos y se tuvo una lista de reserva por si alguna de las mujeres elegidas no podía participar. Estas entrevistas se realizaron durante cuatro o cinco sesiones de dos horas con cada una de las mujeres. Las sesiones fueron en las viviendas de las entrevistadas y en los momentos que ellas consideraron más oportunos de acuerdo con su carga doméstica y extradoméstica, así como a la posibilidad de contar con la privacidad necesaria para abordar los temas propuestos. Se muestran los relatos de las mujeres sobre su historia laboral; se trabajó en la edición de los relatos, respetando el lenguaje y la construcción gramatical elaborada por cada una de las entrevistadas. El material resultante del diario

bienestar. Su relato mostró la forma en que se entretajan los hilos laborales y domésticos en la lucha por la sobrevivencia material, social y emocional.

Cuando me separé de Germán, a los 40 años, fue cuando comencé a trabajar. Me metí a trabajar a unas oficinas, primero me metí a trabajar a una fonda nomás un día, porque Germán [su ex marido] fue y asustó al señor [el dueño de la fondita] me metí a una fondita que está por la 8 de Julio, ahí me metí yo a lavar trastes, entonces cuando yo llegué a la casa [ese día] él [Germán] llegó a la casa, la niña apenas había ajustado su año, y llegó él y pues estaban mis hijos solos, entonces ya llegó él y le preguntó a uno de mis hijos: “¿Dónde está tu mamá?” y le dijeron: “Se fue a trabajar”, “¿A dónde?”, “Pues que a la 8 de Julio”, llegó mi muchacho el más grande [a la fondita] lo mandó Germán: “Dile a tu mamá que se venga, y dile al señor que si le sigue dando trabajo a tu mamá, que voy a ir a matarlo”, pues ya al otro día fui y ya no me quiso dar trabajo. Y luego ya después pues yo dije: “Yo me voy a ir a trabajar, al fin que mis hijos ya están grandecitos [iniciando la adolescencia] la niña [de un año] como quiera la mantengo”, él me decía que si lo dejaba me iba a morir de hambre porque no estaba acostumbrada a trabajar, yo solté la carcajada, le dije: “Yo no estoy mocha, todavía tengo pies y manos para trabajar”.

Entonces, este, pues ya me dice Elsa, una amiga que vive pa’cá arriba: “De veras, necesitan una ahí en las oficinas” “¿Cuánto pagan?”, “Pues lo que hagas, las horas que hagas, si quieres vamos”, “Vamos”. Y nomás él seguía [Germán] iba y venía un día o dos a dejarme el dinero y se iba, entonces, este, me metí a trabajar. Esa semana todavía le agarré dinero,

de campo fue también categorizado y a partir de ello se analizó la información del mismo. Con el objetivo de profundizar en el material cualitativo recogido en cada uno de los relatos laborales y después de analizar inductivamente los contenidos existentes, se clasificaron los 15 casos de acuerdo con la presencia o ausencia de la pareja (mujeres unidas y no unidas) y la respuesta económica femenina. Se trabajó de manera separada a aquellas mujeres que están unidas y que son las responsables económicas principales de sus hogares. Este esquema de categorización permitió una mayor discriminación en cuanto a la distribución de los casos y su potencialidad analítica para aportar insumos al entendimiento del comportamiento laboral femenino en contextos de pobreza.

lo recibí el dinero, ya a la otra semana no, porque yo ya había rayado, entonces ya cuando llegó que me da dinero y se lo aventé y ya no quise, y le dije: “Ya no quiero dinero porque ya estoy trabajando y no te necesito para nada, te voy a demostrar que no me voy a morir de hambre, como tú dijiste”, él me contestó: “No, pero que la niña...”, y le dije yo: “La niña debajo del brazo la mantengo yo [le dije] si los pájaros se mantienen cuanti más yo que tengo manos”, y dos tres veces me fue a dejar dinero y yo no le recibí nada, dos veces se lo rompí y ya le dije: “Si tú vienes aquí, a parar a la casa, te voy a matar, ya sabes que sí me animo”, una vez le di un piquete, jamás se volvió a parar, santo remedio.

[...] y a mí se me hizo bien trabajar porque dije: “Ahora sí, no hay ni quién me diga en qué lo gastaste o qué le hiciste”, nomás que no me alcanzaba, pues porque le empecé a echar duro [a la bebida] no me alcanzaba y luego los gastos de que me cuidaran a la niña. Y es que en cuanto a dinero, no, pos estaba mejor con Germán, porque yo no trabajaba, a mí no me costaba trabajo, y acá, si iba a trabajar sacaba dinero y si no iba a trabajar no sacaba dinero, tenía que apurarme yo, y antes el que se apuraba era Germán, él sabría, vea.

Ya luego se me complicaron las cosas porque yo tenía que irme a trabajar, porque yo trabajaba en una oficina [haciendo la limpieza] y comencé a dejar a mi niña allá con unas amigas de la Lázaro Cárdenas, yo vivía aquí [en Las Flores] y como yo me tenía que ir a trabajar, y como donde la dejaba tenían muchos niños, yo dije: “No le vayan a hacer algo a la niña” y yo decía: “No, ¿qué tal si un chiquillo por travesura le hace algo?, no, no es justo que ella pague las consecuencias teniendo a su padre”, entonces yo por eso no podía tenerla conmigo, porque como trabajaba, ¿qué hacía yo con la niña? Y mi muchacho [uno de sus hijos] me decía: “Mira ma’, la niña no es bueno que la deje en casas, ya la llevó a una casa y ya vio”, porque regresaba siempre mugrosita, sucia de la ropa, yo siempre la traje bien arregladita, yo de todos modos les pagaba para que me la cuidaran, y ya llego yo un día de trabajar y ya me habían comentado que un niño ya había abusado de una niña, entonces dije: “¿Qué hago?”, entonces ya le dije a mi hijo: “¿Sabes qué?, llévale a la niña



a tu papá”, y me dice él: “Mamá, ¿desde cuándo le decía yo?”, y ahí las vecinas también me decían: “Mira, Mónica, pues aquí la niña es la que va a pagar todo, tú no puedes con ella, tú puedes trabajar para sacarla adelante, para sostenerla, pero para cuidarla no”, entonces ya llegué de trabajar y con todo el dolor de mi corazón le arreglé en una mochila su ropa y le dije a mi hijo: “¡Llévatela!”, y ya hablé yo con él [su ex pareja, padre de la niña] y le dije: “Mira, te mando a la niña, por esto y esto”, y dijo él: “Ey, está bien, cuando la quieras ver, llámame, yo te la llevo”.

Mónica entregó a la niña a su padre y desde entonces la veía una o dos veces al mes. Continuó trabajando durante varios años en el aseo de oficinas, después compró un local en el mercado de la colonia y desde entonces se dedicaba a la venta de casetes musicales; sus ingresos eran irregulares, las ventas andaban muy bajas y las mejores ganancias las obtenía durante los fines de semana. Después de la separación, tuvo un periodo intenso de alcoholismo que duró más de seis años; luego entró a un grupo de Alcohólicos Anónimos (AA) y llevaba dos años de abstinencia. A principios de 2000, la vida de Mónica dio un nuevo giro:

El padre de Mónica, que vivía en un pueblo en Los Altos de Jalisco, fue a pasar unos días a un rancho con una de las hermanas de Mónica, resulta que el señor se cayó de un caballo y a Mónica, quien es la única hija que vive en la ciudad [otra hermana vive en un rancho al interior del estado y el resto viven en Los Ángeles] le tocó llevarlo al hospital civil, conseguir dinero para que le pusieran placas en la pierna y actualmente su padre está viviendo con ella, cosa que ha generado sentimientos encontrados en Mónica y que ha significado un reacomodo en sus relaciones interpersonales, en su tiempo laboral y en sus vínculos con los miembros de AA. Al parecer, el padre de Mónica permanecerá en casa de ella por tiempo indefinido.

Mónica comenta que con la situación de su papá ella ha tenido que hacer diversos ajustes: ha tenido que pedir a sus hermanas de Los Ángeles que den dinero para pagar los gastos médicos del padre. Las hermanas

han enviado dinero en dos ocasiones: para la placa que le pusieron al papá y para una visita de seguimiento con el médico. Mónica se queja de que las hermanas habían quedado de estar mandando dinero periódicamente pero no lo han cumplido. Ellas dicen tener gastos allá con sus familias, pero Mónica se molesta pues las hermanas están en mejor posición económica que ella. Mónica comenta que las cosas no son parejas y que el padre es de todas, así que todas “deben de apechugar”. En la cuestión económica, Mónica ha tenido muchas dificultades, ha descuidado el local en el mercado por estar atendiendo al papá, después de darle de almorzar se va al local y llega ya tarde, por las tardes pronto tiene que regresar a casa para atender al papá y acompañarlo. El padre se queja de que está solo y demanda mayor atención (diario de campo, julio–diciembre de 2000).

*Del maíz a la fonda, de Colinas de San Javier al cabaret, de cajera y mesera a empleada doméstica: los múltiples rostros del trabajo femenino. El caso de Maricela*

Maricela estaba separada y vivía sola. Desde adolescente y por influencia de amigas trabajó en cabarés y, en ocasiones, en limpieza de casas. Cambiaba de domicilio y de pareja constantemente. Sus hijos habían vivido con la madre de Maricela. En ese momento vivía sola en Las Flores y apoyaba al sustento de sus hijos más pequeños, con quienes procuraba mantener una relación cercana. Trabajaba de empleada doméstica y había encontrado en su patrona un vínculo importante que rebasaba las fronteras de la relación laboral.

[...] porque nosotros de chicos si queríamos gastar dinero teníamos que trabajar, había un señor ahí donde vivíamos que tenía trocas de maíz y íbamos a desgranar, creo que nos pagaban a cinco centavos la docena de mazorcas y yo tenía en ese entonces como unos siete años y pues todos íbamos y estaban más chiquitos los hermanos que siguen de mí.

Y luego yo como a los 12 años empecé a trabajar ya más, primeramente trabajé que de mesera en Santa Rita, ahí cercas del templo de Santa Rita en la colonia Chapalita, pues ahí había una taquería muy famosa que se llamaba Taquería La Flor de Michoacán, que vendían aguas de horchata, quesadillas, creo que existe todavía esa taquería. Y ya empecé a trabajar ahí, entonces entraba como a las nueve [de la mañana] saldría como a las ocho de la noche pero era larga la distancia del Zapote [colonia donde vivía] a ahí, entonces iba mi hermano Juan supuestamente a acompañarme para regresarnos a la casa, pues ¿qué compañía podría ser? estaba chiquito, tenía ocho años, ¿te imaginas qué valiente compañero? Entonces ya él iba a acompañarme, pues, y ya llegaba y yo le decía: “¿Quieres cenar, mijo?” le invitaba ahí los taquitos, eda, ya le decía al señor: “Luego me los rebaja, eh”, pues nunca, lógico, nunca me rebajaba el señor, yo creo que le daba lástima, eda, y ya ahí cenaba él, ya luego nos íbamos a la casa felices.

Ya después yo me fui a vivir un tiempo con mi madrina y ya iba yo a trabajar a casas [de empleada doméstica] y nunca cobré un centavo, eh. Sí trabajaba yo, pero yo no sabía que se cobraba dinero por ir a trabajar, entonces yo no sé quien cobró ese dinero, veníamos a trabajar a Chapalita, ya ves, que de sirvientas, trabajaba ponle una semana o tres días y así, pero nunca cobré ni un cinco, entonces pues ya regresábamos a la casa de mi madrina y ahí me quedaba. Y yo me quedaba con el niño de mi madrina en las tardes y ella salía a trabajar, entonces quizás por eso no aportaba yo dinero y ella con gusto me daba de comer y me quedaba a acompañar a su hijo pero pues ¡qué cuidárselo!, los dos chiquillos, ¿tú crees?, hacíamos lo que queríamos y, este, nomás eso sí, recogíamos temprano, cuando empezaba a obscurecer, y “Ya vámonos, porque llega tu mamá y nos regaña”, le decía y ya nos veníamos a la casa.

Y ya luego regresé a mi casa otra vez, pero luego, luego, me volví a ir de la casa porque no estaba a gusto, ya habían crecido mis hermanos, ya se habían hecho más sangrones, más exigentes, más peleoneros, más inconsecuentes, porque son de esos “que te persigo tu novio a balazos de aquí a tres cuadras”, entonces, este, pues no, ya me salí y en esos tiempos

trabajé otra vez en casas. En ese tiempo se usaba mucho que salía en el periódico “se solicita empleada para...”, y ya iba uno a una agencia donde mandaban pedir sirvientas, por suerte me tocó a mi trabajar en la casa del señor Pérez, es, este, quesque era presidente municipal, y pues estaba yo muy chica, tendría 14 pasaditos y directamente me metieron en la cocina, sin saber cocinar una carne una nada, entonces a base de puras recetas, agarré un libro de cocina y de ahí, de ahí desayuno, almuerzo, comida, merienda y luego la cena, aborrecí la cocina, era desde que Dios amanecía, todo el día en la cocina y en la noche me tocaba aparte planchar, y se me hizo muy pesado. Yo vivía en esa residencia, era en Colinas de San Javier.

Ya después trabajábamos en el cabaret mis amigas y yo, de ahí nos invitaron a ir a otra parte, que había más ambiente y que no se qué, y que mucho dinero, y que ahí vamos y nos fuimos a Lagos de Moreno, llegamos a un motel y ya de ahí nos íbamos a trabajar a la zona roja, a los cabarets, y ya igual era la misma canción: bailar y tomar. Y pos yo veo ahora ese trabajo pues como un trabajo común y corriente y como a nosotros nos habían hablado de eso [de un trabajo] tampoco se nos había hablado de sexo, entonces pos no pensábamos más allá, pero ahora que ya razona uno, que está uno consciente de lo que sucedió, ¿qué puedes hacer? ¿qué puedes decir?, y cuando mañana o pasado vengan algunas de las personas que conocí ahí [en los cabarets] y que te digan: “Oye, tú, tú, tú, tú...” y delante de tus hijos, ¿qué vas a hacer? “Vamos a platicar afuera, ¿no?” Pues sí, es que el mundo es un pañuelito y todo gira, yo no sé cuándo pase esto, pero pues ya estoy preparada para cuando eso llegue y luego me digo, ¿qué voy a hacer? Bueno, no sé, ya se me ocurrirá en ese ratito, porque soy media espontánea y luego pienso que en ese momento les diré a mis hijos: “Mi vida es solo mía, cuiden la de ustedes a la perfección y que no les vaya a ocurrir lo que a mí me ocurrió y que las cosas que vean malas de mí no las hagan ustedes, para que no se sientan mal después”, pero realmente no me siento mal, porque no lo hice, como dicen, con alevosía y ventaja, fue inconsciente, falta de experiencia, falta de conciencia, pues. Nomás.

[...] y ya después en un cabaret conocí a un muchacho que tenía un puesto de birria grande, entonces ya me convidó a trabajar con él y pues yo a la semana ya estaba trabajando en una birriería, porque pues no es mi ambiente [el trabajo en la zona roja] y otra, me sacara cualquier, cualquier oferta mejor de trabajo y pos ahí me iba. Y pues ya estaba trabajando ahí en la birriería y seguí igual en el hotel viviendo. Y pos mis hijos seguían aquí en Guadalajara con mi mamá, y entonces pues ya me fui quedando allá [en Lagos de Moreno] y le mandaba dinero a mi mamá y ya después el muchacho de la birriería se fue al norte y ya me quedé yo definitivamente allá sin trabajo. Entonces me fui a buscar trabajo a un restaurante de mesera, en la cocina, a ver qué, en un restaurante bar encontré trabajo, entré en la caja, de cajera, pero ya trabajando ahí en la caja poco a poco me fueron dejando más trabajo y ya después me encargaba yo de todo lo que hacía falta en el restaurante y de pagarles a todos, nomás que era muy pesado para mí. Entonces yo seguía mandando ya a mi mamá dinero, pues estaban los niños chiquitos [sus hijos] no había tanto problema y estaba mi hermana la mayor sin casarse y ella fue como una segunda mamá para mis hijos.

Luego pues ya me regresé a Guadalajara otra vez y luego ya un día le dije a una amiga: “Oye, Manuela, por ahí te encargo un trabajo para mí, no le hace que sea una lavada o una planchada, te prometo que no te quedo mal, raterona no soy, no tengo quién me recomiende pero pues ya sabes dónde vivo” y ya, a la semana, ya me dijo que estaba mi trabajo en el que actualmente estoy ahorita, con la doctora, y ya tengo más de un año y la doctora pues es bueno, es mi ídola, es tan trabajadora esa mujer, pero trabajadorcísima y tiene su casa como una tacita, y tiene cuatro hijos y el marido, a él tiene que dejarle desde los zapatos boleados y el traje que se va a poner, la camisa, zapatos, calzones, calcetines, bueno, todo, y a los muchachos igual y trae así a los chiquitos, que nunca he visto a una mujer como esa, eh, y los trae pero, ay, si vieras, iuhh, es, es mi ídola!

*En el límite: la sobrevivencia cuestionada. Una mujer viuda en busca de trabajo*

Malena y sus hijos sobrevivían con la pensión que recibía del seguro por el fallecimiento de su esposo. Estaba desesperada por encontrar trabajo y, al mismo tiempo, angustiada porque no sabía cómo le haría para cuidar de sus hijos pequeños y trabajar.

Pues yo desde chica veía a mis papás peleando y luego a familias pues que sí salían juntas y se la llevaban bien, y pues a mí me dolía pues que mis papás no se la llevaran bien. Y yo pienso que a veces sí le dan a uno ganas de salirse uno de su casa, yo por eso yo salí, me salí a trabajar, trabajé en casas también con los dueños del Nuevo Mundo, pero yo a la vez no estaba a gusto por mi mamá, porque yo sabía que se iba a quedar sola, porque mis hermanos trabajaban y pues mi papá la golpeaba mucho. Yo empecé a trabajar en casas como a los 15 años y ahí en casa de los dueños de Nuevo Mundo duré como dos años, pero luego me salí porque me enfadé, me sentía muy sola. Yo dormía ahí y trabajaba desde que amanecía hasta en la tarde, como a las cinco de la tarde, y después a la hora de la cena, ya nomás era recoger, ya no era mucho trabajo. Pero pues se siente uno bien triste, sola, primero yo estaba sola y después entró otra muchacha pero no, no, o sea, me molestaba mucho, ponía música o no sé, adrede, y la apagaba bien noche, como que no nos caímos una a la otra. Cuando dejé de trabajar ahí, pues me fui a la casa.

Ya después busqué trabajo en una fábrica donde arman cajas, una fábrica de cartón, armaba cajas para dulces o empaquetábamos juguetes, ahí duré poco, duré como un año, ya después me salí también de ahí. Y pues yo de mi dinero que ganaba siempre daba para la casa, porque mi mamá siempre nos acostumbró, siempre teníamos que dar el chivo, tuviéramos las drogas que tuviéramos, primero teníamos que darle a ella. Cuando trabajaba en casas, daba la mitad, pues casi todo, yo nomás dejaba para mis camiones, pues allá comía y tenía todo.

Ya después nos pusimos a vender ahí en la casa, mi mamá vendía cena y yo le ayudaba ahí a vender y pues todos colaboraban en lo que podían,

tanto los hermanos hombres como las mujeres. Y pues ya después me casé y me dediqué al hogar, luego me separé de mi esposo [por infidelidades] y al poco tiempo él murió en un accidente y enviudé. Y ahora vivo nomás con lo que me dan de la pensión de mi esposo del seguro social [\$800.00 pesos] eso es lo que me dan y nomás ya no me ajusta ni para el camión de la niña [a la escuela] ni para lo que le piden en la primaria ni pa' zapatos [...] Y pues lo que quiero es buscarme un trabajo, aunque sea irme en la mañana y regresar, es que yo no quiero dejarlos solos [a los hijos] no me gusta dejarlos solos, si estando uno...

Y luego pienso en vender algo, ponernos a vender aquí afuera algo, fruta, para que estén entretenidos en algo mis hijos y ganar algo, pero aparte, o sea, no sé si ponerlos a vender mientras esté yo trabajando, prefiero que estén adentro a que estén afuera, o sea, mientras esté afuera yo con ellos sí, si no, pos no.

Y es que yo pienso sobre todo en trabajar, porque si no trabajo pos no comemos, yo lo que quiero es darles una mejor alimentación, que se estén alimentando bien ahorita que están en la escuela y están en el desarrollo. Y yo le comenté hace unos días a una amiga que andaba yo buscando trabajo y me dice: “Ay, ¿cómo no me dijiste antes?”, porque ella trabajaba, o sea, que fuera a su casa a cuidarle a los niños nomás cuatro horas y me daba \$200 pesos semanales y me comentó que se quiere ir de vuelta y quiere que alguien, o sea, que cuide a sus niños, y pues a su esposo ya lo conozco, o sea, nos respetamos y todo. Y también fui con una prima y como trabaja en oficina, o sea, es aseo de oficinas, también le dije a ella que no puedo o sea todo el tiempo, disponer de todo el tiempo; cierto tiempo para hacer [trabajar] mientras no estoy con los niños. Y me dijo que luego volviera y quiero ver si me conviene y el horario y todo, y creo que ahí dan seguro. Pero yo pienso que ya con seguro es más obligatorio y tendrían que ser ciertas horas y pues así no sé si podría, y luego pues pienso que mejor con esta amiga que quiere que le cuide a sus hijos, así me puedo llevar a mi niña y, este, yo me sentiría más tranquila.

## *Envejecimiento y trabajo femenino. Doña Mary y el arte de granjear*

Doña Mary tuvo un local de venta de guaraches en el mercado y sobrevivía principalmente gracias al apoyo de los demás locatarios del mercado, ya que sus ventas eran muy escasas y esporádicas. Se entristecía de tener que vivir sola y deseaba que su hijo la recogiera y se la llevara a vivir con él.

Empecé a trabajar desde la edad de siete años, de la edad de siete años a la edad que tengo [73 años] tengo apenas unos meses que no trabajo, es lo que tengo, hum, porque ya después de que me casé, ya no torcí cigarro como cuando niña, ya seguí granjeando a la gente, lavando, planchando, iba y les fregaba los trastes, barría las calles, les llevaba al molino, pos entonces se usaba llevar al molino, eda, llegaba yo y les decía: “Quihubo, ya acabé ajuera, ya les barrí, ya les saqué”, les sacaba agua del pozo, les regaba sus hierbas, y luego veía que tenían allí para ir al molino y ya les decía: “Dame pa’ llevarte al molino, no mira que dame pa’ llevarte al molino”, iba y les llevaba al molino y ya les dejaba su masa y les arreglaba ahí todo, “Ahora sí, ya me voy, ya”, ya me venía a seguirle, hasta donde podía, ya llegaba a la casa y tenía que mandar mis niños a la escuela y ya me decían: “Amá, ¿qué vamos a almorzar?”, “Pos ahorita, hijos”, ya me llegaba alguna vecinita con tortillas, con frijolitos, con un traguito de leche en veces, y ya les daba de desayunar, y ese muchacho que tengo es el único que siempre se ha mortificado por mí, me decía desde muy chiquito: “Amá, ¿y usted, no va a desayunar?”, “Al ratito, hijo, al ratito, allá me dan a mí”, y pos veces nada y ya me decía “Ándele pues, amá”, ya les daba sus tortillitas y se iban a la escuela ellos ya bien encantados de la vida, ¿verdad?, de modo que mi vida, yo me la acabé granjeando [trabajando] por eso ora me da tristeza, y veces me agarro llorando y digo: “Ay, Señor, ya no puedo granjear”, y pos hay veces, aquí en el mercado [en Las Flores] todavía ora que ya no puedo, hum, todavía agarraba mi escoba y me venía bien tempranito [al mercado] oscuro en la mañana y me ponía y ya cuando ellas llegaban [las locatarias] yo ya les tenía bien barrido, bien regado todo a todas, y me decían: “Ay, Mary, ¿por qué



viene tan pronto?”, y les decía: “Vengo a juntarles la basura”, ya tenía yo todo limpio, ora ya no puedo y me da pena, y es que mire, agarro la escoba y me pongo a barrer y me pega un dolor en la pierna, que ya no lo aguanto y ay, Dios, me da pena que veces llegan y “Tenga, Mary, esto, y que tenga Mary lo otro”, y me da vergüenza, porque digo: “Ay, Dios, ni las granjeé y me dieron...”

[...] y en el recuerdo me queda cuando estaba casada y nos íbamos a las fronteras a pisar algodón a Obregón, Sonora, hasta Mexicali. Y llegó en veces que llegamos a partes sin ni un centavo sin un cinco, y ya mi esposo me decía: “Fíjate, vamos a empezar a trabajar, no tenemos ni qué comer”, y yo le decía: “No te apures, orita”, y ya me iba con la señora de la tiendita y yo en vez de pedirle fiado veía yo que tenía todo su quehacer regado y ya me iba y me ponía y le decía: “Señora, voy a barrerle” y decía ella “¿Ay, cómo?”, “Sí, ahorita, usted atiende ahí su tienda”, ya me ponía y le barría, le regaba, le arreglaba toda su casa y ya me venía: “Ya me voy señora, nada más venía a molestarla que me hiciera el favor de fiarme, porque llegamos sin ni un cinco”, ya me decía: “No, no, oritita, ¿qué va a ocupar?”, “Ahí nomás con que me de unas galletas o algo para comer”, “No, orita, a ver”, iba y ya me surtía mi mandado de todo, “Ay, señora, ¿cuánto le voy a deber?”, “Nada, usted ya me pagó”, “Ah, pos muchas gracias”, ya me iba y ya me decía mi marido: “¡Fíjate nomás, todo eso te endrogaste!”, “No, yo hice quihacer y me lo regalaron”, “Ay, qué güeno”, y siempre me ha gustado granjear a las personas, ¿verdad?, que como le digo ora ya, ya no, ya no, pero granjeé lo que pude primeramente Dios, ey.

Y es que mire, yo desde que me casé, mi esposo de primero y mi suegra fue muy buena, me ayudó mucho, mucho me ayudó, pero ya después, como que se enfadó, y ya él de primero fue un hombre de muncha obligación y ya después, como suerte, nomás tuve los primeros niños que Dios me dejó, jue estos grandes, el niño y la niña que me dejó Dios, y él se tiró a trabajar, sí, sí trabajaba, pero para andar de enamorado, de tomado, a mí no me daba ni un centavo, llegaba a la casa y me exigía comida, me exigía ropa limpia, me exigía todo, y yo era allí en mi casa, yo sabía si mis

hijos comían, si vestían, si calzaban, si pagaba una renta, si tenía dónde vivir, porque mi suegra a la última hasta me corrió de su casa, y yo me jui a rentar, y yo pos ya me tiré a trabajar, a lavar diario y a veces hasta se me hacía oscuro en los lavaderos para lavar y en la noche que llegaba era poner mi bracerito, porque pos entonces ni planchas eléctricas, ni nada, ponía mi bracerito con carbón y ya ponía mis planchitas, y ya esto era planchar hasta las cinco de la mañana y ya a las cinco de la mañana llegaban mujeres que trabajaban en bares, ellas eran a las que les lavaba y planchaba, porque me pagaban mejor, me pagaban a peso el vestidito, lavada y planchada, y llegaban y me decían: “¿No me da de almorzar?” y yo ya me iba tempranito con mi niño al centro, “Córrele, mijo, vámonos”, y compraba mi mandado y hacía de almorzar y le decía a mi niño: “Vaya, dígales que ya está el almuerzo”, y ya venían y almorzaban y se iban, y ya les hacía un atolito o cosas que les asentaran el almuerzo, y ya me daban \$5 pesos por el almuerzo, y ya me ayudaba con esos \$5 pesos, ya les dejaba su comida hecha a mis hijos, o le decía a la más grandecita, que también sufrió mucho conmigo, le decía: “Mire, Lola, usted hace de comer”, se iban a clases en la tarde, “Ya los quiero que se vayan bañaditos, cambiaditos, no quiero que vayan sucios, se me bañan, se me cambian y se me van a clases”, pos ya hacían ellos de comer, ella de comer, le daba de comer a su hermano, y comían y vámonos, y ya me dejaban mi casa muy limpiecita, todo barrido, todo arreglado, los trastes fregados y todo, llegaba yo y ya todo recogido, ya llegaba yo hasta sin hambre, pero en veces me comía una tortilla y pégale a planchar y esa fue mi vida, quedé viuda y seguí trabajando con una niña de tres meses que me dejó mi esposo, y a sufrirle, arrimada un día con mi hermana, otro día con una hija casada, después con mi hijo y así.

Y pos ya ahora que estoy ya mayor, mi hijo me tiene un puesto de guarache en el mercado, pero pos no se vende casi y cuando él tiene me da \$20 pesos pa' la semana, y ora él tiene tanto gasto en su casa también, tiene munchas niñas que están estudiando, entonces él tiene su gasto y yo como le dije ora que vino, me dijo: “Ay, amá, no hallo ni qué”, le dije: “No te mortifiques, yo no creas, yo siempre te lo he dicho, que tú

no tienes obligación mía, la obligación es de tu familia, de tu esposa y de tus hijos, no te voy a decir que primero tuvistes madre y después mujer, que es muy cierto, pero tampoco por eso voy a decirte, porque yo jui primero tu madre, me vas a dar a mí de comer y tus hijos déjalos. No, hijo, no se mortifique, al cabo Dios nuestro Señor no me desampara”, y tiene semanas que no me da porque seguro no alcanza y yo no saco [del puesto en el mercado] me dice: “De lo que saque, mamá, agarre”, pos en toda la semana no he vendido nada, nada, nada, nomás que hay veces que pasan así amiguitas y una me da un peso otra me da dos, y así yo compro mis tortillitas y con mi dispensita que recibo cada mes.

Y pos yo mis ganas ya orita eran de que mi hijo vendiera su puesto y yo ya no tener obligación, porque yo hay veces que me siento muy, muy triste. Él piensa que yo me divierto, y sí, sí me divierto, sí, pos sí me divierto en veces, mi ratito aquí, pero me da tristeza que a veces no vendo nada, él llega “¿Mamá cuánto tiene para ir a surtir o qué?”, “Pos nada, hijo”, “Ah, pos qué caray”, y yo me mortifico y él me dice: “No se mortifique, madre, y no se mortifique”.

Y ese sería mi anhelo, vender y ya irme pa’ mi casa, si no hacerme bola, al cabo para lo que yo como, alguien me dará un taco, ey, ese es todo mi anhelo, Dios lo sabe.

Para doña Mary, las cosas no fueron fáciles en los meses posteriores a la entrevista: su hijo vendió el local donde “vendía guaraches”, aunque en realidad no tenía casi ventas, pero tener un lugar en el mercado le ofrecía la posibilidad de nutrir y activar sus redes de apoyo con los demás locatarios y garantizar su sobrevivencia.

[...] pues mi hijo vendió el local y pos es que no se vendía nada y él estaba muy necesitado de dinero y pues me quedé sin mi lugar en el mercado. Ahora ya voy muy poco al mercado, de vez en vez me asomo y el del puesto de verdura me sigue regalando que un jitomatito o una cebollita, pero ya de a tiro casi no voy, aquí nomás me la paso, ya mis piernas no funcionan igual y no puedo andar granjeando [trabajando] como antes.

Porque yo a mis nietas les digo: “Enséñense a granjear, que a barrer, a trapear, y ya entonces les darán una ayudadita, pero así no más pues no se puede”.

Mi hijo [quien vive en otra colonia] tiene la idea de fincar aquí en el lote y traerse su familia para acá, pero pos a ver pa’ cuándo, ya tiene mucho con esa idea. Ahora ya sus dos hijas grandes están trabajando y ellas son las que le dan dinero para que vaya comprando el material y pueda fincar. Y ya de a tiro los domingos se viene a trabajar en la obra y pos ahí poco a poco. Y luego me dice: “Mamá, ¿cómo está?” y pos yo qué le digo, pos que ando bien mala, pero pues él tiene siete hijos y, pa’ colmo, pura mujercita y solo un varón. Así que el pobre cuando puede me da que mis \$20 pesos los domingos, pero pos no siempre, porque él tampoco tiene. Mi hija que vive aquí a unas cuadras, la dejó el esposo y tiene tres niñas de a tiro chicas, y pos ella anda buscando trabajo y pos ni modo de pedirle, yo la veo que no tiene. Con lo que me ayuda es que me manda a su hija más grande a que me acompañe en las noches y ya en la mañana viene por ella para llevarla a la escuela. Y pos sí me siento bien de que me acompañe por las noches, porque yo paso tanto susto de que se me meta un maleante, mire, yo tengo un foco en mi cuarto y otro en el patio, en la noche duermo con la luz prendida de mi cuarto y en cuanto oigo algún ruido, luego, luego, les echo el lucerón para ahuyentar a los maleantes. Y yo digo que como sea, aunque no puedo trabajar, pues aunque soy un estorbo, pos ahí les estoy cuidando sus materiales [de construcción] a mi hijo, de que no se los roben (diario de campo, julio–diciembre de 2000).

En este primer grupo contamos con cuatro mujeres sin pareja: dos viudas (doña Mary y Malena) y dos separadas (Mónica y Maricela). En tres casos se trataba de hogares unipersonales. Las cuatro mujeres presentaban una larga trayectoria en el trabajo informal. Los relatos expuestos reflejan una clara asociación entre las actividades femeninas desarrolladas y una evidente precariedad laboral. Ariza y De Oliveira (2001) señalan la marcada sobrerrepresentación de las mujeres mexicanas en los trabajos desarrollados

en condiciones más desfavorables (Salles y Tuirán, 2000). La inserción de las mujeres en el campo laboral está caracterizada por condiciones de segregación (alternativas restringidas), discriminación salarial (salarios distintos ante capacidades similares) y precariedad laboral (en cuanto al tipo de trabajo y la duración del mismo).

La acumulación de desventajas (González de la Rocha, 1999d) en términos de capital humano (Moser, 1996, y Kaztman, 1999) restringe las posibilidades de estas mujeres para insertarse mínimamente en la estructura de oportunidades de nuestra sociedad. El tipo de trabajo desarrollado por este grupo de mujeres es en sí mismo un reflejo del proceso de exclusión laboral experimentado por ellas y sus familias a lo largo de sus vidas (De Oliveira y Ariza, 2000). El trabajo informal femenino en contextos pobres urbanos significa sobre todo la prolongación de las tareas domésticas (estereotipadas como femeninas) más allá de las fronteras del espacio físico familiar. Actividades tales como lavar, planchar, coser, cocinar, limpiar y cuidar niños, son ejemplos claros del tipo de inserción laboral que logran las mujeres pobres urbanas.

Los relatos de doña Mary y de Mónica, dos mujeres que buscaron la subsistencia a través del comercio, muestran las tremendas dificultades enfrentadas de manera cotidiana para sacar adelante el negocio. El comercio informal desarrollado en el mercado de Las Flores no permite para la gran mayoría de los locatarios el abasto de insumos necesarios, tener una mínima cantidad de dinero ahorrado para enfrentar gastos imprevistos, lidiar con ventas intermitentes y separar en lo posible la administración del negocio de la administración del hogar. Además, el caso de Malena, mujer viuda en un hogar en expansión y con el deseo de abrir una “tiendita” afuera de su vivienda, mostró las infranqueables dificultades para lograrlo cuando no se cuenta con una mínima inversión para iniciar la actividad y soportar los primeros tiempos de pocas ventas y escasa clientela. El trabajo informal implica también el acceso a recursos tanto materiales como sociales para que en verdad traspase las fronteras de la subsistencia y pueda llegar a ser un proyecto de vida (Bazán y Estrada, 1998).

La incertidumbre económica (Moser, 1996) experimentada día a día por cada una de las mujeres, se encarna de formas distintas de acuerdo con el curso de vida y los eventos vitales acontecidos en la existencia (Ariza y Oliveira, 2001), así como los distintos arreglos familiares a los que se pertenece (González de la Rocha, 1986 y 1994). La viudez de doña Mary y de Malena aconteció en momentos diferentes de sus vidas y en ambos casos estuvo relacionada con un deterioro mayor en las ya precarias condiciones de vida. Las posibilidades de subsistencia de doña Mary dependían básicamente de las relaciones de apoyo que podía lograr a través de los vecinos y de sus hijos. Doña Mary es un ejemplo elocuente de las consecuencias que derivan de un estado que ha replegado enormemente sus funciones de seguridad y protección social, así como del debilitamiento y agotamiento de instituciones sociales como la familia y la comunidad en sus funciones de apoyo, solidaridad y reciprocidad (Kaztman, 1999 y Esteinou, 1994). La viudez de Malena vulneró las condiciones de vida de su familia y mostró las restringidas alternativas de subsistencia a las que podía acceder. Enviudar en etapas tempranas del ciclo doméstico sigue siendo hoy en día una combinación de circunstancias que cuestiona de manera directa las posibilidades de supervivencia (González de la Rocha, 1986; Moser, 1996).

Analizar los relatos laborales de Maricela y Mónica es entrar de lleno a los costos y beneficios de una separación de pareja cuando se vive en condiciones de pobreza extrema en la ciudad. Para Mónica, la separación significó su entrada al mundo laboral y la entrega de su hija menor a su ex marido, además de un periodo agudo de alcoholización y el cambio abrupto de un hogar compuesto por varios miembros a uno unipersonal. Su respuesta laboral anunció desde un inicio la fortaleza y el coraje con que enfrentó la necesidad de obtener recursos económicos y los conflictos de poder vividos entre ella y su ex pareja en torno al dinero. Mónica ganó autonomía en su vida y, a cambio, perdió la posibilidad de apoyo económico por parte de su ex pareja. Ambas cosas juntas resultaban antagónicas en el mapa sociocultural desde el cual leía su realidad de entonces. Ella logró sobrevivir a través del aseo de oficinas y, después, de las escasas ganancias que obtenía de su puesto de casetes en el mercado de la colonia. En el caso de Maricela, quien

había vivido más de una separación de pareja, la sobrevivencia de sus hijos significó darlos en crianza a su madre y responder activamente en el campo laboral para asegurar la subsistencia de los niños y de ella. La estrategia (si se puede llamar así al retomar las críticas al concepto planteadas por Selby *et al*, 1994) de sobrevivencia desarrollada por Mónica muestra un arreglo familiar que la mantuvo excluida de manera parcial de la posibilidad cotidiana de convivencia y socialización con sus hijos. Ambas mujeres contaban con una vivienda “propia” y un grado de independencia relativamente alto para tomar sus decisiones en comparación con otros tipos de escenarios familiares. Ambos casos ilustran la complejidad de las decisiones tomadas y las dinámicas de lucha de poder que se gestan al interior de estos espacios domésticos (González de la Rocha, 1986; Wolf, 1994; Selby *et al*, 1994, y García y De Oliveira, 1994).

La pregunta es si la separación de pareja ante situaciones de infidelidad o maltrato significa en verdad una alternativa viable para lograr mejores condiciones de vida tanto individuales como familiares, así como el papel que juega el trabajo femenino en esta disyuntiva. Si se observa la situación de Mónica y Marisela, se puede considerar que en términos emocionales individuales y a largo plazo la separación de pareja las benefició. Sin embargo, los obstáculos que tuvieron que enfrentar estas mujeres durante el proceso de separación y en años posteriores muestran los altos costos que todavía existen cuando se opta por esta alternativa y que pueden llegar a significar la desintegración del grupo familiar.

Sobre los dilemas propios de separarse o no cuando se vive en situaciones de infidelidad y maltrato por parte de la pareja, las mujeres de la panadería de la colonia comentaron lo siguiente:

[...] eso de estar mejor sin el marido no es cierto, estoy de acuerdo que en mujeres menos pobres que nosotros sí se puede dar, cuando se tiene por lo menos lo mínimo para vivir, una casa segura, servicios, un trabajo, etc. Pero en el caso de la mayoría de las mujeres como nosotros, donde la pobreza es más perra, no se puede decir que se vive mejor cuando una se separa del marido. Te lo digo porque yo lo veo en la colonia. Así

nos den golpes y catorrazos, a las mujeres no nos conviene separarnos del marido porque simplemente no la hacemos para sacar adelante la familia, si siendo los dos mire usted lo difícil que es, ahora una sola está cabrón. Aquí no hay de otra más que apechugar y no conviene estar sola. Yo tengo una amiga que es pobre pero vive mucho mejor que nosotras, a ella la abandonó el marido y ella sí ha podido salir adelante, pero es que por lo menos en esos casos no te dejan en la calle, ella tiene ya su casa con todos los servicios, tiene trabajo, y es otra cosa. Pero por acá, hay muchas mujeres que las abandona el marido o que ellas deciden largarse o largarlo y si vieras cómo andan rodando ellas y sus hijos después, que se buscan a otro hombre y luego a otro y nomás ya no la hacen y puro rodar con todo y los hijos (diario de campo, julio–diciembre de 2000).

La evidencia muestra el dilema que enfrentan muchas mujeres en escenarios sociales similares a Las Flores, donde la separación de pareja puede implicar costos muy altos (González de la Rocha, 1988). El tipo y niveles de precariedad de la actividad económica desarrollada por las mujeres, así como la posibilidad de contar con una vivienda en el momento de la separación, son elementos determinantes en el proceso de cálculo y ensayo en la toma de decisiones de las mujeres ante la disyuntiva de la separación.

### *Segundo grupo. Mujeres unidas y participación económica: una muestra analítica de jefaturas masculinas*

#### *Trabajo femenino doméstico y extradoméstico en hogares en expansión: ¿asuntos irreconciliables? El caso de Celina*

Celina trabajó en varias fábricas de soltera, pero cuando tuvo a su hijo dejó de trabajar; esta decisión fue tomada de manera conjunta con su pareja. Celina declaró que la jefatura de su hogar era compartida, ya que ambos tomaban de común acuerdo las decisiones con respecto a su hogar y a su pequeño hijo. Además, su pareja colaboraba en los quehaceres del hogar y en el cuidado del hijo. Ella consideraba estar en igualdad de condiciones



que su pareja y explicitó que se sentía capaz de trabajar de nuevo en cualquier momento. Esta posición le daba una libertad mayor para mantener una relación equitativa con su pareja. Es interesante cómo Celina había desarrollado estrategias para cuidar los pequeños ahorros de la familia y vigilar el consumo de alcohol de su pareja: cuando él ingería alcohol en el trabajo (era repartidor de garrafones de agua) o al salir, Celina le cobraba con “mordidas” y él tenía que pagar el monto correspondiente. Tanto Celina como su pareja estaban de acuerdo con este tipo de medidas y parecía que les habían dado buen resultado. Sin embargo, dejó ver en su narrativa las ventajas que ella percibía en la posibilidad de trabajar y lo que significaba en su autoimagen el mantenerse solo como ama de casa y al cuidado de su pequeño hijo.

[...] cuando estaba chica pues era estudiar y hacer trabajitos también, así que te hablan las señoras que te dicen que si les ayudas o algo [empleada doméstica] o en vacaciones también, pero mi trabajo que tuve más formal fue ya cuando me salí de la secundaria y entré a una fábrica y pues ya tienes tu horario. Y pues era para ajustar yo que mi ropa, que mis zapatos, o cosas de uno. Y es que ahorita ya no se usa, pero antes había mucho tiempo extra, ahora se usa tiempo por tiempo y en ese entonces había mucho tiempo extra, y me quedaba lo más que podía porque mi papá no me dejaba [trabajar] de noche, pero me iba hasta los domingos, sábados y domingos desde las ocho de la mañana hasta las cinco o seis de la tarde. Y entre semana salía como a las 5:15 y me quedaba también como hasta las ocho de la noche haciendo tiempo extra, para que me saliera más o menos de dinero, porque a veces yo también tenía que dar para la casa y hay que dar dinero para uno y no alcanza. En ese trabajo duré poquito, yo creo que unos ocho meses y me tuve que salir porque íbamos a ir a Zacatecas toda la familia y no me daban permiso en el trabajo, yo no quería ir, pues, tampoco, pero mi papá, como mandaba él, fueron por mí al trabajo y me quedé allí y me sacaron a fuerzas y me salí de trabajar porque dijeron que no podían darme permiso, entonces que renunciara y tuve que renunciar.

Y ya casada también estaba trabajando [duré casi un año] pero me salí porque el niño estaba chiquito, pues apenas tenía el año, y diario entraba yo a la fábrica a las 7:30 de la mañana, pero me llevaba él [su pareja] él siempre se va a las 6:30 de la mañana porque trabaja de chofer y tiene que cargar y vender garrafones de agua. Entonces nos íbamos a las 6:30 y pasábamos con mi mamá a que nos cuidara al niño, le daba poquito, \$100 pesos, para que nos lo cuidara, pero era de lunes a viernes... pasábamos, se lo dejábamos y ya me llevaba al trabajo y ya en la tarde venía por el niño. Pero aparte de que era temprano, el niño diario andaba malo de la gripita, porque era muy temprano o muy fresco para él, y luego diario lo dejábamos llorando y entonces por eso me salí de trabajar, porque el niño diario llorando y que se quería ir con nosotros, entonces fue cuando mi esposo me dijo que yo no tenía necesidad y aparte al niño lo estábamos descuidando y él me dijo: “Salte y te aumento más, te aumento más”, me daba en ese tiempo [hace año y medio] se me hace que \$150 pesos cada semana y me dijo: “Salte y te doy \$100 pesos más”, y ya me dio \$250 pesos.

[...] pero sí, cuando trabajaba me sentía más a gusto, como que más actividad, cuando no trabajo, como ahorita, me pongo más gorda, me dicen las gentes: “Señal de que estás a gusto”. Y [en cambio] estoy trabajando y adelgazo, aparte de que me siento más, no es lo mismo levantarse por obligación de que tienes que ir a trabajar a levantarte nomás por levantarte temprano. Cuando trabajo, me levanto temprano y como que descanso más, como que me doy más tiempo para todo, en cambio, sin trabajar me enfado más de estar aquí mismo o de no hacer nada.

### *Del campo a la ciudad: trayectorias laborales truncadas. El caso de Juana*

Juana trabajó desde pequeña en las labores del campo, después entró como practicante en una clínica con el deseo de ser partera, pero este anhelo quedó truncado al emigrar a Guadalajara. Al momento de la entrevista, no trabajaba fuera del hogar; se encargaba de la administración y distribución de los recursos de su unidad doméstica.

[...] ya cuando tenía como ocho años ya empecé a ayudarle a mi papá a trabajar en la labor allá en el pueblo, cercas de Torreón: limpiábamos y quitábamos hierba, pizcábamos algodón, pizcábamos maíz; eso es lo que hacíamos en la labor mi hermano y yo, que yo soy la mayor y mi hermano es el que sigue. Y ya cuando me casé, seguí ayudándole a mi marido, o sea, que él también sembraba sus labores y yo pues le ayudaba a pisar el algodón, a limpiar el maíz [...]

Y ya después de casada, yo allá en donde antes vivía [un pueblo cercano a Torreón] este, yo me metí a estudiar a un DIF [se refiere a un área del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia] y, este, yo estaba estudiando enfermería, entonces yo para eso también iba a hacer como mi trabajo como practicante, o no sé cómo le quiero decir, este, que yo iba al centro de salud a hacer unas guardias de 24 horas y estaba yo ayudándoles a lo de la planificación familiar, duré muchos años en eso y yo para venirme para acá [Guadalajara] pos yo pedí permiso, porque yo mi meta era llegar a ser partera, eso era lo que yo tanteaba, lo que yo quería, entonces yo ahí en el centro de salud pos yo, este, pos ayudaba, todo mi trabajo o mi ayuda, o lo que usted quiera, este, era en la sala de maternidad, ¿eda?; entonces, este, pos, este, ya nos venimos y ya nunca regresé, ¿eda? Y pos también le ayudaba poquito a mi marido con eso, porque me daban en ese entonces \$500 pesos, y pos ya era una ayuda para la casa, ¿verdad? Y pos ya nos venimos y estuvimos ahí en la casa de la familia de un amigo, ahí duramos seis meses y luego pos fuimos fincando poco a poco, y pos ya no regresé así a lo que se dice a trabajar, ya fue el quehacer de la casa y pues a cuidar a los hijos.

*Capital humano y estructura de oportunidades: historia de desencuentros.  
De maestra a afanadora y la autoestima de por medio... El caso de Mariluz*

Tanto Mariluz como su pareja trabajaban. Ella aseaba oficinas y además lavaba y planchaba ajeno en su casa; su pareja trabajaba en un taller mecánico. Los hijos mayores también trabajaban y, aunque no aportaban al hogar, se encargaban de comprar sus cosas personales y su material para la escuela.

Mariluz se casó con un hombre responsable en la cuestión económica, quien aun con la discapacidad (polio) que tenía desde pequeño había colaborado siempre para el sostenimiento del hogar. Mariluz estudió para maestra y aunque no alcanzó a terminar sus estudios porque decidió casarse, ejerció como maestra durante varios años (antes de casarse y en los primeros años de su matrimonio). Para ella, tener que trabajar desde hacía varios años como afanadora de oficinas le había implicado un conflicto importante debido a su formación académica. Sin embargo, aunque no había podido ejercer ya como maestra, la atención que daba a sus hijos en cuestiones escolares era sumamente valiosa. Sus hijos iban muy bien en la escuela y este era uno de los orgullos más importante para Mariluz. Ella justificaba su sobrecarga de trabajo doméstico y extradoméstico en función del bienestar y la preparación de cada uno de sus hijos.

Yo empecé a trabajar en casas desde que tenía unos nueve años, había una señora que me dejaba a sus hijas encargadas y yo se las cuidaba diario, diario, y me daba un veinte al día y les daba también a sus hijas y ya se me hacía más mucho [dinero] porque ya se los quitaba el veinte a las niñas y luego traía galletas y ya hacíamos comidita y ya al fin de la noche pues ya ellas ya no, ya no me pedían el veinte porque yo ya lo había gastado todo en puros dulces y guzgueras y ahí pues yo ya estaba muy, muy a gusto, feliz que me sentía...

Y ya después, durante la primaria, yo me iba a la escuela en la tarde y en la mañana, iba ahí con las de la cuadra y les ayudaba a lavar los trastes a hacer el quehacer y me daban \$2 pesos y me daban de comer, y si iban al Agua Azul pues me llevaban.

Y yo me di cuenta que no había mucho dinero en la casa cuando entré a la secundaria, que ocupaba para los libros, para el camión y todo eso, y pues sí me daban poco dinero para el puro camión y luego, este, no tenía lonche, no, no había para echarme para comer, me pasaba toda la mañana allá en la secundaria sin comer nada, hasta que le dije a mi papá: “Ay, no, yo quiero seguir en el trabajo, yo quiero trabajar”, y ya ahí en la cuadra había señoras que yo iba y les decía que si les ayudaba,

a una de ahí de la vuelta le cuidaba sus hijos y luego, este, a otra que se llamaba Rosa le ayudaba al quehacer: “Le ayudo a fregar, le ayudo a barrer, a trapear [...]”, me daba dinero y yo ya tenía mi propio dinero, también ahí en el templo había un consultorio dental y ahí me llevó mi papá y ahí me dieron trabajo y barría y limpiaba y lavaba los cubiertos y ahí también me pagaban cuando ya estaba en la secundaria.

Y ya luego yo estudié para maestra, aunque no terminé, pero trabajé de maestra muchos años y yo seguí en mi trabajo de maestra de primero de primaria hasta que encargué a mi segundo hijo, cuando el mayor ya tenía tres años, y es que cuando ya salí embarazada la directora de la escuela murió y entonces pues la escuela se acabó, porque ella era la que tenía la escolita y pues su hija tuvo que vender ahí donde era la escuela y se acabó todo, y yo ya me dediqué a los niños. Y pues a mí siempre me había gustado trabajar en la escuela, a veces sueño y me veo ahí en la escuela con los niños. A mi hija le he enseñado cantos que ahí se daban, como ahora, de la bandera, recitaciones, cosas así que ahí aprendí y yo le platico, le digo: “Esto es muy bonito, hija, mira esto, que había un niño así”, algunos niños que no se me han olvidado [...] que Juan, Romeo, Salma. Y me he topado con algunos de esos niños en el camión: “Maestra”, me lo dicen con tanto gusto que es una satisfacción, pues es un lugar que no tuve porque no llegué a ser maestra [a terminar los estudios] pero que me siento a gusto de encontrármelos y que de veras me sientan que sí fue algo bueno para sus vidas y que sí sirvió de algo que yo les enseñara sus primeras letras.

Y pos ya ahora, yo estoy trabajando lunes, martes, jueves y viernes, estoy trabajando con unos licenciados en limpiarles sus oficinas y luego también lavo y plancho ajeno. Pero pues ahí con los licenciados no me siento a gusto así cuando hay comidas en la oficina, que tengo que ir muy arreglada en los días del amor, en los días de Navidad, en los días de algún cumpleaños de alguno de los licenciados: “Señora, se viene, no nos vaya a hacer el feo”, entonces yo trato de estar arreglada, pero no me siento a gusto, algunas comidas que han hecho no he ido, mejor no voy porque ellos son finos, ellos son elegantes, siempre andan de traje, todas

las muchachas de la oficina están muy guapas, muy arregladas, pero a mí me ven bien a pesar de eso. Yo a veces los regaño, así les digo alguna cosa: antier le dije a Óscar, al licenciado Óscar, un jovencito que tiene 26 años y acaba de titularse, entonces le dije: “¿Qué buscas en los escritorios, niño, por qué estás esculcando?”, porque la secretaria estaba de vacaciones, entonces me dice él, tratando de explicarme: “No, estoy buscando aquí la sección amarilla” y cuando él se fue para arriba yo me metí a la cocina y ahí empecé a limpiar y empecé a pensar: “¿Por qué me atreví?”, ahí voy para arriba y le digo: “Ay, Oscarito, ¿sabes qué?”, así tomándolo del hombro: “Ay, Oscarito, perdóname, a veces se me olvida que yo soy aquí la gata, que soy aquí la sirvienta” y me dice: “No, no, señora, no, no, no, qué bueno [que me diga] pero no me saludó, eh, en lugar de saludarme, me regañó”, “No, no, mijo, acomódame, acomódame en mi lugar”, porque sí, a veces me desubico allá en la oficina.

Y luego a veces algún licenciado me dice: “Señora, no desayuné, dígame, ¿qué almuerzo?, una cosa que no me caiga de peso” y yo le digo: “Pues una fruta picadita con un Yakult”, “Ándele, ándele, le atinó”, entonces yo me siento a gusto de poder sentirme así, que sí soy necesaria ahí, verdad. También en una ocasión me dijo mi hijo: “Ay, amá, tú te crees mucho ahí en la oficina y pues nomás eres la gata”, le digo: “Sí, es que yo allá me siento que valgo porque aquí con ustedes siento que yo valgo nada”, y sí, así me siento a veces allá, como muy importante, y ha entrado el licenciado: “¿Ya llegó la señora?”, “Sí, señor, acá estoy”, “Ah, venga, hágame el favor de darme agua”, “Sí, cómo no”, qué a gusto me siento de que se me tome en cuenta lo que estoy haciendo, que se me agradezca, y algunas veces que yo le he dicho a mi esposo: “Es que ustedes sabe cómo son, ustedes no, no agradecen”, y me dice: “Ay, ¿qué quieres que te estemos dando las gracias de todo lo que hagas, de todo lo que hagas?”, entonces es mucho lo que yo hago y no, o sea, que es como le digo, que como uno, uno va perdiendo su valor, eso es lo que yo pienso.

### *Mujeres panaderas: un esfuerzo comunitario*

He estado yendo a participar en la panadería que está a un lado del templo, la entrada es una puerta pequeña cubierta por una cortina de tela. Adentro se encuentran cuatro mujeres horneando pan dulce (diario de campo, julio–diciembre de 2000).

*El caso de Lola.* Ella era una mujer de cuarenta y tantos años. Su voz era gruesa y era una mujer en constante actividad: simultáneamente iba charlando, bromeando y cantando. Ella vivía a un costado del templo, tenía siete años de vivir en la colonia; se vino después de vivir 13 años en casa de sus suegros, situación que la tenía al “borde de la locura”, según comentó.

Tuvo tres hijos: una hija adolescente que estudiaba y “de vez en vez ayuda en la casa”, un adolescente de 12 años, que le reclamaba y exigía su comida y su ropa a tiempo (al igual que el padre) cuando Lola comenzó a trabajar en la panadería y no tenía tanto tiempo, el otro hijo tenía cuatro años e iba al kinder del templo. Lola vivía al lado de su madre y tenía por vecinos la casa de su hermana casada y la de otro hermano también casado. Otra hermana vivía en Tijuana. Lola participaba activamente en las actividades del voluntariado; formaba parte de una sociedad civil que hacía más de un año se había iniciado, pero que no estaba activa. Solo eran dos personas y ella se nombró como la vicepresidenta de la sociedad civil.

Lola había trabajado como voluntaria para el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA) dando clases de secundaria a otras mujeres de la colonia en el templo. Comentó que hasta hacía poco le empezaron a dar algunas compensaciones económicas por el trabajo realizado. En el momento de la entrevista, trabajaba en la panadería, que se inició después de tres años de tener el equipo; se habían hecho intentos antes, pero no habían funcionado. La idea era que la panadería fuera trabajada principalmente por jóvenes de la colonia, pero no se obtuvo la respuesta necesaria. Las personas que donaron el equipo pidieron que ya se echara a andar, así que Lola, junto con otras siete señoras, tomaron un curso de capacitación durante un mes

con un panadero de Guadalajara y hacía dos meses que trabajaban todos los días, de cinco de la mañana a tres de la tarde, en la panadería.

Era una mujer de carácter fuerte. Decía que no estaba en la panadería por interés económico (les pagaban, según las ventas, \$400.00 pesos al mes más o menos) sino por ayudar a la comunidad. Para ella, la cuestión del interés comunitario era un valor muy importante y así lo hacía ver a sus compañeras panaderas. Para Lola, la llegada a Las Flores representó la posibilidad de independizarse de su familia política y tener mayor control de su vida y la de su familia. La relación con su pareja se tornaba difícil por su trabajo de panadera, el hombre le exigía tener lista la comida cuando él llegaba, así como el aseo de la casa y la ropa. Ella al principio llegaba hasta las cinco de la tarde de la panadería y esto le ocasionaba fricciones con su pareja; después salían más temprano, alrededor de las tres, ya que habían desarrollado mayor habilidad para hacer y vender el pan.

Sin embargo, las presiones con la pareja continuaban en lo cotidiano. Lola dijo claramente que ella no estaba ahí por el dinero, que para eso mejor se iba a una fábrica a trabajar de manera formal. Para Lola, el trabajo de panadera significaba un espacio social donde se sentía libre, donde convivía con sus compañeras y donde era ella; le significó mucho más que un trabajo en sí, de ahí generó relaciones importantes que la gratificaban a nivel personal.

Se declaraba firmemente dispuesta a seguir defendiendo este espacio, aun cuando continuaran las exigencias y presiones con el marido y con su hijo mayor, quien había tomado el mismo rol que el padre. También estaba clara en que no iba a permitir que la culparan si luego el hijo se hacía mariguano porque ella trabajaba, sabía que no era responsabilidad suya únicamente y que el marido también tenía que “entrarle a la educación de los hijos”.

Lola logró este trabajo en un periodo doméstico de consolidación con hijos iniciando la adolescencia; además, el hecho de que la panadería estuviera cerca del templo, le permitía tener control de su hijo pequeño, quien al terminar el kinder era recogido por su madre o por alguien conocido y se quedaba ahí hasta que la mujer acababa la faena diaria. Lola comentó que trabajar le permitía romper con la rutina de la casa, la limpieza y la comida,



ir más allá de ese “vivir encerrado entre cuatro paredes”. Al principio de estar en la colonia, ella veía que otras mujeres salían o conversan un rato al recoger a sus niños de la escuela y empezó a motivarse a tener más interacción con otras personas.

Lola tenía vínculos importantes, sobre todo de parentesco, en la colonia. Contaba con su madre, con una hermana y con un hermano. Para Lola, la ayuda más importante la tenía gracias a que sus familiares directos eran sus vecinos. Esto lo pude constatar: cuando faltaba algún ingrediente en la panadería, Lola rápidamente mandaba a alguien a la tienda de su madre a traer lo faltante. A veces la visitaban sobrinas o sus propios hijos y desde la ventana de la panadería sabía a qué hora había salido el hijo, si ya se había ido a la escuela o en qué andaba.

*El caso de Maru.* Ella era otra de las panaderas, de cerca de 40 años. Tenía dos hijas menores de 12 años y perdió dos hijas, la primera de dos años y la segunda de meses, una por deshidratación y la otra porque “le reventó la bilis”. Maru era una mujer más silenciosa que Lola. Trabajaba activamente y era muy hábil en la producción del pan. Comentó que también había tenido problemas por su trabajo con el marido; hacía unas semanas había estado a punto de dejar la panadería por las presiones del marido. Acabar temprano le ayudaba a lidiar con esta situación. Sus hijas iban a la escuela y llegaban después a la panadería para reportarse con ella; de nuevo la cercanía del trabajo es un factor clave para que estas mujeres atiendan lo doméstico y lo laboral. Sin embargo, da la impresión que la panadería se mueve en un espacio social frágil donde en cualquier momento alguna de las mujeres se puede ver en la necesidad de dejar el trabajo. Maru se llevaba a su sobrina bebita a la panadería, así ayudaba a su cuñada, que también trabajaba en otro lugar. Maru comentó que no tenía familiares cercanos en la colonia.

*El caso de Mayela.* La tercera pandera era una mujer de treinta y tantos años. Bromeaba y albureaba constantemente. Ella tuvo cinco hijos. Defender su trabajo de panadera había sido muy duro. Ella había sido golpeada por el marido desde hacía mucho tiempo; en los últimos años los golpes habían

cedido, pero la violencia verbal se había ido agudizando. Mayela trabajaba antes en la Plaza de toros, vendiendo dulces, cigarros. Cuando entró a la panadería, su esposo le dijo que escogiera entre una o la otra chamba, pero estaba en menor desacuerdo con que fuera la panadería. Mayela reportó que su esposo era muy celoso: tenía años de estar enfermo de los nervios a causa de sus celos. Vivía día a día la presión de su familia política, que la culpaba por el estado anímico del marido. Aunque no vivían en Las Flores,

[...] cada que vienen, sobre todo los domingos, es puro llenarle de ideas la cabeza a mi marido que porque yo trabajo y me desentiendo de la casa y de los niños. Eso no es cierto, cuando él llega a la casa, yo ya le tengo lista su comida, en la mañana me vengo a la panadería y luego me regreso a hacerle su almuerzo, él no es ni para levantar un calcetín, ahí me deja el trasterío y toda la ropa sucia. Pero eso sí, a mis hijos ya me los tengo bien aleccionados de que en la casa todo mundo trabaja y a cada quien le toca hacer algo. Yo por mí trabajaría en la Plaza de toros, porque ahí me pagan mejor, mi patrón nomás me está esperando. Pero pos aquí en la panadería estoy contenta por la convivencia y porque estoy más al tanto de mis hijos.

*El caso de Karla.* Ella era la panadera más joven, tenía tres hijas, de cuatro, cinco y seis años. Karla llegaba a la panadería alrededor de las diez, ya que dejaba a sus hijas en el kinder. Se encargaba de distribuir el pan, sobre todo a escuelas y en las casas. Su recorrido duraba más o menos 40 minutos y lo hacía con sus tres hijas. Su esposo trabajaba de mecánico y ella buscaba así aportar al gasto de la familia. La cuestioné sobre cómo le hacía para vender el pan en la calle y cuidar de sus tres pequeñas niñas en el camino, mientras iba cargando con tanto pan. Dijo que les iba diciendo que se detuvieran cuando venían carros y “pos ai la llevo”. Para Karla, este empleo significaba un ingreso y la posibilidad de convivir con otras mujeres. Karla era más retraída, era una mujer de no más de 22 años; su hogar se encontraba en plena fase de expansión y había tenido que aprender a lidiar con asuntos domésticos y con el trabajo. Lo bueno, comentó ella: “Mi marido

llega hasta las siete de la noche, así que cuando él está, yo ya terminé mi chamba y le tengo lista su cena. De todos modos, de vez en vez me critica mi trabajo, que porque descuido a las niñas, pero pos él ni sabe porque no está en todo el día”.

Este segundo grupo está compuesto por siete mujeres que vivían con su pareja: cuatro pertenecían a hogares en consolidación, dos a hogares en expansión y una a un hogar en dispersión. De los siete casos, solo dos mujeres no trabajaban durante el periodo en que se realizaron las entrevistas: una mujer que residía en un hogar en expansión y otra, en un hogar en dispersión y con estructura extensa. Estos primeros datos, vistos a la luz de los relatos laborales, son lo suficientemente sugerentes para establecer relaciones entre los contextos familiares más propicios para el trabajo femenino y aquellos menos propicios. La etapa de consolidación se confirma como el tiempo doméstico más alentador del trabajo femenino extradoméstico (González de la Rocha, 1986 y 1994), mientras que la fase de expansión muestra su brazo constrictor del trabajo femenino fuera del ámbito doméstico. Por último, solo en la fase de dispersión es posible registrar una conexión entre el tipo de estructura familiar y la respuesta doméstica. Las familias extensas en dispersión parecen ser más propicias para mantener a la mujer mayor, como es el caso de Juana, en las tareas domésticas, mientras otros miembros del grupo familiar se encargan de proveer de los recursos necesarios. La evidencia muestra el desdibujamiento del tipo de estructura familiar como eje analítico para el entendimiento del comportamiento laboral femenino. La nuclearización de los hogares pobres urbanos debido a la escasez de recursos y a las continuas crisis económicas (Bazán, 1998) muestra cambios en los comportamientos domésticos y extradomésticos, donde la lucha por la sobrevivencia descansa sobre todo en las relaciones familiares nucleares.

Las narrativas construidas por Mariluz, Juana y Celina señalan diferencias importantes en cuanto al capital humano (educación y experiencia) (Cerruti y Zenteno, 2000; Moser, 1996 y Kaztman, 1999) con respecto al resto de las mujeres entrevistadas. La formación y experiencia como maestra de Mariluz, la capacitación como partera de Juana y el acceso a la secundaria y

a un trabajo formal en distintos momentos de la vida de Celina, contrastan con las situaciones domésticas y extradomésticas de cada una de ellas en etapas posteriores. Juana interrumpió de manera indefinida su formación en el campo de la salud; Mariluz pasó de la docencia en educación básica a empleos informales como afanadora de oficinas y en el lavado y planchado ajeno; Celina abandonó su empleo formal en una fábrica y se dedicaba solo al trabajo doméstico. La evidencia muestra que el nivel de educación formal y de experiencia no garantiza una mejor inserción laboral (De Oliveira y Ariza, 2000).

De igual manera, las trayectorias laborales femeninas se caracterizan por su naturaleza intermitente, a diferencia de las masculinas (Cerruti y Zen-teno, 2000). Las entradas y salidas femeninas del empleo y de los espacios de capacitación, están íntimamente ligadas con los eventos vitales de las mujeres y con las trayectorias y tiempos familiares (González de la Rocha, 1986). Estos *jaloneos* entre la vida doméstica y la vida laboral tienen serias repercusiones en las posibilidades de inserción laboral exitosa de las mujeres, a diferencia de los hombres, quienes permanecen más estables a lo largo del tiempo en su carrera laboral (lo que genera antigüedad y experiencia) y obtienen mejores ingresos. Entender las capacidades de los hogares para enrutarse con éxito en la estructura de oportunidades, en términos de Kaztman (1999), implica dismantelar las diferencias de género que se anidan en la propia estructura y que mantienen en condiciones de des-ventaja a la gran mayoría de las mujeres.

La polarización mantenida entre el trabajo doméstico y el extradomés-tico, y la consecuente desvalorización del trabajo doméstico (De Oliveira y Ariza, 2000), se ilustra con claridad en la narrativa de Celina. Para ella, ser ama de casa significaba mantenerse excluida del espacio extradoméstico que otorga reconocimiento social y fortalece la imagen que se tiene de sí mismo (Benería y Roldán, 1992). Sin embargo, la joven Celina, a diferencia de otras mujeres de mayor edad, mantenía vigentes las posibilidades de insertarse de nueva cuenta en el mercado laboral; de igual manera, su margen y estilo de negociación con su pareja muestran diferencias cualitativas a lo encontrado en hogares dirigidos por parejas de mayor edad. Estas pequeñas

transformaciones muestran nuevas pautas culturales donde las mujeres jóvenes buscan de manera activa la ampliación de sus redes de relaciones hacia el ámbito laboral y la construcción social de nuevos espacios de pertenencia (Salles, 2001).

Entender los factores que impulsan a muchas mujeres pobres urbanas a entrar o salir del mercado laboral, permite la formulación de distintas explicaciones. La evidencia acumulada y las discusiones sobre el tema señalan una situación de tensión importante que repercute en la participación laboral femenina y en las condiciones en que esta se desarrolla. Se trata de una triple disociación entre el espacio productivo, el espacio residencial y el espacio de formación y consolidación de las redes sociales en los asentamientos urbanos pobres, en particular en Las Flores.

Según Escobar (2000), la transición en ciudades como Guadalajara de un modelo centrado en “los oficios” a uno de corte “maquilador” ha traído consecuencias importantes en las dinámicas domésticas y sociales de la población urbana popular. El modelo de los oficios agrupaba a los distintos miembros de la familia y ofrecía oportunidades de trabajo a cada uno de ellos, así como la posibilidad para los hijos de involucrarse en “talleres” tradicionales con los vecinos o los parientes, donde el padre de familia podía alternar entre empleos formales y actividades por cuenta propia y la madre participaba de manera activa en el desarrollo del negocio familiar. En contraste, el modelo maquilador se centra en las actividades de las grandes empresas, los trabajadores no pueden de ninguna manera convertirse en patrones, ni llegar a dominar los procesos productivos. Las relaciones entretejidas a través de los negocios y talleres familiares dejan de tener relevancia.

Estas transformaciones económicas generaron a lo largo de las últimas décadas una brecha creciente e insalvable entre los espacios de producción y los espacios de residencia. Muchas familias migraron del centro de las ciudades a la periferia, y la posibilidad de contar con un negocio que aglutinara a distintos miembros emparentados entre sí dejó de ser una alternativa viable ante los cambios socioeconómicos y la entrada de las grandes industrias a la región. Además, los continuos desplazamientos urbanos experimentados por muchos hombres y mujeres pobres en busca de un espacio físico donde

vivir sin necesidad de pagar rentas cada vez más altas, ocasionó rupturas graves en las redes sociales entre parientes y vecinos que se habían construido a lo largo del tiempo. Las familias emparentadas entre sí que se desplazaban colectivamente fueron desapareciendo y, en su lugar, se agudizó el desplazamiento urbano de familias aisladas y de estructura nuclear hacia asentamientos irregulares en las zonas periféricas de las grandes ciudades (De la Peña y De la Torre, 1993, y Ramírez Sáiz, 1993 y 1995; Enríquez Rosas *et al*, 1992, y Enríquez Rosas y Aldrete, 1999).

Las consecuencias laborales de estos ajustes han sido en particular dramáticas para las mujeres pobres urbanas. Ante un capital humano pobre y sin la presencia de mercados laborales cercanos a los espacios de residencia, más el desmembramiento de los vínculos sociales que permitían negociaciones informales para lidiar con las demandas propias del trabajo doméstico y extradoméstico, las posibilidades de acceso al mercado formal de trabajo se debilitaron y las actividades económicas precarias dentro del sector informal (en proceso de saturación) han sido la única opción para la gran mayoría de las mujeres pobres urbanas. A este contexto hay que agregar la retracción del estado en sus funciones de seguridad social y en específico en los apoyos a la vivienda que en tiempos anteriores se habían brindado (Ramírez Sáiz, 1993 y 1995). De igual manera, el papel protagónico de la iglesia en este tipo de asentamientos urbanos, que favorecía la reconstrucción del tejido social y daba densidad al espacio, dejó de tener el mismo impacto que logró en décadas pasadas, y la crisis actual de la familia patriarcal ha evidenciado la imposibilidad que enfrentan los hombres para seguir sosteniendo su rol de proveedores únicos (Castells, 2000).

Un ejemplo elocuente sobre estos procesos es el caso de Celina. Ella tuvo que dejar su empleo por varias razones: su madre, quien se ofreció a cuidar al hijo, vivía en una colonia lejana a Las Flores y al lugar de trabajo de Celina. A pesar de que ella contaba con el apoyo de su esposo para transportarse en automóvil a casa de su madre, esto significaba salir de casa muy temprano con el niño para lograr cumplir con los horarios de trabajo. El niño se enfermaba continuamente y Celina no contaba con vínculos sociales

significativos en Las Flores que le permitieran resolver esta situación. Al final, Celina dejó el trabajo y con ello la posibilidad de percibir ingresos y mejorar las condiciones de vida de su unidad doméstica.

Como contraejemplo, están los casos de las panaderas, quienes lograron resolver la disociación entre el mundo laboral y el mundo doméstico; además, el espacio social que les brindaba la panadería favoreció la construcción de relaciones de intercambio y ayuda mutua entre ellas. Los ingresos que obtenían de su trabajo eran muy bajos y el tiempo que invertían cada día en la producción y venta del pan rebasaba por mucho las ocho horas diarias. Sin embargo, la panadería, como muestran las narrativas, representó un espacio de bienestar donde ellas mismas establecieron los procesos de organización para la producción, lo que podría propiciar procesos de empoderamiento femenino en el mediano plazo (Sánchez Díaz y Pérez Ruiz, 2006). La flexibilidad y el clima social de este pequeño proyecto productivo permitieron la membresía a mujeres que pertenecían a hogares de jefatura masculina y en etapas de consolidación e, incluso, de expansión.

Comprender la dimensión subjetiva del trabajo femenino (Ariza y De Oliveira, 2001), permite un acercamiento al mundo de significados que los actores sociales construyen con respecto a su participación económica y a los posibles procesos de empoderamiento femenino. Para las mujeres panaderas, el ingreso que recibían seguía siendo percibido como una “ayuda” o un “complemento” (Arias, 1998) para el sostenimiento del hogar. El estatus de la pareja como “el proveedor” no había sufrido modificaciones importantes (Benería y Roldán, 1992; Ariza y De Oliveira, 2001). De igual manera, las narrativas mostraron la ausencia de transformaciones en una distribución más equitativa del trabajo doméstico entre ellas y sus parejas. La literatura sobre este tema señala la enorme resistencia de las familias y las parejas para lograr modificaciones en este ámbito (Benería y Roldán, 1992; González de la Rocha y Escobar, 1999; De Oliveira y Ariza, 2000; Ariza y De Oliveira, 2001; García y Pacheco, 2000). Sin embargo, el planteamiento de De Oliveira (1998) sobre una mayor resistencia de las familias pobres para transformar los roles tradicionales de género, puede ser matizado con

una incipiente pero evidente mayor participación de las hijas y los hijos en las tareas propias del hogar, aun cuando en la pareja no se observen transformaciones. La narrativa de Mayela fue contundente sobre este punto.

Finalmente, e incluso cuando la posibilidad de lograrlo es aún lejana para la gran mayoría de las mujeres pobres urbanas, se puede concluir que: “la actividad económica extradoméstica abriga la posibilidad de generar las condiciones necesarias —aunque no suficientes— para el empoderamiento femenino; esto es, para que las mujeres adquieran cuotas crecientes de control y autonomía sobre sus vidas” (Ariza y De Oliveira, 2001: 21).

*Tercer grupo. Mujeres unidas y responsables económicas principales:  
una muestra analítica de jefaturas femeninas económicas*

*¿Y de que sirvió volver a casarse? La trayectoria de una jefa económica.  
El caso de María*

María había trabajado como obrera, empleada doméstica y costurera. Ella comentó que tanto su esposo anterior como el actual habían sido personas irresponsables para el trabajo. María trabajaba en un taller clandestino de costura y con sus ingresos mantenía a la familia.

Yo estudié, estuve toda la primaria, a partir de primero, y pos ya de ahí, o sea que empecé a trabajar para ayudar a la familia. Y pos empecé a trabajar haciendo lo que sabía, o sea, coser. O sea que uno, más que nada, yo siento que ve la necesidad uno que hay en su casa y pues a veces se pone uno a trabajar. Y también que pues a uno le hacen falta cosas que a veces los padres no pueden dárselas a uno y por vergüenza no se atreve uno a pedirles, porque uno ya está grande y dice: “¿Cómo les voy a pedir esto a mis padres? si a veces casi no les alcanza para conseguir lo de la casa”.

Y pos ya después entré a trabajar en una electrónica y ya fue entonces cuando me casé, pero mi esposo nomás no trabajaba y pos eso me hacía sentir mal porque yo decía: “Si yo me voy a trabajar y cómo va a que-



darse ahí nomás él”, yo, póngale, yo trabajando y ganándome el pan para que él a veces se quedara ahí nomás. Yo pienso que está mal hecho y yo sí se lo decía, pero pues yo pienso que él a veces no lo tomaba muy a bien que yo le dijera todo eso, pero pues es que estaba mal hecho que yo, yo allá trabajando y él acá bien a gusto, edá... pos está canijo. Y pos ya después yo traté también de no hacer mucho caso [a la situación] Yo dije: “Al cabo pos nomás la comida, con que se coma y pos ya, qué más puedo hacer yo”.

Y pos en ese entonces mi mamá fue la que me apoyaba, o sea que se quedaba con la niña ya grandecita, que ya no daba mucha lata, y la niña que tuve después pos estaba bien chiquita y pos yo tenía que pagar porque me la estuviera cuidando una señora. Y pos él no me ayudó así que dijera él: “Yo, yo voy a pagar una semana, unos 15 días del cuidado de la niña”, no, nada, al contrario, puros malos tratos que recibía yo de él.

Y pos luego yo me salí del trabajo porque se me puso muy enferma la niña [la mayor] Y como se me puso muy enferma, un día me dijo él que yo me retirara de trabajar, que la niña estaba enferma porque yo no le prestaba atención. Y fue cuando yo me salí, me dijo: “Es que tú no puedes prestarle atenciones y le faltas”. Y en realidad sí, porque era trabajo todo el día. Era de ocho a seis de la tarde. Y se me puso muy enferma la niña, que ya se soltaba del cuerpo, una enfermedad que era muy, o sea que, pues ya de esas enfermedades que ya de a tiro, yo pienso que es ya de lo último, porque ya se le soltaba una manita, no se le podían sostener las piernas. Y entonces él ya me dijo: “Ya, para que ya la puedas atender, mejor ya salte de trabajar, porque si no te sales, yo no me voy a responsabilizar de todo”, le hace: “Así es de que piénsale”, le hace: “Para que agarre mi responsabilidad te tienes que salir de trabajar”.

[...] pero ya luego otra vez me metí a trabajar en casas y es que mi segundo esposo también ha sido muy irresponsable y luego ya con más hijos que tengo [...] pues está difícil en todos los sentidos. Ahorita, únicamente con lo que yo gano vivimos. Pero yo ya decidí de seguir adelante con el trabajo y con los niños, que no les falte nada. Lo que yo pueda y lo que esté de mi parte, no quiero que les falte nada. Para que ellos no anden,

ya ve... y darles unos estudios, lo que yo pueda darles, porque pos yo pienso que pa' empezar, va a ser difícil, ¿eda? Y pos en mi trabajo no tengo de a tiro ni prestaciones, es un taller de costura, nomás clandestino. Yo estoy trabajando de ocho a seis de la tarde diario, de lunes a viernes. El sábado lo que trabajo es tiempo extra. Pero pues yo voy cuando hay [trabajo] porque, ya ve que los niños necesitan.

*Jefatura femenina económica: la alternativa frente a la irresponsabilidad masculina. El caso de Elsa*

La pareja de Elsa era alcohólico desde antes de que iniciaran su relación; esta situación lanzó a Elsa a trabajar principalmente como empleada doméstica desde el inicio de su relación. Ella había sido jefa económica de su hogar durante muchos años; el esposo trabajaba de forma esporádica, en ese momento se encontraba muy deteriorado por su enfermedad. Elsa tenía ya varios años trabajando para una misma patrona, todos los días de la semana, excepto los domingos, y regresaba a su casa por las noches. El hecho de que Elsa trabajara había ocasionado también episodios de violencia muy graves con su pareja.

A los 14 comencé a trabajar en casas, ahí en mi pueblo, o sea, con una señora que conocía; yo siempre quería dinero, porque ya ve que uno de chiquillo es muy antojado, y yo veía a las muchachas que andaban con su pan y sus galletitas, y pues uno de chiquillo se le antoja, y yo le dije a mi mamá que si me dejaba ir a trabajar y me dijo que no, porque yo era la que hacía el quehacer en la casa, y mi hermana cuidaba a los niños... pero pos ya luego ya me fui [a trabajar] y ya me pagaban mis centavitos y me iba a comprar y ya le llevaba a mi mamá algo y ya después comencé a juntar mi dinerito. Y ya comencé a querer zapatos, porque traiba guarache, del que antes se usaba, y luego decía yo: “Ay, yo tengo ganas de un vestido nuevo, de un suéter, de unos zapatos”. Y ya comencé a comprar y ya me gustó trabajar, y ya me quedé trabajando en casas desde entonces. Me gusta mucho.

Ya después, cuando me casé y que él agarraba el vicio, ya pos yo nomás le daba de comer, tenía que salir adelante, tenía que salir por ahí [a trabajar] En el rancho hacía tortillas, le dan allá trabajo a uno pa' lavar, pa' planchar, y pos nomás en eso, hacía madera de [...] ¿sí conoce allá en los ranchos que hay canastas, chiquigüites [...]? yo también sé hacer de esos, y de eso nos íbamos manteniendo; hay muchas cosas que a veces, pos no sabe uno trabajar en otra cosa, como es uno ranchero, pos siempre uno en los ranchos, pues es trabajo más duro que aquí, porque aquí pos a mí se me hace fácil estos quehaceres [empleada doméstica] pero siempre ya está uno viejo, ya está uno cansado y ya se viene uno cansando.

[...] y aquí en la ciudad, ya cuando los dejaba [a los hijos en casa] cuando los dejaba yo me sentía triste, no quería retirarme de con ellos, pero yo decía: “Bueno, si me estoy con ellos ¿qué puedo hacer? ¿qué les doy de comer? ¿qué les doy para comprar las cosas de la escuela?”, o sea, de todos modos tenía que trabajar para ayudarlos para que fueran a la escuela, si no, no supieran nada, pero yo me salía a trabajar y les decía: “Nomás se cuidan, mis hijos, no se anden saliendo a la calle, porque los roban”, así les explicaba, los dejaba, pero nunca se me salieron.

[...] pues es que ya ahí los dejaba y andaba preocupada, me andaba apurando en mi trabajo [de empleada doméstica] para regresar, para llevarles de comer, para verlos, para ver si estaban bien, porque ya ve uno que sale y ya llegaba y decía: “¿Oñtan, mis hijos?”, “Aquí, estamos mamá”, “¿Y su papá?”, “No, pos está acostado, está borracho”, pero ya llegaba yo y les llevaba qué comer, y les decía: “No, mis hijos, ahora sí vamos a comer y se van a dormir”, “¿Y mi papá?”, “Ese déjenlo hasta que se levante, hasta que tenga hambre, ya comerá”, y todo el tiempo le di de comer, aunque me golpeará, oiga. Me decía mucha gente, así personas mayores como yo: “Ay, julana, qué buena eres, yo no le daría ni de comer, mira cómo es de flojo, diario anda borracho, diario anda en la calle con los amigos y tú jodiéndote, y tú cansándote y sacando tu dinerito”.

[...] cuando me iba yo a trabajar [de empleada doméstica] a veces también bueno y sano [su esposo en momentos de no haber ingerido alcohol] decía que yo andaba con los hombres, que porque yo llegaba tarde. Y yo le

decía: “Yo del trabajo a mi casa, si me entretengo es porque a veces hay mucho quehacer, me pongo a lavar y a planchar y a hacer toda la casa de la patrona”. Él me decía: “No, pero que esto y el otro, isi te quieres ir, vete, está la puerta libre!”.

*Los dilemas de una mujer maltratada y la lucha por la sobrevivencia.  
El caso de Ángeles*

Raúl, el marido de Ángeles, era un hombre violento y adicto a las drogas y al alcohol desde hacía muchos años; ella lo dejó por estos motivos durante dos años, cuando su hija mayor tenía alrededor de un año de edad. Durante esta etapa, Ángeles vivió con su madre y se desempeñó eficientemente en un trabajo. Sin embargo, narró las circunstancias que la llevaron a regresar con su pareja, y desde entonces no se ha vuelto a separar. Debido a los trabajos esporádicos de su esposo y al gasto que este hacía de sus ingresos en consumo de drogas y alcohol, Ángeles había desempeñado diversos trabajos no formales para lograr mantener a sus hijas. Ella hacía artesanía con hoja de maíz, vendía productos de belleza a domicilio, daba clases en el voluntariado de Banca Promex (Estamos Contigo) y era catequista de la parroquia de Las Flores. La situación económica de su familia era sumamente difícil; Ángeles había considerado en diversas ocasiones la posibilidad de divorciarse, pero sabía que con ello ponía en juego a sus hijas y la vivienda que había ido logrando a base de muchos esfuerzos, además de la red de relaciones que había construido en Las Flores durante más de siete años. Optó por continuar soportando una relación violenta con su pareja, a cambio de permanecer en su casa y con sus hijas, aun cuando el hombre no se hiciera responsable del mantenimiento del hogar.

[...] cuando mis papás se separaron, yo tuve que entrar a trabajar, mi otro hermano también, mi papá nos daba dinero, pero te digo que cuando se peleaban ellos dos [papá y mamá] haz de cuenta que se enojaba mi papá y no nos mandaba [dinero] o no tenía con quién mandarnos, no sé [...] Y yo entré a trabajar, primero en una casa [de empleada doméstica] y después

en una tlapalería, y después en una refaccionaria, y después otra vez con esa señora de la casa, porque me estimaba mucho, y ya después entré a esta embotelladora de vinos, a La Cuervo, y ya de ahí salí para casarme. Y luego, cuando mi hija la mayor estaba chiquita dejé a Raúl [su pareja] dos años y me metí a trabajar, o sea, primero me fui al rancho con un hermano y luego ya me vine de allá, duré poquito allá [alrededor de un mes] y ya me metí a trabajar a la Suzuki electrónica, por el Periférico, y duré dos años. Yo entré de obrera y a los 15 días yo ya era líder de una línea, porque rápido capté pues cómo calibrar las máquinas y todo eso, y me subieron de líder, de encargada de una línea, porque vieron que era inteligente, que tenía facilidad de aprender, incluso hasta me dieron un curso de japonés, para cuando iban los japoneses poderles contestar algunas cosas. Una japonesa que sabía pues el español me estuvo enseñando, me daba bonsái, libros pa' estudiar, y nomás que como te digo, o sea, me salí, ya no me dejó él volver.

Ángeles detalló la forma en que se separó de su esposo durante dos años:

[...] no, no me dejó sacar mis cosas [mi suegra] me decía: “¿Cómo le vas a dejar ahí sin nada tú [a la pareja]?, ¡que sabe qué!”, sin importarle qué iba yo a hacer. Dejé todo: lo que era la cama, los muebles, la sala, mi estufa, mi cilindro, no me llevé nada más que la ropa mía y la de la niña, entonces él siguió viviendo ahí y me seguía y me decía: “Hay que regresar”, que ya se iba a portar bien y que ya había comprado un tocador y no, no, no, y no, y así duré dos años, y ya después, cuando él ya vio que no, se fue a su casa con su mamá, porque el señor [a quien rentaba la vivienda] ya después ya no lo quería ahí, porque no te digo que ya después ahí metía droga, amigos pues a drogarse y a tomar, y el señor ya no quiso rentarle. Y ya se fue a su casa [de su mamá] y se llevó sus cosas, y así seguía insistiendo: “Ay, que mira, que ya me voy a portar bien y que sabe qué”. Y yo: “No y no, o sea, no”. Yo me aguanté, como te digo, y me porté, como te digo, nomás que, te digo, que mi mamá después, ya como al año, le empezó a prestar a la niña, porque según

él iba y la veía, y ya después se la pedía prestada y se la llevaba, y ya en la noche la traía, pero ya un día no la llevó y yo ya llegué [a casa de mi mamá] del trabajo y me dijo mi mamá “¿Sabes qué?, Raúl no ha traído a la niña” y como se ponía [de drogado] yo tenía miedo de que ay, no se la vayan a quitar o algo, no, yo me imaginaba lo peor, y es que él estaba bien loco y andaba así, ya bien mal. Y ándale que en la mañana, pos ni modo de ir en la noche, vivían acá en la Laja, y antes estaba bien despoblado todo eso y oscuro, y me decían: “¿Cómo vas a ir ahorita, así de noche?, ¿estás loca? ¡Ahorita no te vas!” y ya hasta el otro día me fui por la niña, y como te digo, que no andaba bien él, ya no me dejó salir y pos ya me estuve en casa de mis suegros y pos no me quería dar a la niña, me decía: “¡Si no te quedas, no te voy a dar a la niña!” y como mi suegra quería que me juntara con él, o sea, ella no, no decía nada, y yo con el miedo de que la niña, de que me la iba a quitar, ya me quedé ahí mejor y tuve que dejar mi trabajo en la Suzuki. Y yo le decía: “Déjame trabajar”, y no, ya no me dejó trabajar tampoco, ya no me dejó ir a trabajar a ninguna parte.

[...] entonces yo siento, digo, yo puedo, ¿no?, y como te digo, antes sí me daba miedo, cuando, antes de que entrara yo a esa fábrica, me daba miedo, porque él me decía que yo no servía para nada, que yo no podía trabajar, que yo no esto [...] y ahí fue donde aprendí que yo sí sirvo pa' mucho, y ya ahora más que he conocido a tantas personas y me han hecho ver pos que valgo mucho, que todo se puede lograr en esta vida. También sé cortar el pelo, lo de cultura de belleza, porque ya he estudiado dos años, entonces digo: “Hum, no pos sí salgo y hasta en mi casa”, ¿no?, eso de cuidar a mis hijas, porque si pongo un salón, yo sé que aquí vendrían [las mujeres] a que les enchine, a que les pinte, que les corte el pelo, que les haga *manicure*, entonces, por ese lado, siento que puedo sacar a mis hijas adelante y sin descuidarlas. Y luego, cuando me metí aquí [en la colonia] con las del voluntariado [Estamos Contigo] y que me metí a la catequesis [de catequista] empecé a ver que yo tenía mucha creatividad, o sea, me abrieron los ojos, me he dado cuenta todo lo que puedo lograr hacer, ¿no?, y que tengo muchas cosas que enseñar y otras

cosas que yo puedo aprender, que puedo llegar más allá, como me decía mi maestra de hoja de maíz, que la había superado a ella, que no había sido conformista yo sino que yo misma había utilizado mi creatividad y había hecho más, había logrado más de lo que ella misma se imaginó, y día con día me voy despertando.

En las visitas posteriores a Ángeles, pude conocer lo que había sucedido meses después:

[...] hace unos dos meses me dejó [su pareja] casi muerta, se molestó porque mi padre me dejó una parte de la herencia y yo tuve que ir a firmar unos papeles, él me dijo: “Dame el dinero, ¿dónde está?”, yo le dije que eso tardaba, que no era de un día para otro, y que de cualquier manera ese dinero era para mis hijas, para sacarlas adelante. Él se enojó y me empezó a golpear y golpear, me dejó la mitad de la cara hinchadísima, apenas se me está bajando. Fui a levantar un acta y me dijeron que no procedía porque no eran heridas graves, pues sabe qué entenderán ellos por heridas graves. Pero yo no me animo a dejar mi casa y a Raúl, de él sé que ya todo terminó, ya no siento nada por él, pero si lo dejo qué va a pasar con mis hijas, a dónde me las voy a llevar, van a andar rodando por ahí, siendo que tienen su casa aquí. El problema es que Raúl dice que de ahí no se va, que nadie lo saca, y yo fui quien compró el terreno y quien poco a poco he ido fincando con los trabajitos que hago y lo que vendo. Pero si me voy, tendré que perder todo, además, aquí tengo a mi gente, como sea la gente me sigue hasta para darles consejos, la gente me quiere y yo voy a perder todo (diario de campo, julio–diciembre de 2000).

*¿Y por qué Salma? Una mujer mayor se inicia en el mercado formal de trabajo*

Salma hasta hacía unos meses decía estar económicamente estable, ya que la mayoría de sus hijos (sobre todo las hijas) trabajaban (varios eran menores de edad) y aportaban para la casa. Su hijo mayor terminó la preparatoria y las dos hijas siguientes, que completaron la primaria para salir a traba-

jar, hasta hacía poco laboraban como auxiliares de cocina en una fábrica de dulces. Las hijas más pequeñas continuaban estudiando y una de ellas trabajaba limpiando casas y un puesto de tacos cercano a la colonia.

Salma y su esposo tenían un negocio de raspados en su casa y con eso también se ayudaban económicamente. El esposo de Salma había padecido diversas enfermedades desde tiempo atrás; ella era quien tomaba la mayoría de las decisiones y administraba el dinero.

A raíz de que el hijo embarazó a la novia y que sus hijas renunciaron a su trabajo, Salma tomó la decisión de entrar a un trabajo formal ante la falta grave de recursos que padeció su familia. Salma comenzó a trabajar en una empresa como afanadora; contaba con prestaciones y recibía un sueldo de \$400.00 pesos semanales.

Pues mis hermanas y yo de chicas le ayudábamos a mi mamá a lavar y a planchar ajeno, para ganar unos centavitos para la casa. Y es que yo no sufrí la miseria, fuimos pobres pero nunca conocimos miseria. Ya desde pequeñas, lo que hace uno es que se levanta uno a sacar la masa, sí, pos levantarse uno a barrer, a trapear, a arreglar donde estaba el trabajo y echar el nixtamal, porque se molía todo, antes no había tortillerías, entonces la gente torteaba, verdad, y la gente llevaba su nixtamal a molerlo. Entonces ya desde las tres, cuatro de la mañana, ya estaba yo levantada para trabajar el molino, acababa el molino y ya descansaba un rato y ya me ponía qué se yo, que a lavar, a fregar, que una costura, terminábamos de allí y nos íbamos con una hermana que tiene mi mamá, que tenía tienda y también le ayudaba al quehacer que tenía ella, nos recompensaba ella y le daba gusto que fuéramos.

[...] así, verdad, así fue nuestro modo de vivir, de no sentirnos, diríamos, de que no teníamos nada qué comer, entonces mi papá fue, diríamos, como progresando en la casa. Al principio eran puertas como esta mía de madera, de que él hacía, con el tiempo fue cambiándolas a puertas de fierro, ventanas de fierro, y uno le ayudaba a los pagos y el día que llegaban: “Ora no tengo centavos”, decía él, “No te preocupes, papá, ora se me cumple el mes”, porque nos pagaban por mes de una planchada,



de torteada, así, de cositas, el trabajo de mi tía de la tienda, también por mes, entonces como justo a tiempo nos llegaban esos centavitos, “Tenga, para que pague ese compromiso”, y así, nunca nos quedábamos con dinero, como por ejemplo, de lo que yo ganaba nomás porque nomás es mío, todas lo que ganábamos iba a la casa, iba a la casa y pos a mis padres les daba gusto que los amparáramos.

[...] y ya entonces cuando me casé, como él es albañil, ya había hallado trabajo de albañil y luego es panadero, de primero se iba a hacer pan y a venderlo, y hasta que ya llegaba, entonces yo al niño cuando me iba a la vendimia [hijo mayor] ya del año en delante, lo amarraba, porque me daba miedo que me lo fueran a atropellar, lo dejaba aquí amarradito o cuando yo andaba afuera, aquí afuera había un arbolito y de ahí lo amarraba o lo encerraba, o también lo metía a un tambo de esos del agua vacío, y ahí lo metía mientras que yo venía, o lo dejaba ahí encerrado, adentro de la casa, era puerta de madera que mi papá me había regalado.

Ya cuando tuve mi tercer hijo, en esa temporada que mi esposo ya no podía trabajar por enfermedad, pos quedó malo, mi suegra nos prestó su casa que tiene en la plaza [del pueblo vecino a la colonia] para que vendiéramos cena, pos para salir al paso, a los primeros días o primeros mes, no tenía clientes, así como ponía mi comida no vendía nada, y pos era de dar tristeza, pero fue pasando el tiempo, duré diez años vendiendo cena, de todo vendía, y pos de ahí mismo sacaba para seguir surtiendo y pos para ir comiendo, comíamos de lo mismo, verdad, entonces pos de ese modo, pos sobresalimos adelante de nuestros problemas, pero ándele que me agarraron mucha envidia su misma familia de mi suegra, sus nueras, sus hijas, sus yernos, le dejé entonces su casa y el negocio, y me vine para la mía de vuelta [a Las Flores] Ya desde entonces he trabajado en la venta del raspado aquí afuera de la casa, en el lavado y planchado ajeno, y pues en lo que se va pudiendo.

En visitas posteriores, se podían observar los cambios en cadena que se habían estado dando al interior de su grupo doméstico, en los cuales el factor trabajo–ingresos–sobrevivencia había jugado un papel fundamental.

[...] no, señorita, fíjese que se me pusieron las cosas muy difíciles, ya no sabía yo qué hacer. Fíjese que mis dos hijas, las que trabajaban en el comedor en una fábrica de dulces [sin seguro ni prestaciones] pues como que de a tiro ya estaban cansadas y se salieron de trabajar las dos, luego mi hijo que embaraza a una muchacha de por aquí y pos se la trajo y al poco tiempo que nace el bebé y luego con los gastos del bebé, ¡imagínese usted! Luego mi esposo ha seguido enfermo, en veces me ayuda en el puesto de raspados, en veces no [...] Y luego pos ya era julio [de 2000] y ya se venía la entrada de las hijas (dos en la secundaria) y de mi nieta a la escuela, y yo sin un quinto y con la bola de útiles que les piden, y luego ellas sin zapatos ni nada. Así que duramos varios meses sin dinero y mis hijas sin meterse a trabajar, y yo con la apuración de los gastos de escuela que ya se venían, así que decidí meterme a trabajar, así como me ve de vieja, enferma y diabética, conseguí trabajo y ya tengo tres meses de posicionamiento en este trabajo. Y es que cuando veía pasar los meses y que mis hijas no hacían nada y que no había para el gasto, pues en un principio me deprimí mucho, duré varias semanas sin querer pararme de la cama, triste, triste, me sentía yo, sin fuerzas y desesperada. Luego una amiga de aquí de la colonia me contó que en la empresa VTECH estaban solicitando afanadoras y pues que me animo y ahí voy a una entrevista con los de la empresa. Y pues sí, luego, luego, me dieron el trabajo. Mis hijas cuando supieron nomás se reían, no pensaban que fuera en serio, mi esposo al principio no quería que fuera, pero pos es que con tanta necesidad que tiene uno. Y pues fíjese, ya llevo tres meses ahí, entro a la una y salgo a las nueve de la noche, y tengo un día de descanso a la semana. Y pues me han tocado muy lindas personas ahí, ya ando hasta vendiéndoles figuras de las que hago con hoja de maíz, ahora para Navidad ya tengo muchos encargos de las secretarías y los trabajadores de este lugar. Y luego, pues muchas de las afanadoras son mujeres ya

mayores, como yo, y cuando acabamos nuestro quehacer nos sentamos un momento a platicar. A mí me toca puro *mopear*, y yo ya agarré mi rutina y ya me organizo muy bien con el quehacer. Me están pagando \$400.00 a la semana y tenemos seguro, yo quise también asegurar a mi marido, pero él me dijo: “¡No!, ¿yo pa’ qué quiero seguro?, si me llevan al seguro me van a matar, yo no confío en los médicos”, así que nomás quedé yo asegurada.

La entrada a trabajar de Salma ha implicado cambios importantes en la dinámica familiar: la hija que es madre soltera se quedó a cargo del quehacer doméstico, aunque ella comenta que anda buscando trabajo para emplearse por las noches. La otra hija empezó hace poco a trabajar nuevamente. Salma comenta que la relación con sus hijas ha cambiado, que se siente distanciada de ellas a raíz de que se salieron de trabajar y dejaron de aportar. El hijo de Salma que tuvo un bebé y se llevó a la novia a la casa, actualmente no aporta, Salma comenta que ya tiene su propia familia y que ni modo de andarle pidiendo. Los ingresos de Salma y lo que se obtiene con la venta de los raspados son las principales aportaciones a esta unidad doméstica en la actualidad (diario de campo, julio–diciembre de 2000).

Los resultados de la encuesta sobre participación femenina económica mostraron que 36% de las mujeres que trabajaban eran las proveedoras principales de sus hogares. La mayoría de ellas residía con su pareja. Estos datos muestran el predominante papel que juega el trabajo femenino en la lucha por la sobrevivencia y sugieren nuevos ajustes en las relaciones familiares que pueden ser explorados y discutidos a partir de un acercamiento etnográfico que dé cuenta de los dinamismos actuales en este tipo de arreglos domésticos. Autores como García y De Oliveira (1994) y González de la Rocha y Escobar (1999) han señalado una posible asociación entre la jefatura femenina económica y el incremento de la violencia intradoméstica contra la mujer. Esta última categoría formulada busca aportar elementos

para el entendimiento de lo que sucede al interior de este tipo de escenarios familiares y el papel que juega el trabajo femenino en ello.

Las narrativas construidas por María, Ángeles y Elsa, tres jefas económicas de larga trayectoria, muestran los múltiples conflictos experimentados a lo largo de su vida de pareja y la incidencia que había tenido el factor económico en ellos. El caso de María trasparenta la dicotomía existente en el pensamiento masculino sobre la participación femenina económica: “para que agarre mi responsabilidad te tienes que salir de trabajar”, comentaba su pareja. Esta breve aseveración señala la confrontación que muchos hombres viven hoy en día ante la inserción laboral de sus mujeres, que pone en entredicho el estatus del hombre como proveedor único, que el discurso tradicional mantiene vigente (Kaztman, 1992).

Para Elsa, trabajar como empleada doméstica significó durante varios periodos el único medio de subsistencia familiar y la intensificación del fenómeno violento en su relación de pareja. Ángeles habló sobre el determinante papel que juega el dinero en las relaciones de poder entre la pareja, así como los costos familiares y sociales que implica vislumbrar una posible separación.

Las narrativas muestran la complejidad del fenómeno violento y el papel que juegan distintos factores para que este se active. El consumo de alcohol y drogas por parte de la pareja está presente en dos de las narrativas; sin embargo, como expresó Elsa, aun cuando su hombre estuviera “bueno y sano”, la posibilidad de maltrato seguía presente. El trabajo femenino como medio principal o único de subsistencia aparece como un elemento catalizador de la violencia contra la mujer. El dinero y las acciones que emprenden las mujeres para obtenerlo, exacerbaban la violencia tanto física como emocional en la relación conyugal. La participación económica de las mujeres no ha venido acompañada de una transformación en las prácticas discursivas y conductuales en torno a los papeles sexuales de hombres y mujeres. Este desfase confronta día a día la autoridad masculina y promueve el ejercicio de la violencia contra la mujer como una forma de intentar restablecer el control perdido por parte de los hombres (García y De Oliveira, 1994). La

irresponsabilidad masculina y la posible exacerbación del fenómeno violento contra la mujer deben ser entendidas a la luz de los efectos que han tenido los cambios socioeconómicos en el comportamiento de los hombres (Kaztman, 1992).

Las narrativas muestran también que es necesario matizar las asociaciones causales entre la centralidad del trabajo femenino extradoméstico y una mayor autonomía por parte de las mujeres en el manejo de los recursos y de la toma de decisiones (Cerruti y Zenteno, 2000). Las posibilidades de empoderamiento femenino están también reguladas por otros factores, igualmente importantes, que rebasan el campo del trabajo y tienen que ver con las ideologías de género, los valores, las identidades y las pautas institucionales que enmarcan las relaciones entre los hombres y las mujeres (Ariza y De Oliveira, 2001).

Por último, es importante analizar la situación de Salma y su familia. La entrada de mujeres mayores al sector formal de empleo ha sido señalada por distintos autores (García y Pacheco, 2000, y Zenteno, 1999). La respuesta laboral de Salma fue producto de una decisión forzada (por la falta de recursos) y de carácter individual. La conformación extensa de su unidad doméstica no había podido garantizar la participación económica de otros proveedores en el mercado laboral para lograr la sobrevivencia. Los beneficios económicos del trabajo extradoméstico de Salma no implicaban mejores condiciones de vida en términos individuales (De Oliveira, 1998), en especial para ella. El hogar de esta mujer muestra nuevos comportamientos sociales en torno a las relaciones de reciprocidad; los hijos e hijas no se percibían a sí mismos con el *mandato moral* de aportar económicamente al hogar, como quizá ocurría en generaciones anteriores. Las condiciones que garantizaban este tipo de intercambios entre generaciones, como el acceso a una herencia, a tierras, a negocios familiares, han dejado de existir y, en su lugar, se detectan distintos medios que promueven la búsqueda individual del bienestar en una sociedad donde impera el consumo y las relaciones de competencia.



## IV. INTERSUBJETIVIDAD Y POBREZA

Abordar la dimensión intersubjetiva de la pobreza implica tomar decisiones metodológicas que permiten ponerse en la frontera del paradigma cuantitativo y orientarse hacia perspectivas teórico metodológicas constructivistas.<sup>1</sup> La comprensión integral de la pobreza por fuerza debe incorporar la veta subjetiva que subyace y permea este fenómeno. Aprender los significados locales en torno a la experiencia urbana de pobreza no es un asunto que pueda ser obviado a través de enfoques cuantitativistas. Entender la pobreza urbana desde un enfoque sociohistórico significa reconocer su persistencia, así como su presencia dinámica y en constante transformación a partir de las diversas crisis económicas y sociales que experimentan las sociedades en sus contextos regionales y locales.

Este capítulo da cuenta de un ejercicio analítico a partir de diversas fuentes empíricas para aportar de forma inductiva a la comprensión del

1. En este capítulo, se analiza material empírico que fue obtenido a través de registros etnográficos, de la realización de entrevistas en profundidad y de los resultados obtenidos con la aplicación de un cuestionario con preguntas abiertas sobre la percepción subjetiva de la pobreza, aplicado al total de la muestra (60 mujeres). La unidad de análisis es el hogar y las mujeres son las informantes claves. Para el tratamiento de la información recuperada con el cuestionario, se elaboraron categorías de manera inductiva; es decir, cada respuesta fue separada en unidades mínimas de análisis y categorizada de acuerdo con la propuesta metodológica para trabajo de material cualitativo de González (1998). Así fue posible elaborar las categorías madres necesarias para dar sentido y orden a la información. Los detalles de las respuestas se puede consultar en Enríquez Rosas (2002a).

fenómeno de la pobreza en contextos urbanos. Fueron las mujeres de Las Flores las que evocaron y construyeron discursos sobre su vida en familia y su experiencia de pobreza, quienes actuaron como puentes para permitir conocer y observar desde los ritmos cotidianos, las múltiples formas de entender y lidiar con la escasez de recursos y la precariedad. Fue a partir de esta escucha activa, de esta mirada detenida en la vida diaria *de los otros* y de esta disposición a trabajar analítica y sistemáticamente con los datos, desde donde surgieron las reflexiones que se formulan.

La experiencia del *hambre* forma parte del acontecer cotidiano en la vida de las familias de Las Flores y de aquellos hogares que habitan en asentamientos irregulares de reciente creación en las grandes ciudades de nuestro país. Se enmarca el hambre en la definición propuesta por Scheper-Hughes: “el hambre de quien come todos los días pero en cantidad insuficiente o con una calidad inferior o casi sin ninguna variedad, lo que les deja insatisfechos y hambrientos” (1997: 139). Se trata del hambre constante y crónica, a diferencia de la que se presenta en ciertas regiones del mundo, que se caracteriza por su manifestación cíclica, aguda y explosiva. Se trata del hambre reflejada en el consumo de alimentos rudos, básicos, pesados, que inflan la *barriga* y mantienen los cuerpos desnutridos. Se trata del consumo de alimentos que busca matar o engañar el hambre más allá de lograr satisfacer el cuerpo con los requerimientos nutricionales necesarios.

El hambre urbana es engañosa y paradójica. A pesar del flujo incontenible de sabores, formas, tamaños, tonos, texturas, que se combinan de múltiples maneras para la producción de muy diversos alimentos, que se muestran y venden en los espacios comerciales del contexto urbano, existen cientos de miles de familias urbanas que se alimentan pobremente. La ciudad polariza en extremo y muestra su danza cotidiana entre el hambre y el exceso, la pobreza y la riqueza. El hambre urbana es engañosa porque es crónica, no implica el sobresalto de una hambruna ni el impacto de las epidemias y las muertes masivas. Trascurre “de manera natural” cada día y en cada hogar en extrema pobreza que habita en la gran ciudad. Se convierte en un elemento más que se funde en el paisaje de la ciudad.



El hambre de quienes habitan en Las Flores se trasluce a través del análisis de los comportamientos domésticos para la obtención, la distribución y el consumo de alimentos. El trabajo etnográfico tiene un papel central en esta tarea. Los tiempos familiares destinados a la alimentación se han modificado de manera significativa; en muchos hogares se hace solo una comida al día y esta se realiza de manera individual, de acuerdo con los tiempos laborales y a las distancias crecientes entre el espacio de residencia y el de trabajo. Hacer una comida al día no solo significa reducir o modificar la dieta cotidiana sino limitar los espacios de convivencia y de encuentro familiar. Nutrir el cuerpo significa también nutrir los vínculos. Las modificaciones en la dieta de las familias pobres urbanas son evidentes: alimentos *del diario* se han convertido en alimentos *de fiesta*; las carnes han desaparecido de las listas no escritas del *mandado*; el maíz, los frijoles y las pastas son parte de los consumos cotidianos. La pobreza se manifiesta tanto en la escasa variedad de los alimentos como en sus sabores.

Detrás del discurso femenino de escasez y de hambre que construyeron las mujeres de Las Flores, después del tiempo transcurrido en las casas y con las familias, una vez visitados los espacios del mercado y de haber constatado el cierre de más de la mitad de los locales, de haber estado en la calle, en el templo, en los diversos espacios, se detecta un cambio sutil y profundo en las formas de concebir y experimentar la pobreza con respecto a lo reportado a inicios de los noventa (Enríquez Rosas *et al*, 1992) en asentamientos pobres del área metropolitana de Guadalajara; esto es, la construcción de significados con respecto a la pobreza que expresan como eje articulador el hambre y la incertidumbre que esta conlleva: “No tener seguro qué van a comer los niños”, dijo una mujer de Las Flores.

La información expuesta en este capítulo muestra las categorías centrales que constituyen las lógicas racionales en torno a la pobreza, desde la perspectiva de los sujetos sociales que conforman este estudio y que dan cuenta de la circularidad de la pobreza: pobreza es igual a hambre; causas de la pobreza es igual a no tener trabajo o tener trabajos precarios; consecuencias de la pobreza es igual a hambre; alternativas de la pobreza es igual a trabajo.

Como afirma Caroline Moser (1996), el trabajo es el recurso central para hacer frente a la sobrevivencia. Los pobres urbanos de Las Flores no señalaron las redes sociales de parentesco o vecinales, ni los procesos de participación ciudadana y de construcción de vínculos solidarios, como estrategias centrales para hacer frente a la pobreza. El acceso al trabajo y la obtención de un salario suficiente para la sobrevivencia familiar son las demandas centrales de quienes experimentan la pobreza en la ciudad. Las narrativas mostraron el preponderante papel que juega el acceso a un trabajo para garantizar la sobrevivencia; las múltiples voces femeninas detallaron y caracterizaron las condiciones necesarias para poder desempeñarse en lo laboral.

La preocupación crónica por el alimento y la sensación de incertidumbre ante la precariedad, tienen un efecto en las relaciones sociales tanto comunitarias como familiares. En ciertos grupos socioculturales, este efecto puede llevar a una mayor cohesión social para la búsqueda de soluciones (Scheper-Hughes, 1997) o fragilizar los vínculos de ayuda e intercambio recíproco y propiciar comportamientos cada vez más individuales en la búsqueda por la sobrevivencia. Entender por qué una hija confronta a su madre y le exige mejores alimentos con respecto al resto de la familia, como compensación por su aportación económica al hogar, refleja la complejidad del fenómeno y las modalidades estructurantes de las relaciones de poder en el hogar pobre extremo en el entorno urbano actual.

La pobreza en las grandes ciudades tiene sus propias formas de expresión. Comprender las condiciones objetivas y materiales de vida de los pobres urbanos no es suficiente. Incorporar la vertiente subjetiva al análisis de la pobreza es un camino que requiere ser transitado de manera sistemática.

### **Estrategias de sobrevivencia y niveles de vulnerabilidad de los hogares pobres**

Los individuos, los hogares y las comunidades no son pasivos en la manera de enfrentar los cambios económicos. Ellos desarrollan una serie de estrategias y mecanismos que buscan de manera intencionada atenuar los efectos de

las crisis económicas y del consecuente deterioro en las condiciones de vida (Moser, 1996; González de la Rocha, 1994, 1999d; Kaztman y Filgueira, en Kaztman, 1999; Zaffaroni, 1999; Wolf, 1994). El concepto de estrategias de sobrevivencia busca dejar a un lado el enfoque estructuralista que niega la agencia humana y la racionalidad del individuo (Roberts, 1995); en este sentido, la óptica actual se centra en el análisis de los recursos y las potencialidades con que cuentan los pobres para acceder a la estructura de oportunidades existente en una sociedad dada (Kaztman, 1999). Bajo esta perspectiva, se busca también atender a los diversos elementos estructurales que determinan y constriñen las posibilidades de los hogares pobres para enfrentar la adversidad. En este sentido, se aborda el conflicto de intereses y las relaciones de desigualdad, de solidaridad y de subordinación, que se generan al interior de los hogares (González de la Rocha, 1994).

Henry A. Selby *et al.* (1994) elaboran una serie de críticas interesantes en torno al concepto de estrategias de sobrevivencia y su utilización en el análisis de los hogares mexicanos pobres. El concepto de estrategias surge a partir de la teoría de juegos y decisiones. Este planteamiento conceptual implica la existencia de un actor social que es definido como quien toma las decisiones; en el caso de las familias mexicanas, no se trata de un actor social único sino de un grupo de individuos que componen el hogar y negocian, desde diferentes posiciones, intereses y acceso a los recursos, las decisiones a ejecutar en la búsqueda del bienestar y una mejor calidad de vida. En este sentido, la complejidad del fenómeno rebasa los planteamientos que propone la teoría de juegos y decisiones. Este modelo teórico asume también que detrás del proceso racional de toma de decisiones se encuentran una serie de alternativas posibles a tomar en cuenta. En el caso de los hogares pobres mexicanos el abanico de opciones es restringido y esto lleva a la adopción de rutas o soluciones obligadas. De manera adicional, el término estrategias de sobrevivencia presupone que los hogares están en verdad sobreviviendo, pero los hechos en muchos casos señalan lo contrario. “Sobrevivir, en términos humanos, significa poder participar cabalmente en la vida simbólica, ritual y económico–social de la comunidad” (1994: 120). Los autores advierten también sobre la importancia de distinguir entre

el uso coloquial del concepto “estrategias de sobrevivencia” y el abordaje analítico del mismo.

Morgan (en González de la Rocha, 1994) plantea tres condiciones básicas para el análisis de las estrategias de sobrevivencia en hogares pobres urbanos: la existencia de recursos, la naturaleza tanto material como no material de estos recursos y las relaciones de poder involucradas en el manejo de estos recursos. Otros autores han señalado la importancia de analizar la toma de decisiones como un proceso que implica no al hogar en su totalidad sino a cada uno de los miembros que lo componen, donde la mayoría de las veces la estrategia finalmente elegida no es producto del consenso sino de la decisión de una sola persona.

Kaztman y Filgueira (en Kaztman, 1999) establecen una diferencia entre las estrategias de sobrevivencia y las de movilidad e integración social. Las primeras se refieren a respuestas en el corto plazo que desarrollan los hogares pobres urbanos para enfrentar día a día la pobreza, en las que el capital social juega un papel fundamental; las segundas reflejan la presencia de planes a largo plazo que buscan la inversión en activos referentes al capital humano que permitan el acceso a la estructura de oportunidades en las sociedades actuales.

Según González de la Rocha (1994), el concepto de estrategias de sobrevivencia ha permitido construir explicaciones alternativas al cambio social, dejando a un lado el paradigma estructuralista. En este sentido, a pesar de las fuerzas que constriñen y limitan la toma de decisiones al interior de los hogares, los individuos tienen capacidad de agencia y se manifiestan de acuerdo con ella. En los contextos de pobreza los sujetos buscan la sobrevivencia y esta se logra, en parte, a través de las redes de relaciones de ayuda mutua e intercambio recíproco que los pobres construyen día a día y de manera intencionada para amortiguar los múltiples efectos de la pobreza y la exclusión social.

El deterioro acumulado y progresivo en las condiciones de vida de muchos grupos humanos alrededor del mundo, y las críticas en torno a las bondades y limitaciones del concepto *estrategias de sobrevivencia*, han dado lugar al surgimiento de nuevos enfoques que buscan aportar al entendimiento de las

estructuras profundas que subyacen a la pobreza. Nuevamente, el énfasis está orientado al análisis de los recursos y los activos existentes en los hogares y la manera en que estos interactúan para la generación de alternativas en el combate a la pobreza.

Moser (1996) incorpora el concepto de vulnerabilidad en el análisis que realiza sobre las condiciones de pobreza y desigualdad de cuatro comunidades ubicadas en diferentes lugares del mundo, que han enfrentado cambios significativos en su economía y nivel de vida en los últimos años. La vulnerabilidad es entendida como la inseguridad en los niveles de bienestar de los individuos, los hogares o las comunidades frente a los cambios en el medio ambiente. Estos cambios que afectan el bienestar pueden ser ecológicos, económicos, sociales o políticos, y manifestarse de forma repentina, cíclica o mantenida. Este tipo de cambios incrementan el riesgo y la incertidumbre y afectan la percepción que el individuo tiene de sí mismo. Además, el concepto de vulnerabilidad implica entender el fenómeno de la pobreza como un proceso y no como una condición estática.

En este enfoque, analizar el incremento o decremento de la vulnerabilidad implica detectar no solo las amenazas que atentan contra el bienestar de los individuos sino también las maneras en que ellos se resisten ante los diversos cambios en su medio ambiente. Estas prácticas de resistencia son los activos con que cuentan los individuos, los hogares y las comunidades para enfrentar la adversidad.

Para medir los niveles de vulnerabilidad, la autora propone una clasificación que incluye tanto los activos (recursos) materiales como no materiales con los que los individuos enfrentan los cambios en su medio ambiente. Esta clasificación permite detectar si los cambios externos benefician o erosionan los recursos existentes. Los activos propuestos son: trabajo, capital humano, recursos productivos, relaciones en el ámbito doméstico y capital social.

Asimismo, señala que el incremento o decremento en la vulnerabilidad de los hogares depende de la capacidad que estos tengan para enfrentar los cambios económicos de larga duración; en este sentido, la efectividad de las estrategias de sobrevivencia utilizadas por los grupos domésticos, o la diversificación e innovación en estas, son los mecanismos que determinan

la condición de vulnerabilidad de los hogares. Además, al igual que González de la Rocha (1994), la autora enfatiza la importancia de analizar el comportamiento de los hogares de acuerdo con la etapa del ciclo doméstico y las condiciones de desigualdad y subordinación con respecto al género y a la edad entre los miembros que componen el núcleo doméstico. En relación con el capital social, advierte el papel fundamental que juegan las redes de apoyo social e intercambio recíproco en el enfrentamiento de las crisis y los cambios económicos.

Kaztman y Filgueira incorporan los planteamientos centrales de Moser (1996) en un estudio que busca establecer relaciones entre las estructuras de oportunidades existentes en la sociedad uruguaya y las capacidades de los hogares para desarrollar y movilizar activos con el propósito de aprovechar estas oportunidades. Estos autores utilizan como unidad de análisis los hogares y definen su enfoque de la siguiente manera:

[...] esta aproximación se detiene en el examen de la disponibilidad de ciertos atributos básicos de los hogares, requeridos para hacer un aprovechamiento efectivo de la estructura de oportunidades que ofrece el mercado, la sociedad y el Estado. La idea de activo o capital es central en este enfoque en la medida en que expresa tanto el portafolio de recursos que manejan los hogares como su carencia o déficit en alcanzarlos (Kaztman y Filgueira, en Kaztman, 1999: 10).

El autor parte de dos premisas básicas que refuerzan el planteamiento de Moser (1996) y explicita, por su parte, la relación existente entre la estructura de oportunidades y el comportamiento consecuente de los hogares: el grado de vulnerabilidad de los grupos domésticos es entendido como su capacidad para enfrentar las amenazas del medio ambiente a través de los recursos existentes y de su buen aprovechamiento para insertarse en la estructura de oportunidades; las variaciones en la vulnerabilidad de los hogares dependen de los cambios en los recursos que estos poseen, así como de las modificaciones existentes en la estructura de oportunidades. Advierte

también sobre la necesidad de establecer un diálogo permanente entre las condiciones específicas de los hogares y las características macro que determinan las posibilidades de acceso a la estructura de oportunidades.

La investigación coordinada por Kaztman (1999) ofrece una definición detallada acerca de los diferentes conceptos involucrados en la evaluación de la vulnerabilidad de los hogares. La estructura de oportunidades es entendida como las probabilidades de acceso a bienes, a servicios y al desarrollo de actividades que favorecen los niveles de bienestar de los hogares y les permiten aprovechar sus recursos o allegarse de nuevos. El autor privilegia el papel que juega la estructura productiva en el acceso al bienestar, ya que esta determina el tipo de capacidades y habilidades requeridas en los individuos para insertarse exitosamente en la “cadena de oportunidades”.

Para Kaztman, existen tres factores principales que definen e inciden en el comportamiento de la estructura de oportunidades de las sociedades actuales. El primero tiene que ver con el rol que el mercado juega en la posibilidad de enrutarse con éxito en el acceso a mejores condiciones de vida; sin embargo, la falta de empleos y la precarización de estos han generado una brecha creciente entre el papel central que juega el mercado y las posibilidades reales de este para ofertar trabajos que permitan la movilidad social ascendente de los individuos. Un segundo factor se relaciona con el debilitamiento de instituciones como la familia y la comunidad. El papel que desempeñaban las redes familiares y vecinales en la búsqueda de la integración social y la sobrevivencia se ha deteriorado en los últimos años. Diversos autores, como Bazán (1998), González de la Rocha (1999a) y Estrada Iguíniz (1999), han dado cuenta de esta situación. Un tercer factor que influye de manera determinante es el estado, que ha debilitado en los últimos años su función de protección y seguridad social; se ha buscado delegar en el mercado y en la sociedad en general la procuración de bienestar y de mejores condiciones de vida. Las políticas sociales han perdido en muchos casos su vertiente universal y se han reducido al diseño de políticas focalizadas que no han podido responder al fenómeno de movilidad social descendente que impera en diversas regiones del mundo actual.

Kaztman y Filgueira (en Kaztman, 1999) proponen una clasificación de los hogares de acuerdo con el nivel de vulnerabilidad de los mismos; esta categorización surge del análisis de los activos existentes en los hogares, así como de los pasivos encontrados:

- Los vulnerables a la marginalidad. En este grupo se encuentran los individuos y los hogares que han sido rebasados en sus capacidades para insertarse mínimamente en la estructura de oportunidades. La desesperanza (relación frustrada entre esfuerzos–logros), la falta de recursos, la ausencia de respuesta institucional y el deterioro del tejido social han generado condiciones de pobreza extrema donde la lucha por la sobrevivencia cotidiana es la tarea fundamental.
- Los vulnerables a la pobreza. Este grupo de hogares e individuos se encuentran en la zona fronteriza que lleva a la exclusión y a la vulnerabilidad extrema. La apuesta central de los individuos descansa en la conservación del trabajo, aun cuando los salarios sean bajos, y en la capacitación de los miembros del hogar para una mejor inserción en la estructura de oportunidades en un futuro no muy lejano. El estado juega un papel fundamental en el apoyo de la infraestructura básica de servicios para evitar el repliegue de los hogares y la consecuente movilidad descendente.
- Los vulnerables a la exclusión de la modernidad. En este grupo se encuentra la población joven que tiene la posibilidad de incorporar los activos que le permitan acceder a la cadena de oportunidades y enrutarse con mayor éxito de acuerdo con las demandas actuales del mercado en un contexto globalizado.

Kaztman y Filgueira (en Kaztman, 1999) enfatizan el papel de los activos como aquellos recursos específicos que permiten a los hogares pobres aprovechar la estructura de oportunidades en vías de una mayor integración social y una movilidad social ascendente. Moser (1996) conceptualiza los activos como todas aquellas estrategias de adaptación que desarrollan los hogares para hacer frente a los cambios en el medio ambiente, aun cuando



la utilización de estos activos no implique una mayor integración social y una mejor inserción en la estructura de oportunidades. Kaztman y Filguiera centran su indagación en las formas en que se intersectan las capacidades de los hogares con las estructuras de oportunidades disponibles. Su enfoque sobre los activos busca también detectar los pasivos existentes; es decir, las barreras y los obstáculos a los que se enfrentan los pobres para acceder a la cadena de oportunidades existente en una sociedad dada.

Estos autores se refieren a los recursos y capacidades como elementos centrales del capital humano (conocimientos, destrezas, aptitudes, orientaciones valorativas) y buscan abordarlos en su carácter dinámico, entendiendo que un recurso puede ser también una capacidad de acuerdo con la posición que ocupa en un momento determinado en la generación y acumulación de activos. Las estrategias son entendidas como las maneras específicas en que se relacionan y articulan los recursos para la consecución de una meta. Este ejercicio de cálculo y de ensayo sobre las diversas posibilidades de combinación de recursos y la posterior toma de decisiones, debe ser analizado a partir del papel que juega cada uno de los miembros del hogar. Este análisis, según los autores, permitiría explorar la relación entre la estrategia ejecutada por el hogar y la estrategia óptima que este tipo de organización doméstica podría llevar a cabo. La tarea fundamental descansa en el reconocimiento de aquellos activos que tienen sentido e impacto en la estructura de oportunidades que hay en la sociedad en estudio, de esta manera se dejarían a un lado aquellos recursos que en el momento actual no tienen un efecto sobre la posibilidad de integración y movilidad social.

Las aportaciones que se derivan de los enfoques descritos reflejan la preocupación de los autores por encontrar un marco conceptual que tenga la capacidad analítica suficiente para fundamentar de manera crítica las metodologías empleadas en el análisis de la vulnerabilidad social. Las aportaciones muestran sobre todo un desenlace convergente, el enfoque sobre estrategias de sobrevivencia se complementa y enriquece con las nuevas propuestas que toman como punto de partida el análisis de los factores que inciden en la mayor o menor vulnerabilidad de los hogares. Existen, sin embargo, diferencias significativas que plantean la importancia de reconocer

las estrategias que responden a la lucha cotidiana cuando se vive en pobreza y aquellas que se originan ante cambios económicos, sociales y políticos mayores, que implican la intensificación de los mecanismos de sobrevivencia antes utilizados o la generación de nuevas rutas de acción.

Asimismo, el enfoque propuesto por Moser (1996) relaciona de manera explícita los efectos de la utilización de ciertos recursos de los hogares y no otros, para una mayor integración social y una menor vulnerabilidad social. El mapa conceptual que construye la autora y los diversos indicadores que toma en cuenta para la evaluación de cada una de las categorías de “activos-vulnerabilidad”, implica el escudriñamiento de aquellas respuestas domésticas que permiten a los hogares transitar con mayor o menor éxito en la búsqueda de mejores condiciones de vida. En el caso de Kaztman y Filgueira (en Kaztman, 1999), el enlace que los autores proponen entre activos-vulnerabilidad y estructura de oportunidades es sugerente y complementa la propuesta de Moser. El aporte central de estos autores está en establecer un diálogo constante e imprescindible entre las capacidades de los hogares y la estructura de oportunidades existente en una sociedad dada, sin olvidar que estas estructuras son dinámicas y manifiestan variaciones importantes a lo largo del tiempo y de los cambios mayores que ocurren en el entorno.

Los modelos explicativos expuestos tocan de manera periférica un asunto crucial en el entendimiento de la pobreza y del comportamiento de los sujetos que la padecen: el componente subjetivo que yace al interior de las rutas de acción elegidas por los pobres urbanos y que determina de manera sustantiva las posibilidades de acceso a mejores condiciones de vida. Moser advierte sobre las repercusiones que los cambios sociales y económicos tienen en el nivel de incertidumbre que experimentan los pobres, así como en la percepción que desarrollan sobre sí mismos. Kaztman señala la incidencia de hogares “vulnerables a la marginalidad”, donde la sensación de desesperanza y frustración adquiere un papel predominante. Las apreciaciones de ambos autores muestran una veta de investigación fundamental para el entendimiento de la vulnerabilidad social, que necesita ser trabajada con mayor profundidad y con estrategias metodológicas que privilegien el encuentro

con el mundo de significados que personas en pobreza construyen día a día en el entramado de sus relaciones familiares y comunitarias. El estudio de las subjetividades no se puede obviar cuando buscamos comprender los procesos dinámicos y cambiantes del fenómeno de la vulnerabilidad social y económica, y del papel que juega el acceso al trabajo en la lucha por la sobrevivencia.

La pobreza adquiere matices cualitativamente diferentes cuando son los propios sujetos sociales quienes la definen y significan. Explorar las categorías socioculturales en torno a la pobreza implica acercarse a las cadenas de significados que los sujetos sociales construyen en un grupo social determinado. Para ellos, existen diferencias y límites claros entre categorías como *miseria*, *hambre* y *pobreza* que deben ser analizadas. Entender la pobreza a partir de la dimensión subjetiva permite abonar insumos a las causas que la producen y a las múltiples repercusiones que origina. Es también una vía fértil para conocer y desentrañar a partir de la posición que el sujeto asume sobre su condición, las múltiples respuestas que desarrolla para combatir la escasez de recursos y la precariedad, así como el determinante papel que juega el acceso al trabajo en la lucha por la subsistencia. Los pobres urbanos son sujetos activos que elaboran lecturas diversas acerca de los acontecimientos económicos y sociales mayores, así como de los sucesos micro que tienen lugar en su entorno social inmediato. Estas lecturas son enriquecidas por los procesos de asociación y organización (formales o informales) entre hombres y mujeres que viven condiciones socioeconómicas similares y promueven un diálogo intersubjetivo que se traduce en posibles líneas y planes de acción para el combate a la pobreza.

En la actualidad, la pobreza es un fenómeno con infinitud de rostros, las explicaciones generadas en décadas anteriores han sido rebasadas por una realidad cambiante que avanza de manera vertiginosa y abre nuevas interrogantes ante un contexto globalizado y excluyente. Los pobres urbanos del siglo XXI cargan consigo las historias de pobreza de aquellos que les precedieron, pero no se trata tan solo de un asunto acumulativo de carencias y falta de recursos sino de un fenómeno estructural que rompe con las posibilidades de vida y de desarrollo para muchos individuos y comunidades.

## Estrategias de los hogares pobres: una mirada a la situación actual

Los hallazgos más importantes encontrados por Moser (1996), Roberts (1995), González de la Rocha (1999d), Kaztman (1999), Zaffaroni (1999) y Selby *et al.* (1994), señalan las respuestas de enfrentamiento a la pobreza que hoy en día prevalecen en los hogares pobres.

Para Moser, el trabajo es el recurso más importante que utilizan los hogares pobres para hacer frente a su situación; esto implica la incorporación de nuevos miembros de la unidad doméstica al mercado laboral, sobre todo las mujeres y, en segundo lugar, los niños. González de la Rocha hace hincapié en que, en la manifestación actual de la pobreza, el trabajo no es uno más de los recursos con los que cuentan los pobres sino “el recurso” más importante para sobrevivir. Además, señala que la transformación del trabajo en un recurso depende de las alternativas ofrecidas para los pobres en las estructuras de oportunidades de cada país. La autora argumenta que en la actualidad los salarios obtenidos en el mercado laboral no pueden ser sustituidos por las estrategias de autoabastecimiento y de producción de subsistencia.

Con respecto al incremento del trabajo femenino como estrategia de sobrevivencia, en coincidencia con Roberts (1995) y Moser (1996), Chant (1996) advierte sobre las implicaciones que está teniendo en la condición de vida de muchas mujeres. Las dobles y triples jornadas se han intensificado y las aportaciones de las mujeres no se ven acompañadas en muchos de los casos de una mayor participación económica de los hombres; lejos de ello, muchas mujeres viven en la actualidad situaciones de violencia y conflicto, producto de los costos sociales de su participación económica para la sobrevivencia del grupo doméstico. La incorporación de la mujer al mercado laboral está generando ajustes importantes en la dinámica familiar que deben ser estudiados a profundidad. Para González de la Rocha (1994) queda claro que la búsqueda del bienestar en el hogar no implica por fuerza una mejor condición de vida en términos individuales, en este caso, de las mujeres.

Esteinou (1994), lo mismo que Moser (1996), Kaztman (1999) y Vite (1999), aborda el debilitamiento del estado benefactor y el decremento en apoyos referentes a la infraestructura económica y social experimentados en las últimas décadas, y describe que es justo cuando la mujer incrementa significativamente su participación económica ante el deterioro en las condiciones de vida, cuando el estado benefactor reduce sus funciones y apoyos a los hogares, lo que ha afectado sobre todo a aquellos que se encuentran en desventaja socioeconómica:

[...] a la familia, y en particular a las mujeres, les son delegados y devueltos como sede “natural” precisamente aquellos servicios a las personas que serían más costosos si el Estado los asumiese, o accesibles con fuertes desigualdades si se les dejase al libre juego del mercado [...] de esta forma, a la familia se le atribuye la función de juntar y distribuir los diversos tipos de servicios disponibles, puesto que se espera que sea flexible y adaptable, característica que los aparatos públicos y el mercado no pueden garantizar (Esteinou, 1994: 103).

Chiarello (1994) y Mingione (1994) señalan el papel que la mujer juega en el desarrollo de actividades informales que generan ingresos a los hogares. Sin embargo, mientras que el primer autor privilegia las bondades de la economía informal asentada en la supuesta y cuestionada efectividad de las redes sociales de ayuda e intercambio recíproco, el segundo advierte acerca de las implicaciones, los costos sociales y las desventajas del trabajo informal (subterráneo) en contextos de pobreza: las unidades domésticas de estructura nuclear y de tamaño reducido, que han aumentado de manera considerable en los últimos años, presentan mayores dificultades para insertarse con éxito en la economía informal. En este sentido, la informalidad no es en muchos casos una estrategia elegida por los hogares pobres sino una situación forzada ante la falta de oportunidades para acceder a la economía formal.

La vivienda es un recurso importante que utilizan los pobres de diversas maneras cuando la situación económica se vuelve crítica e incierta. Moser (1996) y Chant (1996) analizan con detalle las diversas formas en que la utilización de la vivienda, cuando es propia, puede significar una fuente de recursos importante. La mayoría de las transacciones en torno a la vivienda (sea rentada, prestada, cedida, compartida, ampliada, redistribuida o vendida parcialmente) implican negociaciones no formales que establecen con su entorno cercano (familiar o vecinal) y que les permiten allegarse de recursos para mantener o mejorar sus condiciones de vida. En este sentido, las autoras señalan la importancia del diseño de un marco legal que permita agilizar y respaldar este tipo de mecanismos de sobrevivencia.

Los cambios en la estructura familiar es otra estrategia utilizada por los hogares empobrecidos. Moser señala que las modificaciones en la estructura para fortalecer las redes de apoyo son resultado de la condición de vulnerabilidad y, al mismo tiempo, una estrategia para reducirla. La autora resalta la respuesta de los hogares en su composición y funcionamiento ante los cambios económicos mayores a los que se ven expuestos. Cuestiona, al igual que González de la Rocha (1999c) y Chant (1988 y 1997), la relación causal entre los hogares de jefatura femenina y la pobreza. Moser, a diferencia de Selby *et al.* (1994), señala que en la actualidad las unidades extensas se encuentran en condiciones de mayor vulnerabilidad debido al incremento de dependientes y a los bajos ingresos que en su totalidad obtiene el grupo doméstico. Autores como González de la Rocha (1994), Roberts (1995), Zaffaroni (1999) y Kaztman (1999), indican la importancia de analizar el papel que juega el ciclo doméstico en el tipo de respuestas elaboradas por los hogares para enfrentar la pobreza y el éxito de las mismas. Diversas investigaciones (González de la Rocha, 1986; González de la Rocha y Escobar, 1999; Acosta, 1998) muestran que la etapa de expansión de los hogares y las tareas que esta demanda se encuentran íntimamente asociadas con las condiciones de mayor vulnerabilidad social y económica.

Zaffaroni (1999), Moser (1996), Kaztman (1999), González de la Rocha (1999a) y Roberts (1995) cuestionan la capacidad y eficacia de las redes sociales y de ayuda mutua para hacer frente a la adversidad. Para González

de la Rocha, el cuestionamiento central consiste en analizar la capacidad permanente de las redes sociales para enfrentar las dificultades económicas. Los bajos salarios, el desempleo y el empleo precario erosionan las posibilidades de los pobres para mantener su pertenencia y actividad en las redes de intercambio recíproco y ayuda mutua.

Asimismo, la erosión en las relaciones sociales debido a las situaciones de inseguridad, de corrupción y de desconfianza que se viven día a día en amplios sectores de la población, han mermado de manera significativa las posibilidades de reciprocidad entre los individuos y los hogares. Es necesario comprender que así como existen grupos sociales donde las redes sociales, como estrategia de sobrevivencia, permanecen y se consolidan, existen otros que marcan una tendencia importante, donde las redes sociales han sufrido un proceso agudo y acumulativo de deterioro que lleva a condiciones de aislamiento social y desafiliación social, y donde el retorno hacia el bienestar y la integración social no pueden ser garantizados.

El entendimiento de los pobres como sujetos sociales que construyen activamente diversas estrategias para hacer frente a la adversidad, sin lugar a dudas es un elemento crucial para el combate a la pobreza. La incorporación del análisis de las subjetividades en el complejo fenómeno de la pobreza es un factor clave que puede acercarse a la dimensión sociocultural de lo que significa ser pobre en estos tiempos. De igual manera, la comprensión de los hogares como escenarios llenos de contradicciones, donde el conflicto, la desigualdad y la solidaridad coexisten (González de la Rocha, 1986 y 1994), es un avance importante que permite evidenciar la influencia que las relaciones familiares tienen en la reproducción de la pobreza o en su superación.

Las investigaciones revisadas muestran avances importantes en el análisis de los comportamientos domésticos cuando se busca mitigar los estragos de la pobreza. Existen, sin embargo, nuevas interrogantes que no pueden ser respondidas por completo con explicaciones encontradas años atrás. Las manifestaciones actuales de la pobreza urbana, en específico en asentamientos como Las Flores y aquellos que guarden características similares, van mucho más allá de la ausencia de servicios, la escasez de empleo, la falta de

infraestructura y la exclusión en cuanto a seguridad y protección social, se trata de un asunto que atenta de manera frontal a la posibilidad de alimentarse de manera adecuada.

Explorar los significados que construyen los pobres urbanos en torno a su condición, es encontrarse una y otra vez con el hambre como la definición precisa de la pobreza. Las estrategias domésticas para el acceso y consumo de alimentos presentan modificaciones. Los pobres han tachado de sus listas alimentos básicos y los han sustituido por frijol y tortillas. En muchos hogares se realiza solo una comida al día, que varía en tiempos y horarios de acuerdo con los ingresos logrados ese día. Entender los estragos de la pobreza extrema significa reconocer la posición de muchas familias mexicanas en el primer peldaño de la subsistencia: el acceso al alimento.

Cuando un hogar pobre “sobrevive del trabajo informal”, queda desprovisto de casi todo. Los ajustes y las múltiples restricciones al deteriorado presupuesto familiar son las estrategias principales que muchas familias desarrollan. Es necesario, entonces, conocer con mayor precisión lo que significa hoy en día “apretarse el cinturón”, “ir al día”, “salir al trote”. Aportar al entendimiento de estas estrategias en el ámbito doméstico significa tocar los límites quebrantados de la sobrevivencia familiar.

La pobreza urbana es compleja, al igual que las sociedades urbanas; en este sentido, la pobreza diversifica sus modos de expresión y de enfrentamiento en los contextos de las grandes ciudades. Entender este fenómeno implica un esfuerzo por construir diálogos que rompan con las barreras disciplinares y que incluyan de manera intencionada a cada uno de los distintos actores sociales involucrados. Para Amartya Sen (en Vite, 1999), la construcción del bienestar y el combate a la pobreza no dependen solo de la cantidad de bienes sino de la actividad por la cual son adquiridos. Las oportunidades o capacidades dependen del salario, pero también de factores como la educación, la salud y la nutrición.



**Cuadro 4.1**  
**Estrategias para hacer frente a la crisis**

¿Qué han hecho usted y su familia para hacer frente a la crisis?	Respuestas
1. Se han apretado, recortando gastos.	49
2. La señora entró a trabajar.	21
4. Alguno(s) de los hijos entró a trabajar.	9
5. El señor da más para el gasto.	8
6. El señor tomó un empleo extra.	5
7. Pedir “una caridad”.	3
8. Integrar una familia extensa.	1
<b>Total</b>	<b>96</b>

### **Producción de significados en torno a la pobreza y los procesos de exclusión social**

A continuación, se presenta un primer panorama de las diversas explicaciones que las mujeres construyeron en torno a la pobreza, así como las estrategias que desarrollan al interior de sus unidades domésticas para hacerle frente (véase el cuadro 4.1).

De las 60 mujeres entrevistadas, 90% afirmó que sí existía una crisis económica en México. A la pregunta sobre sus estrategias para enfrentarla, por lo menos 50% de las respuestas señalan el recorte de gastos y el “ajustarse a lo que hay” para sobrevivir. La evidencia muestra una tendencia importante a buscar al interior del hogar los recursos para hacer frente a la pobreza. No se trata de estrategias orientadas a la búsqueda de alternativas hacia el exterior sino de ajustes en el interior del grupo doméstico, como “hacer una comida al día”, “comer lo que sale más barato” y lograr sobrevivir con los mínimos indispensables. Esta situación de hambre y carencias múltiples genera consecuencias importantes al interior de los grupos domésticos: las

relaciones de poder y de desigualdad entre géneros y generaciones tienden a exacerbarse, el conflicto en torno a la distribución del alimento toca día a día la vida de muchos de estos hogares, las posibilidades de continuar en la escuela se ven limitadas para muchos hombres y mujeres jóvenes que se ven obligados a abandonar su instrucción formal por la imposibilidad del grupo doméstico para solventar los gastos mínimos necesarios.

La evidencia muestra que son principalmente las mujeres, a través de ajustes al interior del hogar y de su inserción en el mercado laboral, quienes están haciendo frente de manera central a la crisis actual. Esta situación ha generado condiciones límite en la vida de las familias y de las mujeres; la sobrecarga de trabajo, la angustia ante la falta de alimento para los hijos, la necesidad de buscar ingresos externos, el pendiente de los hijos cuando se sale a trabajar, el cansancio y la tensión acumulada día a día, las fricciones con la pareja cuando la mujer es perceptora de ingresos, son solo algunos ejemplos de esta realidad (Moser, 1996; Roberts, 1995; González de la Rocha, 1986, 1994, 1999d; Kaztman, 1999; Zaffaroni, 1999; Selby *et al*, 1994).

En seguida, se preguntó de manera directa a cada una de las mujeres si consideraba que su familia vivía en una situación de pobreza: 58.33% de ellas respondió de manera positiva, lo que refleja un fenómeno psicosocial importante. Cuando se le pregunta a un individuo sobre su condición y nivel de vida, por lo general se compara con aquellos que lo rodean en lo cotidiano y responde de acuerdo con este ejercicio de contraste. Muchas mujeres comentaron no vivir en pobreza, porque se encuentran en mejores condiciones que otras familias que viven en la misma zona. Algunas hacían una diferencia importante entre “miseria” y “pobreza”: la primera es la condición límite donde no se tiene acceso “ni a un grano de sal”; la pobreza, en cambio, implica vivir con muchas carencias, pero con acceso al alimento, aun cuando sea a base de frijol y tortilla.

Para profundizar en este aspecto, se abordó la manera en que las mujeres definían y significaban la pobreza. Las tres principales categorías mencionadas fueron: el hambre, estar apretados económicamente y las deficiencias en vivienda y equipamiento urbano.

En relación con el hambre, la manera en que las mujeres construyeron las frases indica la preocupación por el alimento en el acontecer diario: no por lo que se consumirá más allá de hoy sino en el aquí y ahora, por asegurar alimento, sobre todo para los hijos. Es importante también detectar las posiciones a partir de las cuales las mujeres hablaron con respecto a su concepción de pobreza. Muchas lo hicieron en primera persona y ejemplificaron con situaciones concretas: “ver a mis hijos que tienen hambre y no tener qué darles”; otras construyeron sus explicaciones en segunda persona y asumieron una distancia con respecto a lo que se enunciaba: “uno que tiene sus niños pequeños y no tiene uno lo necesario para darles de comer”; otras, en menores proporciones, elaboraron sus explicaciones en función de un “yo excluyente” que las separó y diferenció de la concepción de pobreza que propusieron: “las personas que no tienen ni un kilo de frijol para comer”. Estas construcciones permiten conocer la ubicación que las mujeres asumían con respecto a la idea que elaboraron de pobreza.

El problema del hambre se encarna de manera diferenciada al interior de los grupos domésticos pobres. El género, la jerarquía y la edad juegan un papel fundamental en las formas de distribución de los recursos. Preguntas como ¿quién come qué? ¿quién no come qué? ¿qué porción toca a cada quién? ¿cuántas veces se come al día? permiten desentrañar los comportamientos domésticos y entenderlos a luz de sus contradicciones, diferencias y relaciones de poder. No basta con conocer cuáles son los consumos de una unidad doméstica, es necesario descifrar las racionalidades que marcan la distribución diferenciada de los recursos. Este punto solo puede ser atendido a partir de enfoques etnográficos que centren su análisis en los constructos socioculturales determinados de acuerdo con el género, la edad y la jerarquía, que marcan la distribución inequitativa del alimento.

Autores como Wolf (1994), González de la Rocha (1999c) y Selby *et al.* (1994), han señalado la relevancia de entender el hogar como un escenario social no homogéneo y donde día a día cada uno de sus miembros juega una posición de mayor o menor privilegio en la distribución de los recursos. A partir del trabajo etnográfico y el análisis de las entrevistas biográficas, se constatan pequeñas transformaciones que se gestan en los grupos domésticos

Pobres para una distribución menos desigual de los recursos. Las historias de vida de las mujeres permiten dar cuenta de una lucha consciente y explícita por lograr que los alimentos lleguen de manera equitativa a la boca y el estómago de cada uno de sus miembros. Mirar el antes y el ahora a partir de la construcción biográfica de las mujeres, muestra pequeñas diferencias en el manejo de los recursos y una preocupación clara porque los hijos puedan ser alimentados con los insumos que el grupo doméstico logra obtener.

Juana, de 58 años, madre de un hijo, casada y en un hogar en dispersión de estructura extensa, comentó sobre la forma en que la comida era distribuida en su hogar cuando ella era pequeña: el hecho de ser la hija mayor la ubicaba en una posición de menor acceso al alimento.

[...] frijoles con todo y el caldo hacía mi mamá, entonces nomás les alcanzaba a dar a todos los niños y a mi papá, y ella y yo nos quedábamos... pos no alcanzábamos... entonces lo que hacía mi mamá era moler un chile en molcajete y lo guisaba con cebolla y eso comíamos con tortilla ella y yo, a veces cuando había, si no, bueno que al cabo no es penoso decirlo, yo me iba a pedir tortillas así a las casas.

Maricela, de 38 años, separada, madre de cuatro hijos y en un hogar unipersonal, dibujó en su narrativa un domingo de su niñez: en esa escena trazó con sencillez el rejuego entre la tortilla y el pedazo de carne, así como las estrategias de la madre para desdibujar el mayor poder del padre en el acceso a los alimentos.

[...] era clásico, los domingos nos compraban un pedacito de carne y las tortillitas calientitas, ahí nos tenías a todos pasando el pedacito de carne a la otra tortilla, muy rico que desayunábamos los domingos.

[...] pero mi papá era, era de esos señores que a la hora de comer él se compraba su refresco y a los demás no, entonces mi mamá compraba, me acuerdo, una Pepsi, de esas chiquitas que había antes, y a todos nos daba, pues qué tanto nos daría, de una Pepsi para todos, entonces pues todos estábamos de fiesta, ¿no?

Malena, de 38 años, viuda, jefa de un hogar en expansión y de estructura nuclear, recordó la estrategia de su madre en tiempos de carestía; se puede observar cómo el alimento y la madre son dos elementos en términos simbólicos, interdependientes, y el calor materno se transforma en alimento:

Y me acuerdo también que mi mamá cosía caldito de frijoles, cuando no había de comer nos daba tortillas así, doradas en las brasas, y nos les echaba caldito de frijoles, nos sabían tan buenas. O sea que como que, cómo te diré, como que el calor... más bien, el calor de la madre.

Celina, una mujer joven, casada, madre de un hijo y en un hogar en fase de expansión, mostró los cambios que se dieron en su familia de origen a raíz de la separación de sus padres, después señaló la dinámica que ella desarrollaba para la distribución del alimento en su hogar:

Pues ahorita, ya aquí es para todos, ahorita mi mamá, bueno ya es igual, ella dice: “Aquí yo les aparto a todos, quien no ha llegado le guardo la comida”; antes, por ejemplo, mi mamá le apartaba la comida para cuando llegara él [su papá] como se dice, lo mejor, y si llegaba mi hermana o quien llegara, lo que iba quedando, y ahora no, ahora desde que empieza a servir de una vez aparta a todos, ya no hace de menos a nadie.

Y yo ahora de casada, yo no ando “¡Ay, para José!” [su pareja] ¡no! Si voy a hacer algo, procuro comprar algo para todos, que nos toque igual, igual con mi hermana, que a veces se viene a quedar aquí y tampoco me gusta hacerla de menos, ni porque estén de visita digo: “¡Ay, esto para José!”, no, como que está normal.

En los hogares jóvenes de Las Flores, es explícito el deseo de las madres de alimentar de manera adecuada a sus hijos. Sin embargo, ganar terreno en este asunto implica también negociaciones importantes con la pareja y con aquellos miembros del hogar que se vuelven perceptores económicos. Tener acceso a un ingreso implica también una posición de poder y exigencia al interior del grupo doméstico. El relato de Micaela evidenció este asunto.

Al momento de la investigación, Micaela había llegado hacía siete años a Las Flores con su familia, ellos venían del norte del país y habían pasado situaciones muy difíciles en torno a lo económico. Micaela y su esposo tenían ocho hijos viviendo en su casa, cuatro más ya se habían establecido de manera independiente. Algunos de sus hijos eran adolescentes y otros, pequeños. Para Micaela, el problema más grave y angustiante era que a menudo no tenía alimento para darles a sus hijos. Su esposo era peón de albañil y ganaba muy poco, alrededor de \$200.00 pesos a la semana, y dos de sus hijas trabajaban de ayudantes en un puesto de comida, pero solo a veces le daban dinero; cuando lo hacían, una daba \$50.00 pesos a la semana y la otra \$100.00. Micaela comentó:

Si ellas [las hijas que trabajan] quieren darme dinero, pos qué bueno, yo no se los pido, ai si ellas quieren. Y luego se pone reexigente una de las hijas que me da dinero, me dice: “Ya le di dinero, amá, hágame bueno de comer, que se note en la comida que le estoy dando [...] nomás puros frijoles”. Y yo le digo que no me ajusta, que semos muchos y que a poco ella va a comer bueno toda la semana con 50.00, que eso no alcanza ni para una sola persona, como ella quiere (diario de campo, julio–diciembre de 2000).

Conocer las rutas que transita el alimento que logra llegar al hogar, las manos que lo tocan y las bocas que lo comen, así como los ojos que solo lo contemplan, es un asunto que debe ser explorado con mayor profundidad y precisión. Las trayectorias del alimento y los surcos que deja el hambre son puntos nodales de investigación ya que en ellos se traslucen las relaciones de poder al interior de los grupos domésticos y las posibilidades de sobrevivencia y desarrollo para cada uno de los miembros.

Trabajar con el “el hecho desnudo del hambre” (Scheper–Hughes, 1997: 135) va más allá de su análisis simbólico y metafórico: es hoy en día un asunto central. ¿Hasta qué punto en los asentamientos irregulares de las grandes ciudades de México se experimenta día a día el hambre? ¿en el caso específico de Las Flores se trata solo de un discurso femenino que utiliza de

manera estratégica el discurso del hambre, de las carencias, de quienes se han acostumbrado a mostrarse a sí mismos como carentes, necesitados, vulnerables, para obtener la ayuda que garantice mejores condiciones de vida? ¿o se trata de un discurso que muestra los alcances actuales de la pobreza extrema en asentamientos irregulares? Para abordar estas interrogantes, se trabajó a partir del modelo de triangulación metodológica (Rodríguez, Gil y García, 1996) entre las respuestas de las mujeres con respecto a la categoría *hambre*, la observación en campo y los resultados obtenidos sobre gastos mensuales de las familias (60 casos) en Las Flores.<sup>2</sup>

En promedio, los hogares que componen la muestra tenían un gasto mensual de \$1,308.09 pesos; se analizaron el monto, el concepto de los gastos y la jerarquización de los mismos (véase el cuadro 4.2).

Las familias de Las Flores gastaban alrededor de 70% de sus ingresos en alimentos y bebidas, incluyendo el agua (para tomar y para uso doméstico), es decir, \$231 pesos semanales, para alimentar en promedio a 5.45 miembros por hogar. Estos datos reflejan condiciones extremas de pobreza, en las que las posibilidades de alimentarse de manera adecuada son bajas.

El transporte urbano era el segundo gasto principal de las familias de Las Flores. La inversión diaria en transporte significa en muchas ocasiones una decisión que puede o no excluir de las posibilidades de trabajo, de educación y de nutrimento de las redes sociales con aquellos vínculos que no se encuentran cercanos al lugar de residencia. El costo económico de transportarse de la periferia urbana hacia otros puntos de la ciudad implica restar recursos al hogar que podrían ser utilizados en alimentación. Esta polarización entre el espacio de residencia y los espacios de producción tiene un costo alto en las condiciones objetivas de vida de los pobres urbanos. De igual manera, el acceso a la educación formal y a los servicios de salud pública gratuitos se torna inaccesible, debido básicamente a la distancia y al costo del pasaje urbano, cuando los ingresos son raquíticos.

Las familias de Las Flores han dejado postergada su salud y su educación en el ejercicio cotidiano de la distribución del gasto familiar. Estas necesi-

2. Para consultar el cuestionario aplicado, véase Enríquez Rosas (2002a).

**Cuadro 4.2**  
**Gastos mensuales en los hogares**

Concepto	Gasto mensual promedio	Porcentaje
1. Alimentos	665.07	50.85%
Carne	153.70	
Frutas y verduras	143.46	
Maíz	140.31	
Leche	131.21	
Huevos	83.08	
Soya	10.96	
Alimentos enlatados	2.35	
2. Transporte urbano	167.76	12.83%
3. Agua	142.13	10.87%
Agua (pipas)	85.38	
Agua para tomar	56.75	
4. Alimentos y bebidas de bajo valor nutricional	117.61	8.99%
Pasteles, dulces, botanas	49.60	
Refrescos	56.15	
Alcohol	11.86	
5. Ropa y calzado	71.61	5.47%
Calzado	45.21	
Ropa	26.40	
6. Gas	59.55	4.55%
7. Salud	52.38	4.00%
8. Educación	20.20	1.54%
10. Luz	11.78	0.90%
Total	1,308.09	100.00%

dades tampoco son cubiertas por el estado. El equilibrio en el presupuesto familiar se puede cimbrar de manera dramática cuando un miembro del grupo doméstico se enferma, situación frecuente en Las Flores, por las condiciones insalubres del lugar y la falta de servicios y equipamiento urbano. Un ejemplo de esta situación la presentó Salma y su familia, pues debido a los problemas de salud de su marido y a los propios, Salma había llegado a destinar hasta \$500.00 pesos mensuales en su salud. En la mayoría de las ocasiones, ambos habían consultado a médicos particulares y habían gastado cantidades importantes en medicamentos.



Como una segunda categoría para significar la pobreza, se encuentra *estar apretados económicamente*; la mayoría de las respuestas se refirió a la falta de recursos en general. También, se encontraron respuestas que reflejan la preocupación específica por los hijos ante las dificultades económicas.

Esta categoría muestra un grupo de respuestas construido en función al ejercicio de comparación con aquellos que tienen más, a quienes el dinero sí les alcanza, que sí pueden acceder a una serie de artículos y bienes. Es el discurso que brota desde el escenario de la exclusión y las voces de los excluidos, de los padres preocupados por la imposibilidad de satisfacer las necesidades básicas de sus hijos, así como los requerimientos que estos últimos hacen en función de lo que otros niños tienen.

La pobreza es un fenómeno diverso y complejo que establece límites materiales y simbólicos con respecto a aquellos que poseen bienes materiales y acceso a diversas oportunidades de educación y cultura. Maricela y Mariluz señalaron en sus narrativas lo que significaba ser pobre en un contexto urbano de exclusión, donde el culto a la imagen y el acceso a los recursos materiales marcan la diferencia. En una sociedad donde “el dinero es el que mueve todo”, las posibilidades reales de inserción exitosa son muy lejanas para los pobres urbanos. Las relaciones de solidaridad se ven amenazadas aun con aquellos de origen semejante que han logrado una movilidad social ascendente. En este sentido, no se trata solo, como plantea Eastman (1999), de lograr prioritariamente que los pobres logren incorporarse a la estructura de oportunidades sino también de entender el mundo de significados que bañan las relaciones sociales y que producen diferencias en la percepción del otro de acuerdo con lo que posee y el poder que es capaz de ejercer en la sociedad.

Yo les he enseñado a mis hijos que nadie, ni los ricos ni los pobres, nadie es más ni nadie es menos, todos tenemos nuestros defectos y nuestras virtudes. Por ejemplo, yo puedo ser sirvienta, el ser sirvienta para mí no es una humillación, es una profesión, porque no cualquier persona trabaja de sirvienta y te ponen un diez en tu trabajo, entonces si no aguantas o no aprendes las cosas con facilidad es otra cosa [...] o sea que todos,

todos, somos profesionales en algo, ya es innato, ya el dinero y eso, todo depende de ti, ya lo que tú te motives, lo que tú guardes, es lo que vas a hacer, entonces es cuestión de que tú le eches ganas, y si estudias y te preparas pues vas a ganar más.

Lo que yo pienso también es que todo mundo puede subir pero lo que yo no acepto es que ya estando arriba pisoteen a los de su mismo origen, a los que estaban en su mismo nivel, en vez de ayudarles, los pisotean. Eso es lo que yo no acepto y me voy a morir así, yo creo, en ese estado de creencia. Y es que a mí me fue muy mal en la vida con esas diferencias, entonces de ahí tomé experiencia de que no tienen por qué humillar a los demás, o sea, que a mí me han ocurrido esas cosas y pues no me parecen nada bien, porque los de más arriba abusan de los de más abajo, un poco más indefensos. Y es que en mi cara yo he visto cómo si tienes más dinero le pagas al de la mesa, le pagas al ministerio, le pagas al que escribe, le pagas al policía, que te deje salir, que te consiga una cita, el dinero es el que mueve todo, eso yo lo he estado viendo y francamente a veces el dinero es el que te mueve todo y ya de ahí que “te pago tanto porque a ese me lo hundas más”, “te voy a dar tanto y no me lo dejas salir en quince días”.

Mariluz comentó:

[...] yo no tenía de chica la idea que ahora tengo, ¿verdad?, porque cuando uno está chico a uno no le importa nada el tener, el hacer, ¿no?, nada más vivir y estar a gusto y nos hacía mi mamá una cazuela de frijoles aguaditos y con un peso de queso, ay, qué delicia, ¿no? Y hasta ahora que ya estoy grande y me acuerdo de eso digo: “¡Uy... qué pobres éramos!, una olla de té, siempre una olla de té, siempre, siempre... ¡leche no!”. Por eso ahora yo busco que mis hijos coman más que puros frijoles.

[...] y como me ven, así me trata la gente, ya no tratan a uno por lo que uno sienta o por lo que uno tenga de valores, si usted va muy elegante a un bar, así con ropa buena y todo eso, inmediatamente corre la gente a saludarla: “Ah, sí, ¿cómo está? ¿quién la invitó?, pásese, siéntese”, in-

mediatamente le sacan la silla, y si la ven así con ropa, con ropa pobre, con zapatos viejos: “Ah, ¿qué quería? ¿qué, qué? ¿qué quiere señora?”, ¡no!, no es el mismo trato que le dan a una persona preparada y fina, no es el mismo trato en ningún lado.

Salma, por su parte, compartió su visión acerca de la pobreza a diferencia de la miseria, así como el valor del trabajo para “no conocer la miseria”:

[...] también mis papás fueron muy humildes, muy pobres, como pues yo creo yo orita también. Mi papá fue campesino, digamos, desde que nosotros tuvimos uso de razón ya lo conocimos, ¿verdad?, que era campesino, y sí, nosotros fuimos pobres, pero nunca conocimos miseria, y es que la miseria es que no tenga uno ni para la sal, que ande uno pos agarrándonos el estómago porque no tenemos qué comer. Entonces mis padres nos enseñaron a trabajar para no conocer la miseria, pos está uno pobre, pero pobremente todo lo tenemos, no nos hace falta nada porque nos acostumbraron a ser acomedidas, y pos Dios nos daba (diario de campo, julio–diciembre de 1999).

Con respecto a la tercera categoría, *deficiencias en vivienda y equipamiento urbano*, las respuestas se dividieron en cuatro grupos: en el primero están las que definen la pobreza en torno a la ausencia de un lugar donde vivir; en el segundo, se enfatiza la situación de las viviendas parcialmente construidas; en el tercero se encuentran aquellas respuestas que se refieren al mobiliario de la vivienda, y en el cuarto se abordó el tema en relación con la falta de equipamiento urbano en la colonia.

El lenguaje utilizado permite observar que es desde el segundo grupo de respuestas desde donde las entrevistadas elaboraron sus respuestas en un “yo” que tiende a ser más incluyente, desde una posición que las implicó a ellas mismas y a sus familias.

Con respecto a la pregunta que indaga sobre las causas de la pobreza, las respuestas más nombradas se clasificaron en las siguientes categorías:

los problemas en torno al trabajo, las actitudes en torno a la pobreza, el incremento en los precios y la falta de apoyo de familiares y amigos.

La principal causa de la pobreza, según las entrevistadas, que se refiere a los *problemas en torno al trabajo*, se concentra en las diversas dificultades que enfrentan día a día ellas y sus parejas para encontrar trabajo, mantenerse en él y aportar para el sostenimiento del hogar. En el caso de las mujeres, sus respuestas reflejaron los obstáculos que debían resolver para conseguir un empleo, muchos relacionados con la disyuntiva que implica trabajar y el cuidado de los hijos, agudizada por la rigidez en los horarios laborales. Asimismo, las citas mostraron la situación en la que se encontraban varios hogares, donde el hombre o la mujer estaban incapacitados para emplearse por motivos como enfermedad e invalidez. Por último, destacaron las pocas oportunidades de trabajo que existían para ellas y los miembros de sus grupos domésticos. La evidencia reconfirma el determinante papel que juega contar con un empleo para lograr sobrevivir (Moser, 1996; González de la Rocha, 1999d, y Chant, 1996).

La segunda categoría que concentra la mayor parte de las respuestas se refiere a las *actitudes en torno a la pobreza*. En este rubro se encuentran distintas atribuciones que las entrevistadas elaboraron en relación con la pobreza donde la causalidad es interna. Es decir, denotan un “locus de control interno” que implica atribuir a uno mismo los motivos de la situación de pobreza que se vive o que otras personas en condiciones de pobreza viven. Esta información es relevante, ya que permite tener acceso a una serie de lecturas subjetivas que configuran y determinan el comportamiento de los individuos con respecto a las carencias que enfrentan. Además, este tipo de interpretaciones de la pobreza, como “los pobres son flojos y no buscan superarse”, no son privativas de las clases menos favorecidas, reflejan más bien una ideología presente en amplios sectores de nuestra sociedad.

El análisis de las actitudes en torno a la pobreza merece especial atención. Las actitudes se construyen a partir de tres elementos básicos: el cognoscitivo (las creencias), el afectivo (las emociones) y el conductual (las conductas consecuentes). Cuando el individuo expresa o respalda una actitud que, lejos de liberar, limita su capacidad de agencia, las posibilidades de tras-

formación se debilitan. Así, aun cuando el locus de control sea interno, es decir, las causas de la realidad que se enfrenta estén “en uno mismo”, las posibilidades de cambio son pocas, porque están cimentadas en una lectura negativa y limitante del individuo.

Se sabe que la pobreza es un fenómeno estructural y encarnado en la historia de México, que rebasa las capacidades o limitaciones individuales o familiares, pero el análisis de la percepción subjetiva del fenómeno juega un papel trascendente para la construcción de soluciones transformadoras.

El *incremento en los precios* ocupó el tercer lugar de respuestas en relación con las causas de la pobreza. En esta categoría, las entrevistadas atribuyeron la pobreza a la falta de recursos para satisfacer las necesidades básicas cotidianas debido al alto costo de los artículos de primera necesidad. La pobreza es percibida como un fenómeno en movimiento que se agudiza con el paso del tiempo; los recursos con que se contaba ya no son suficientes en el momento presente. El alto costo en los artículos básicos fue descrito por varias entrevistadas.

Además, algunas citas permiten acercarse al rostro emocional de lo que implica vivir en pobreza. La vergüenza de tener que aceptar ante los otros que no se tienen recursos y la tristeza de tener que conseguir ayuda, reflejan un malestar emocional importante. Es interesante observar cómo ambas emociones son construidas a partir de una lectura de la realidad que implica al actor social y a su relación con los otros. En este sentido, la vergüenza y la tristeza son emociones construidas socialmente que adquieren un significado y sentido concreto en el grupo social estudiado.

Por su parte, la categoría de la *falta de apoyo de familiares y amigos* muestra el papel que juega la ausencia o el debilitamiento de las redes sociales y de apoyo mutuo en el deterioro de las condiciones de vida. Es preocupante la referencia explícita que hacen varias mujeres al consumo de alcohol o drogas en la pareja y la consecuente falta de apoyo para el sostenimiento del hogar. También resalta la falta de ayuda entre vecinos, debida en parte a la escasez de recursos que impera en la mayoría de las familias de la zona, así como a los niveles disminuidos de confianza y cercanía. Por último, se

refieren a la dificultad actual de contar con la familia de origen para enfrentar los problemas inherentes a la pobreza.

El debilitamiento de las redes sociales de intercambio recíproco y ayuda mutua ha sido puesto en la mesa de discusión por diversos autores: Zaffaroni (1999), Kaztman (1999), González de la Rocha (1999a), Moser (1996) y Roberts (1995), advierten sobre el desgaste en las relaciones de ayuda y el impacto que esto tiene en las posibilidades de sobrevivencia.

En el caso específico de los pobres de las grandes ciudades, las condiciones mismas de los asentamientos obstaculizan las posibilidades de acercamiento con los vínculos construidos en la ciudad a lo largo de la vida o de los últimos años. El costo del transporte urbano, la lejanía de los lugares de residencia, la ausencia de un patrón de movilidad urbana, la falta de instalaciones para comunicación telefónica, así como el alto costo de las mismas, generan situaciones de aislamiento social.

Con respecto a la pregunta que indaga sobre las consecuencias de la pobreza, las categorías más nombradas fueron: una alimentación deficiente, la falta de recursos en general, el malestar emocional y la desintegración familiar.

Una *alimentación deficiente* es la consecuencia de la pobreza que más preocupa a las mujeres, sobre todo cuando se trata de los hijos y lo señalaron como: “no tener qué comer”, “no darles a mis hijos buena alimentación”, “que los hijos estén sucios y con hambre”, “si trabajo, los dejo solos, si no trabajo, ¿qué van a comer mis hijos?”.

El hambre apareció en el centro de los discursos sobre la pobreza. La falta de equipamiento urbano, de servicios de salud, de contar con una vivienda digna, son consecuencias centrales de la pobreza, pero que quedan en un segundo plano. Este punto señala una diferencia cualitativa importante con respecto a estudios sobre pobreza urbana realizados en asentamientos similares a principios de los noventa en la zona metropolitana de Guadalajara. En una investigación realizada por Enríquez Rosas *et al.* (1992), surgía como principal necesidad de los pobres urbanos contar con los servicios públicos para la colonia, así como áreas verdes y mayor cobertura en cuanto a seguridad social; ocho años después, el discurso de la pobreza en la zona

(sobre todo en los asentamientos de reciente creación) mostró un descenso en los niveles de vida.

Las consecuencias debidas a la *falta de recursos en general*, también concentraron un número importante de respuestas. Las mujeres enfatizan las implicaciones que tiene la falta de recursos en el bienestar de los hijos: “no darles lo más indispensable a mis hijos”, “no tener para darles a mis hijos”, “el que los padres no tengan para sus hijos”, “las limitaciones para mantener a los hijos”, “los hijos tampoco salen a diversiones, ni hay juguetes en Navidad”, “el tener tantos hijos, son gastos aquí y de esto y de otro”, “el sentirse inconforme por no darle uno a sus hijos lo que ellos quieren”.

En tercer lugar apareció la categoría que se refiere al *malestar emocional*: la tristeza, la desesperación, el enojo, el desánimo, el “sentirse tirado a la basura”, fueron algunas de las emociones con las cuales señalaron los efectos que la situación cotidiana de pobreza generaba en ellas y en sus familias. Esta cara oculta de la pobreza muestra el sufrimiento que experimentan día con día muchas familias que no cuentan con los mínimos necesarios para satisfacer sus necesidades. La pobreza lacera profundamente la autoestima del ser humano y promueve en él la desesperanza y el desaliento.

La *desintegración familiar* fue abordada por varias entrevistadas como una consecuencia importante por la situación de pobreza en la que se vive. Este punto es central pues refleja de nuevo los efectos que las múltiples carencias tienen en las relaciones familiares en la actualidad. Las mujeres indicaron los problemas de adicciones y consumo de alcohol, y el efecto que estos tienen en la dinámica familiar. Hubo una mujer que mencionó el suicidio como consecuencia de la falta de recursos. Mencionaron también las fricciones al interior de las familias y las posibles rupturas de relaciones.

Posteriormente, se indagó sobre lo que las personas pueden hacer para salir adelante de su situación de pobreza. Las categorías más relevantes fueron: el trabajo, las actitudes para salir de la pobreza, dar y recibir ayuda de los demás y hacer una adecuada administración del dinero y los recursos en el hogar.

En coincidencia con lo encontrado por Moser (1996) y González de la Rocha (1999d), *el trabajo* surgió como la estrategia fundamental para el

combate a la pobreza (39 respuestas). Las mujeres hablaron en primer lugar de la necesidad de ellas y de sus parejas de seguir trabajando y hacerlo aún más. En un segundo momento, las mujeres explicitaron la necesidad de buscar trabajo. Asimismo, señalaron la posibilidad de buscar un trabajo que pudiera realizarse en el propio domicilio o cerca de él.

*Las actitudes para salir de la pobreza* fue la segunda categoría. En las citas se reflejan dos posiciones antagónicas: por un lado, las familias que consideraron que “hicieran lo que hicieran” no había posibilidades de salir de la pobreza y, por otro, las que se mostraron optimistas y con deseos de encontrar soluciones.

En el primer grupo se encuentra el discurso de la desesperanza y la impotencia acumulada a través de los años y de los múltiples esfuerzos sin respuesta. Este grupo se denomina, en términos de Kaztman (1999), como los “vulnerables a la marginalidad” o, en términos de Scheper–Hughes (1997), como los “pobres miserables”. Se trata de familias que han vivido un deterioro agudo y sostenido en sus posibilidades materiales y sociales para hacer frente a la pobreza. Su discurso surge desde las carencias cotidianas y a partir de una sensación de no control sobre las demandas y los requerimientos de la vida diaria.

En el segundo grupo se encuentran respuestas que concentran una posición denominada por Kaztman (1999) como los “vulnerables a la pobreza” y por Scheper–Hughes (1997) como los “pobres respetables”. Se trata de familias que han apostado su posibilidad de sobrevivencia en la conservación del empleo “cueste lo que cueste” y en la oportunidad de inversión en capital humano para un mayor bienestar en las generaciones posteriores.

Con respecto a *dar y recibir ayuda de los demás*, las mujeres abordaron tres planos para el apoyo y el intercambio: el comunitario, el familiar y la relación de pareja.

Otra de las categorías fue la *adecuada administración del dinero y los recursos en el hogar*. El relato de Mariluz, seleccionado por su elocuencia etnográfica, dio cuenta de las múltiples estrategias que realizan los hogares pobres urbanos para allegarse los recursos necesarios para la subsistencia cotidiana, así como de los costos emocionales y físicos que implican estas



decisiones. La administración precisa de los ingresos que entraban al hogar, la participación económica de Mariluz (como afanadora y en el lavado y planchado ajeno), la posibilidad de pedir fiado a la tienda (de la colonia) con la seguridad de poder pagar cada semana, la participación en rifas del esposo, entre otras estrategias, habían permitido en este grupo doméstico la permanencia de los hijos en la escuela. Sin embargo, los costos habían sido altos y Mariluz vivía cada día situaciones de tensión con su pareja, quien la exhortaba a cambiar la dieta de la familia al consumo básico de los frijoles. “Salir al trote”, como comentó Mariluz, había implicado un desgaste importante en su persona en la búsqueda cotidiana por el bienestar de su familia. En este sentido, el incremento en el trabajo femenino como estrategia de sobrevivencia de los pobres urbanos ha tenido costos muy altos (Chant, 1996; Roberts, 1995; Moser, 1996) que no garantizan mejores condiciones de vida en términos individuales:

[...] manejamos el dinero, mire, él a mí me da \$200.00 pesos a la semana, entonces, este, yo estoy ganando \$190.00 a la semana también, por cuatro días que voy [aseo de oficinas] entonces, este, pues ya, yo en la semana, este, me apuntan en la tienda lo que ocupo, si algo me falta, porque el dinero no me alcanza, lo que me da mi esposo no me alcanza, entonces, este, porque tengo que echarle lonche y luego, este, pues que la leche que... un montón de, montón de gastos, y luego el tianguis, se van \$100.00 pesos en el tianguis, y me quedan \$100.00 y ai para toda la semana estar estirando, entonces ahí en la tienda me apuntan y yo después, cuando a mí me pagan, yo pago, yo pago con lo mío, con lo mío pago y luego, este, otra vez, otra semana [...] y él tiene una rifa y está dando, y cuando le pagan ya trae al albañil y así hemos, este... cada quien pues a, a salirle al dinero, ¿verdad?, a que nos rinda pues más que todo verdad.

[...] y luego a veces él me dice: “No, pues es que tienes que ajustar, sujétate a lo que yo te doy” y le digo: “Pues sí, si fuéramos tú y yo, pero es un mundo de gente”, y luego dice: “Ay, pues coce frijoles y dales eso a tus

hijos, es que tú no te haces el ánimo a darles puros frijoles”. Y no me lo hago yo, yo no soy así, yo no quiero que ellos estén mal comidos ni nada, y aún así estamos saliéndole casi al trote, ¿verdad?, que no alcanza.

Por último, se indagó sobre las recomendaciones que hacían las entrevistadas para que la situación de pobreza fuera superada (al gobierno, las instituciones, los vecinos y los ciudadanos en general); las respuestas se agruparon en dos categorías: demandas de apoyo al gobierno y el apoyo entre vecinos, familiares y amigos.

La primera categoría, *al gobierno*, se dividió de acuerdo con el tipo de recomendación mencionado. En primer lugar, las entrevistadas solicitaron apoyo del gobierno en general y destacaron su deseo de ser tomadas en cuenta y ser tratadas con humanidad. Las citas son un llamado al gobierno para que sea capaz de “ponerse en los zapatos” de los que viven día a día la pobreza.

En segundo lugar, las entrevistadas abordaron el tema del trabajo y solicitaron al gobierno la generación de empleos. Las citas textuales permiten detectar una serie de alternativas que formularon en torno al empleo; destacan las que promueven planes conjuntos donde el gobierno apoye con dinero y créditos, y la gente produzca. Solicitaron mayor flexibilidad en los empleos, así como el aumento en los salarios. Retomaron el asunto del empleo en menores de edad y lo justificaron como una medida de protección para evitar que los chicos consuman drogas y delincan. En este mismo rubro, las mujeres hablaron también de su situación y de las condiciones que ellas necesitaban para poder trabajar. Sostuvieron la importancia de generar empleos con horarios flexibles y, sobre todo, apoyar con trabajos a domicilio y en el domicilio. Las mujeres sabían qué era lo que necesitaban; en la medida en que el gobierno logre responder a estas demandas, será posible avanzar de manera conjunta, eficiente y participativa.

En tercer lugar, las respuestas se agruparon en torno a la necesidad de que el gobierno no aumentara el precio de los productos básicos. Por último, se demandaba al gobierno el apoyo por parte de las instituciones de salud y educación.

Con respecto a la segunda categoría, *el apoyo entre vecinos, familiares y amigos*, se hace hincapié sobre todo en la necesidad de que los vecinos participen de manera conjunta y en armonía. Las entrevistadas propusieron creativamente diversas estrategias de ayuda mutua e intercambio, y exhortaron a dar a los que menos tienen y a cuidar las relaciones vecinales, evitando los pleitos y las envidias. También se promueve la participación vecinal para la búsqueda de los servicios: agua, luz, drenaje.

Las redes de apoyo y ayuda mutua formaban parte del imaginario social que habían construido las entrevistadas en la búsqueda del bienestar. Sin embargo, estas posibilidades de asociación y de intercambio solidario parecen no estar del todo presentes como activos reales en la lucha por la sobrevivencia de los pobres urbanos en la actualidad. Autores como Zaffaroni (1999), González de la Rocha (1999a), Moser (1996), Kaztman (1999) y Roberts (1995) han cuestionado la capacidad actual de las redes de apoyo social como recursos para hacer frente a la precariedad económica. ¿Cuáles son los factores que están detrás de esta dificultad para seguir manteniendo activo el capital social que ayuda a la sobrevivencia? Los bajos salarios, el desempleo y el empleo precario han mermado las posibilidades de mantener vigente la membresía a ese tejido social que amortigua el deterioro en las condiciones de vida. Sin embargo, existen también otros factores que ejercen una influencia determinante. Se trata del fenómeno social que denomino como “desconfianza urbana”. La construcción social de la confianza en la ciudad ha sufrido fuertes golpes en los últimos años, esa cercanía psicológica que permite la empatía con el otro y el intercambio tanto material como simbólico ha sido fracturada por diversos frentes: la lucha frontal con los otros por hacerse de un pedazo de tierra, el debilitamiento de los vínculos sociales significativos por los constantes cambios de residencia al interior del entorno urbano, la falta de recursos para mantener activos los vínculos existentes, los brazos incontrolables de la violencia urbana que encuentran tierra fértil en aquellos que se encuentran más desprotegidos y la abrumadora entrada del consumo y la venta de drogas, han generado un clima de sospecha cotidiana sobre las intenciones reales de los otros en el entorno actual de las grandes ciudades.



## V. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LAS EMOCIONES Y LOS PROCESOS DE EXCLUSIÓN SOCIAL URBANA: UNA PROPUESTA TEÓRICO METODOLÓGICA

[...] la tristeza hace desmayar las manos y abandonar la carga de toda misión porque su argumento, que transcurre a lo largo y ancho de una hondura, revela el peso de una certidumbre, tan promiscua que la carne no llega a describir (Verdú, 1997: 199).

Cuando se pretende conocer y estudiar la vida de los *otros*, no es posible dejar a un lado una dimensión central e inherente a la existencia misma, ese espacio íntimo, en apariencia inaccesible, donde se resguarda el corazón y se crean y recrean las experiencias de vida que dan sentido y orientación a la existencia. Trabajar el vasto mundo de la subjetividad lleva de manera irremediable al encuentro con las *emociones* encarnadas en la vida cotidiana de aquellos a quienes se busca penetrar desde la etnografía. Las tristezas, los miedos, las preocupaciones, los nervios experimentados por sujetos y grupos sociales concretos, son elementos clave para el entendimiento del mundo íntimo y el social.

Comprender las emociones como procesos socialmente construidos permite ampliar horizontes sobre los diversos elementos implicados en la experiencia emocional. Explorar el rostro sociocultural de la emoción no significa negar o atenuar su referente fisiológico y psicológico sino aprehenderla desde la subjetividad misma, tocarla en su dimensión social, rastrearla

en la construcción del lenguaje, en especial en la producción de metáforas, y sopesar su valor e implicación moral, atenderla en su dinamismo social, entendiéndola enraizada, alimentada y mantenida por procesos socioculturales complejos.

Las emociones son indicadores de sentido y orientación en el mundo; son generadoras de vínculos y puentes entre el ser íntimo y el social. La comprensión del sujeto social requiere del análisis de la vida cotidiana, de las formas y expresiones concretas del afecto, de los modos de callar, así como de las tácticas y estrategias para lidiar y afrontar lo que se experimenta en el plano emocional.

El análisis de la experiencia emocional implica el acercamiento al mundo de significados más o menos compartidos por poblaciones concretas. Cercar metodológicamente la experiencia emocional ha sido uno de los retos para aquellos que se interesan en el tema. El análisis de narrativas y cuerpos narrativos que surgen de los relatos biográficos (Enríquez Rosas, 2002a, y Carreteiro, 2002, entre otros) es una de las mejores estrategias metodológicas para lograr este objetivo. En las historias, la emoción se plasma y dibuja, se articula bajo sus propios marcos, se entromete en la vida social que la sostiene, se deconstruye y reconstruye en sus elementos, se expresa con toda su carga subjetiva y profundamente metafórica, y se hace visible para su análisis integral. El enfoque de la construcción social de las emociones es una puerta que abre a un tiempo dos entradas: en la medida en que se camina hacia el mundo subjetivo de los otros, se camina también hacia la propia subjetividad del investigador. La construcción final es el reflejo de esa intersubjetividad.

El construccionismo social (Coulter, 1989; Swanson, 1989; Hochschild, 1990; Gordon, 1990, y Perinbanayagam, 1989) es el andamiaje conceptual y analítico a través del cual se respalda el presente estudio. Su ubicación específica reside en el construccionismo social moderado (Armon-Jones, 1986a), que busca abordar las emociones a partir de su rostro sociocultural, sin negar su dimensión biológica y psicológica. Se enfatiza el análisis del papel que juegan las normas, las creencias, los valores y las situaciones sociales concretas en la expresión, significación y formas de manejar las emociones

(Swanson). Se entiende el malestar emocional femenino (Burín, Moncarz y Velázquez, 1991) como las diversas emociones ligadas al sufrimiento en situaciones específicas de opresión. Este malestar adquiere sentido en la medida en que produce una modificación en la vida de las personas y en su noción como sujetos.

Se busca establecer un compromiso explícito e intencionado con el análisis de aquellas emociones que están vinculadas con el sufrimiento e imbricadas en procesos de exclusión social y de precariedad económica. Se busca abrir, confrontar, dinamizar y sobre todo complejizar la noción de *pobreza* a través del marco constructivista de las emociones, así como establecer asociaciones sobre las condiciones sociales y materiales de vida de las mujeres y sus historias y relatos íntimos sobre el sufrimiento y el dolor ante una vida en exclusión de los mínimos del bienestar, y de sus formas de lucha cotidiana. Esta focalización sobre el análisis de emociones ligadas al sufrimiento no niega la experiencia de dicha y de gozo en la vida de las mujeres,<sup>1</sup> busca profundizar en aquellas emociones que están asociadas a situaciones de opresión y de desventaja socioeconómica en las condiciones de vida. Este estudio toma distancia de las nociones inherentes a la enfermedad mental y se ubica en el contexto del trabajo antropológico y del entendimiento de las emociones como productos construidos social y culturalmente.

La sociología de las emociones ofrece un marco teórico articulado que permite dar cuenta sobre la diversidad de significados que circulan en torno a una emoción en particular, los arreglos estructurales y sociales que subyacen ante aquello que conmueve, y las formas de expresión así como las denominaciones particulares (Hochschild, 1990). La perspectiva sociológica en el estudio de las emociones revela cómo la experiencia individual está condicionada por fuerzas sociales (Gordon, 1990). McCarthy (1989) describe dos preocupaciones centrales en el sociólogo contemporáneo interesado en el campo de las emociones: en primer lugar, conocer y analizar el papel de las instituciones y organizaciones sociales que diseminan conocimientos *expertos* sobre las emociones y orientan hacia los usos y prácticas específicas

1. Que se hará notar cuando la evidencia empírica lo muestre.

para la educación y el conocimiento emocional; en segundo, profundizar sobre las formas de expresión y afrontamiento emocional en las sociedades contemporáneas.

Una sociología de las emociones requiere del análisis de los contextos culturales e ideológicos específicos, en donde las emociones son identificadas, constituidas y diferenciadas, así como comparadas o contrastadas. La emoción es, entonces, una categoría social fundamental, un molde para la vida mental del ser humano (McCarthy).

Los elementos sustantivos de la sociología de las emociones son:

- Cognición y emoción. Las emociones solo pueden ser conceptualizadas dentro de un modelo cognitivo y lingüístico. Esto implica que la naturaleza social intrínseca de las emociones proviene de su inclusión en la cultura, en el lenguaje, en el uso de metáforas y en el mundo de significados y símbolos de un entorno sociocultural específico.
- Los niveles de análisis micro y macro. Los estudios sobre las emociones sugieren cómo los microeventos tienen capacidad de afectar a través del tiempo estructuras mayores que lleven a promover cambios y a redefinir las relaciones de poder.
- El sí mismo y la emoción. El estudio del hombre lleva por fuerza al de aquello que lo conmueve.
- Sociología e historia. El funcionamiento emocional es un artefacto histórico. Las emociones son formas culturales e históricas de experimentar y actuar, capaces de presentar transformaciones tanto en lo que se siente como en el significado mismo de la experiencia (Franks y McCarthy, 1989).

Existen tres modelos para el estudio de las emociones: el orgánico, que enfatiza la dimensión natural de las emociones, su carácter involuntario y su universalidad; el interactivo, que centra su atención en los aspectos que influyen en la génesis y expresión de las emociones, tanto en su parte biológica como en la relacional, y el de la construcción social de las emociones, donde estas son concebidas como productos socioculturales (Hochschild,



1990). Armon–Jones (1986a) argumenta la existencia de dos perspectivas construccionistas: una fuerte o radical y otra débil. La tesis fuerte considera que aun las emociones primarias (alegría, tristeza, sorpresa, enojo, miedo y disgusto)<sup>2</sup> son resultado de procesos socioculturales. Esta posición se apoya en la crítica a los modelos naturalistas, donde se pretende argumentar que la similitud entre algunas conductas humanas y no humanas puede ser utilizada como evidencia para afirmar que la emoción es un estado natural. Los constructivistas radicales afirman que la emoción implica un proceso cognitivo que involucra creencias y juicios que no pueden ser adscritos a los seres no humanos; señalan que ningún agente puede afirmar sentir una emoción particular, a menos que posea el concepto que define esa emoción y además que sea capaz de aplicar este concepto a su propia experiencia.

La tesis débil del construccionismo concede un rango de existencia natural a algunas respuestas emocionales. Abre la posibilidad de una respuesta biológica previa y extracultural. La ventaja de la posición no radical es que escapa a algunas dificultades que la tesis radical no logra resolver. En emociones como el miedo, incluye los referentes biológicos encontrados también en seres no humanos y ligados al instinto propio de la sobrevivencia. De esta manera, la tesis no radical asume una posición que hace posible el diálogo entre aquellas corrientes que se ocupan sobre todo del componente biológico y psicológico de las emociones, y las que se concentran en su análisis sociocultural.

Armon–Jones (1986b) argumenta que las emociones deben ser entendidas en su función de sostener los valores de un grupo sociocultural específico. Una posición radical visualiza a la emoción como intrínsecamente funcional, su existencia depende de su servicio y eficiencia como función social. Una posición menos radical declara que solo un aspecto predominante de la emoción tiene funciones socioculturales y que existen también respuestas extrasociales. Algunas críticas que se han formulado hacia la visión funcionalista de las emociones tienen que ver con que aun cuando las emociones morales quedan bien explicadas bajo este enfoque (como el miedo a la pre-

## 2. Clasificación de las emociones básicas en el ser humano.

sión de los otros, presión social), existen otras emociones que rebasan la búsqueda de un orden social. Además, en una tesis funcionalista radical, la búsqueda del equilibrio entre los diferentes elementos de la estructura social tiende a negar la existencia del conflicto ante la desigualdad. En este sentido, hay una gama de emociones que no logran ser explicadas y de alguna manera no son prescritas por la sociedad, como la culpa excesiva, la envidia y el odio vengativo.

En su ensayo sobre la penetrabilidad cognitiva y las emociones, Coulter (1989) afirma que desde el punto de vista de los constructivistas existe una gran plasticidad en las emociones humanas debido a su desconexión casi total con la biología. Esta condición permite que las normas sociales y culturales determinen de manera casi exclusiva las emociones apropiadas en situaciones dadas o guíen de manera sustantiva su construcción por el actor. Atendiendo al argumento cognitivista como otro elemento confirmador del construccionismo social, el autor, al igual que Armon-Jones (1986b), considera que las emociones humanas son dependientes de objetos (se puede estar triste, celoso, enojado, por alguien o por algo); en este sentido, los significados no inherentes en los objetos o situaciones son provistos por los sujetos a través de actos subjetivos, interpretativos, cognitivos o definidores. Este trabajo interpretativo está gobernado por normas o reglas socioculturales y puede variar de acuerdo con cada contexto. De esta manera, una sociología de las emociones es también una teoría cognitiva de las emociones.

Al retomar de manera analítica las tesis propuestas por los teóricos, se revela que al interior de construccionismo social existen quienes subrayan el referente cognitivo de las emociones, los que se adhieren al carácter funcionalista de las mismas y, por último, los constructivistas más o menos radicales, que advierten su distancia en la posibilidad de otorgar referentes biológicos y psicológicos a las emociones, sin demeritar los procesos socioculturales que dan vida, mantienen, refuerzan y regulan el mundo emocional intersubjetivo.

Las asunciones básicas del construccionismo social de las emociones son:

- Juicio, valoración y pensamiento. Las emociones, más que estados psicológicos, son entendidas como respuestas basadas en la cognición. El que la emoción esté basada en evaluaciones es compatible con las teorías filosóficas contemporáneas que caracterizan las emociones como procesos cognoscitivos en virtud de su dependencia con creencias, valoraciones y juicios.
- Intencionalidad, respuesta externa. Se requiere de una teoría de la mente que contemple a las emociones como dependientes del mundo exterior. Las emociones están ligadas a escenarios socioculturales específicos, no es posible reconocerlas solo a través de la introspección, ya que a los estados internos (psicológicos) les corresponde un referente externo; se pueden identificar vía comportamiento y también de acuerdo con la situación externa a la cual están orientadas —intencionalidad. Las emociones son prescritas por el sistema social y ello se refleja no solo por la vía semántica, que nos ofrece los términos para entender la emoción, sino también por la fenomenológica, es decir, en la cualidad de la experiencia de la emoción en sí misma.
- Función de la emoción. Los constructivistas se oponen a la dimensión filosófica de la psicología que concibe a las emociones como fuerzas sin propósito que irrumpen la racionalidad. Para los defensores del construccionismo social, las emociones tienen una dimensión sociofuncional que busca servir a los individuos solo en tanto miembros de la comunidad.

### La concepción de la emoción en el construccionismo social

Coulter (1989) define los conceptos emocionales como construcciones conceptuales que involucran referencias a sensaciones, objetos de orientación y expresiones de conducta a partir de reacciones físicas, actividades complejas, declaraciones y gestos. Las emociones humanas están vinculadas con varios síndromes de sensaciones, conductas y circunstancias en el mundo social, y su desmaterialización no implica su *irrealidad* o *insustancialidad*. Las emociones son fenómenos públicos y los conceptos que se tienen sobre ellas se

derivan social e intersubjetivamente. Es el análisis de la lógica intersubjetiva e informal de la conformación conceptual de las emociones la orientación pertinente para el análisis constructivista social. Swanson (1989) advierte que en los estudios contemporáneos sobre las emociones se enfatiza el análisis de componentes como los valores, las actitudes, los motivos y las motivaciones. Estas investigaciones tienen un interés renovado en las conexiones afectivas entre el funcionamiento personal y la estructura social.

La experiencia emocional presenta cuatro elementos principales: la evaluación de la situación, los cambios en las sensaciones corporales, la libertad o la inhibición de gestos expresivos y un nivel cultural identificado. La emoción es, entonces, un sentido: sentimos de la misma manera en que oímos, vemos o tocamos. El sentimiento es el término usado para emociones difusas y moderadas; es una emoción con menos expresión o sensación física (Hochschild, 1990). Wood (1986) destaca cinco elementos en la experiencia emocional: el fisiológico; el sentimiento (fenomenológico); la exhibición externa de la emoción; el nombre que se atribuye a la emoción, la interpretación de la causa de la emoción y la interpretación de la emoción como pasión o acción, y por último la evaluación moral. Por su parte, Gordon (1990) considera cuatro componentes básicos de la emoción que guardan una estrecha relación con lo propuesto por Hochschild y Wood: sentimientos (entendidos como sensaciones), gestos expresivos, conceptos relacionados y normas regulativas. Para este autor, el componente central de las emociones es la evaluación que el sujeto hace de la situación, la cual puede determinar la dirección y continuidad de la emoción.

Cuando estos autores mencionan las sensaciones corporales como un primer componente de la emoción, se refieren sobre todo a las manifestaciones fisiológicas como el ritmo cardíaco, tono muscular y sudoración, entre otras. Los gestos expresivos y acciones, el segundo componente, son todas aquellas manifestaciones faciales, corporales y acciones instrumentales que dan cuenta de la presencia de una emoción específica en el sujeto.

Autores como Ekman (1993) consideran que existe un conjunto de expresiones faciales universales para un conjunto de emociones básicas o innatas (enojo, temor, sorpresa, disgusto, tristeza, regocijo y aversión). Sin

embargo, para Gordon, estas expresiones naturales a veces son enmascaradas o disfrazadas en las interacciones sociales; además, existen emociones como la compasión, los celos y el amor, donde lo determinante en su expresión facial y corpórea es dictado por las convenciones sociales y culturales, y los estilos personales.

En este sentido, para los construccionistas, el prototipo de expresión facial natural tiene menos interés que la expresión socializada, como formas de manifestación culturalmente prescritas. Giddens (1998) considera que aunque las expresiones faciales de la emoción parecen ser en parte innatas, existen una serie de variables individuales y culturales que afectan la forma precisa que estas adoptan de acuerdo con los contextos socioculturales específicos. La manera en que la gente sonríe, las señales mínimas del rostro involucradas en esta expresión, la intensidad y duración de la sonrisa, son elementos que varían en cada cultura.

La relación o situación social es el tercer componente. La emoción es una reacción a una situación por lo general de origen social, tal como un cambio en la relación social. La persona reacciona a la situación según su interpretación; así, este es un proceso cognoscitivo y un componente social a la vez.

Por último, un cuarto componente se refiere a la cultura emocional. Según Gordon, para cada emoción se aprenden diferentes vocabularios asociados con ella, que reflejan también las normas y creencias implicadas en cada una de las experiencias emocionales, en un contexto sociocultural específico. Hochschild coincide con él y añade una reflexión acerca de cómo la cultura emocional está aconsejada en los libros, las películas, los actos religiosos y las leyes. En este sentido, si se desea estudiar la cultura emocional de un grupo sociocultural específico, es necesario adentrarse en su producción cultural a lo largo del tiempo.

Perinbanayagam (1989) argumenta que si las emociones son sentidas, comprendidas, expresadas y transformadas en actos, deben ser distinguibles tanto en tipo como en grado y conceptualmente diferentes unas de otras. Estas diferencias, según el autor, son establecidas en términos de oposiciones y similitudes, así como de diferencias de tonos que se obtienen de manera

estructural. Para ser capaces de conmover a un ser humano socializado, las emociones se deben hacer significativas cognitivamente y socialmente, y esto lo logran al codificar las diferentes experiencias emocionales en formas lingüísticas.

Gordon afirma que existe un vocabulario emocional compuesto por etiquetas (*labels*) que se atribuyen a cada una de las diferentes emociones en tanto son: experiencias comunes compartidas por muchos miembros, preocupaciones centradas en la significación de la interacción social y suficientemente diferenciables como unidades más o menos independientes. El vocabulario emocional tiene como uno de sus propósitos sensibilizar a los sujetos para el enfrentamiento de diversos sentimientos, conductas y situaciones. Las emociones finalmente discernidas por el lenguaje, son quizá aquellas que se consideran importantes para hacer distinciones cruciales en las diversas modalidades de las relaciones sociales e institucionales, como la familia, la economía, el gobierno y la religión. En este sentido, las sociedades pueden desarrollar una riqueza de lenguaje para enfatizar las emociones culturalmente valoradas, pero también para prevenir sobre aquellas que pueden ser peligrosas y que deben ser controladas y reguladas.

Existen cuestionamientos acerca de los impactos sociales del vocabulario emocional específico. Gordon se pregunta: ¿cuáles son los problemas que se desarrollan en la interacción social por la falta de un nombre para una emoción, o cuando un amplio dominio emocional es gruesamente discriminado por el lenguaje? Se responde: la falta de un nombre haría difícil el hablar y describir una emoción, aunque no por ello se puede negar la experiencia emocional. Sobre este punto, diversos antropólogos han hablado sobre “categorías ocultas” que la gente no elabora de manera verbal, pero que pueden ser inferidas a través del trabajo etnográfico.

Con respecto a este tema, existe el trabajo antropológico de Catherine Lutz (1986) titulado “The domain of emotion words on Ifaluk” (“El dominio de las palabras emocionales en los Ifaluk”). La autora opina que en este tipo de sociedades las palabras emocionales son vistas como declaraciones acerca de las relaciones entre una persona y un evento (en particular aquel que involucra a otra persona), más que como procesos

que resultan de la introspección en los estados internos del sujeto mismo. Es decir, en estos grupos culturales, las palabras emocionales son definidas por los informantes y se basan en las situaciones en las cuales la emoción por lo general ocurre.

A través de un trabajo etnográfico, la autora recupera y analiza categorías sobre la manera en que se agrupan las diferentes palabras emocionales de acuerdo con las situaciones específicas. Estas categorías situación–emoción son: las emociones de la buena fortuna, las emociones ante situaciones de peligro, las emociones de conexión y pérdida, las emociones asociadas con el error humano y las emociones relacionadas con la inhabilidad o incapacidad. Lutz demuestra la importancia de comprender hacia dónde está orientada la percepción en el mundo emocional de los sujetos; para los norteamericanos, las emociones derivan sobre todo de estados afectivos internos, mientras que para los Ifaluk, son evocadas y construidas en la esfera social y permanecen inseparables a ella.

Sobre este punto, Gordon sugiere que se podría analizar y clasificar a las sociedades de acuerdo con el componente que enfatizan en su definición cultural de las emociones y en las reacciones colectivas ante diversos episodios emocionales. Se podría entonces discutir sobre culturas de expresión, de situación, normativas y de sentimiento, entre otras.

Al igual que el interés de Lutz en el estudio de las emociones, Rosaldo (1989) reitera la importancia de abordar la fuerza cultural de las emociones. Para este autor, comprender y analizar la experiencia emocional de los sujetos es un vehículo válido e importante de análisis social. A través de una exploración profunda sobre “la ira en la aflicción” experimentada por los ilongotes (Filipinas), Rosaldo invita a reflexionar sobre diversos puntos que enriquecen, confrontan y señalan líneas importantes a tomar en cuenta en el trabajo etnográfico contemporáneo: el autor advierte sobre el riesgo de atribuir categorías culturales propias del etnógrafo a las experiencias, en este caso emocionales, de aquellos a quienes se busca estudiar.

Un segundo punto —también abordado por autores como Schein (1987), Rose (1990) y Kleinman y Copp (1993)— lleva al análisis de las emociones experimentadas por el propio etnógrafo durante cada una de las etapas de

su trabajo antropológico. Las emociones pueden ser elementos importantes en el trabajo de campo que lleven a distinguir y por tanto dejar de percibir ciertos sucesos que acontecen en la vida cotidiana.

El análisis profundo de la propia experiencia emocional puede funcionar como uno de los puentes que favorecen la construcción del diálogo directo entre la subjetividad del otro y la propia subjetividad. Por último, nosotros estamos implicados en aquello que construimos junto con el otro para explicar, entender y aprehender la *realidad emocional*.

### **Las fronteras conceptuales entre emoción, sentimiento y otras pasiones...**

Aun cuando se han presentado diferentes esfuerzos teóricos que concentran su atención en el estudio de la construcción sociocultural de las emociones, existen discrepancias acerca de lo que se entiende por emoción a diferencia de sentimiento; en ocasiones parece que se utilizan como sinónimos o de manera indiscriminada. La emoción es entendida más como una expresión viva, exaltada y cargada de energía; el sentimiento es un estado anímico, una predisposición a estar, su respuesta es más suave, menos exaltada y se prolonga por más tiempo.

Frijda (1988) busca resolver estas ambivalencias conceptuales haciendo una separación entre las emociones y las disposiciones de ánimo (*moods*). Para este autor, los estados de ánimo son de mayor duración, menor intensidad, más globales y difusos, con respecto a la manera como funcionan las emociones. Sobre los sentimientos, el autor no hace una diferenciación clara y en algunos momentos maneja términos tales como “sentimientos emocionales”, donde ambos conceptos parecen estar vinculados de manera íntima.

Crespo (1986), en un trabajo titulado “Una variación regional: emociones en España”, considera que hablar de enojo, orgullo, amor, miseria, envidia o felicidad, y ya sea en términos de pasión, sentimiento o emoción, no es solo una cuestión de terminología o de estilo sino que va mucho más allá, pues refleja concepciones que no son socialmente neutrales y que tienen implicaciones serias en los sistemas de atribución de responsabilidades, derechos



y obligaciones en una sociedad dada. El autor afirma que la imprecisión y ambigüedad con respecto al significado del concepto emoción se debe sobre todo a que este no es científico sino de uso cotidiano, que toma su sentido a través de las teorías sociales en las cuales los sujetos mantienen un orden para dar sentido a su existencia, a sus acciones y a su identidad misma. Ha encontrado también que en el idioma español las emociones concretas (felicidad, tristeza, culpa y envidia) son tratadas en el lenguaje ordinario como sentimientos. Aunque esta diferencia pueda parecer sutil, en realidad es importante, ya que la caracterización que se hace de los estados afectivos en términos de emociones o sentimientos trae consecuencias en el campo y la acción social.

Para Crespo, el concepto de emoción refleja una connotación de lo transitorio, lo orgánico, donde los estados afectivos son considerados como procesos naturales relativamente independientes de la voluntad y, por lo tanto, moralmente pasivos y en cierto sentido independientes de los valores permanentes que caracterizan a la persona. En contraste, los sentimientos son procesos afectivos que tienden a ser más estables que las emociones, más personales y con un sentido moral más que biológico. Los sentimientos no son del todo controlables, pero son vistos como parte de nosotros mismos. En ellos, se enfatiza lo personal entendido en términos de la participación afectiva en la acción; el sujeto es percibido con capacidad de agencia y responsable de sus acciones tanto en el mundo de lo privado como de lo público.

Al revisar cada una de las posiciones y maneras de explicar la experiencia emocional, por parte de los constructivistas sociales, el concepto de emoción ha sido definido por algunos con mayor estrechez y por otros con mayor laxitud. La pregunta es qué tanto se llega a forzar un concepto para que pueda en verdad contener aquello que se desea incorporarle. En este sentido, se coincide con Crespo en que en un idioma como el español el concepto de *sentimiento* incorpora de manera más suave y natural una serie de características que los constructivistas atribuyen originalmente a las emociones. El problema radica en que, al hablar de emociones, los teóricos sociales se han involucrado con un concepto que en sus más tradicionales versiones

no admite la participación de lo social en su etiología ni en su desarrollo. Sin embargo, más allá del concepto: sea pasión, emoción, sentimiento o estado anímico, la aportación que deriva del enfoque constructivista resulta enriquecedora y abre una veta novedosa y necesaria en el estudio de la experiencia emocional.

### *Sobre la dimensión social de la emoción*

Los efectos de la estructura social de gran escala en la emoción están mediados por grupos más pequeños o instituciones en las que los individuos participan de manera directa. La articulación de la estructura social depende de interacciones microsociales, de nexos interpersonales como el matrimonio, la familia y las redes sociales, a través de los cuales las estructuras macrosociales tienen sus efectos (Gordon, 1990).

Cualquier cambio mayor en la organización social tiene entonces implicaciones emocionales en la experiencia y en la expresión individual a través de: las relaciones y los grupos tanto primarios como secundarios en los que las emociones son vividas, como la familia; el curso de la conducta por la cual una emoción es expresada; el vocabulario por el cual las emociones son identificadas; las normas que prescriben los sentimientos apropiados y su expresión, y los temperamentos personales así como los estilos de la emoción que la sociedad favorece o limita.

Gordon define cuatro dimensiones sociales de la emoción:

- Origen. La mayor parte de las emociones se originan a partir de una definición cultural de la relación humana y no en la naturaleza biológica del ser humano. Aun cuando se pueda hablar de ciertas emociones primarias compuestas por elementos universales, estas se encuentran sujetas a la definición y a las restricciones sociales. Una construcción social más completa ocurre en la gran mayoría de las emociones, como la simpatía, la tristeza, el dolor, la culpa, la envidia y la nostalgia.
- Tiempo. Los estudiosos de las emociones desde el enfoque psicológico por lo general se centran en reacciones a corto plazo y dejan a un lado

las emociones de mayor duración, como el amor, la amistad y la venganza. Las emociones que se tienden a mantener a través del tiempo son objeto de estudio de los constructivistas sociales, ya que reflejan la persistencia y definición de las relaciones sociales. Los estudiosos de la construcción social de las emociones entienden que ellas están determinadas no solo por las condiciones presentes sino también por propiedades acumulativas de las relaciones sociales y por la anticipación de futuros contactos.

- Estructura. La coherencia entre los componentes de una emoción es mantenida y reproducida por fuerzas psicológicas y sociales. Una situación concreta y situada en tiempo y espacio evoca sentimientos específicos que son manifestados a través de ciertos gestos expresivos y acciones instrumentales, a los cuales otras personas pueden responder con aprobación o desaprobación, empatía o indiferencia. La naturaleza de los componentes particulares varía de acuerdo con los factores socioculturales de una sociedad dada.
- Cambio. El cambio de una emoción a nivel micro puede ser no solo causado por motivos psicológicos sino también por las relaciones sociales mismas. La autorregulación de la emoción es una interrogante teórica importante acerca de cómo los individuos modifican o reproducen la estructura social. En niveles macro, el cambio puede resultar de una tendencia histórica cultural que promueve mecanismos de reducción, intensificación o sustitución de ciertas emociones.

Por último, la estructura social afecta el flujo de la emoción a través de tres procesos interactivos importantes:

- Diferenciación. Cada grupo social distingue e identifica a través de su lenguaje ciertas emociones; de acuerdo con cuáles son las familias de emociones que los filtros sociales seleccionan, las conductas y acciones instrumentales presentarán variaciones.

- Socialización. Los sujetos aprenden desde muy temprana edad y a través de la interacción con los grupos primarios, a reconocer, definir y expresar diferentes tipos de emociones.
- Control. Se refiere a las diferentes pautas sociales que establece la sociedad para la regulación, modulación y expresión de las emociones.

Gordon concluye que aun cuando asumimos que la naturaleza emocional humana es infinitamente maleable, es necesario reconocer las limitaciones biológicas y psicológicas que restringen la construcción social de las emociones. Para este autor, en los tiempos modernos existe un conjunto de emociones “sociológicamente importantes” y muy relevantes para la interacción social, como la simpatía, la lealtad de grupo, la hostilidad intergrupala y el resentimiento. Estas nuevas emociones podrían no ser universales y justo por eso son importantes, porque fueron construidas como parte de un proceso de adaptación a un particular tipo de sociedad con sus características macrosociológicas propias.

### *Sobre el manejo de las emociones y nuevas líneas de investigación*

Hochschild (1990) considera que el sujeto es capaz de cambiar sus sentimientos desde “fuera hacia dentro” y también desde “dentro hacia fuera” (trabajo emocional). Con el objetivo de alterar los sentimientos, se hacen cambios en el exterior, como ajustes en la posición corporal, respiración profunda, cambios en el tono de voz. De igual manera, se tiene la capacidad de reducir o cambiar un punto de referencia mental (pensamiento) hacia otro ángulo que permita arribar al sentimiento que se desea experimentar.

Para esta autora, existen una serie de reglas y normas sociales que regulan la expresión de los sentimientos. Estas normas orientan hacia aquello que se debería sentir en diferentes escenarios sociales, actúan como “zonas de regulación” que demarcan con qué intensidad, con qué duración y de qué maneras es adecuado, normal y apropiado sentir cierta emoción.

Las *líneas emocionales* se refieren a una serie imaginable de reacciones emocionales frente a una serie de eventos de instigación o provocación. Cada cultura define estas líneas emocionales que prescriben una gama de respuestas afectivas apropiadas ante situaciones sociales específicas.

Perinbanayagam (1989) argumenta que las emociones son manifestadas en formas rituales, de modo que el control, el manejo y las proporciones se mantengan dentro de una línea o un límite social preestablecido. En el manejo de las emociones se entrena a las personas para mantener una proporción adecuada entre la situación, la identidad y la audiencia. Un exceso de emociones, en términos de las proporciones culturalmente determinadas, es uno de los criterios con que se juzga de manera habitual la *enfermedad mental*. Los humanos están sujetos al entrenamiento en el manejo de las emociones, así como en su manifestación pública. Este tipo de prácticas es común en todas las culturas.

Hochschild advierte sobre cómo cada individuo internaliza la ideología dominante y esto lo lleva a expresarse y a actuar de maneras preestablecidas. En el caso de la ideología de género y su relación con las “reglas y normas del sentimiento”, la autora encontró tres tipos básicos de ideología involucrados: la tradicional, la igualitaria y la transicional. Ante estas posiciones ideológicas existen también estrategias de género, estrategias emocionales a través de las cuales se evocan de manera activa o se suprimen varios sentimientos, para perfilar una ruta de acción y expresión apropiada. De igual manera, existen *estrategias de cambio activo y directo*, donde se presentan emociones asociadas con la confrontación directa y la búsqueda del cambio en las relaciones desiguales de género. Las *estrategias de cambio pasivo e indirecto* son aquellas donde se muestra un enfrentamiento a través de acciones paralelas que evitan confrontaciones y enfrentamientos directos.

Armon-Jones (1986b) coincide con Hochschild (1990) en cuanto a la asociación existente entre género, emoción e ideología. Para esta autora, es evidente que aun cuando las teorías sobre la madurez son aplicadas a ambos sexos, estas son subdivididas en función a la masculinidad y a la feminidad. Así, el principio de lo femenino es culturalmente asociado con la moderación

y otras cualidades que son aprendidas desde la niñez, y que promueven los patrones de adscripción de las emociones de acuerdo con el género al que se pertenece. Crespo (1986) afirma que hombres y mujeres son considerados en lo social como sujetos con distintos tipos de emociones. Esta diferenciación está profundamente institucionalizada y aparece como una dimensión de lo *natural*. En la actualidad hay diversos movimientos sociales que buscan cuestionar estas adscripciones y que promueven la autodefinición del individuo en términos emocionales.

Hochschild considera que así como existen pautas y estrategias emocionales de género, también se pueden encontrar estrategias que se desarrollan de acuerdo con el estrato social al que se pertenece. Cada contexto social exige una ruta y coordinación emocional específica; en este sentido, se desarrolla una especie de sensibilidad protectora que permite expresarse emocionalmente de manera apropiada, de acuerdo con esa realidad estratificada de la cual se forma parte.

Crespo afirma que aunque las reacciones psicológicas pueden ser consideradas como universales, las emociones y los sentimientos no lo son, ya que se encuentran socialmente distribuidos. Existe una primera distribución básica, que corresponde de manera exclusiva a las condiciones de vida (estratos sociales). La pobreza, el desempleo y el aislamiento social favorecen cierto tipo de procesos afectivos y hacen imposibles otros. Sin embargo, para Crespo la distribución social de las emociones es evidentemente dinámica y constituye un elemento generador de cambio social importante. En este sentido, se puede pensar en un desarrollo histórico de las emociones, donde una línea de investigación interesante sería el análisis de cómo los distintos grupos sociales y personas en interacción negocian día a día el sentido de sus acciones en términos emocionales.

Gordon (1990) coincide con Crespo y argumenta que la mayor parte de la investigación sobre la construcción social de las emociones ha sido etnográfica o correlacional, no longitudinal o histórica, y por ello la dinámica del cambio social en la emoción no ha sido suficientemente explorada.

El autor considera que la mayor parte de los estudios se ha enfocado en crear matrices de palabras para determinar los nombres utilizados en los diferentes estados emocionales. En este sentido, es necesario ir más allá y estudiar también las conversaciones ordinarias en las que las emociones son descritas y discutidas a través de modismos, abreviaciones populares e informales, analogías y metáforas. El vocabulario, las formas narrativas y otros juegos del lenguaje son elementos centrales de análisis en la teoría de la construcción social de la emoción.

El autor concluye que algunas de las emociones eminentemente sociales que no han sido estudiadas y que en la actualidad adquieren especial relevancia son: el orgullo, la esperanza–desesperanza, la envidia, el resentimiento y otras relacionadas de manera íntima con el éxito o el fracaso en una sociedad de movilidad abierta; la duda, la pregunta, la incertidumbre, la inseguridad y otras reacciones recientes, que aparecen como respuesta a nuevos estímulos que genera la sociedad moderna; el patriotismo y la reverencia religiosa, como desarrolladas y legitimadas por las instituciones sociales; el aburrimiento, la melancolía, la soledad, el aislamiento y otras de baja intensidad, de las que diversos autores pronosticaron su relevancia para las sociedades modernas; el remordimiento, la penitencia y otras que tienen una función moral trascendente; la gratitud como forma de deuda y de re–pago social; la venganza, la amenaza, la violencia y otras hostilidades persistentes, que han sido cultivadas a través de los feudos, el terrorismo y las guerras.

A partir de este marco del construccionismo social, en los dos siguientes capítulos se trabaja con algunas de las emociones expresadas por las mujeres, así como con las narrativas asociadas a estas emociones.





## VI. SOBRE TRISTEZAS, MIEDOS Y PREOCUPACIONES: MALESTAR EMOCIONAL FEMENINO Y POBREZA URBANA

[...] el sentir es un sentido, así como lo es el escuchar o el mirar. Las emociones comunican información [...] desde ellas nosotros descubrimos nuestro propio punto de vista sobre el mundo (Hochschild, en Kleinman y Copp, 1993).

A partir de la revisión teórica que se presentó sobre las *emociones*, en la que se toman en cuenta, por un lado, los elementos que los constructivistas sociales les atribuyen y, por otro, la similitud que estos elementos tienen con lo que en el lenguaje ordinario se conoce como *sentimientos*, en esta obra se utilizarán ambos términos como sinónimos, sabiendo el lector que detrás de esta decisión descansa el andamiaje teórico de “la construcción social de aquello que nos conmueve”.

Para abordar las emociones y como un paso previo al análisis de narrativas específicas, producto de las entrevistas en profundidad y del material recogido en el diario de campo, se trabajó en el diseño de un cuestionario con preguntas abiertas y cerradas que permitiera un acercamiento al mundo de las emociones de la población en estudio. El análisis de los resultados de este instrumento permitió construir una plataforma importante que ayudó a dar contexto y sentido a los testimonios que se derivaron del material cualitativo.

El cuestionario aplicado a las 60 mujeres a través de varias sesiones de entrevista semiestructurada, se derivó inicialmente de un estudio realizado por Salgado, Díaz y Maldonado (s / f), en el que se busca ir más allá del diagnóstico clínico y los métodos solo cuantitativos. Las autoras realizaron una investigación sobre los significados asociados al popular término “nervios” entre mujeres rurales, esposas de migrantes a Estados Unidos; encontraron que estaban íntimamente asociados con sentimientos reportados por las mismas mujeres, como la tristeza, el enojo, la preocupación, las ideas pegadas en la mente,<sup>1</sup> los miedos y el sentirse distraída o ausente. A partir de estos resultados, elaboraron un pequeño cuestionario con el que indagaron de manera específica sobre estos sentimientos y sus significados.<sup>2</sup>

Con estos insumos y el trabajo de campo realizado en el escenario de investigación, se adaptó y amplió este cuestionario, de manera que diera información sobre la manera en que las mujeres nombran cada uno de esos sentimientos, la manera en que los significan, las causas que le atribuyen a aquello que sienten, los posibles efectos físicos del malestar y la manera en que enfrentan sus sentimientos. Se retomaron las siguientes preguntas del cuestionario sobre cada uno de los sentimientos:

- ¿Qué significa para usted sentirse triste, distraída o ausente, con una idea pegada en la mente, irritable o enojona, con nervios, con miedos o temores, intranquila o preocupada?
- ¿Qué fue lo que causó este sentimiento de..?
- ¿Cómo le ha afectado este sentimiento en su salud física?
- ¿Qué hace cuando se siente..?

1. “Una idea pegada en la mente” es una de las categorías que Salgado, Díaz y Maldonado (s / f) encontraron como más estrechamente ligadas al malestar femenino. En ese sentido, pareciera que desde un esquema tradicional de las emociones y los sentimientos, esta categoría no encaja de manera natural, sin embargo, retomando el enfoque constructivista, en concreto en su dimensión cognitiva, se puede comprender mejor la importancia y efecto de los pensamientos en las emociones.
2. Este cuestionario se encuentra en la Cédula Internacional de Entrevista Diagnóstica (CIDI) aplicada a la población rural, diseñada por la Organización Mundial de la Salud, en una adaptación diseñada por el Instituto Mexicano de Psiquiatría (IMP) (véase Robins *et al*, 1988).

Por último, el análisis de las múltiples respuestas se llevó a cabo de acuerdo con la propuesta que hace González (1998) para el análisis y sistematización de la información cualitativa: se separó en *unidades mínimas de análisis* cada una de las frases dadas por las entrevistadas. De este modo, se deconstruyó la información y después, a partir de un razonamiento inductivo, se elaboraron las categorías madres y subcategorías que incluyeron cada una de las unidades mínimas de análisis encontradas. Por último, se pesaron estas categorías de acuerdo con la frecuencia registrada, es decir, con el número de unidades que las integran. De esta manera, material cualitativo logra ser analizado tanto en su vertiente propia como desde las herramientas cuantitativas pertinentes, en búsqueda de tendencias y patrones importantes.

Con el propósito de construir los análisis a partir de un proceso inductivo que llevara a una visión sistémica de la información, se exponen descriptivamente cada uno de los apartados y al final del capítulo se trabajará en la discusión de los hallazgos.

### **Sobre sentimientos: un panorama acerca del malestar emocional**

Se abordó el eje inicial sobre sentimientos preguntando a las mujeres acerca de la presencia de cada uno de ellos en algún periodo de su vida y en el último año de la misma (véase cuadro 6.1).

El malestar emocional está relacionado con estados anímicos, con una predisposición a estar, con una respuesta más suave y que se prolonga a través del tiempo. En términos de Frijda (1988), se trata de disposiciones de ánimo que se caracterizan por ser de mayor duración, menor intensidad, más globales y difusas, con respecto a la forma como operan desde el esquema tradicional las emociones. Para Gordon (1990), una dimensión social de la emoción es el tiempo. Cuando aquello que se siente permanece a través del tiempo, se está hablando de emociones o sentimientos que definen y estructuran las relaciones sociales. Es decir, no se trata del hecho aislado y efímero en que un sujeto experimenta una emoción transitoria sino de emociones encarnadas en las estructuras que definen las pautas de interacción. En este sentido, la pregunta es: ¿qué papel juega la pobreza,

**Cuadro 6.1**  
**Sentimientos**

	¿Alguna vez en su vida se ha sentido..? (casos)	¿En el último año se ha sentido..? (casos)	¿Alguna vez en su vida se ha sentido..? (%)	¿En el último año se ha sentido..? (%)
Triste	56	38	93.3	63.3
Enojada	51	35	85.0	58.3
Intranquila	45	34	75.0	56.7
Tener una idea pegada	44	32	73.3	53.3
Distraída	43	27	71.7	45.0
Con miedos	37	18	61.7	30.0
Con nervios	33	26	55.0	43.3

la desigualdad y la opresión en los sentimientos que las mujeres reconocieron como presentes en sus vidas? Trabajar el malestar emocional desde un enfoque constructivista significa rebasar las fronteras de lo individual y encontrar los orígenes del sufrimiento en las relaciones desiguales de poder y en las estructuras excluyentes de las sociedades actuales.

Este primer cuadro, básicamente cuantitativo, ofrece información sobre los sentimientos que las mujeres reconocieron como presentes en su cultura emocional (Gordon). La tristeza es el sentimiento que se pone al frente. Este primer dato refleja los patrones de adscripción de las emociones de acuerdo con el género (Crespo, 1986, y Armon–Jones, 1986b). Sin embargo, el enojo aparece en segunda posición y se trata de un sentimiento estereotipado como masculino (Crespo) y por lo general negado en el esquema de la *moderación* bajo el cual se etiquetan las emociones estereotipadas como femeninas.

### **Sobre la cultura emocional: la construcción de significados**

Con respecto a los significados particulares que las mujeres atribuyen a cada uno de los sentimientos, la pregunta fue: ¿qué significa para usted sentirse..?

Se encontraron 519 unidades de respuesta para el total de los sentimientos, que se integraron en 32 categorías de significado. Posteriormente, se ubicó en el cuadro 6.2 el comportamiento de cada uno de los sentimientos con respecto a las diferentes categorías existentes. Además, este mismo cuadro permite analizar las categorías de significado de manera independiente de los sentimientos, lo que ayuda a conocer con mayor profundidad y precisión la manera en que las mujeres de este grupo social significan su malestar emocional. Otro dato que aporta este cuadro en su última columna es la posibilidad de conocer cómo ciertas categorías atraviesan por varios sentimientos y otras son exclusivas de ciertos sentimientos. Además, permite observar cómo, aun cuando un significado recorra varios sentimientos, es posible conocer su tendencia a partir del peso (frecuencias) con que se manifiesta en cada uno de los sentimientos.

La manera en que se nombran las categorías pretende recuperar el lenguaje de las entrevistadas (categorías en vivo), de tal forma que algunas frases representativas y repetidas por varias de las mujeres dan nombre a un número importante de categorías. Las frases textuales de las mujeres forman parte de este acervo de información y se acudirá en algunas ocasiones a ellas para ilustrar y complementar la información de los siguientes cuadros (véase el cuadro 6.2).<sup>3</sup>

En un segundo momento se analizaron, a partir del mismo cuadro, los sentimientos y las categorías de significado con las que se les asocia prioritariamente:

- En el caso de la tristeza, la categoría con que, según el pesaje de las respuestas, se asocia este sentimiento es *tener el estado de ánimo decaído*, *sentir cansancio*: “sentirse con desidia”, “me siento sin ganas de hacer nada”, “sin ganas de comer”, “sin ganas de caminar ni nada”, “can-

3. Para leer los cuadros 6.2, 6.3 y 6.4, la columna de la izquierda refiere las categorías construidas inductivamente con respecto a los sentimientos, y en la primera fila se muestra cada uno de los sentimientos explorados. El cuadro da las frecuencias de cada categoría con respecto a cada uno de los sentimientos. En la penúltima columna da la frecuencia total de cada categoría y en la última, indica en cuántos de los sentimientos está presente la categoría en cuestión.

**Cuadro 6.2**  
**Significados asociados con los sentimientos**

Categorías	Triste	Enojada	Intranquila	Idea	Distraída	Nervios	Miedos	Total	Núm. de sentimientos
Enojo, odio, agresividad	6	27	1	4	1	8	1	48	7
Sensible, con ganas de llorar	13	3	4	8	10	7	1	46	7
Desesperada	2	10	9	6	2	11	4	44	7
Estado de ánimo decaído, cansancio	21	1	5	5	9	2	1	44	7
Impotencia, desesperanza, no tener los recursos	14	4	6	7	7	2	2	42	7
Intranquilidad	1	2	14	5		10	6	38	6
Es algo malo porque perjudica, es como una enfermedad	8	4		8	8	6	2	36	6
Síntomas corporales, dolor de cabeza, de estómago, se quita el sueño	5	1	4	1		10	9	30	6
Malestar, dolor, pena	6	7	3	1	2	4	2	25	7
Ganas de estar sola, de irme lejos	9	7	2		3	1	2	24	7
Miedos, temores			4			4	13	21	3
Preocupación, angustia	2	1	7		2	3	4	19	6
Estar en otro lado, ida, fuera de uno	2	1	3		3			19	5
Soledad por la falta de seres queridos	10	1			5			16	4
Inseguridad, desconfianza	1	2	4	3		2	4	16	6
Ganas de platicar, de que alguien me ayude	3	1	2	3	1		4	14	6
Una idea pegada, estar pensativo, una obsesión	3	1	2	3	2	2	1	14	7
Que alguien me hizo algo, defraudada, agraviada, engañada	1	3		5	2			11	4
Fortaleza, impulso, motivación	1	1		8				10	4
Insatisfecha, no puedes disfrutar de otras cosas	5	2	1	1				9	4
No sé	3	2	1		1	1		8	6
Tontismo, pendejismo, sentirse tonta		4		2		1		7	3
Algo pasajero, normal, no me afectó	1	4			1	1		7	4
Sentir la responsabilidad	1				3		1	5	3
Que está bien sentirse así, se desahoga uno		3	2					5	2
Estar en desacuerdo	2			2				4	2
Ganas de no sentir eso, esa cosa		2	1	1				4	3
Nada me importa, estar indiferente	1				3			4	2
Incomprensión			1			1	1	3	3
Algo muy importante			1	2				3	2
Ser cobarde							2	2	1
Nada			2					2	1

sada... me la llevaba acostada”. Una segunda categoría es *impotencia, desesperanza, no tener los recursos*: “no encuentro la solución”, “que no puedo hacer nada”, “que tengo que aguantarme”, “es cuando algo no es posible”, “no tener los recursos”, “se me figura el ser muy pobre”, “es algo que no puede uno superar”. La tercera categoría es *sentirse sensible, con ganas de llorar*: “con ganas de llorar, sentimental”, “le preguntan a uno y luego, luego suelta el llanto”, “llorar en silencio, sentía que algo se me atoraba en la garganta”, “todo me hace llorar”, “ganas de oír canciones suaves”. La cuarta categoría vinculada se refiere a la *nostalgia por falta de seres queridos, soledad*: “se siente una sola”, “es como si estuviera yo sola”, “saber que no lo quieren a uno”, “el no tener con quién comunicarme, con quién hablar”, “conviví con mi hermano, me la llevaba bien y ahora ya no está”.

- En el caso de la irritabilidad o el enojo, las categorías de significado que obtuvieron mayor frecuencia fueron *enojo, odio, irritabilidad*: “enojarme de la nada, con mucho coraje”, “enojona y gritona... imagínese”, “algo muy importante, si anda uno enojado, de un vasito de agua hace uno una tormenta”, “ganas de matar a quien me hace enojar”, “con ganas hasta de golpear”, “de mal humor”, “de mal genio”, “es un sentimiento muy feo, de odio”. La segunda categoría fue *desesperación, malestar, dolor, pena*: “algo pesado, no anda a gusto una”, “no estar a gusto y no tener paz”, “molestia”, “se ve uno mal, de mal aspecto, se siente feo”. La última categoría es *ganas de estar sola*: “porque yo ahí [en casa] soy la que hablo y cuando estoy enojada, no tengo ganas de hablar”, “no quería nada con nadie, toda la gente me caía mal”, “no recalo con nadie, yo sola”, “no me dan ganas de salir”, “no quiero que me hablen, no quiero escuchar a nadie”, “no me gusta que me hablen, ni que me vean”, “se siente una que no quiere ni dar la cara”.
- En el caso del sentimiento de intranquilidad o preocupada, la categoría que obtuvo mayores frecuencias fue *intranquilidad* (se dejó el mismo nombre a la categoría que al sentimiento, porque al buscar significarla las mujeres recurrían con frecuencia al nombre del sentimiento dado): “sentirse de nervios” (se puede ver cómo un sentimiento lleva a otro),

“se empieza uno a sentir presionado”, “estresada”, “muy inquieta, intranquila”, “estar nerviosa todo el tiempo”, “impaciente”, “sentirse con la preocupación de los hijos, de la comida”. La siguiente categoría fue *desesperación*: “es desesperación al no poder estar constantemente con mis hijos”, “con ganas de salir corriendo”, “hay veces que me siento muy desesperada”. La tercera fue *preocupación, angustia*: “significa estar asomándome a la puerta, esperando hasta qué hora llegan mis hijos”, “angustiada”, “porque estoy con preocupación, con pendiente, viéndolas inquietitas, latositas a mis hijas”, “me siento preocupada”, “apuración que me da”, “mortificación que me agarra”. Una última categoría es *impotencia, desesperanza, no tener los recursos*: “el no poder hacer las cosas que yo deseo”, “el no saber actuar como uno piensa que debería hacer las cosas”, “no poder solucionar sus problemas uno”, “no puedes hacer bien tus actividades por estar pensando en eso”. Por último, es interesante advertir que en dos ocasiones a este sentimiento se le dio una connotación positiva: “significa estar cerca de Dios” y “es bueno estar preocupada porque es por mis hijos”.

- Con respecto al sentimiento tener una idea pegada en la mente, la primera categoría fue *sensible, con ganas de llorar*: “de todo quiero llorar”, “tener muchas ganas de llorar”, “deprimida”, “me apachurra”, “muy triste”, “una tristeza muy grande”. La segunda fue *es algo malo porque perjudica, es una enfermedad*: “se afectaba la relación con mis papás”, “sentirse enfermo de la misma preocupación [económica]”, “si no es para bien de uno, lo perjudica a uno”, “siente uno que tiene una enfermedad”. La tercera fue *impotencia, desesperanza, no tener los recursos*: “que nunca se va a sentir uno feliz, así como era antes”, “impotencia, no poder hacer nada”, “una cosa muy fea, se cierra el mundo, no hay qué hacer”, “significa algo muy tormentoso, muy doloroso porque se ve bien que no se va a realizar”, “de la fregada, muy débil, que yo tampoco puedo hacer nada [sobre su condición de pobreza] porque a los niños dónde los dejo, si no me iba a trabajar”, “es yo querer esto y no poder comprarlo”, “no hallo cómo solucionarlo”. La cuarta categoría fue *fortaleza, impulso y motivación*: “echarle



más ganas para salir adelante, hacer lo que me propongo”, “mucho, si es para bien de uno, se siente feliz, con ánimos de seguir adelante”, “significa que no estoy tullida, que trato de hacer las cosas, de salir adelante y no todos piensan así, me siento como orgullosa”, “es una meta para alcanzar, es una lucha”. En esta categoría se han dado sobre todo respuestas con una connotación positiva: el “tener una idea pegada en la mente” está asociado también con los anhelos, los deseos profundos que mantienen en la lucha a muchas de estas mujeres.

- Con respecto al sentimiento de estar distraída o ausente, las mujeres lo asociaron en especial con diversas ideas que dieron lugar a la categoría *estar en otro lado, ida, fuera de uno*: “se te va la mente, tú no piensas en otras cosas, estás como ida”, “no me acordaba ni de mi nombre, no funcionaba”, “que uno se pierde, pierde uno la mente”, “estar aparte, en mi mundo”, “la mente está en otro lado, no me concentro ni oigo, estoy como ida”, “me salgo de mí misma y no sé ni qué rollo, me voy”, “ida, en otro mundo, te platican algo y no pones atención, luego te preguntan y no sabes qué decían”, “desatender a tu familia”, “no ponerle atención a las demás cosas”, “que le hablen a uno y no escuche uno, hasta que le griten a uno”. La segunda categoría fue *tristeza, sensible, con ganas de llorar*: “tener ganas de llorar”, “deprimida”, “me da tristeza... cuando reflexiona y piensa uno, ya lo llevó a uno la tristeza”, “empiezo a llorar y no está bien”, “me siento triste, me llega el sentimiento”. La tercera fue *estado de ánimo decaído, cansancio*: “quitarse el apetito”, “a veces no tengo ganas de nada”, “aflojerada”, “me siento y me veo en la rutina diaria con menos ánimos, menos juguetona, menos sonriente, menos bromista en la forma de platicar”, “flojera, sin ganas de hacer nada, me siento cansada, se me baja la presión y uno piensa que es flojera”, “porque no me dan ganas de hacer nada, a veces ni de hacer de comer”, “no saber ni qué hacer, andar como dormida”. La última categoría fue *es algo malo porque perjudica, es una enfermedad*: “que vaya a parar hasta loquita”, “malo porque a la próxima si va uno a la calle puede causar un accidente”, “algo malo porque no debe de ser, yo creo que no debe de ser, pero

así soy”, “para mí es una enfermedad”, “algo malo, en que uno no está bien de su mente, algo que no es normal”.

- Los nervios se asocian sobre todo con la categoría *desesperación*: “me siento desesperada”, “desesperada de qué va a pasar, mi esposo me llegaba de sorpresa y yo me asustaba”, “grito fácilmente”, “es algo muy desesperante cuando anda uno nervioso”, “el sentirse con ganas de salir corriendo”. Los nervios también se relacionaron con *intranquilidad*: “sentirme muy alterada”, “no encontraba mi lugar”, “está uno bien tenso”, “estar todo el tiempo intranquila”, “estar vigilando a mi alrededor todo el tiempo”, “es una inquietud, una intranquilidad”. Otra categoría con alta frecuencia fue *síntomas corporales* (esta categoría obtuvo su mayor peso cuando se le asoció con nervios, dato que es muy significativo): “temblor, el corazón acelerado”, “porque luego, luego siento, de un de repente, que me duele la cabeza, que me truena de la parte de atrás y luego se me baja hacia los hombros”, “todo me dolía... huesito por huesito”, “temblorosa”, “pesadez en el pecho”, “me duele la cabeza y el cuerpo”, “como un hueco en mi panza”, “que me duele el estómago”, “porque tiemblo”.
- Por último, con respecto a miedos o temores, las mujeres tendieron a reportar sobre todo las causas de estos *miedos* y en varias ocasiones se refieren a ellos con el mismo nombre que se les dio inicialmente: “siento algo muy extraño, me da terror salir”, “es muy feo, no puedes salir a la calle porque el fulano me va a hacer esto, es muy feo”, “estoy inquieta con los ruidos”, “no querer salir de mi casa, temor a que me saquen de mi casa [por las amenazas de desalojo]”, “algo que no conozco, miedo a lo desconocido”, “temores al diablo, a la muerte, a la Llorona”, “salgo a la calle y pienso que un mariguano me va a dar un balazo o que el minibús va a chocar, hay muchos accidentes”, “miedo, temor”, “tener muchos miedos”, “temblar de miedo”. Como segunda categoría están los *síntomas corporales*: “me dolía el estómago y la cabeza”, “se me quita el sueño”, “me dolía el estómago, la boca del estómago”, “no dormía bien”, “sentir algo en el pecho”, “punzadas en los ojos, dolores”. Y, por último, *intranquilidad*: “me siento ner-

viosa, se imagina uno cosas que ni son”, “intranquilidad, estar alerta y vigilante todo el tiempo”.

## El malestar emocional y las situaciones sociales

La siguiente pieza de este *mosaico emocional* tiene que ver con las situaciones sociales que las mujeres asocian con su malestar. Esta dimensión favorece la construcción del contexto y sitúa así en el espacio y en el tiempo la experiencia emocional. En el cuadro 6.3, bajo la misma estrategia de análisis que se siguió en el apartado anterior, se presentan las atribuciones que las mujeres hacen sobre su condición emocional.

De un total de 371 unidades de respuesta, se elaboraron 21 categorías. Se puede observar a través del cuadro qué sentimientos están vinculados prioritariamente con ciertas causas y qué causas atraviesan diversos sentimientos.

Retomando lo que comenta Gordon (1990), las emociones se experimentan, interpretan y enfrentan de acuerdo con un contexto sociocultural específico, que se encarga de moldear y filtrar un vocabulario emocional particular, donde las condiciones propias de vida vendrán a dar sentido y contenido a las experiencias emocionales. Las diversas situaciones que las mujeres asocian con su malestar permiten encontrar indicadores claros del preponderante papel que juega la pobreza, en sus múltiples manifestaciones, en la vida cotidiana de la gente. Las emociones se viven y se encarnan de maneras diferentes de acuerdo con el estrato socioeconómico en que transcurre la vida y no es posible generalizar la experiencia emocional, que, como muchas otras dimensiones de la vida humana, se construye, particulariza, perfila, crea y recrea en el rejuego de los dinamismos socioculturales propios de cada grupo social.

Al analizar cada uno de los sentimientos en particular, es posible encontrar vínculos y conexiones interesantes:

- En el caso de la tristeza, la categoría principal con la que se le asocia es *la muerte de familiares*: en primer lugar, la de los hijos; en segundo, la

Cuadro 6.3  
Causas relacionadas con los sentimientos

Categorías	Triste	Irritable	Intranquila	Idea	Distraída	Nervios	Miedos	Total	Núm. de sentimientos
Problemas con la pareja	11	10	4	13	8	3	5	54	7
Falta de recursos económicos	8	4	10	11	2	6	1	42	7
Problemas con familiares	5	15	4	3	3	3	1	34	7
Muerte de familiares	15		2	1	7	6	2	33	6
Preocupaciones por los hijos	3	3	13	1	5	3	5	33	7
Situaciones propias a ella		9	1	4	3	8	3	28	6
Enfermedad de familiares	6		13	2	1	1	4	27	6
La soledad, la ausencia de los seres queridos	9	4	3	2	3	3	1	25	7
Las condiciones ambientales	1	1	2	3		3	9	19	6
No sé		3		5	4	1		13	4
Experiencias con otro hombre	4	2		2	2	2		12	5
Violencia doméstica	3	1			3	1	2	10	5
Poseción de la vivienda y cambios de residencia		2	5				3	10	3
Temor a la muerte				1		2	5	8	3
Decepciones e injusticias	4	1		1				6	3
Ideales, metas				4	2			6	2
Intentos de robo o pérdida de los hijos			1	1		1	1	4	4
Malas noticias, sustos					3	1		4	2
Obligaciones diarias	1		1		2			4	3
Abuso sexual a los hijos		1		1				3	2
Desacuerdos y peleas entre vecinos		2						2	1

de los padres, y después la del esposo y otros familiares. Una segunda categoría son *los problemas con la pareja*: “no tener apoyo del esposo”, “celos”, “infidelidades”, “alcoholismo del marido”, “abandono del esposo”. La tercera es *la soledad, la ausencia de seres queridos*: “el quedarse huérfano y que no hay quién vea por uno y de quedar uno solo en el mundo”, “el querer ver a mi mamá y no poder, porque vive en otro lugar”, “extrañaba a mi casa de origen, a mi familia”, “el haberme salido tan chica de mi casa y sentirme tan sola”, “sentir a mi familia muy despegada, que no se preocupan por uno”, “como yo

soy la más pobre, mis hermanos no me visitan por eso”, “que no me visiten mis hermanos... mi gente”. La cuarta categoría se refiere a *la falta de recursos económicos*: “el no tener dinero”, “no contar con un trabajo” y la “impotencia que se vive cuando uno es pobre”.

- Con respecto al sentimiento de irritabilidad y enojo, la causa principal son *los problemas con familiares*, las mujeres se refieren casi en la totalidad de las respuestas a los problemas propios de educación y cuidado de los hijos, en muy contadas ocasiones hacen referencia a los conflictos con la familia de origen o la política. Como segunda categoría se señalaron *los problemas de pareja*, en su mayoría se refieren al alcoholismo del marido, celos e infidelidades y abandono de la pareja. En la tercera categoría, *algo de ella misma*, las mujeres atribuyen su enojo a su falta de paciencia o a su edad, entre otras causas.
- Sobre sentirse intranquila o preocupada, las categorías principales fueron *las enfermedades de familiares* y *las preocupaciones por los hijos*; en ambos casos eran los hijos, antes que nadie más, quienes inquietaban a las mujeres, ya fuera por su salud o por su bienestar en general. Una tercera categoría fue *la falta de recursos*, que está ligada íntimamente con las posibilidades de atender y cuidar de los hijos de manera adecuada y, al mismo tiempo, allegarse los recursos mínimos necesarios para solventar los gastos del grupo doméstico.
- Con respecto al sentimiento de tener una idea pegada en la mente, la categoría principal fue *problemas con la pareja*: “no entenderse con el marido”, “la conducta del marido”, “la decepción del matrimonio”, “las peleas constantes con la pareja”, “los celos y las infidelidades de la pareja”. La segunda categoría fue *no tener recursos económicos y sentir impotencia*: “el no tener dinero”, “el estar pensando que mucha gente tiene dinero y yo no”, “cuando no tenía dinero para pagar la escuela de mis hijos”, “no tener dinero para la droga [deuda] de mi marido”, “el no poder solucionar rápido mis problemas”, “el que no pude empezar la prepa”, “el no saberme enfrentar a la responsabilidad del matrimonio”, “el que hay enfermedad y sin dinero”, “las enfermedades de nosotros y sin poderse uno movilizar”.

- Sobre sentirse distraída o ausente, la categoría principal fue *los problemas con la pareja*: “los disgustos con el marido”, “la conducta del marido”, “el no tener el apoyo del esposo”, “que el marido toma”, “la separación del marido” y “el abandono del marido”. La segunda categoría fue *la muerte de familiares*, sobre todo de los hijos y, luego, de la pareja y de miembros de la familia de origen.
- Con respecto a los nervios, la categoría principal fue *algo en relación con ella misma*: las mujeres tendieron a responder con indicadores emocionales como “el coraje”, “la desesperación”, “el no estar segura”, “el odio” y “la flojera del calor”. Otra categoría fue *la muerte de familiares* y otra vez los hijos aparecieron en primer lugar.
- Por último, los miedos o temores se asociaron claramente con la categoría *condiciones ambientales*, al referirse a la oscuridad de la colonia, las ratas, el miedo a lo alto, los alacranes, las lluvias, los temblores; también se les relacionó con la inseguridad pública: “cuando asaltan en la colonia”, “miedo a que los mariguanos maten a mis nietos”, “miedo de que se metan a mi casa a robar”. Asimismo, se tocó la categoría que se refiere a *problemas con la pareja*, pues las mujeres argumentaron sentir temor por cómo reaccionaba el marido cuando andaba tomado o molesto. La posibilidad de violencia contra la mujer se asomó a partir de estas respuestas.

## Malestar emocional, cuerpo físico y cuerpo social

El siguiente aspecto abordado son las expresiones físicas del malestar emocional. La pregunta específica que se hizo, en relación con cada sentimiento fue: ¿de qué manera le afecta físicamente el sentirse..? A partir de las 258 unidades de respuesta, se elaboraron 12 categorías (véase el cuadro 6.4).

Con el propósito de comparar la información obtenida en este apartado con los hallazgos que reporta Scheper–Hughes sobre los sitios y síntomas habituales de los nervios en el cuerpo de las mujeres pobres de una región de Brasil, se muestra a continuación la figura humana femenina creada por la autora (1997: 179) y la figura humana femenina que se construyó a

**Cuadro 6.4**  
**Expresiones físicas del malestar emocional**

Categorías	Triste	Irritable	Intranquila	Idea	Distraída	Nervios	Miedos	Total	Núm. de sentimientos
Dolores de cabeza	12	12	15	9	8	9	4	69	7
Falta de energía	11	5	7	7	6	5	2	43	7
Variaciones en el apetito y el peso	7	3	6	3	5	3	5	32	7
Dolores de huesos	4	3	4	3	1	4		19	6
Nervios	4	3	3	5	1	1	1	18	7
Problemas del aparato respiratorio	3		1	3	5	5		17	5
Variaciones en la presión arterial y el azúcar en la sangre	4	4	3	3		1		15	5
Problemas gastrointestinales: colitis, gastritis y úlceras	1	5	1		3	3		13	5
Pérdida de control, locura		4	2	2		3		11	4
Trastornos del sueño	2		3	1			2	8	4
Dolor en el pecho	2	1		1	1	1	1	7	6
Manifestaciones en la piel	1			1		4		6	3

partir de cada una de las citas textuales con que las mujeres refirieron corporalmente su malestar emocional. Estas figuras se entienden como cuerpos sociales que rebasan las fronteras corpóreas individuales y condensan en su imagen una construcción colectiva sobre el cuerpo y las emociones (véanse las figuras 6.1 y 6.2).

Una lectura detenida y comparativa de estos dos cuerpos sociales, lleva a la constatación recurrente de las semejanzas. Los dolores de cabeza y las múltiples formas culturales de expresar el cuerpo cansado (cara de dormida, corazón cansado, desganzada de las piernas, flojera de las piernas, pies cansados) por las mujeres de Las Flores, encuentran sus correlatos en las expresiones de las mujeres de Bom Jesús da Mata en Brasil (flojera de piernas, debilidad, cansancio, dolor de cabeza, presión). Aparecen en ambas figuras los referentes físicos que señalan la presencia de cuerpos cansados y con hambre. En Las Flores, los datos señalan: vacío en el estómago, hambre, no me lleno, malpasarme, dejar de comer a mis horas, dolor de estómago,

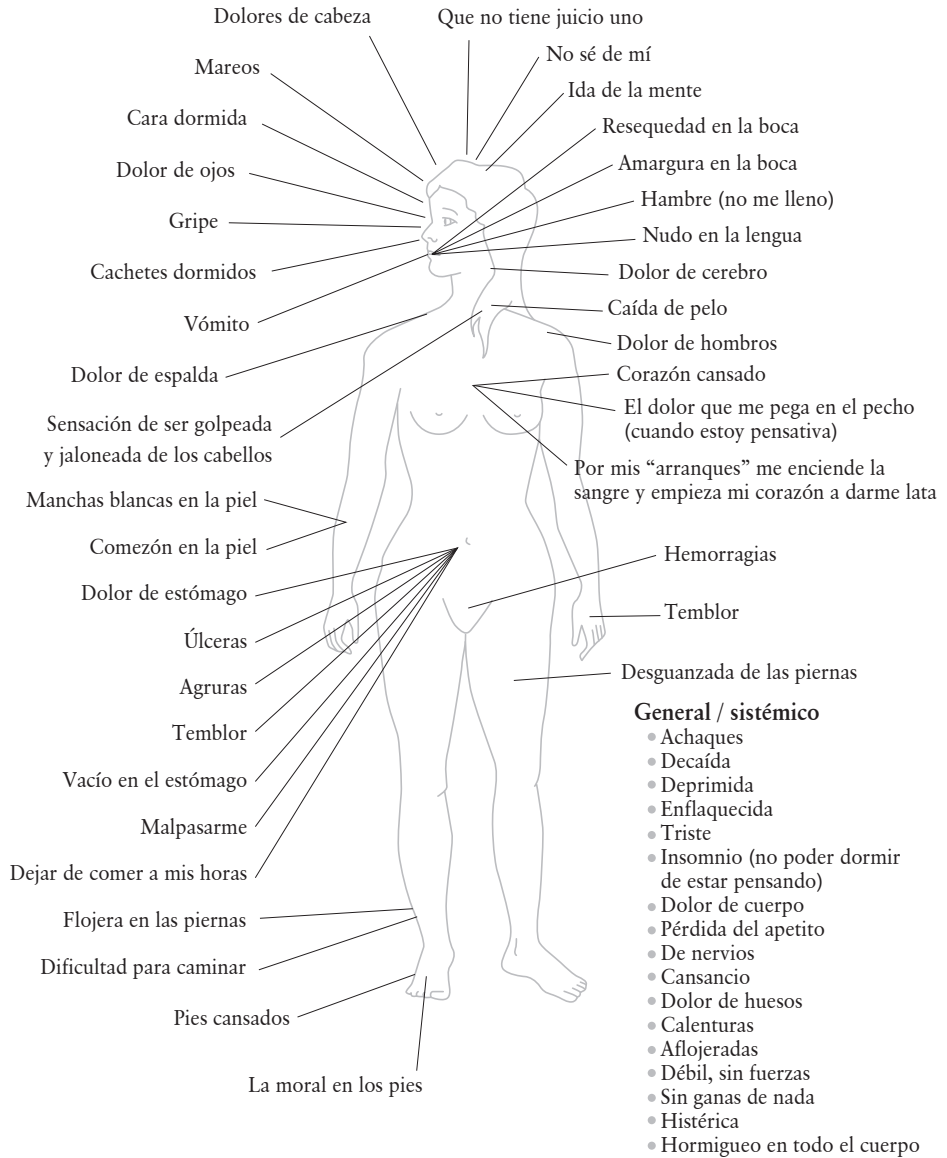
**Figura 6.1**  
**Sitios y síntomas habituales de las mujeres pobres en una región de Brasil,**  
**según Scheper-Hughes**



Scheper-Hughes, 1997: 179.



**Figura 6.2**  
**Sitios y síntomas habituales de malestar emocional en las mujeres pobres urbanas:**  
**caso Las Flores**



mareos, caída del pelo, enflaquecida, débil, sin fuerzas, hormigueo en todo el cuerpo, temblor. Scheper-Hughes comenta:

[...] quienes sufren privaciones crónicas están, no es extraño, nerviosos e inseguros [...] se describen a sí mismos como “débiles”, “flojos”, “irritables”, “sin equilibrio” y paralizados, como si no tuviesen piernas para sostenerse. Estas metáforas, que se usan tan a menudo en las conversaciones cotidianas de la gente del Alto (región del Brasil), se asemejan a los síntomas fisiológicos del hambre. Hay un intercambio de significados, imágenes y representaciones entre el cuerpo personal y el cuerpo social colectivo y simbólico (1997: 169).

Esta transición del discurso popular de hambre al de la enfermedad, comenta la autora, lleva a una racionalidad diferente: un cuerpo hambriento necesita comida; uno enfermo, medicamentos. Un cuerpo hambriento confronta a la sociedad; uno enfermo, neutraliza. ¿Cómo es que la gente con hambre crónica toma medicinas, mientras continúa alimentándose pobremente?

En los cuadros 6.5, 6.6, 6.7, 6.8 y 6.9 se registran los resultados obtenidos cuando se indagó con las 60 mujeres sobre los medicamentos y otras alternativas que de manera habitual consumen, así como los motivos y las frecuencias de esta práctica.

Los datos señalan un alto consumo de medicamentos para aliviar los dolores de cabeza y corporales, que rebasa de manera significativa las alternativas de la herbolaria. Aparece también el consumo de medicamentos para calmar los nervios y combatir el cansancio y la debilidad; las vitaminas están asociadas con el combate al cuerpo debilitado. Las frecuencias de consumo son particularmente altas cuando se trata de analgésicos,<sup>4</sup> pero la herbolaria sigue siendo una práctica presente en el cuidado del malestar físico y emocional de las mujeres.

4. Para la clasificación de cada uno de los medicamentos reportados por las mujeres se contó con la asesoría del médico neurocirujano y doctor en farmacología Rodrigo Ramos Zúñiga.

Mirar estos cuadros a la luz de las figuras antes expuestas, corrobora el consumo de medicamentos para aminorar los malestares (cansancio, debilidad, dolor de cabeza) que están seriamente implicados en condiciones de vida precarias y en deficiencias alimentarias crónicas.

Según Scheper–Hughes (1997), cada vez existen nuevas formas de descontento humano que son canalizadas a través de la medicina: son tratados, pero no curados. El sufrimiento producto de estructuras desiguales y de relaciones asimétricas entre los seres humanos es tratado médicamente, silenciado y neutralizado. En todo esto, la medicina no actúa de forma coercitiva sino a través de transformaciones sutiles del conocimiento y las prácticas de cuidado del cuerpo.

Existe en los pobres urbanos la búsqueda de medicamentos y productos vitamínicos que devuelvan la fuerza y la vitalidad, por lo que son el blanco de grandes compañías que fabrican diversos productos que prometen transformar los cuerpos cansados por el trabajo y la lucha cotidiana, en cuerpos vitales y energéticos.

Se ha aprendido a “transformar la protesta activa en formas pasivas de infelicidad” (Scheper–Hughes, 1997: 212). La falta de denuncia sistemática, documentada y consistente sobre las condiciones materiales de vida insostenibles de los pobres urbanos actuales, así como el adelgazamiento del estado en su función social y la presencia de un tejido social debilitado y desgastado, han contribuido a la conformación de asentamientos urbanos en extrema pobreza en las grandes ciudades. Las emociones asociadas al malestar no pueden ser leídas sin tomar en cuenta las condiciones objetivas de vida de los pobres urbanos. El hambre crónica, la falta de servicios, la vivienda precaria, los ingresos raquíticos, las dobles y triples jornadas, agotan los escasos recursos de los pobres y ponen sobre la mesa de discusión las consecuencias de una forma de operar la economía que mantiene excluidos de la modernidad a un porcentaje significativo de la población urbana.

**Cuadro 6.5**  
**Medicamentos**

Analgésicos	Casos
Sedalmerck	15
Naproxén	9
Aspirina	5
Buscapina	5
Prodolín	4
Dipirona	3
Acetaminofén	2
Neomelubrina	1
Dolflán	1
Alka-Seltzer	1
Saridón	1
Homeopatía	1
<b>Antibióticos</b>	
Penicilina	4
Ampicilina	1
Terramicina	1
Vitaminas	5
<b>Antiácidos</b>	
Ranitidina	1
<b>Tranquilizantes</b>	
Diazepán	3
<b>Antidepresivos</b>	
Amitriptilina	2
No recuerda el nombre	5

**Cuadro 6.6**  
**Motivos para el consumo de medicamentos**

Analgésicos	Respuestas
Dolor de cabeza	28
Dolores corporales	8
Dolor menstrual	7
Calmar nervios	4
Insomnio	3
Enfermedad	3
Intervención quirúrgica	2
Cansancio y debilidad	2
Problemas digestivos	1
Infección de garganta	1
Homeopatía	1
<b>Vitaminas</b>	
Cansancio y debilidad	4
Dolor de cabeza	1
<b>Antibióticos</b>	
Enfermedad	1
Intervención quirúrgica	1
Problemas digestivos	1
Infecciones de garganta	1
Infección de la vagina	1
Heridas	1
<b>Tranquilizantes</b>	
Calmar nervios	2
Insomnio	1
<b>Antidepresivos</b>	
Insomnio	1
Nervios	2
<b>Antiácidos</b>	
Problemas digestivos	1

**Cuadro 6.7**  
**Herbolaria**

Herbolaria	Casos
Té de azahar	5
Té de tila	3
Té de naranja agria	2
Té de manzanilla	1
Té de pasiflora	1
Té de saúco	1
No recuerda el nombre	2

**Cuadro 6.8**  
**Motivos para el consumo de herbolaria**

Herbolaria	Respuestas
Calmar nervios	11
Enfermedad	1
Insomnio	1
Gripe	1
Dolor menstrual	1
Total	15

**Cuadro 6.9**  
**Frecuencias en el consumo de medicamentos y herbolaria**

	Casi diario	3-4 veces a la semana	1-2 veces a la semana	2-3 veces al mes	1 vez al mes	1 vez cada 6 meses	1 vez al año	1 sola vez	Total de mujeres
Analgésicos	7	4	10	8	7	7	3	2	48
Herbolaria	4	2	3	3	3				15
Antibióticos			1	1		1	1	2	6
Vitaminas	3							2	5
Tranquilizantes		1	1	1					3
Antidepresivos	1	1							2
Antiácidos		1							1
Homeopatía			1						1

**Cuadro 6.10**  
**Regulación emocional. Respuestas con frecuencias mayores**

¿Qué hace cuando se siente..?	Vínculos	Total	Núm. de sentimientos
Alguna actividad (“el quehacer”)	No	70	7
Platicar	Sí	56	7
Me salgo a caminar, a que me pegue el aire	No	40	7
Ver televisión	No	31	7
Oír música, cantar	No	30	7
Hago algo para que se me olvide (jugar con los hijos, ayudar en la tarea...)	Sí	29	7
Trato de calmarme	No	26	6
Dormir, acostarme	No	21	7
Llorar	No	20	6

### Formas de regulación emocional y redes sociales

Los siguientes cuadros responden al manejo que las mujeres hacen de sus sentimientos, las maneras de afrontarlos y mitigar el malestar. En ellos se señala la presencia o ausencia de vínculos en las distintas modalidades de manejo de las emociones expuestas por las mujeres.

La indagación realizada se refiere a la pregunta ¿qué hace usted cuando se siente..? Los resultados se muestran en tres pequeños cuadros de acuerdo con las frecuencias obtenidas (véanse los cuadros 6.10, 6.11 y 6.12).

### Diagramas emocionales

Una vez detallada la información en los apartados anteriores, se elaboró un diagrama para cada emoción a partir de las categorías centrales construidas y con respecto a cada uno de los ejes temáticos abordados. Estos diagramas emocionales, elaborados a través de un proceso inductivo, buscan avanzar cualitativamente con la información y mostrar las particularidades y generalidades con respecto a cada sentimiento.

**Cuadro 6.11**  
**Regulación emocional. Respuestas con frecuencias intermedias**

¿Qué hace cuando se siente..?	Vínculos	Total	Núm. de sentimientos
Consumir un medicamento o un remedio	No	20	7
Pedirle a Dios, orar...	No	19	7
Buscar alguna compañía	Sí	17	7
Actividades recreativas	Sí	17	6
Hablo sobre eso	Sí	16	5
Me desquito con las personas	Sí	16	5
Nada distinto, lo de siempre...	Sí / no	15	6
Tratar de manejarlo, resolverlo	Sí / no	14	7
Estar sola	No	13	4

**Cuadro 6.12**  
**Regulación emocional. Respuestas con frecuencias menores**

¿Qué hace cuando se siente..?	Vínculos	Total	Núm. de sentimientos
Aclarar todo, reflexionar	No	8	4
Me desespero, me pongo nerviosa	No	8	4
Enojarme	No	7	5
Me pongo intranquila	No	7	5
Tratar de ocultarme u ocultar lo que me pasa	No	6	5
Protegerme	No	6	2
Fumar	No	5	3
Pedir ayuda, buscar consejo	Sí	5	3
No hablar	No	5	4
Actividades fuera de casa	Sí / no	4	3
Me siento, descanso	No	4	3
Dejar de hacer los quehaceres	Sí / no	3	2
Me da tristeza, me marchito	No	3	2
Me desquito con las cosas	No	3	2
Pensar (negativamente)	No	3	2
Me aguanto	No	2	2
Discutir	Sí	2	2
Comer, tomar Coca-Cola	No	3	3
Hacerme el ánimo, resignarme	No	2	2
Pido perdón por lo que pienso	Sí / no	1	1
Hago cosas que no debo	Sí / no	1	1

## Análisis y discusión teórica

Para autores como Coulter (1989), Armon–Jones (1986a y 1986b) y Gordon (1990), el trabajo interpretativo de las emociones está regido por normas dictadas por una cultura particular. En este estudio se manifiesta la complejidad de la experiencia emocional y la infinidad de posibilidades y formas de abordarla. Detrás de cada uno de los sentimientos y sus significados, hay una serie de pautas socioculturales que se cristalizan en las formas particulares de manifestar aquello que conmueve.

Una primera observación que refleja un rasgo cultural, se refiere a la manera en que las mujeres hacían uso del lenguaje para narrar sus emociones. Una constante en el dato empírico fue la utilización de una construcción lingüística que tendía a despersonalizar: en infinidad de respuestas las mujeres se refirieron a sus sentimientos sin hacer uso de primera persona del singular (“es algo que a uno le pasa”) y, más aún, no utilizaron en la mayoría de los casos la conjugación femenina de “uno”. Además, hablaron de los sentimientos como *entes* que llegaban y se iban, aunque algunos tendían a prolongar su estancia. En este sentido, se incorpora un primer elemento a la discusión sobre las posibilidades de regulación emocional y el papel que juega el lenguaje en ello. Esta información alude a lo propuesto por Crespo (1986) sobre la capacidad de agencia, posesión y control que los individuos tienen sobre sus sentimientos.

A partir de los diagramas emocionales elaborados y que condensan e integran la información descrita en los apartados anteriores, se discuten a continuación los hallazgos con respecto a cada uno de los sentimientos.

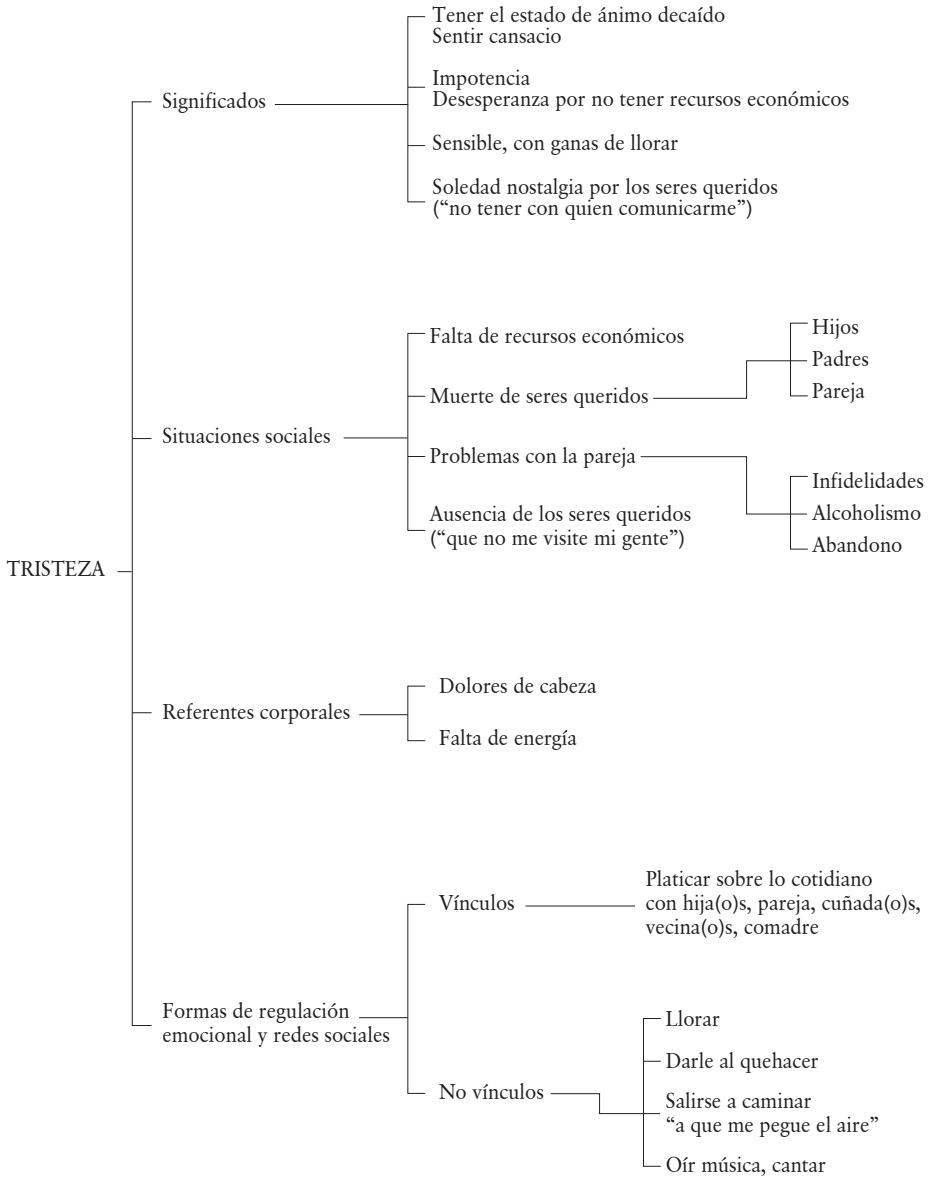
La tristeza (véase el diagrama 6.1) fue significada por las mujeres sin utilizar connotaciones explícitamente negativas, a diferencia de los significados que otorgaron al enojo y la ira. La tristeza no *amenaza* la vida social y el sistema de valores vigente, más bien pareciera ser una de las formas posibles y aprobadas socialmente para expresar el malestar femenino. La forma en que estas mujeres significaron e interpretaron su tristeza a través del lenguaje sugiere que este sentimiento es individual y no se tiene control de él, tan solo se experimenta.



La tristeza para Burín, Moncarz y Velázquez (1991) ha sido construida socialmente de tal manera que su cauce o vía de afrontamiento es individual e implica, en muchos casos, el consumo de medicamentos. En los casos analizados de Las Flores, la construcción sociocultural de este sentimiento rebasó de manera evidente las fronteras de lo *individual* y mostró el determinante papel que juegan las condiciones materiales de vida en la experiencia emocional. El cansancio tiene que ver con el desgaste acumulado de las mujeres habituadas al exceso de trabajo y a la precariedad de sus viviendas y de su entorno urbano; la impotencia y la desesperanza ante la falta de recursos muestran la visión de quienes se percatan día a día de las pocas o nulas posibilidades para resolver dignamente la sobrevivencia y, por último, la soledad y el aislamiento son sentimientos cotidianos de quienes han perdido vínculos importantes por razones que van más allá de las voluntades individuales y que señalan los múltiples desplazamientos urbanos y la falta de recursos para moverse en el contexto urbano cuando se vive en un asentamiento irregular, al margen de la ciudad.

Las estrategias de regulación emocional buscan cambiar las emociones, la tristeza, a través de “mecanismos desde fuera hacia dentro”, en términos de Hochschild (1990); así, son formas diversas de buscar el bienestar emocional en el corto y posible mediano plazo. Sin embargo, hay que notar también la ausencia de estrategias que busquen de manera directa un cambio en aquello que origina el malestar. Para Hochschild, existen dentro de las estrategias de género para regulación emocional aquellas de cambio activo y directo, que buscan la confrontación directa y la búsqueda de transformaciones en las relaciones desiguales, ya sea de género o de clase social. Las formas de significar la tristeza por las mujeres de Las Flores fueron formas emocionales sobre todo pasivas (cansancio, impotencia, desesperanza) e individuales frente al origen indiscutiblemente social que las produce y mantiene. La dimensión social de la tristeza (la escasez de recursos, las relaciones asimétricas de género) y sus múltiples significados, es traducida, como afirma Scheper-Hughes (1997) con respecto a los nervios, en un discurso individualizante que lleva a soluciones temporales y que no atentan contra un orden social opresivo y de exclusión.

**Diagrama 6.1**  
**Tristeza**

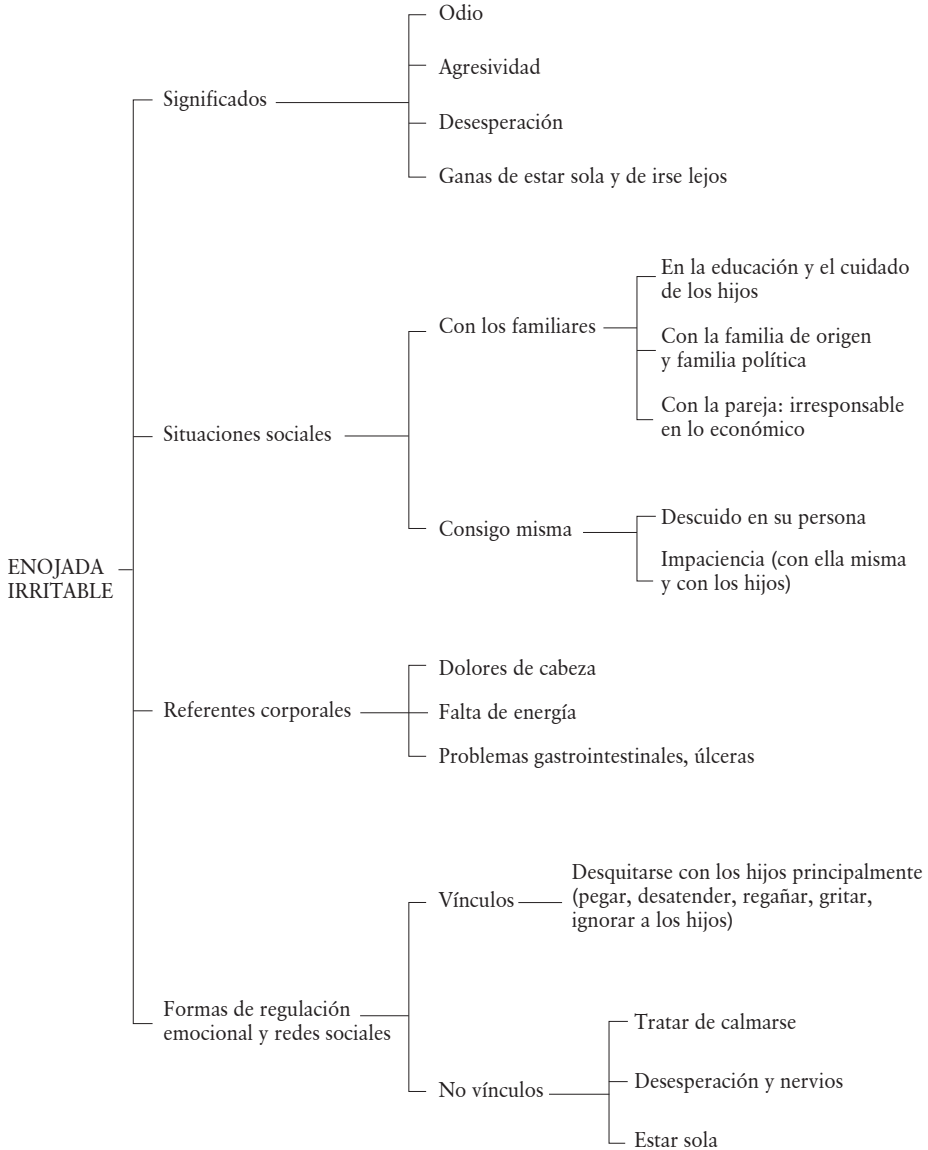


La soledad (la ausencia de seres queridos) es una de las categorías que las mujeres relacionaron con su experiencia emocional de tristeza. Las frases textuales que ofrecieron para ilustrar este punto reflejan algo que Wood (1986) aborda en su ensayo sobre soledad. El problema no solo radica en que muchas de estas mujeres habían quedado desvinculadas de sus seres queridos por la lejanía física, producto de las múltiples migraciones internas y externas, sino que se encuentra más profundamente arraigado en eso que Wood llama la “intersubjetividad fracasada”, la imposibilidad del entendimiento mutuo, de los significados compartidos con los otros. El aislamiento que vivían muchas de estas mujeres implicaba la imposibilidad de *comunicarse* con los otros, los problemas en la relación de pareja, como se ha visto; no permitía oportunidades reales de confidencialidad y comunicación íntima con la persona con la que compartían los hijos y la vida misma. En este sentido, se trataba de una tristeza profunda, cotidiana, rutinaria, que se plasmaba en esos silencios, en esa espera postergada de encuentro con el otro, en esas historias no contadas.

El sentimiento del enojo (véase el diagrama 6.2) adquiere una connotación negativa en cuanto a lo que es socialmente aceptado. La cadena de significados está íntimamente asociada con las condiciones de tensión cotidiana en la vida de estas mujeres. Muchas de ellas realizaban dobles o triples jornadas, varias eran jefas económicas y, además, la mayoría de los hogares se encontraba en etapa de expansión, lo que implicaba una situación de demanda continua para el cuidado y la atención a los hijos pequeños, las tareas propias del hogar y la necesidad, en muchos de los casos, de trabajar.

Este contexto de sobresaturación femenina, que tiene sus orígenes estructurales en condiciones económicas precarias así como en formas asimétricas de distribución sexual del trabajo doméstico y extradoméstico (García y De Oliveira, 1994 y 1998, y De Oliveira, 1998), genera sentimientos de enojo e irritabilidad en las mujeres. Aunque el origen social de estos sentimientos es evidente, las formas de regulación emocional (Gordon) generan filtros sociales que orientan sobre los contextos “socialmente permisivos” (zonas de regulación, en términos de Hochschild) para mostrar o no una emoción como el coraje, el odio, la agresividad. El ámbito de lo privado es entonces

**Diagrama 6.2**  
**Enojo**



el escenario “apropiado” para expresar de alguna forma los corajes, las agresiones y los odios.

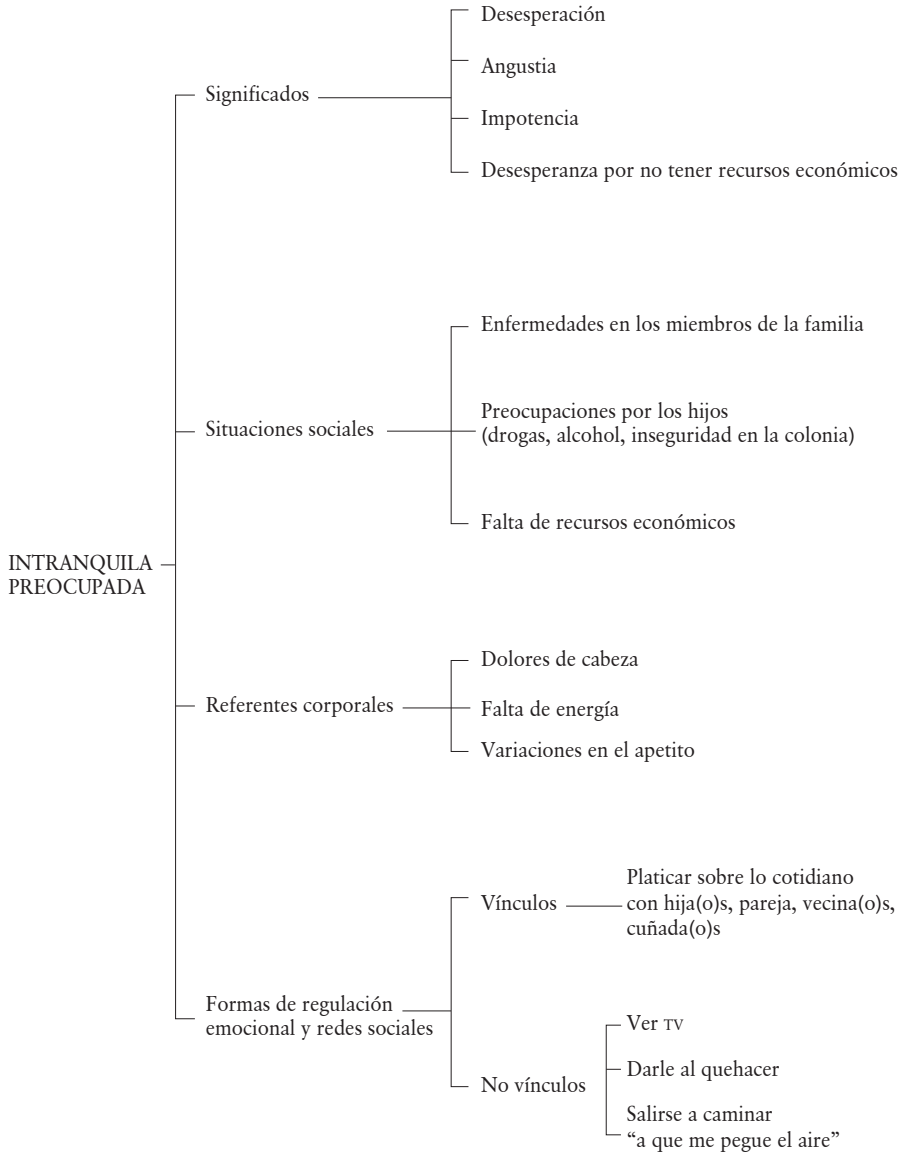
En conclusión, la dinámica emocional en torno al enojo muestra las arenas sociales que lo incitan y refleja el restringido abanico de posibilidades para regular esta emoción. Un punto medular y preocupante es la repercusión de esta dinámica emocional en las condiciones físicas y emocionales de los niños.

El sentimiento de intranquilidad y preocupación (véase el diagrama 6.3) estuvo fuertemente ligado al contexto de precariedad en el que trascurría la vida cotidiana de las mujeres y sus familias; la inseguridad sobre el alimento estuvo presente en el discurso femenino. Por otro lado, la inseguridad en la colonia había restringido los espacios de reunión y recreación para los hijos, y la salida de estos a la escuela, al trabajo o a socializar, en general, era motivo de angustia.

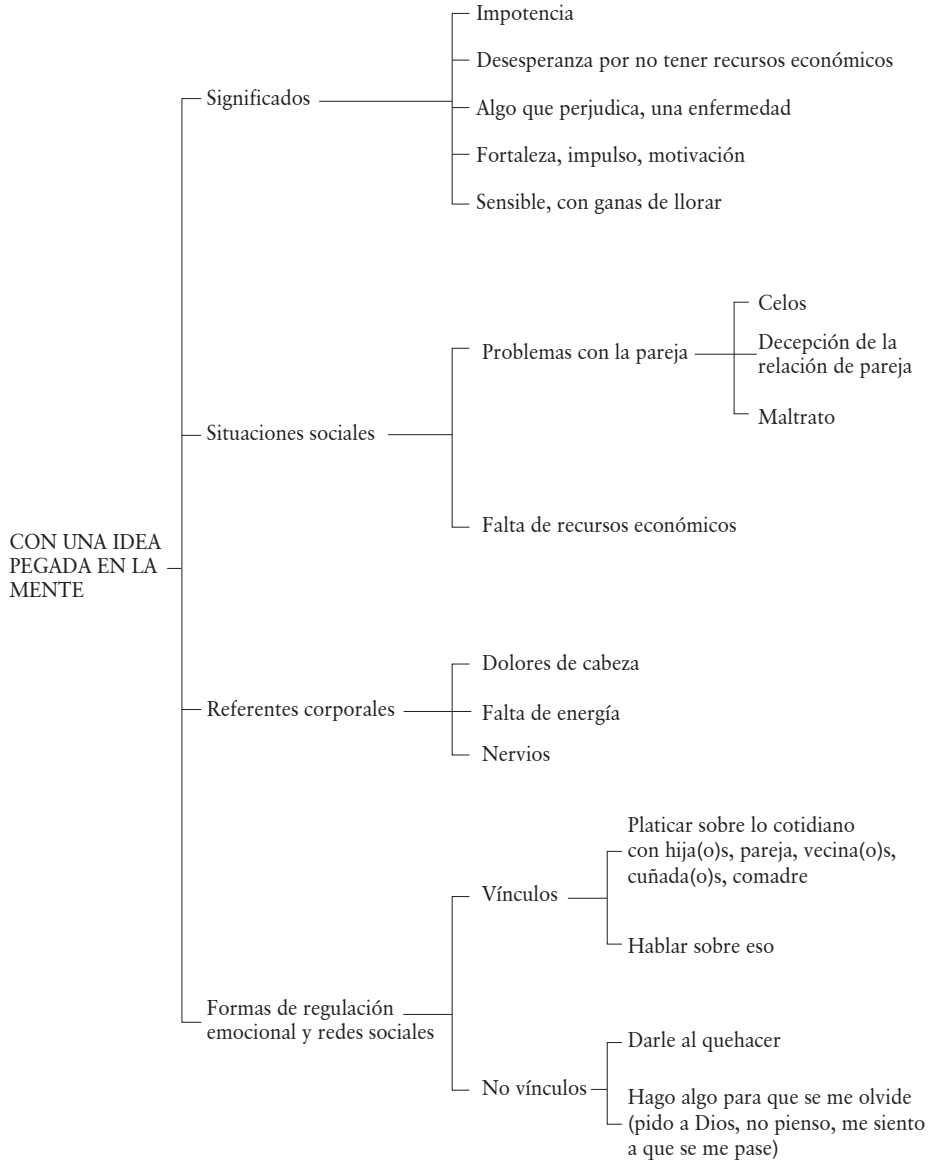
Tener una idea pegada en la mente (véase el diagrama 6.4) alude de manera directa a la falta de recursos para la sobrevivencia. Su particularidad descansa en la forma en que una idea–preocupación por estrechez económica se transforma en un malestar emocional. El discurso de los pobres extremos tiene mucho que ver con el del hambre; la preocupación por el alimento está detrás de esta “idea pegada en la mente”. Para Scheper–Hughes, el hambre y otras necesidades humanas básicas son aisladas de su expresión original y redefinidas como malestares individuales que pueden ser atendidos a través de medicamentos.

Tener una idea pegada en la mente mostró un comportamiento bipolar: mientras que por un lado estaba ligada a la escasez y a la enfermedad, a la impotencia y la desesperanza, por otro reconocía también las ideas que encarnan la fortaleza, el impulso y la motivación. Ideas como: “significa que no estoy tullida, que trato de hacer las cosas, de salir adelante...”, “es una meta para alcanzar, es una lucha”, reflejaron esta búsqueda cotidiana por alcanzar mejores condiciones de vida. Este discurso fronterizo se ubica en la frágil línea que separa la esperanza de la desesperanza y tiene mucho que ver con lo propuesto por Kaztman (1999) sobre aquellos sujetos vulnerables a la marginalidad, que han sido rebasados en sus capacidades para insertarse

**Diagrama 6.3**  
**Intranquilidad y preocupación**



## Diagrama 6.4 Tener una idea pegada en la mente



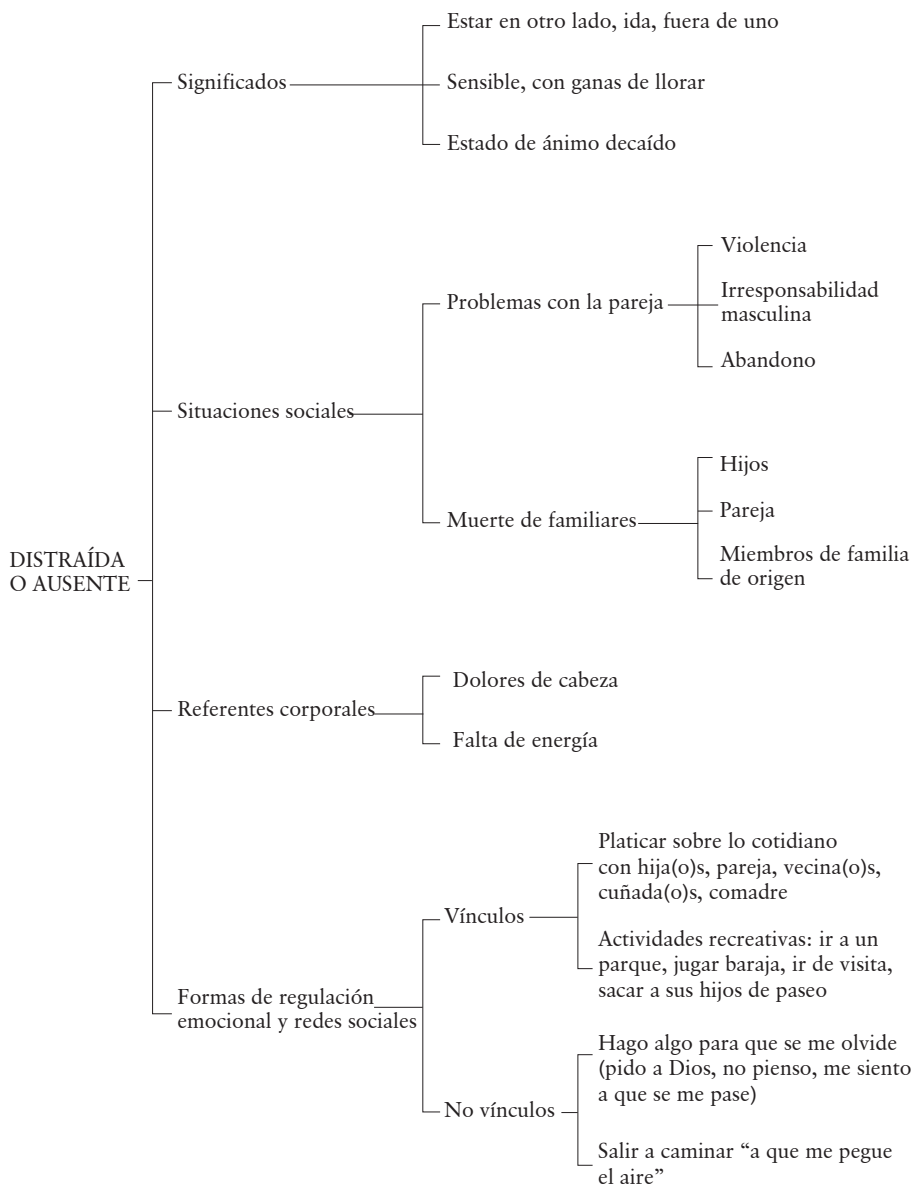
mínimamente en la estructura de oportunidades y aquellos vulnerables a la pobreza, que buscan a toda costa mantener sus ingresos y trabajos para garantizar la sobrevivencia.

El sentimiento de estar distraída o ausente (véase diagrama 6.5) también refiere la muerte de familiares entre las posibles situaciones sociales. La experiencia emocional ante la pérdida de seres queridos se ubicó de forma prioritaria en tres de los siete sentimientos analizados: la tristeza, sentirse distraída, y los nervios. La muerte de familiares, en particular de los hijos, era una experiencia vivida por muchas de las mujeres entrevistadas. Un proceso de duelo implica el paso por distintas etapas donde afloran diversos sentimientos. El cuestionamiento descansa en cuáles eran los recursos tanto individuales como sociales con que contaban estas mujeres para elaborar un duelo cuando vivían en condiciones de pobreza extrema y por tanto en la lucha cotidiana por la sobrevivencia. La presencia solidaria de vínculos sociales que amortigüen, faciliten y acompañen en la experiencia de muerte de un ser querido es otro elemento a contemplar en el análisis de narrativas. Es posible afirmar la presencia de emociones tradicionalmente femeninas y asociadas con la moderación (Armon–Jones, 1986b) para describir y significar la pérdida de un ser querido.

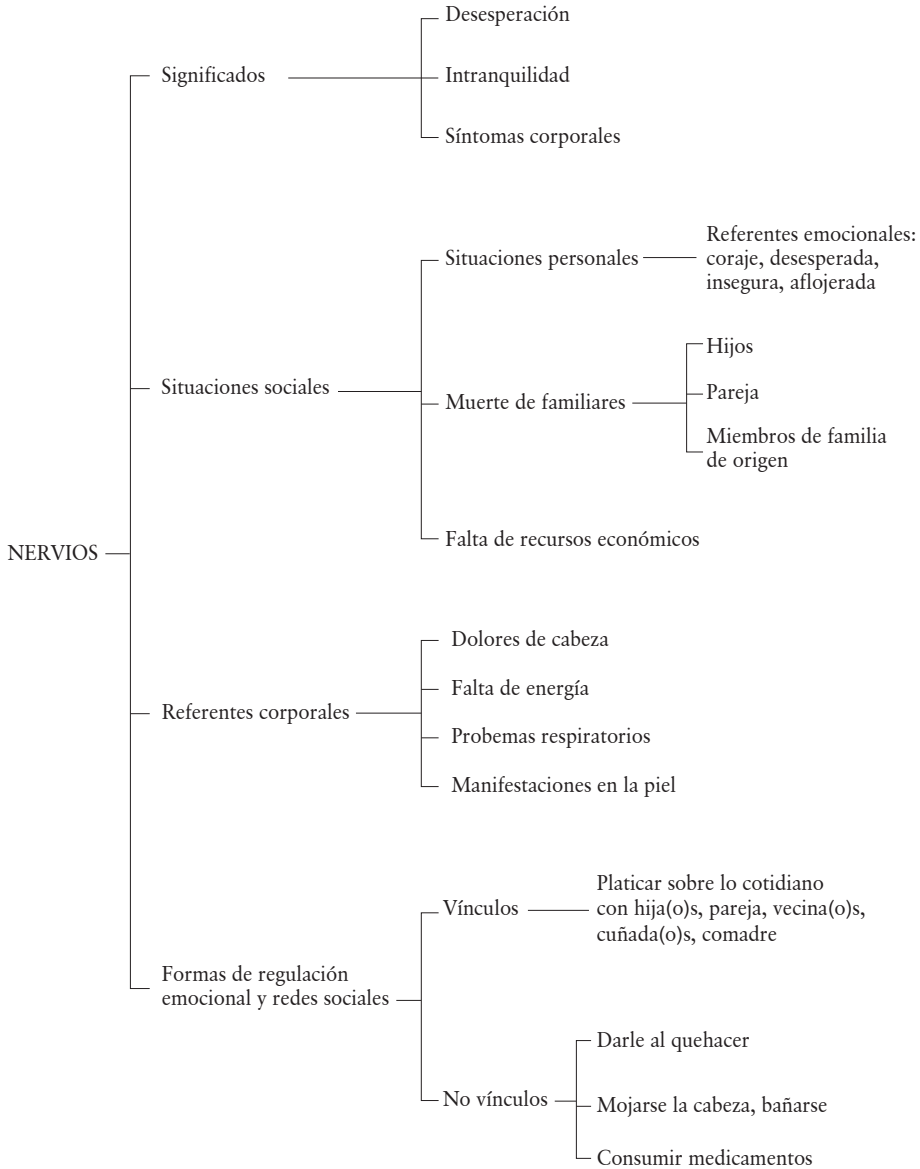
Los nervios (véase el diagrama 6.6) fue el único sentimiento ligado a referentes corporales para su explicación. Los nervios conjugan otros males-tares de acuerdo con cada cultura. En las mujeres entrevistadas los nervios tenían que ver con emociones como la desesperación, la intranquilidad y la inseguridad, y con padecimientos físicos. Es el sentimiento que obtuvo el mayor pesaje al ser significado con referentes físicos. La categoría nervios actúa como una enfermedad maestra que cobija otros males-tares, su comportamiento polisémico permite la atribución de significados particulares de acuerdo con los diversos entornos socioculturales. Según Schepher–Hughes, los nervios son entendidos como una enfermedad social que remite a las rupturas, a las líneas de falla, a las contradicciones de la sociedad. Los nervios deben ser concebidos como descriptores sobre las condiciones precarias de vida de los sujetos.



**Diagrama 6.5**  
**Estar distraída o ausente**



**Diagrama 6.6**  
**Nervios**



La dimensión social de los nervios no puede ser negada. Detrás de los síntomas corporales y de las palabras emocionales ligadas al sufrimiento individual, se encuentran circunstancias sociales mantenidas a lo largo del tiempo, donde las situaciones de opresión, de desigualdad y de desventaja socioeconómica están presentes. Los nervios y el malestar emocional, en general, expresan un descontento en apariencia individual, que evita cuestionar abiertamente el orden social actual.

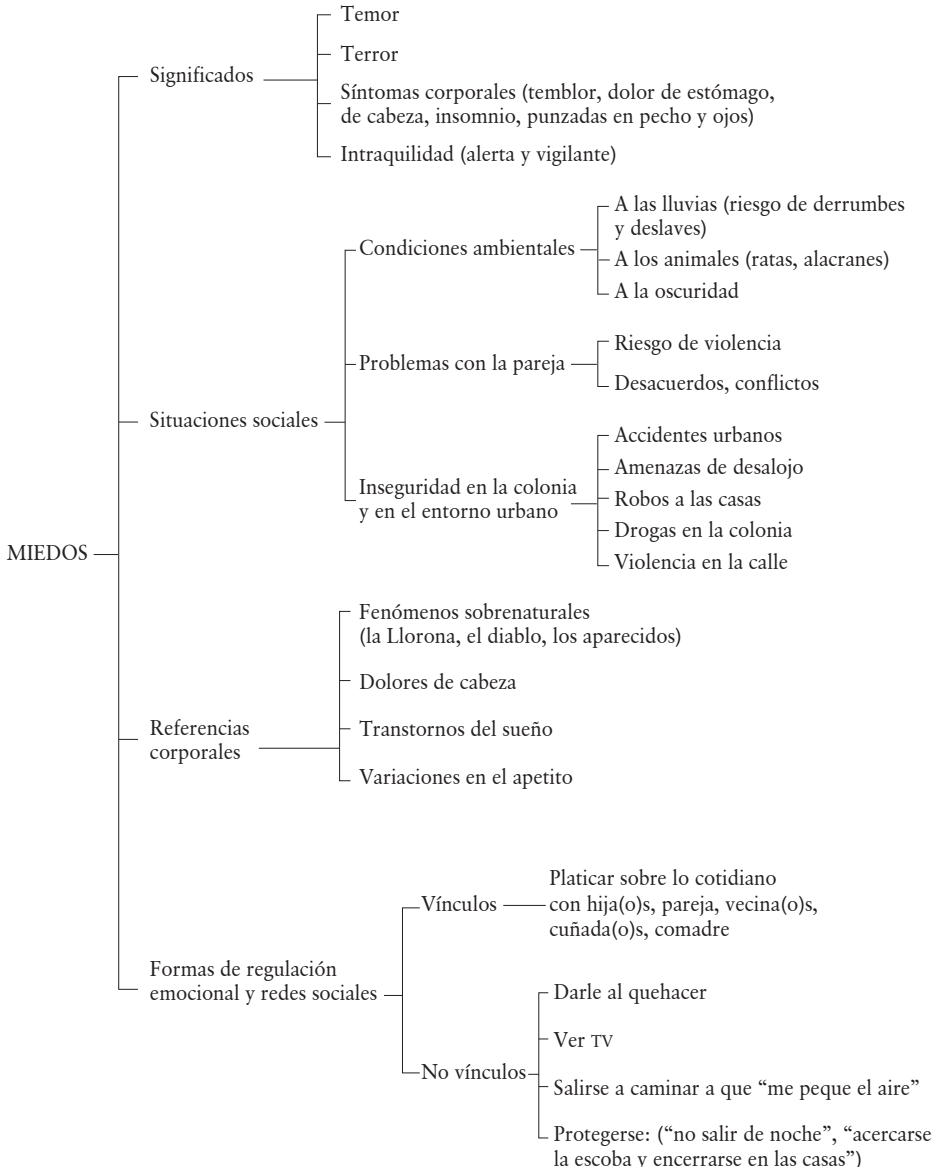
El sentimiento del miedo (véase el diagrama 6.7) necesita ser abordado en su carácter plural tanto a nivel de significados como de las circunstancias sociales que lo evocan e inciden en sus múltiples expresiones. La construcción social del miedo en contextos urbanos de exclusión adquiere matices específicos que cuestionan las múltiples formas de desigualdad y marginalidad que operan en las grandes ciudades.

Los significados asociados actúan como descriptores culturales de una emoción que rebasa evidentemente su naturaleza biológica. El miedo urbano de los pobres extremos refiere una gama emocional donde hay cabida para indicadores como el terror, la intranquilidad cotidiana y el mandato interno de mantenerse alerta y vigilante.

Los contextos sociales y espaciales ligados al miedo fueron: las condiciones y los riesgos ambientales por vivir desprotegido de una infraestructura urbana mínima y en viviendas precarias; los problemas de pareja, producto de relaciones de género desiguales, en las que la violencia, el desacuerdo y el conflicto están presentes; la inseguridad en la colonia como una fuente de temor continuo (este tipo de inseguridad, de origen social, ha impactado fuertemente las posibilidades de ayuda y de intercambio entre los vecinos, pues el miedo en los asentamientos irregulares orilla a muchas familias a resguardarse al interior de sus viviendas y procurar resolver de manera *autónoma* la sobrevivencia cotidiana, como una medida de seguridad); por último, aparecen los miedos ante fenómenos sobrenaturales que evocan historias como la *Llorona* y que adquieren nuevos tintes a partir del contexto urbano marginal.

Cuando las mujeres situaron sus miedos corpóreamente, aparecieron categorías como los dolores de cabeza, los trastornos del sueño y las varia-

**Diagrama 6.7**  
**Miedo**



ciones en el apetito. Estos miedos, contruidos en un entorno sociocultural de exclusión, eran entonces tratados médicamente a través de soluciones neutralizantes que individualizaban las emociones (las pastillas para dormir, el té de azahar y de tila).

Las mujeres regulaban estas emociones a través de sus prácticas conversacionales en las que difícilmente se tocaban aspectos del miedo relacionados con la violencia en la pareja, pero donde sí era posible compartir los temores ante el desalojo y las condiciones precarias en que trascurrían sus vidas y las de sus familias. Las formas de regulación que no implicaban vínculos con los otros fueron las privilegiadas en este sentimiento.

El miedo urbano tiene un origen estructural, no puede ser reducido a su naturaleza biológica y tampoco generalizado en términos de sus significados a una población evidentemente heterogénea en sus formas de vida y de interpretar la vida. El miedo urbano está emparentado de manera estrecha con la inseguridad que se vive día a día en las ciudades. Ante la falta de recursos para el resguardo y la protección, se exagera el riesgo y la experiencia emocional de amenaza y peligro inminente en aquellos que menos tienen.

El análisis constructivista de las emociones permite reconocer los múltiples contenidos socioculturales que dan forma y marco a las categorías emocionales. En este sentido, el vocabulario, las formas narrativas y otros juegos del lenguaje son elementos centrales para el análisis de las emociones (Gordon).

Las emociones, tal como plantea Lutz (1986), deben ser estudiadas a la luz de las relaciones que se establecen con los otros y con los eventos de la vida. El análisis de las emociones no se puede abordar sin un estudio profundo sobre los contextos socioculturales particulares.

Es necesario entender el sufrimiento de las mujeres como un malestar emocional específico y asociado a una situación concreta de opresión. Existen factores de riesgo que se asocian estrechamente al malestar emocional femenino en la actualidad (Burín, Moncarz y Velázquez, 1991). Muchos de estos factores estuvieron presentes en las múltiples voces femeninas: la situación ocupacional de las mujeres; la existencia de dobles y triples jor-

nadas; tener en casa varios hijos pequeños y, al mismo tiempo, la necesidad imperiosa de trabajar para lograr que los hijos sobrevivan. La muerte de los seres queridos o la enfermedad de los mismos, y la falta de soporte y apoyo social en los momentos de crisis, fueron factores relevantes.

Las emociones son manifestadas en formas rituales, de modo que el control, el manejo y las proporciones se mantengan dentro de una línea o límite social preestablecido (Perinbanayagam, 1989). Así, el dominio de formas de regulación emocional que buscan solo aminorar el malestar, sin posibilidades de ajustes profundos, fueron las más utilizadas por las mujeres, ya que no ponían en riesgo el orden social existente.

Analizar la dimensión emocional de la pobreza urbana, de mujeres, hombres y familias que permanecen en la exclusión ante un contexto globalizado, significa toparse de frente con emociones que tienen un origen social innegable. No es posible establecer asociaciones causales entre pobreza urbana y la prevalencia de enfermedades mentales, como diversos estudios señalan (Medina–Mora *et al*, 1992; Cuevas, s / f).

En la medida en que se avance en el entendimiento de la raíz social del malestar emocional, se pueden buscar soluciones que confronten estructuras opresivas y que legitiman la individualización y medicación del sufrimiento. Abordar las emociones como objeto de estudio permite entender la forma en que los contextos sociales influyen en la construcción de significados particulares. El malestar emocional no se puede deslindar de las condiciones sociales y materiales de vida de los sujetos. El lenguaje de las emociones muestra las múltiples formas en que las privaciones socioeconómicas se filtran por las fronteras del sufrimiento individual. La pobreza ha tenido y tiene en la actualidad costos emocionales muy altos en los sujetos que la padecen.

## VII. LA CONSTRUCCIÓN SOCIOCULTURAL DE LAS EMOCIONES Y REDES SOCIALES: NARRATIVAS SOBRE EXCLUSIÓN SOCIAL URBANA

Este capítulo busca crear un puente entre la construcción sociocultural de las emociones y el papel que juegan las redes sociales y de apoyo emocional. El análisis de narrativas es la forma particular de abordar el tema. El construccionismo social (Coulter, 1989; Swanson, 1989; Hochschild, 1990; Gordon, 1990, y Perinbanayagam, 1989) es el marco conceptual y analítico a través del cual se respalda el proceder metodológico y el análisis de la evidencia.

Se entiende el malestar emocional femenino (Burín, Moncarz y Velázquez, 1991) como las diversas emociones ligadas al sufrimiento en situaciones específicas de opresión, donde el malestar adquiere sentido en la medida en que produce una modificación en la vida de las personas y en su noción como sujetos. Así, fue construido y analizado desde la perspectiva y el campo de significados que las propias mujeres le atribuyeron.

Para trabajar el tema de las emociones con las mujeres entrevistadas y a partir de la perspectiva constructivista y de las propuestas específicas de Woods (1995) y Gordon (1990) sobre la importancia de explorar las emociones desde las historias narradas, se analizaron las “experiencias emocionalmente significativas” a lo largo de la historia de vida de las mujeres.<sup>1</sup>

1. Para realizar las entrevistas a profundidad de enfoque biográfico, se elaboró un guión que describía las categorías centrales y los indicadores específicos a tomar en cuenta durante el desarrollo de la

Esta aproximación a la categoría emocional significó un avance cualitativo importante, ya que facilitó la posibilidad de entretelar los resultados obtenidos a partir del cuestionario *sobre sentimientos*, con las historias que encarnaban, daban contexto y vida a la experiencia emocional de las mujeres, y con la observación participante realizada a lo largo del estudio y recogida en el diario de campo.

Conocer las narrativas que construyeron las mujeres en torno a sus experiencias de vida, abrió las puertas al mundo de sus emociones y a las formas en que estas se entretelaban y cobraban vida a lo largo y ancho de diversas situaciones sociales concretas. En este sentido, las emociones bañaban e impregnaban las narrativas. Así, se pudo constatar que existían ciertas experiencias que se presentaban de manera recurrente en los diferentes casos y que tenían relaciones determinantes con las condiciones sociales y materiales de vida de las mujeres entrevistadas.

Para analizar la información de las entrevistas en profundidad y de las viñetas recogidas en el diario de campo, se trabajó sobre todo en dos estrategias metodológicas: la primera se respalda en las propuestas de Ruiz Olabuénaga (1989) para el análisis de entrevistas en profundidad y de material cualitativo producto de la observación participante (Woods, 1995; Taylor y Bogdan, 1996, y Rodríguez, Gil y García, 1996). A partir de un proceso inductivo se generaron las categorías madre y las subcategorías necesarias para conformar una matriz que permitiera ordenar y organizar de manera analítica la evidencia.<sup>2</sup> A través de este tratamiento cualitativo de la información, se encontró una serie de narrativas ilustrativas y poderosas

entrevista. Los temas abordados fueron: percepción subjetiva de la pobreza, arreglos familiares, experiencias emocionalmente significativas (“vivencias”), sentimientos relacionados con las experiencias narradas, formas de regulación emocional y, por último, redes sociales y de apoyo emocional. Estos temas se trabajaron a lo largo de la historia de vida de cada una de las mujeres entrevistadas. En este capítulo la información se centra en las “vivencias” narradas por las mujeres y a través de ellas se busca explorar la manera en que significaban y construían sus emociones, así como las estrategias que utilizaban para enfrentar el malestar emocional y el papel que jugaban las redes sociales en ello.

2. Esta estrategia fue fundamental pues llevó a relacionar, contrastar y conectar diversas categorías y encontrar así los múltiples sentidos y significados de la evidencia. Después, se capturaron los códigos en Ethnograph 95 para correr los análisis cualitativos necesarios de acuerdo con cada categoría y el cruce entre categorías.



etnográficamente, tanto en su estructura como en su contenido, que requerían ser trabajadas sin fracturarlas ni fragmentarlas; para ello, se diseñó la segunda estrategia metodológica.

Esta segunda estrategia se refiere al análisis de narrativas; para su diseño se revisaron diversos autores, como Reguillo (1995), quien estudia la “identidad en grupos juveniles urbanos” y utiliza la *teoría de la enunciación* y el *análisis semiótico* como mediaciones metodológicas para el análisis de productos culturales tales como boletines, placazos, radio y tatuajes. Por su parte, De la Torre (1995) trabaja también con la *teoría de la enunciación* y, además, con el *análisis argumentativo*; para esta autora, el discurso es visualizado y abordado como una herramienta hermenéutica que va mucho más allá de la mera búsqueda de significados al interior mismo del texto. En este sentido, las condiciones de producción del discurso, las repercusiones y las consecuencias pragmáticas son elementos de análisis importantes. Ambas autoras enfatizan el papel que juega *el discurso como práctica social* y, por tanto, ubicado y determinado por un contexto sociocultural e histórico específico.

Se retoman para el análisis algunos puntos básicos de la teoría de la enunciación que permiten establecer diferencias y relaciones entre el enunciador y el enunciatario. Preguntas como: ¿quién dice? ¿desde dónde dice? y ¿desde cuándo dice? abren las posibilidades para un análisis sistemático, ordenado y ubicado en un contexto, y permiten establecer la referencia en cuanto a la posición del sujeto y al tiempo y el espacio. También se retoman los conceptos de “embrague” y “desembrague”, que facilitan el reconocimiento del “yo inclusivo” que crea alianzas y el “yo exclusivo” que establece antagonismos.

Asimismo, se analizó la propuesta de Russell (1995) sobre las diversas formas en que puede ser abordado metodológicamente y presentado el material de campo. La utilización de gráficos, diagramas de flujo, tablas temáticas y viñetas, ofrece opciones para la clasificación y el análisis de los datos obtenidos en campo. Por otra parte, el trabajo de Moore (1988) que a partir de una perspectiva histórica aborda la relación entre el feminismo y la antropología, es sugerente, ya que se reconoce la importancia de la categoría

de género, entre otras, como eje estructurador de las sociedades. Se enfatiza la relevancia de abordar el género como una categoría “sociocultural” que aporta elementos conceptuales y analíticos importantes a la antropología actual y al análisis del material empírico en esa clave.

Se trabajó también con la propuesta de Riessman (1993) sobre análisis narrativo, que incluye diversos modelos de análisis, así como las limitaciones y los alcances de los mismos. Riessman fundamenta su obra en el interés por encontrar modelos de análisis del discurso que le permitan respetar la composición del texto. La autora selecciona las *narrativas* a partir del material de campo y de entrevistas transcritas. Ella ha trabajado sobre todo en investigaciones cualitativas que analizan las condiciones de salud y de calidad de vida de las mujeres: migrantes, divorciadas, con algún padecimiento físico o mental. Los materiales de campo que ha recogido a lo largo de su trayectoria académica, la han llevado a crear nuevas formas de acercarse y analizar las narrativas personales.

Para Riessman, el análisis narrativo toma como objeto de estudio la historia narrada en sí misma. El objetivo es conocer cómo los entrevistados crean un orden en el flujo de la experiencia narrada para dar sentido a los eventos y a las acciones de sus vidas. En este sentido, el análisis narrativo estudia las formas en que una experiencia es contada y las razones por las cuales la experiencia es compartida en cierta forma. Para la autora, las *narrativas son representaciones y por tanto interpretaciones*. La agencia humana y la imaginación determinan qué se incluye y qué se excluye de una narración. Los individuos construyen eventos pasados y acciones en narrativas personales en búsqueda de significados y de reafirmación de identidades; por ello, si se desean conocer las formas en que el ser humano da sentido a sus experiencias, se necesita evitar el fragmentar o fracturar las secuencias y formas narrativas. El propósito sería entonces recuperar y analizar las maneras en que el individuo, finalmente, a través de la narrativa (subjetividad manifiesta), logra dar sentido y significado a sus experiencias de vida. De esta manera, se está hablando de cómo los individuos interpretan sus experiencias a través de las prácticas narrativas y, después, cómo el investigador reinterpreta y analiza lo narrado por el entrevistado.

A partir de la premisa de que los investigadores no tienen acceso directo a la experiencia del otro (Riessman, 1993: 8), la autora elabora un modelo sobre los niveles de representación en un proceso de investigación:

- Atendiendo o viviendo la experiencia. Cuando se vive una experiencia, se centra la atención en ciertos eventos o situaciones y se dejan de percibir otros. Existen decisiones, por primarias que sean, que se ejecutan para seleccionar ciertos elementos de la totalidad de la experiencia.
- Hablando acerca de la experiencia. Cuando se narra lo vivido o experimentado se re-presentan los eventos, ordenados hasta cierto grado, para poderlos compartir con quienes escuchan. Los significados son construidos en un proceso de interacción social. El sujeto crea una imagen de sí mismo en la narración de acuerdo con las formas en que quiere ser conocido por los otros.
- Transcribiendo la experiencia. La transcripción de una narración, práctica común en los investigadores sociales, es por fuerza incompleta, parcial y selectiva. No es posible plasmar en un texto escrito lo que ocurre en un proceso de entrevista: las pausas, las frases incompletas, los tonos de la voz, los silencios y los diferentes signos de la comunicación analógica (no verbal) escapan a las posibilidades de registro, por más depurado que este sea. En este sentido, no hay ninguna representación verdadera del lenguaje hablado. Transcribir un discurso es también una práctica interpretativa.
- Analizando la experiencia. Se refiere al análisis que realiza el investigador del texto escrito. Existen diversas y complejas decisiones que asume el investigador para ordenar, dar forma, presentar y seleccionar el material recopilado en una entrevista: crea una metahistoria sobre la experiencia narrada por el entrevistado.
- Leyendo la experiencia. Este nivel se refiere al momento en el que el lector entra en contacto con el reporte escrito por el investigador y genera sus propios significados sobre lo que lee. Cualquier texto es plurivocal ya que está abierto a diversas lecturas y diversas construcciones.

Para Riessman, la construcción de significados no es única ni, mucho menos, universal sino que depende de los contextos específicos. El investigador cuenta con una conversación y, después, un texto que representa parcial, selectiva e imperfectamente la realidad. Por último, este crea y recrea voces una y otra vez durante el proceso de investigación.

Con respecto a la manera en que se define y detecta una narrativa dentro de los materiales de campo, autores como Labov (citado en Riessman) consideran que las narrativas son historias acerca de eventos pasados y que cuentan con ciertas propiedades o características comunes. Una narrativa tiene un principio, una mitad y un final; las secuencias son necesarias para que un discurso adquiriera la forma de una narrativa, que parece estar respondiendo a una pregunta central: ¿qué pasó después? Existen autores que consideran que por fuerza debe haber un orden cronológico, pero para otros la secuencia puede no ser cronológica sino temática o episódica, por ejemplo.

Un punto difícil de definir en un texto escrito, producto de una conversación interpersonal con fines de investigación, es el momento en que inicia y finaliza una narrativa. A menudo, el investigador se debe involucrar en un proceso interpretativo complejo para establecer los límites y ello puede afectar los significados y sentidos originales de aquello que la persona entrevistada buscó construir. Para Labov, las narrativas tienen una estructura específica, poseen propiedades formales y cada una de estas tiene una función particular. Se muestran a continuación los elementos que componen la estructura de una narrativa y que permiten desarrollar un análisis narrativo:

- Un *abstract*. Un resumen de la substancia de la narrativa.
- Orientación. En el tiempo, en el lugar, en la situación, en los actores y en sus características.
- Acción. Secuencia de eventos.
- Evaluación. Significado de la acción, actitud del narrador.
- Resolución. Desenlace final.
- Coda. Retorno al presente.

Para Burke (citado en Riessman) cada narrativa contiene: un acto (¿qué fue hecho?), una escena (¿cuándo o dónde sucedió?), un agente (¿quién lo hizo?), una agencia (¿cómo hizo esto?) y un propósito (la razón de lo hecho).

La dimensión evaluativa de la narrativa permite conocer las formas en que el narrador desea ser entendido. Las frases que implican evaluación suelen permear el desarrollo de una narrativa y ofrecen las propias interpretaciones (valores, normas y significados) que el narrador elabora sobre su experiencia.

Otro elemento importante es el análisis de la interacción entre el entrevistador y el entrevistado, y la manera en que esta relación influye en la construcción de la narrativa. Por último, Riessman pone especial énfasis en entender y analizar el texto (la narrativa) en un contexto sociocultural e histórico específico: “el texto no es autónomo de su contexto” (1993: 21).

El método de análisis de narrativas implica la selección de una narrativa amplia, que es reducida y acotada para construir un cuerpo narrativo centrado en un foco de interés particular. Después, se enumeran las líneas de acuerdo con criterios específicos y se detectan y registran las diferentes partes de acuerdo con sus funciones: evaluar, resolver, orientar, resumir, contextualizar, entre otras. Para mantener el foco en el cuerpo narrativo, se eliminan las partes del discurso que puedan resultar desviadoras. Por último, a partir de este proceso de ordenamiento, codificación y análisis, se van construyendo las interpretaciones.

Así pues, el análisis de narrativas ofrece la posibilidad de abordar un texto con profundidad y respetando sus secuencias y su estructura natural. En el estudio de las emociones, es una herramienta metodológica central que permite capturar el sentido y significado de la experiencia emocional, a partir del relato construido por el narrador.

## Presentación de los casos

A continuación se describen las características de las 11 mujeres entrevistadas.<sup>3</sup>

### *María*

Era originaria de Guadalajara, nació en la colonia Ferrocarril. Sus hermanos mayores y sus padres eran de Acatic, Jalisco. María era una mujer casada, que al momento de la entrevista tenía 38 años. Su hogar se encontraba en etapa de consolidación y ella había asumido desde hacía varios años su sostenimiento económico.

María tuvo un primer matrimonio cuando tenía 17 años y se había separado al año de casada, aunque continuó con esta relación durante tres años más, mientras vivía en casa de sus padres; al cuarto año decidió divorciarse. De este primer matrimonio, tuvo una hija que desde pequeña enfermó de polio, después tuvo un hijo que murió a los seis meses de vida.

María se casó por segunda ocasión a los 21 años y desde entonces había vivido con su marido. Con él tuvo tres hijos más y dos “malas camas” (abortos). La hija mayor tenía 18 años y el hijo menor, dos años. La hija mayor, producto de su primer matrimonio, vivía con la familia de origen de María; el resto de sus hijos, con ella y su esposo. María había trabajado casi toda su vida, sobre todo como empleada doméstica. Comentó que tanto su esposo anterior como el actual eran personas irresponsables para el trabajo. Consideraba que ella tenía que aportar económicamente a su hogar, porque con su esposo nada era seguro, a veces trabajaba y a veces no.

Las experiencias narradas por María ofrecieron información muy valiosa sobre los conflictos en torno al poder existentes con su pareja por el ingreso económico que ella llevaba de manera regular a su hogar. Fue también muy explícita sobre la forma en que sus familiares y amigos la habían apoyado

3. Para resguardar la identidad de las mujeres, los nombres han sido cambiados. En capítulos anteriores se ha dado información sobre los casos entrevistados, ahora se busca ampliar la información de cada sujeto para ubicar los contextos a partir de los cuales surgen las narrativas analizadas.

en los momentos difíciles de su vida: la separación de la pareja, la muerte del segundo hijo, las “malas camas” y la enfermedad de la hija mayor.

### *Elsa*

Ella y su esposo eran originarios de Chiquilistlán, Jalisco, cerca de la sierra de Tapalpa. Sus hijos también nacieron en el pueblo y después, debido a la enfermedad de uno de sus hijos, migraron a Guadalajara. Elsa tenía 48 años al momento de la entrevista, su hogar se encontraba en etapa de dispersión y ella había sido jefa económica durante muchos años. Su principal trabajo era como empleada doméstica y también lavaba y planchaba ajeno en su casa durante los fines de semana.

Elsa se casó adolescente y perdió varios hijos, que fallecieron antes de los seis meses de vida; se le lograron solo cuatro niñas de sus últimos embarazos. Ella consideraba que la muerte de sus hijos se había debido a la escasez de alimento, a la falta de recursos para acudir al médico y a la enorme pobreza en que había vivido durante muchos años.

Residía con su pareja en Las Flores y en el mismo terreno estaban sus hijas, con sus propias familias. Elsa era una mujer muy maltratada física y emocionalmente por su pareja desde el inicio de su relación. Juan, su esposo, había tenido problemas con el alcohol desde adolescente; en esos momentos, su salud había empeorado debido a tantos años de consumo de alcohol. El hecho de que Elsa trabajara generaba conflictos fuertes con su pareja y ello había recrudecido la situación de violencia. Elsa tuvo también un periodo corto pero importante de consumo de alcohol, que atribuía al dolor y la pena que le causó la muerte de varios de sus hijos. Los relatos de Elsa eran claros y descriptivos, ella narraba con detalle sus emociones a través de las historias que construía en torno a la muerte de sus hijos, la violencia con su pareja y los problemas con el alcohol.

Finalmente, Elsa había construido vínculos significativos con sus patronas, quienes habían sido uno de los apoyos más importantes a lo largo de su historia en la ciudad. En este sentido, es interesante destacar la manera en que un vínculo laboral se transforma en una relación afectiva importante.

## *Mónica*

Al igual que su familia de origen, era originaria de Jalostotitlán, Jalisco. Ella tenía 49 años cuando se llevó a cabo la entrevista y llevaba alrededor de 23 años viviendo en Guadalajara. Mónica era una mujer separada desde hacía ocho años, su hogar se encontraba en fase de dispersión y desde hacía varios años vivía sola (hogar unipersonal) en una pequeña vivienda en Las Flores.

Se casó con un hombre de su pueblo y juntos tuvieron ocho hijos, de los cuales solo quedaban dos vivos. Uno de ellos ya estaba casado y vivía en la misma colonia, pero su relación no era estrecha; la otra es una niña de nueve años que vivía desde hacía varios años con el papá y con la nueva mujer de este.

Los hijos de Mónica murieron de diversas formas: uno fue atropellado en una localidad rural durante un paseo; otro fue asesinado en Estados Unidos cuando se fue a trabajar para levantar un segundo piso en casa de Mónica y poder casarse; tres hijas murieron de pequeñas, y la última, al nacer, le fue quitada (arrebatada) por sus padres y entregada a una familia, por lo que nunca volvió a saber de ella.

Mónica hacía distinciones importantes en sus narrativas acerca de lo que implicaba la muerte de hijos grandes en comparación con la de los pequeños. Narraba en detalle estas experiencias y vertía en ellas sus emociones y el significado entonces actual de esas pérdidas.

Mónica se había separado hacía ocho años de su marido por infidelidades de él. Fue importante la narrativa que ella construyó en torno a la violencia física que ella misma ejercía contra su esposo, cuando se enteraba de sus infidelidades. A partir de que se separó de su marido, ella había trabajado para mantener su hogar y tenía un puesto en el mercado, donde vendía casetes de música variada.

Por último, Mónica tuvo una etapa de alcoholismo fuerte y por un periodo prolongado; ella lo atribuía a la pérdida de sus hijos y a los problemas con su pareja. Llevaba un año ininterrumpido en Alcohólicos Anónimos (AA), había dejado por completo el alcohol y AA se había convertido en la



red social y emocional más importante en su vida. Unas semanas antes de la entrevista, Mónica había fundado un nuevo grupo de AA en una rancharía cercana a su lugar de origen y había volcado mucha de su energía y de su tiempo en esta causa.

### *Salma*

Era originaria de Santa María Tequepexpan, Jalisco. Era una mujer de más de 50 años, casada, y su familia se encontraba iniciando la etapa de dispersión. Sus hijos vivían en casa todavía, pero varios estaban ya en edad de iniciar sus propias familias. El mayor de sus hijos era varón y tenía 22 años; la menor, 12 años.

Salma vivía en una familia extensa compuesta por una hermana anciana de su esposo, su esposo, su hijo, sus tres hijas y su nieta (producto de un abuso sexual cometido contra su hija mayor cuando iniciaba la adolescencia). Decía estar económicamente estable, ya que la mayoría de sus hijos trabajaba (la mayoría era menor de edad) y aportaban para la casa. Su hijo mayor, además de trabajar, también estudiaba y dos de las hijas habían dejado el estudio y trabajaban como auxiliares de cocina en una fábrica de dulces. La hija más pequeña continuaba estudiando y trabajaba limpiando casas y en un puesto de tacos cercano a la colonia.

Salma y su esposo tenían un negocio de raspados en su casa y con eso también se ayudaban económicamente. El esposo de Salma había padecido diversas enfermedades desde tiempo atrás, por lo que ella era quien tomaba la mayoría de las decisiones y administraba el dinero. Es interesante cómo Salma creaba estrategias para mantener el equilibrio con su pareja: “darle su lugar”, aunque sabía que la figura de él se había debilitado a causa de sus continuas enfermedades.

Salma gozaba de una red social nutrida, su familia de origen vivía en el pueblo vecino a Las Flores, la visitaba de manera constante y mantenía relaciones de ayuda mutua con ellos. Por otro lado, llevaba una mala relación con su familia política, lo que había ocasionado un desgaste importante en su vida.

Una de las experiencias más importante para Salma fue el abuso sexual en contra de su hija: ella era una mujer muy religiosa y este trágico suceso conmocionó su vida y la de su familia durante un tiempo importante. Salma abordó también el tema de la violencia y expuso cómo frenó el maltrato físico que vivió al inicio de su relación de pareja.

### *Juana*

Tenía 58 años al momento de la entrevista. Era originaria de un pueblo cercano a Torreón, Coahuila, al igual que su pareja y las familias de origen de ambos. Juana estaba casada, vivía en una organización doméstica extensa y en fase de dispersión. La jefatura de su hogar era masculina y los principales perceptores eran su pareja y su único hijo vivo.

Juana comentó sobre los problemas en torno a la situación de pobreza que vivió de pequeña. Sus padres tuvieron muchos hijos y a ella le tocó, por ser la mayor, apoyar mucho el trabajo doméstico y alimentarse con lo que sobraba. Juana tuvo y mantenía una relación afectiva importante con su padre, aunque lo veía muy poco, y con un hermano; con los demás había perdido el contacto casi por completo.

Cuando Juana se casó, su madre abandonó a la familia y dejó ocho hijos pequeños y una niña de meses, que le dio a Juana su papá, pero meses después murió. Juana se casó con un hombre trabajador y generoso que apoyó mucho con alimentos (producto de la cosecha) a la familia de origen de Juana. Esta pareja duró diez años sin “encargar” y después tuvieron dos hijos varones.

Las experiencias más importantes en la vida de Juana eran: el abandono de la madre, con quien nunca ha hablado sobre este tema y a quien solo volvió a ver en dos ocasiones, y el asesinato en la ciudad de uno de sus hijos y las consecuencias de ello.

Juana contaba con una red estrecha pero muy efectiva: su familia (esposo, hijo, nuera y nietos) actuaba como un agente protector ante las tragedias de la vida. Es interesante cómo la familia de Juana había procurado mante-

ner un patrón de familia extensa que había sabido funcionar a lo largo del tiempo y de las diversas calamidades enfrentadas. Juana dejó ver cómo se organizaban, se apoyaban, se cuidaban y resolvían los conflictos.

### *Mariluz*

Tenía 39 años al momento de la entrevista. Ella era originaria de Guadalajara; su padre era de Lagos de Moreno y su madre también de Guadalajara. Mariluz y su esposo tenían dos hijos y dos hijas, y su familia era de estructura nuclear y atravesaba por la fase de consolidación. Tanto Mariluz como su pareja trabajaban; ella aseaba oficinas y lavaba y planchaba ajeno en su casa. Los hijos mayores también trabajaban y aunque no aportaban al hogar, se encargan de comprar sus cosas personales y su material para la escuela.

La familia de origen de Mariluz estaba compuesta por tres mujeres y un hombre. Durante su niñez y parte de su adolescencia vivieron en un cuarto en el patio de un templo, ya que el papá era el encargado de su aseo. Mariluz tuvo una relación afectiva muy fuerte con su papá y encontró mucho apoyo en él a lo largo de su vida. El padre había muerto hacía pocos años y esto había sido una de las experiencias más significativas en la vida de Mariluz. Su madre aún vivía, pero la relación era distante.

Mariluz se casó con un hombre responsable en la cuestión económica, que aun con la discapacidad (polio) que tenía desde pequeño había colaborado en forma constante para el sostenimiento del hogar. Mariluz había estudiado para profesora y aunque no alcanzó a terminar sus estudios porque decidió casarse, ejerció como maestra durante varios años (antes de casarse y en los primeros años de su matrimonio).

Para ella, tener que trabajar desde hacía varios años como afanadora de oficinas había implicado un conflicto importante, debido a la formación académica con la que contaba. Sin embargo, aun cuando no había podido ejercer ya como profesora, la atención que daba a sus hijos en cuestiones escolares era importante. Sus hijos iban muy bien en la escuela y era uno de los orgullos de Mariluz.

Ella justificaba su sobrecarga de trabajo doméstico y extradoméstico en función del bienestar y la preparación de cada uno de sus hijos. Otro punto interesante es que Mariluz escribía poesía; declamó dos de estas creaciones durante la entrevista: una sobre el fallecimiento de su padre y otra sobre su niñez en el templo donde vivían.

Las experiencias más importantes, según su narración, fueron la muerte de su padre y la última hija que tuvo y que nació muerta, por lo que tuvieron que sacarle la matriz. Esto llevó a Mariluz a un periodo agudo de malestar emocional, dejó de trabajar tanto fuera como dentro de casa, y se replegó a su interior, dejando casi por completo de alimentarse y de cuidar su aseo personal. En esta etapa, el apoyo de su pareja y de algunos miembros de su familia fue importante.

Mariluz narró también su miedo al envejecimiento y a la soledad: temía que sus hijos no pudieran apoyarla en su vejez por lo difícil de la vida y los pocos recursos con los que contaban para salir adelante. Por último, narró en detalle la forma en que organizaba día a día su rutina y la de cada miembro de su familia; dejó ver una serie de estrategias importantes que permitían que el grupo familiar funcionara de manera adecuada.

### *Celina*

Tenía 25 años al momento de la entrevista. Su familia presentaba una estructura nuclear y se encontraba en fase de expansión. Ella y su pareja eran originarios de Guadalajara; su familia de origen, de Zacatecas. Celina tenía tres años de casada y un hijo de dos años. Ella trabajó de soltera en varias fábricas, pero cuando tuvo a su hijo dejó de trabajar; la decisión fue tomada de manera conjunta con su pareja. Celina declaró que la jefatura de su hogar era compartida, ya que ambos tomaban de común acuerdo cada una de las decisiones con respecto a su hogar y a su pequeño hijo; además, su pareja participaba en los quehaceres del hogar y el cuidado del niño.

Celina consideraba estar en igualdad de condiciones con su pareja y explicitaba que se sentía capaz de trabajar otra vez en cualquier momento. Esta posición le daba una libertad mayor para mantener una relación equitativa

con su pareja. Es interesante cómo desarrollaba estrategias para cuidar los pequeños ahorros de la familia y vigilar el consumo de alcohol de su pareja: cuando ingería alcohol en el trabajo (era repartidor de garrafones de agua) o al salir, Celina le cobraba “mordidas” y él tenía que pagar el monto correspondiente. Tanto ella como su pareja estaban de acuerdo con este tipo de medidas y parecía que les había dado buen resultado hasta el momento.

Para Celina era muy importante cuidar su imagen ante los demás, sobre todo con su familia de origen y sus vecinos, lo que la había orillado a que, por temor a ser criticada o envidiada por las vecinas, permaneciera aislada al interior de su hogar y con su pequeño hijo como compañía; además, se sentía temerosa por la inseguridad en la colonia y desconfiaba de la mayoría de sus vecinos. Sus vínculos principales estaban con su pareja, su hijo y, en menor medida, algunos miembros de su familia de origen.

### *Malena*

Tenía 38 años al momento de la entrevista. Era una mujer viuda, su familia era nuclear y finalizaba la etapa de expansión. Estaba en una situación límite: su narrativa reflejó un malestar emocional fuerte y mucha desesperación. Ella fue sumamente explícita acerca de sus emociones. Se había separado de su marido hacía pocos años; él andaba con otra mujer con quien tuvo un hijo.

Malena se quedó con sus hijos en Las Flores y había seguido manteniendo comunicación con su esposo, quien había seguido aportando económicamente al hogar, pero hacía un año había muerto en un accidente. En el mismo año, la madre de Malena, quien vivía con ella y era su vínculo emocional más importante, había fallecido a causa de una enfermedad.

Malena estaba viviendo de una mínima pensión que le habían dejado por el trabajo del marido. Estaba desesperada por encontrar trabajo y, al mismo tiempo, angustiada porque no sabía cómo le haría para cuidar de sus hijos pequeños y trabajar. Además, su hija mayor, que estaba iniciando la adolescencia, estaba muy rebelde y Malena sentía que estaba perdiendo el control de su vida y el de su familia.

Aunado a toda esta situación, el padre de Malena, quien se encontraba preso, estaba por ser liberado y le había avisado que regresaría a ocupar su casa (la casa donde vivía Malena era del padre). Ella estaba angustiada por esta situación, ya que su padre había sido un hombre violento a lo largo de su vida y no deseaba que sus hijos estuvieran cerca de él. Finalmente, Malena se encontraba en una situación que le impedía activar de manera adecuada sus redes sociales, debido a la imposibilidad de reciprocitar el apoyo recibido.

### *Maricela*

Era originaria de Guadalajara y tenía 38 años al momento de la entrevista. Estaba separada y vivía sola (hogar unipersonal). Había tenido varias parejas a lo largo de su vida; con una tuvo dos hijas y con otra, una hija y un hijo. Maricela es un caso interesante que refleja una diversidad de cambios y ajustes familiares a lo largo de su vida.

Ella nunca se sintió “a gusto” en su casa; desde adolescente y por influencia de amigas trabajó en cabarés y, en ocasiones, en limpieza de casas. Tuvo su primera hija con un hombre que se encontraba preso y a quien ella iba a visitar de manera esporádica a la cárcel. Ella tenía 13 años y no sabía ni qué era el embarazo ni que estaba embarazada; tuvo a su hija sola en un cuarto de su casa (su familia de origen no se encontraba) y milagrosamente sobrevivió la pequeña gracias a que Maricela la metió al lavadero con agua helada para limpiarla y con ello frenó el sangrado que la recién nacida tenía a causa de que su joven madre le arrancó el cordón umbilical. Después tuvo otra hija con el mismo hombre y más tarde vivió con otro hombre y tuvo a sus dos últimos hijos.

Maricela cambiaba de domicilio y de pareja constantemente. Sus hijos habían vivido siempre con su madre y ella durante algunos periodos cortos vivió con ellos también allí. Mantuvo una relación durante varios años con otro hombre, vivieron juntos y finalmente se separaron, porque ella no le tenía afecto, aunque lo consideraba un hombre bueno.

Al momento de la entrevista, vivía sola en la colonia y apoyaba económicamente al sustento de sus hijos más pequeños, con quienes procuraba

mantener una relación cercana. Trabajaba de empleada doméstica y había encontrado en su patrona un vínculo importante que rebasaba las fronteras de la relación laboral.

### *Doña Mary*

Tenía cerca de 80 años. Era originaria de Tepatitlán, Jalisco, al igual que su pareja y sus hijos; su madre era también de Tepatitlán y su padre, de un rancho cercano llamado Acatí. Doña Mary vivía sola y era viuda. Ella tenía un local de venta de guaraches en el mercado, que puso su hijo, pero lo tuvo que cerrar por la falta de ventas. Doña Mary sobrevivía del apoyo que le daba su hijo y de la ayuda esporádica de los vecinos. Tuvo varios hijos y le quedaban vivos un hombre y dos mujeres. Ella comentó que el único que se “mortificaba” por su bienestar era su hijo, quien la apoyaba económicamente cuando tenía posibilidades.

Doña Mary fue alcohólica durante mucho tiempo, pero hacía varios años había dejado el alcohol y desde entonces decía gozar de mejores relaciones con su nuera y sus vecinos. Se entristecía de tener que vivir sola y deseaba que su hijo la recogiera y se la llevara a vivir con él.

### *Ángeles*

Tenía 33 años al momento de la entrevista. Era originaria de Talpita, Jalisco; sus padres eran de dos rancherías al interior del estado de Zacatecas. Cuando Ángeles era pequeña, se vinieron a vivir a Guadalajara, a la colonia Polanquito; desde entonces, había permanecido en la ciudad. Formaba parte de una familia de estructura nuclear y en etapa de expansión. Ella y su pareja tenían tres niñas, la mayor estaba por iniciar la adolescencia.

Ángeles se casó con un hombre adicto y violento, y había vivido diversos episodios de violencia a lo largo de su vida; algunos de ellos, estando embarazada. Abordar las narrativas de violencia de Ángeles implica adentrarse en el rostro emocional del maltrato, emociones tales como la vergüenza, el

miedo y el coraje se encuentran profundamente encarnadas en la construcción de la violencia intradoméstica contra las mujeres.

Ángeles había generado un colchón social importante en torno a ella y sus hijas en los últimos años. Ella fue instructora de otras mujeres de la colonia para hacer flores de hoja de maíz; además, había llevado hasta hacía unos meses una relación cercana con el sacerdote y algunas religiosas que visitaban o vivían en la colonia.

Ángeles tenía una relación conflictiva con su madre y había procurado ocultarle la relación violenta que tenía con su pareja. La relación con su familia política, en especial con su suegra, era muy difícil. Había intentado separarse de su pareja y en una ocasión había metido una demanda de divorcio, pero no lo había logrado por la presión de la suegra y por su propia manera de entender el matrimonio. Ángeles y sus hijas estaban en un peligro real de violencia extrema.

### **Análisis de las vivencias narradas por las mujeres: propuesta de categorización**

A continuación se muestran los resultados de la categorización y el análisis realizados de las experiencias narradas por las mujeres. El propósito fue llegar a las emociones a partir de los relatos que las mujeres construyeron sobre situaciones significativas que habían atravesado durante sus vidas. En este sentido, en coincidencia con Wood (1986), las emociones son parte inherente de las historias y es a través de estas últimas cómo es posible un acercamiento a la experiencia emocional.

Una vez finalizada la categorización de las 11 entrevistas transcritas,<sup>4</sup> se elaboró un diagrama que da cuenta de las “vivencias” que las mujeres describieron como experiencias emocionalmente significativas a partir de sus biografías. Para elaborar este diagrama se siguió el esquema propuesto por Rodríguez, Gil y García (1996).

4. La codificación y el análisis se hizo a través del programa Ethnograph 95.



Se describen a continuación cada una de las categorías que contempla el diagrama y se incorporan varios cuerpos narrativos que respaldan los comentarios elaborados (se subrayan las palabras o frases emocionales que están involucradas en la representación de la experiencia emocional).

La evidencia trabajada en este capítulo busca comprender el malestar emocional a partir de un enfoque histórico–biográfico; por ello, las narrativas expuestas trascienden el espacio urbano en el cual habitaban las mujeres entrevistadas. Esta visión constructivista de las emociones permite acercarse a las múltiples re–presentaciones (Riessman, 1993) que elaboraron las mujeres sobre sus experiencias a lo largo de la vida, así como las formas de evaluar y significar lo vivido (véase el diagrama 7.1).

### *Violencia intradoméstica*

La primera categoría es la *violencia intradoméstica*, que presenta múltiples facetas. A partir de esta categoría madre, se elaboró un grupo de subcategorías que permiten recoger narrativas específicas de acuerdo con el tipo de violencia ejercida

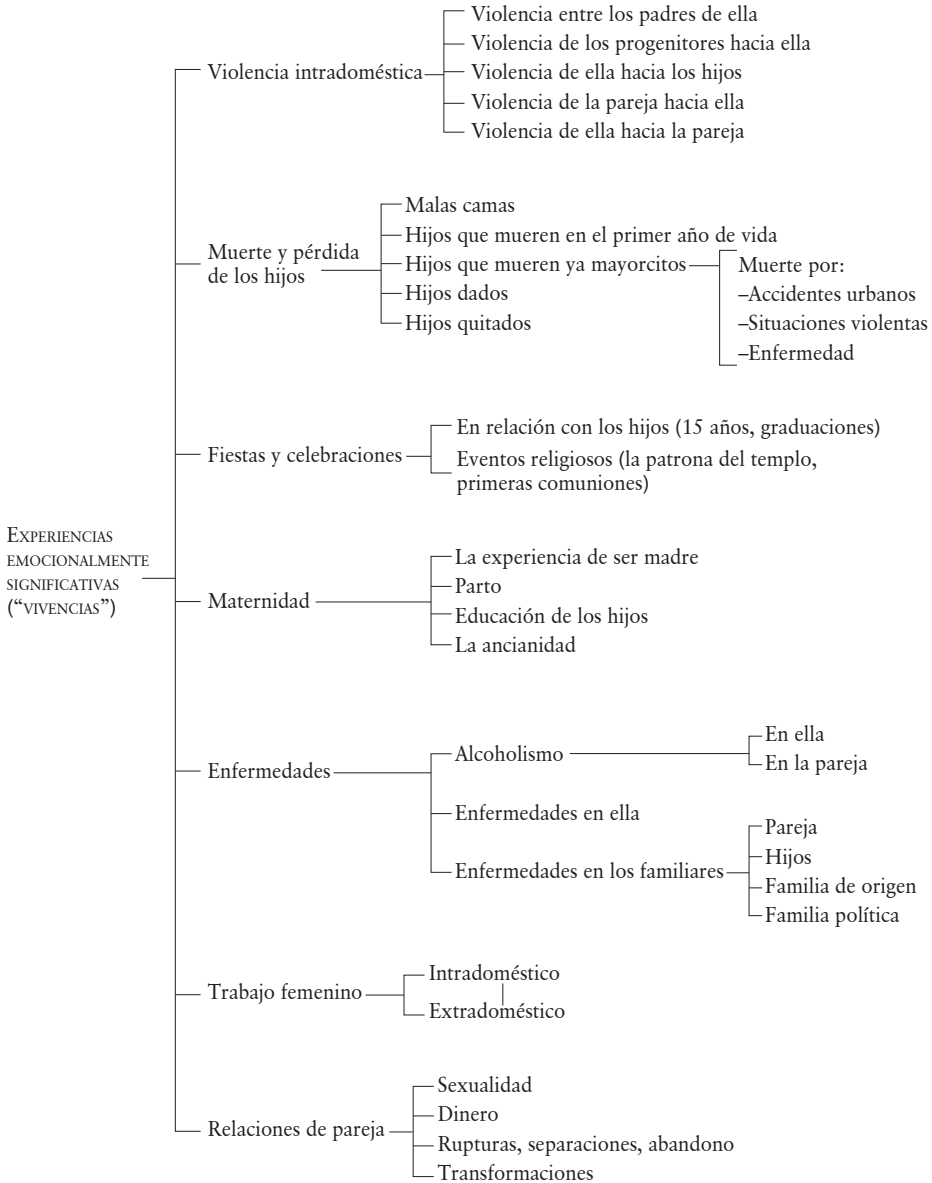
#### *Violencia entre los padres de ella*

Se refiere a una cantidad importante de información que narra diferentes episodios asociados al maltrato físico y emocional entre los padres, en especial del padre hacia la madre. En estos relatos, las mujeres narraron desde su posición como hijas el impacto emocional que estos hechos tuvieron en sus vidas y en su situación de ese momento. Destaca el miedo hacia el padre en los momentos de violencia contra la madre y la impotencia de no poder defender a la madre ante estas situaciones.

#### *Violencia de los progenitores hacia ella*

Recoge información sobre experiencias importantes de maltrato tanto del padre como de la madre hacia la entrevistada y otros miembros de la familia

**Diagrama 7.1**  
**Experiencias emocionalmente significativas**



(hermanos o hermanas). Una vez más, el miedo aparece como una de las emociones más importantes.

### *Violencia de ella hacia los hijos*

Aquí, eran algunas de las entrevistadas o sus parejas quienes ejercían la violencia hacia los hijos. En el caso de las madres entrevistadas, el coraje, la culpa y el remordimiento fueron las emociones que se presentaron de manera central en las narrativas.

### *Violencia de la pareja hacia ella*

Esta es una de las subcategorías que concentra mayor información. Existen diversas narrativas que permitieron analizar las múltiples formas de la violencia contra la mujer, en ellas fue posible detectar cómo se construye y legitima el acto violento y el impacto que este tiene tanto en la familia directa como en las redes familiares y vecinales.

Se identificaron las estrategias que las mujeres desarrollaban para enfrenar el acto violento y para mantenerse vivas, aun cuando la violencia era un hecho cotidiano. Las narrativas que se presentan permiten analizar desde la perspectiva sociocultural el rostro emocional de la violencia. Hay ciertas emociones que se expresaron de manera clara y recurrente: la vergüenza, la pena, el miedo y el susto.

El miedo es una emoción que muchas mujeres pretenden ocultar ante sus parejas cuando leen analógicamente (no verbalmente) la posibilidad de un acto violento. Hacer evidente este miedo, consideraron, exacerbaba la manifestación física y verbal de la pareja. El miedo es entonces un acompañante silencioso en la vida cotidiana de muchas mujeres; también está anclado en el tiempo, en el espacio y en las circunstancias concretas. Las mujeres reconocieron con claridad esos contextos, esas horas y espacios en que la violencia se podía presentar.

La vergüenza fue otra emoción impregnada en la mayoría de las narrativas, que juega un papel importante en la construcción y el mantenimiento

de la violencia en contra de la mujer. Varias de las entrevistadas narraron la vergüenza que sentían de ser maltratadas: esta vergüenza existe y se intensifica en función de la existencia de los otros, sean vecinos, parientes o amigos. Las mujeres narraron sentirse avergonzadas de mostrar sus rostros golpeados y heridos ante los demás, muchas ocultaban sus caras o permanecían sin salir hasta que las heridas se iban atenuando. La vergüenza es una emoción eminentemente social, fuertemente encarnada en la vida de estas mujeres y en su manera de relacionarse.

Por último, la mayor parte de las entrevistadas que compartieron experiencias de violencia doméstica contra ellas, eran mujeres jefas económicas. Esta información respalda también lo encontrado cuantitativamente con la aplicación de un cuestionario sobre violencia intradoméstica contra la mujer, que fue aplicado a la muestra total (60 casos) y en el análisis de los datos se encontró una asociación clara entre violencia contra la mujer y jefatura femenina económica.

De las 14 mujeres jefas económicas, la mitad de ellas reportó haber sido agredida física y emocionalmente por su pareja en el último año. En contraste, de las 35 mujeres con pareja y no jefas económicas, solo nueve reportaron haber sufrido violencia en el último año por parte de la pareja. Esta información confirma lo encontrado por García y Oliveira (1994).

En la narrativa que construyó doña Mary sobre la experiencia de violencia vivida con su pareja, destaca el papel de su red social, en particular con su madre, para mantener, ocultar o terminar una relación marcada por la violencia. La pena, la vergüenza, el aguante, el susto y el miedo son las emociones que recorren esta narrativa. La vergüenza y la pena cumplen una función de regulación y control social (Gordon, 1990) que ayuda a mantener el acto violento en la impunidad.

El miedo y el susto se expresan corpóreamente en la narrativa de doña Mary, quien incorporó en estas manifestaciones las respuestas emocionales de su pequeño hijo, temeroso de la violencia del padre. El miedo y el susto amenazan con desbordarse en su expresión física y por tanto rebasar las líneas emocionales (Hochschild, 1990) que lo regulan y lo contienen.

Doña Mary buscaba controlar a toda costa el temblor de su cuerpo, evidenciado en sus manos, para así evitar la violencia de su pareja. Por último, esta narrativa muestra la complejidad del fenómeno violento y el proceso de encubrimiento, legitimación y complicidad que existe ante la experiencia de violencia, entre la propia red familiar de la mujer. Por ello, la violencia doméstica debe ser analizada y entendida a partir de sus determinantes socioculturales, en los que las emociones juegan un papel protagónico:

Mi papá lo veía muy bien a mi esposo y mi esposo jue malo conmigo, pero a la vez jue, en esa forma, muy granjeador con ellos, con mi padre y con mi madre, jue muy granjeador, él decía que los quería como papás, ey, y vivimos no muy bien, porque yo, pos si ya me golpeaba, me hacía, y yo nunca les dije [a mis padres] y yo *nunca les di, les di una pena, una vergüenza* de decirles él pega, él me da, nunca, nunca. Me llegó a hallar mi madre toda moreteada, toda golpeada: “Hija ¿qué paso?” [...] “Me caí”, yo todo el tiempo me había caído, y me decía: “Yo sé que no, tú siempre me dices que te caes, pero no es cierto”, pero yo, porque yo veía que él veía muy bien a ellos [a los padres de ella] dije: “¿Para qué? No, no, *no le vayan a tomar mal afecto a él*”, ¿verda? Ey, ya le digo... Pero sí, la llevamos muy bien, pues mi marido la llevó muy bien con ellos y todo, ey...

[...] y sí, él empezó a golpearme cuando mis hijos estaban pequeños, él empezó de que llegaba y ya tenía mujeres él, y seguro porque ya no me querría, o vaya usted a saber, el caso es que él llegaba y cualquier basurita, porque quería que tuviera todo bien limpio, aseado, y no veía que yo trabajaba, no se fijaba en mis sacrificios ni nada, y él decía: “Lo que pasa es que no sirves para nada y eres una esto, eres lo otro”, y me empezaba a maldecir, y luego ya me ponía mis fregadazos, ya que me golpeaba ganaba y se iba, me dejaba toda bañada en sangre, toda, hasta que cuando mi madre murió, aguantándolo [a él] por mi santa madre, había veces que me salía pa’ juera, para que me golpeará, ajuera pa’ que mi mamá no oyera ya enferma, y cuando ya ella murió, me dice mi madre, porque ella siempre me aconsejaba y me decía: “Nunca lo dejes, es tu esposo

ante Dios y ante la ley, tienes que aguantarlo y tienes que aguantarlo” [...] y un día le dije: “Ay, *amá*, yo ya estoy harta, estoy enfadada, con ganas de correrle”, “No, hija, es tu marido, y es tu marido” [...] y yo por ella le aguantaba también, al cabo Dios sabe que veces si me desesperé con ganas de irme...

[...] y ya cuando ella murió [su madre] pobrecita, me dijo: “Mira, hija”, sus últimas palabras fueron decirme: “Ya no le aguantas, yo ya me voy”, dice, “y ya ves que parece que no sirvo, pero sí te servía aunque fuera de estorbo, pero te servía [...] yo ya me voy a ir, ¿y sabes qué vamos a hacer? Si él te sigue golpeando [...] mejor vete y déjalo, yo, yo ora sí ya te doy permiso porque ya te vas a quedar solita, ya sin padre, sin madre, y sin quién vea por ti, y los niños están chicos, mejor vete, vete donde Dios te dé licencia”.

[...] y sí, señorita, cuando ajustó mi mama nueve días de muerta, él me puso una que casi me mató, me dejó toda golpeada, toda bañada en sangre, hasta que una amiguita, el niño [el hijo] salió desesperado y le habló a una amiga que tenía enfrente y que era pero bien carambas, muy broncudita, como un hombre, y entró y le dice: “¿Y tú qué te crees, por qué la golpeas? No eres hombre, no la mantienes, no le pagas una renta, no ves por tus hijos y todavía llegas muy macho, sigue golpeándola y orita le hablo a la policía, conmigo te la vas a arreglar”. No, pos ya ganó ella y se salió él y... hasta eso, no contestaba, porque en eso no era malcriado con la gente, se salió y ya me dice mi amiguita: “No seas taruga, vete, si dices que tu mama te dijo que te fueras, vete, vete, no seas taruga, déjalo, a ver si entiende, si no entiende, pos mejor vete” [...] y yo le dije: “y con qué me voy si no tengo ni dinero [...]”, y ya, yo tenía un tío que, que él venía en los camiones aquí a Guadalajara, y ya yo dije: “Pos me voy con mi tío”, porque pos yo aquí [en Guadalajara] no sabía nada, yo nunca salía, y ya pos vámonos, y otro día en la mañana muy temprano arreglé nomás mi ropa y me vine con todo y mis hijos [...] y ya, ya me vine aquí con mi hermana y ya jue cuando le digo que empecé a trabajar y luego ya vino él [su pareja] y me volví a juntar con él, me volví a juntar con él. [...] y pos sí, cuando él me golpeaba yo sentía mucho susto, nomás que

*yo nunca le di a manifestar que tenía miedo, pero cuando él lo veía [...] que me decía mi niño, me decía: “Mamá, ahí viene mi papa”, y él [el niño] también entraba temblando y yo sentía como que me daba vuelta mi estómago y un temblor por dentro, sentía que hasta las manos me hacían así [le temblaban] y yo hasta apretaba mis manos así pa’ que no me maldijera que estaba asustada, porque decía: “Si me ve asustada a lo mejor es peor” [...] y yo, pa’ que no maldijera que estaba asustada, me hacía yo muy fuerte, que no estaba asustada, ey.*

La siguiente narrativa muestra la experiencia de Elsa ante la violencia ejercida por su pareja. Ella tenía una larga trayectoria de jefatura femenina económica. En la narrativa aparecen, al igual que en la construcción de doña Mary, la pena y la vergüenza. Estas emociones, que son construidas socioculturalmente, determinan las estrategias de afrontamiento ante la violencia. En términos de Hochschild (1990), existen zonas de regulación que dictan la forma, la duración y la intensidad con que una emoción puede ser expresada en un contexto social particular. Elsa esperaba a que las heridas de su rostro se atenuaran para regresar a su trabajo; su pareja había traspasado una línea corpórea fronteriza al marcarle el rostro:

[...] hace como dos años, trabajaba yo ya con la señora Bertha [de empleada doméstica] y un día me pegó mi esposo con una cadena, o sea, él andaba tomado, me pegó con una cadena, y entonces vine con la señora a trabajar, los primeros días no vine porque *me daba pena, me daba vergüenza [...] o sea a uno siempre le da vergüenza que le peguen en la cara, que lo vean las personas, uno se siente mal*, y ya cuando vine, me dijo la señora: “¿Qué le pasó, señora, qué le pasó en su cara?”, “Me golpié con una rama”, para no decirle, porque *me daba pena, le da a uno vergüenza [...] Y dice la señora ese día: “No, no, no me eche mentiras, le pegó su marido, ¿verdad?”, “No, no me pegó mi marido”, “¿Cómo no? Mire nomás cómo trae abierto, y su cuello”, y le digo: “Es que me agarró con los puños [...]”, y me dijo la señora: “Venga para curarla”.*

La siguiente narrativa muestra una forma distinta de enfrentamiento ante la violencia ejercida por la pareja. En ella se materializa una emoción que no forma parte de lo culturalmente asociado con lo femenino y con la moderación emocional (Armon-Jones, 1986b). Se trata del coraje y del papel que este juega en la regulación y el control de la violencia doméstica contra la mujer. En esta narrativa, Salma (jefa económica) mostró una forma no esperada socialmente para responder a la violencia masculina. Fue su pareja, sorprendida, quién buscó tras los actos de Salma, la vergüenza esperada socialmente en una mujer violentada y, más aún, cuando esta se ejerce en un espacio público (la calle). Salma utilizó una estrategia de cambio activo y directo (Hochschild, 1990) que supuso la confrontación con su pareja y un reacomodo, a nivel de discurso, en las relaciones asimétricas de género. Logró frenar la violencia física por parte de la pareja, aunque la violencia emocional continuó a lo largo de los años. Su estrategia, de cambio pasivo e indirecto (Hochschild, 1990) no había logrado terminar con las heridas que dejan las palabras:

[...] cuando empezó la colonia [Las Flores] tenía yo que ir a lavar al pueblo, porque yo aquí no tenía agua, no tenía nada, acarriaba, pero para lo más sencillo, para bañarnos, que para fregar la loza, para los pollitos, era lo que acarriaba, pero ya para lavar estaba pesado, entonces yo le dije [a mi esposo] “Te vienes temprano, es sábado, mira, tengo toda esta tina de ropa del niño”, “Sí, sí vengo pronto, me haces de comer pronto”, dijo él, y sí, yo le previne la comida, lo que tiene uno pobremente, ¿verdad? Llegó la una, se llegaron las dos, se llegaron las tres, se llegaron las cuatro y nada de mi esposo, dije: “Me voy a lavar, ya mañana es domingo, ya no tengo qué ponerle al niño de su ropa, pos me voy”. Agarré mi tinita, era esta tina de ropa [la señala con su dedo índice] y el niño abrazado, apenas empezaba a caminar, cuando oigo que [él, su pareja] me echa un chiflido, dije: “No me devuelvo, yo ya voy”, y que me echa otro, me quedé parada, y luego seguí caminando, y que me echa otro chiflido, ya cerquita de mí, y dice una palabrota fea: “¿Qué, no te estoy hablando?”, “Sí”, le digo, “sí te estoy oyendo, ¿qué horas son ahorita? el niño ya no



tengo nada para ponerle, y mira qué horas son, la comida ya está en la estufa pa' que comas", "No", dice él, "si por eso me casé, para que me des tú de tragar, luego, ¿qué estás pensando?", y bolas, que me avienta un cachetadón. No, pos se lo regresé, aventé la tina, tuve que hacerme a un lado mi bebé, y que me da otro cachetadón, y que le doy otro también. Allí, fíjese, a bordo de carretera [el Periférico sur] pasaban los carros y nomás me pitaban de ver [risas] y me dice él: "¿Qué, no te da vergüenza?", le dije: "No te dio a ti, pos hiciste que se me quitara la vergüenza", dice: "Vámonos a tu casa, ¿qué estamos haciendo aquí?" No, ahí vengo yo llorando de coraje.

Y es que yo pienso que ninguno de los dos tiene derecho a golpear, así como le platicué, yo a la primera evidencia [actué] que vea que se siente igual, si a usted le dan una bofetada le duele, y si al otro le da una bofetada claro que le duele, ¿verdad? Entonces yo pienso que hay mucho machismo por parte del hombre, y que las mujeres somos tarugas de dejar esperar los golpes del hombre. Yo eso pienso, yo a mi manera, porque si yo he dejado que mi esposo me siguiera pegando en aquella ocasión, a la mejor me siguiera pegando, ¿verdad? aunque fuera a la pasada, una cachetada, una trompada, sí me la daría todavía.

[...] y pos ya ahorita diríamos que *me hice como la tortuga, con una conchota bien grandota para que se resbale el agua para abajo*, dicen que palabras no rompen panza, y sí es cierto, *una palabra ya no nos hiere, sí nos heriría, digamos, un golpe, eso ya está mas duro, pero en muchas de las veces las palabras sí nos hieren... y son cositas que se le van quedando a uno, como un disco.*

### *Violencia de ella hacia la pareja*

Se muestra un cuerpo narrativo que da cuenta de las formas de ejercicio de la violencia de una mujer contra su pareja. El coraje es la emoción que viste esta narrativa. Es el coraje que se llega a manifestar en algunos casos de manera verbal, pero que físicamente implica una ruptura importante con todo un consenso sociocultural sobre el comportamiento femenino

tradicional. Se muestra el relato de una mujer que traspasó la frontera del coraje anidado y agredió físicamente a su pareja. Se trata de Mónica, que hirió a su pareja en dos ocasiones con armas blancas. Ella construyó su relato utilizando diversas palabras emocionales que reflejan un coraje incontrolable ante la infidelidad descubierta en su pareja. En esta ocasión, fue el hombre, desde la perspectiva de la entrevistada, quien vivía y dormía temeroso de ser atacado por su mujer. La narradora utilizó un lenguaje metafórico para expresar el coraje, la rabia y el odio que sentía hacia su pareja:

[...] entonces le dije a Germán: “Ay, mira, yo sé que no sales fuera [por el trabajo] como dices, yo sé que estás con fulana de tal” [...] Ese día yo *estaba bien enojada y llore y llore*, y ya no planché ni nada, sino que *me hice mensa y me fui a la cocina*, yo traía una falda, agarré un cuchillo y me lo puse aquí [entre la falda y el estómago] y allá va, según él, a encontrarme, a abrazarme, en eso, mientras, le dije: “¡No me tientes!”, pero *estaba yo que me hervía la sangre, yo me sentía como engarrotada, sentía que me hervía la sangre, sentía que temblaba, y ya le dije: “No me toques”* y dice él: “Ay, hija, que quién sabe qué, que mira, discúlpame, que perdóname...”, y me abraza, cuando me hago así [se agacha rápidamente] y me saco el cuchillo, traía [él] una camisa blanca [...] y le enterré el cuchillo, aquí, aquí en el estómago [...] ya cuando él vio así, dijo: “¡Ay, ya me fregaste!”, ya le vi así la sangre, manchada la camisa, *imira, con ganas de seguir dándole!* Nada más que lo que hizo, cuando le enterré el cuchillo, es que me abraza y me quita el cuchillo, y a él saliéndole sangre, no fue muy, muy hondo, no le afectó en mucho, ni fue a que lo curaran, no fue para que no me encerraran a mí, entonces, este, ya que nos calmamos le dije: “¡No, y cuídate, porque cuando estés dormido te voy a matar!”, y *él cuando estaba bien dormido se sentaba en el sillón de la sala y a cada ratito se levantaba, y a cada ratito... tenía miedo, vea...* y, este, después, ya no hice por hacerle nada, o sea que *ya sé me había bajado a mí el coraje, como a los 22 días.*

## *La muerte y pérdida de los hijos*

La segunda categoría se refiere a *la muerte y pérdida de los hijos*. En esta categoría madre se concentran cinco subcategorías que dan cuenta de los diferentes tipos de muerte y pérdida de los hijos.

### *Las “malas camas”*

Esta subcategoría se encuentra dentro de la muerte de los hijos porque implica también una pérdida importante en la vida de las mujeres y en la expectativa social que de ellas tienen sus seres más cercanos. De las 11 mujeres entrevistadas, solo una no había tenido una mala cama (aborto).

Las narrativas en torno a este tema son muy descriptivas sobre la secuencia de los eventos, los tiempos, los actores sociales involucrados, la resolución del evento y las implicaciones emocionales de haber tenido un aborto. Aunque las malas camas son vistas como pérdidas, no implican de ninguna manera el mismo impacto emocional en la vida de las mujeres que los hijos vivos que fallecen. Es como si llevaran una cuenta aparte no solo de las malas camas sino también de los hijos que mueren pequeños respecto a los que mueren ya mayores.

A continuación se muestra la narrativa que construyó Malena sobre la mala cama que había tenido hacía pocos años; en ella, se transparenta la relación que guardan las condiciones materiales de vida en asentamientos como Las Flores y los problemas de salud. Malena asoció claramente su aborto con la falta de alimento y con la tensión experimentada ante la ausencia de recursos. Este relato ilustra lo mostrado en el capítulo anterior sobre la construcción sociocultural de la tristeza y su relación con la falta de recursos:

[...] y una de mis malas camas fue aquí en la colonia, porque me caí, no sé si se me desprendió la placenta, ya tenía tiempo, yo pienso que más bien fue por *mala alimentación, tantos problemas, tanta tensión*, no sé,

yo digo que todo se me juntó, porque fue cuando mi esposo casi no nos arribaba dinero y luego mi papá nos corría seguido y, este, *comíamos muy poco, comíamos mal*, y me caí una vez, me caí de rodillas y ahí sentí que algo se me jaló, pero yo no le hice caso. Como a la semana, más o menos, me acuerdo que llevé a los niños aquí cerca, al kinder, y ahí me detuve, y empecé a sangrar poquito, pero yo dije: “Ay”, y ya, este, se me hizo raro [...] ya era *la tristeza* encima de sentir que se me venía pa’ fuera todo.

### *Los hijos que mueren en el primer año de vida*

De nuevo, más de la mitad de las mujeres entrevistadas había perdido a uno o varios de sus hijos en su primer año de vida. Las narrativas sobre la muerte niña tienen una connotación emocional que impregna el relato de principio a fin. Las narrativas fueron muy descriptivas y estuvieron salpicadas de los significados e interpretaciones que las mujeres hacían con respecto a la muerte de sus hijos desde el marco de sus creencias religiosas; también permitieron ver los motivos de salud que las mujeres atribuyeron a la muerte de sus hijos, interpretaciones socioculturales ricas y llenas de significado: para algunas, sus hijos fallecieron porque les pegó el “mozosuelo: se atiriciaron [ponerse tiesos] y ya no recordaron más [no despertaron]”; para otras, murieron por “un susto” que les dieron a ellas, por lo que al amamantar al niño, la leche le hizo daño y lo enfermó de muerte.

La tristeza profunda, el dolor físico y emocional, la soledad y el coraje contra Dios y la consecuente culpa son algunas de las emociones que aparecieron con mayor fuerza en estos relatos. Las mujeres narraron también los sueños recurrentes después de la muerte de sus hijos y la lucha emocional entre “dejarlos partir” y “quererlos retener”. Los pequeños hijos muertos se convierten en ángeles, en niños que se ven entre sueños y que lucen una piel blanca y tersa, y se muestran sanos y “llenitos de su cara”.

Se muestra el cuerpo narrativo sobre la muerte del pequeño hijo de Elsa; en este relato se condensan y entretejen finamente las emociones y los vínculos sociales:

Una vez, el primer niño que se me murió, *yo lo velé sola, sola, sola, ya hasta me daba miedo*, le platico que mi marido se fue y se me murió [el niño] a las cinco de la mañana.

Pos mira, ya en el día, porque se murió en la noche, duró una semana enfermito del dolor y se quejaba bien feo, bien juerte, y lo llevábamos con doctores y dijeron que no, que sabe qué sería, yo nunca dormía, como estaba enfermo, él ya no dormía en toda la noche, pero ese día yo creo que ya sabía [el hijo] que ya se iba a morir, o él quería que me durmiera [el hijo] o no sé, oiga, no acabo de entender, yo estaba sentada con él, y él a queje y queje, ya eran como las diez de la noche y se quejaba y se quejaba y lloraba, le corrían las lagrimitas, yo creo de lo mismo que me veía preocupada, y yo lloraba también, me corrían las lágrimas, y a él también.

[...] ese día que le digo que nos acostamos como a las 11 y media, y dije: “Ay, Diosito, pos lo voy a cuidar”, y mi marido como se iba a trabajar, me dijo: “Ya acuéstate un ratito y tenlo en tu brazo”, “No, no me voy a dormir, porque si me duermo se me muere”, yo dije así, “porque pos está muy malito”, me quedé... nomás me quedé así... me ladié y lo tenía abrazado y no sé, no sé, no sé cómo se me cerraron los ojos, o no acabo de creer que si no me hubiera dormido lo había visto morir, entonces me quedé bien dormida hasta sentada, como que me durmió él [el hijo] con la vista, no sé, ya se iría a morir, y ya a las cinco, ya a las cinco recordé [desperté] fíjese lo que dormí, nos acostamos a las 11, 12, una [...] seis horas, nos levantamos, me recordé porque ya lo vi como atiriciado, pos por eso me desperté, bueno, *me desperté con la preocupación*: “Ay, mi niño, mi niño”, y ya no estaba ni sentada, estaba ladeada [...] entonces que me recuerdo y que le digo a mi marido: “Ay, mira, mira, está bien dormido, qué bueno que está dormido, que está descansando tanto, pobrecito, tanto que se ha desvelado, tanto que ha sufrido de las enfermedades, tanto que se queja, pobrecito, qué bueno que está descansando”.

Pero no me había fijado en la boca, oiga, y ya lo comenzamos así, lo comencé a apapachar, pero yo pensé que estaba dormido, ¡ay, no!.. en ese tiempo no teníamos luz, entonces prendimos un cerillo y ya lo juimos y

lo vimos, y le digo [al esposo] “Ay, mira nomás”, y le decía a mi hijo: “A ver, acuérdate [despiértate] ándale, ya es tarde [...] acuérdate”, pero yo pensé que estaba vivo, pero no [...] ya cuando lo jui viendo, tenía mucha sangre en todo esto [se toca su nariz y su boca] de la nariz se le recorría para abajo, “Ay, Dios mío, ¿qué le pasó?”, y ya lo juiimos viendo con los ojitos abiertos, y yo creía que estaba dormido, pensé que estaba débil, y no, ya lo voy tentando: tieso, tieso, bien frío, frío, y entonces ya dijo mi marido: “No, este no está vivo, está muerto”. No, oiga, es que es uno muy, *es uno muy llorón, muy chillón, y yo comencé a llore y llore, a gritar, oiga, con la desesperación*: “Ay, no, Dios mío, mi niño no, no quiero que se haiga muerto”, *yo comencé a gritar*.

Él [su marido] agarró su cobija, se envolvió con su cobija y se fue con su mamá, a avisarle que se había muerto el niño. Y ya se jue, ya no vino él [su esposo] se jue a la cantina, y yo ahí sentada, entonces vino un... mi suegro y me dijo: “¿Qué pues, luego, ese niño?”, estaba acostadito [el niño] y le digo: “Pos es que este hombre [el marido] no ha venido”, “No, ni vendrá”, dice, “ya se jue a tomar, iba pa’ la cantina”, “Ay, Dios, ¿y qué voy a hacer?”, “No, no te preocupes, ahorita vamos a poner una mechita y lo vamos a tender pa’ que lo veles”, y ya me trajo dos veladoras mi suegro y ya ahí ya lo tendimos, *él se jue pos a su casa [...] y ya yo me quedé sola, sola... velándolo*.

De acuerdo con la perspectiva de Riessman (1993) sobre los niveles de representación de la experiencia, esta narrativa atravesó por una serie de re-presentaciones de la experiencia inicial a través del tiempo y de la historia de vida propia de Elsa. Las maneras en que ella evaluó, dio sentido y significó la experiencia de muerte de su primer hijo, fueron transformadas, matizadas y permeadas por diversas experiencias y situaciones similares que Elsa había vivido a lo largo de los años. Ella comentó haber perdido después de este hijo, ocho más, todos habían nacido vivos y murieron a los pocos meses.

Bronfman (2000), quien ha realizado diversos estudios sobre multimortalidad infantil y redes sociales en el México pobre, habla de una serie de

factores que están relacionados de manera íntima con las posibilidades de que una familia logre salvar o no la vida de un hijo enfermo. Para él, existen ciertas características de la estructura y del funcionamiento de las unidades domésticas empobrecidas que condicionan las posibilidades del establecimiento de redes y el impacto positivo de estas ante los riesgos de muerte infantil.

En el caso de Elsa y su familia, los factores que se encontraban presentes fueron la debilidad o ruptura de las redes de parentesco a partir de la unión de la pareja, la ruptura de la red familiar de la mujer y permanencia de la red familiar del varón, la dinámica familiar conflictiva y la ausencia de una relación estrecha con los servicios formales de salud.

La narrativa amplia de Elsa permitió conocer cómo a partir de su matrimonio, con el que sus padres no estuvieron de acuerdo, se fracturaron gravemente las posibilidades de ayuda material y emocional por parte de su familia de origen hacia ella y su nueva familia:

[...] porque desde que me fui con mi marido, pos ni modo que lo ayuden a uno [su familia de origen] porque pos nunca me ayudaron desde que estuve de recién con él [con su marido] entonces menos ahora de cuando tuve a mis hijos, porque nunca me ayudaron cuando tenía a mis hijos, que se me morían, se me morían y nunca se pararon ellos a ir a decirme: “Oye, se te murieron tus hijos, venimos a velarlo”, nunca, oiga.

Esta fractura en las redes de parentesco de Elsa tuvo consecuencias importantes en la forma en que ella enfrentó la enfermedad y el fallecimiento de su hijo. Aun cuando Elsa vivía en el mismo pueblo que su familia de origen, el peso sociocultural de un matrimonio no aprobado por los padres determinó en gran medida las posibilidades de ayuda y de auxilio en una situación de crisis experimentada por primera vez en la vida de Elsa (su primer hijo muerto).

Otro factor importante, según la narrativa, tiene que ver con el bajo impacto que el sector salud tuvo en la solución positiva de la crisis de salud del hijo. Solo aparecen los actores o participantes “doctores” en una ocasión

y su contribución a la solución del conflicto fue nula. La narrativa amplia permite conocer las atribuciones socioculturales que Elsa y su familia política hicieron sobre la enfermedad del pequeño hijo. Se trató finalmente de un problema de salud ocasionado porque Elsa le dio pecho al hijo cuando sufrió un “susto” importante, lo que parece haber dañado de manera irreversible la salud del hijo. Es relevante conocer cómo la construcción del continuo salud–enfermedad está íntimamente asociada con la dimensión sociocultural.

El relato está orientado sobre todo a la descripción precisa y detallada de las acciones y de la secuencia de los eventos. Aunque es posible detectar el *abstract* de la narrativa y los elementos de orientación, evaluación y resolución, Elsa concentró su narración en el relato exhaustivo y fenomenológico de lo que había sucedido esa noche.

Esta información remite a Wood (1986) sobre la manera en que es posible acercarse al universo emocional del “otro”. Wood habla de cómo el análisis de narrativas es una de las formas más adecuadas para trabajar y explorar las emociones: “La emoción no es parte de la historia o el relato, es la historia misma”. La narrativa permite integrar aspectos múltiples de la experiencia: en ella se desarrolla, describe y detalla el episodio; las características de las personas involucradas; los vínculos existentes entre ellos; las implicaciones del evento y de las acciones tomadas en la vida de cada uno de ellos; si se perciben como pasivos o con capacidad de agencia, como controladores o controlados por los sucesos; la racionalidad de las acciones y las nociones de culpa y responsabilidad involucradas.

Elsa inició su narrativa con una palabra emocional: “Yo lo velé sola, sola” y después narró la historia, en la que se incluyen los diferentes elementos de la experiencia emocional. Un elemento presente en el relato es el proceso continuo de evaluación y búsqueda de significado a los hechos que se fueron viviendo durante esa experiencia. Elsa elaboró evaluaciones sobre la condición de salud de su hijo. En ellas es posible identificar la manera en que ella interpretaba los signos no verbales del hijo. Además, el relato lleva poco a poco al clímax de la narración y siembra en el que escucha (y en el lector), la noción, idea y sensación de un desenlace próximo. Es entonces



cuando surge la evaluación elaborada por el marido: “No, este no está vivo, está muerto”. Por último, Elsa centró la evaluación en su propia experiencia emocional: el llanto, el dolor, el grito, la desesperación y el deseo de que su pequeño hijo no hubiera muerto.

Estas líneas evaluatorias permiten explorar, desde el modelo de Riessman (1993), las formas en que Elsa deseaba ser conocida por el otro (el entrevistador). Ella se presentó a sí misma como una madre profundamente dolida por la muerte de su hijo, deseosa de encontrarlo todavía vivo y temerosa de encontrarlo muerto. Puso en la boca de su marido y no en la suya, las palabras más trágicas de la narrativa. Este dato tiene que ver con una condición de género donde existen ciertas atribuciones y roles que competen a uno y no al otro. Elsa reservó para su pareja las palabras que diagnosticaban la muerte del hijo, pero es en ella donde se puede encontrar el impacto emocional del fallecimiento del pequeño y no en su marido. Es ella quien llora, grita, se desespera e invoca a Dios en ese profundo y doloroso trance.

Otro elemento importante es la orientación en el tiempo que Elsa marcó repetidamente en su narrativa. Nueve alusiones directas al tiempo se encuentran en el cuerpo narrativo analizado. Había una insistencia constante en ubicar los tiempos específicos en los que habían sucedido los hechos. El tiempo juega un papel importante en el relato, ya que ofrece un marco de contención de los hechos; además, es crucial en esa frontera que separa la vida de la muerte: la noche acompañó los hechos más significativos. Además, Elsa relató cómo la había invadido el sueño y, cuando dormía, el niño falleció. En términos de Wood, la posibilidad de agencia por parte de Elsa disminuyó cuando dormía, aun sosteniendo en sus brazos al pequeño niño enfermo. ¿Qué expresaba Elsa con ello? ¿Cómo quería ser percibida por el otro? Es una madre muy cansada y preocupada, que sentada, inclinada, sigue abrazando y velando a su hijo, el sueño la vence y entonces viene el desenlace. La preocupación vuelve cuando recuerda (despierta). Ella aparece en el relato como un testigo sin posibilidad de agencia en el momento de la muerte, pero un testigo cercano físicamente a su hijo, más allá de la conciencia propia de la vigilia.

Es importante analizar el papel que juega el marido de Elsa en el relato que ella construyó. El relato gira sobre todo alrededor de una experiencia emocional que involucra en un primer plano a ella y a su hijo. La pareja juega un rol en apariencia secundario en la historia; sus apariciones son menores pero ofrecen una riqueza analítica importante. Elsa incluyó a su marido en el relato en acciones muy específicas: juntos llevan al niño al doctor, juntos se acuestan, juntos prenden un cerillo, juntos ven los ojos abiertos del niño; la pareja es excluida en acciones como desvelarse, cuidar al niño de noche o apapacharlo. Sin embargo, es él quien verbaliza la muerte del pequeño y quien sale de casa rumbo con su madre y, después, a la cantina.

En la construcción de Elsa, es ella quien está íntimamente involucrada en el proceso de muerte de su hijo, la pareja aparece a veces como un testigo secundario de los hechos y solo en momentos adquiere una posición central; por último, él desaparece físicamente y la díada madre-hijo adquiere mayor fuerza. Después llega el suegro y presta sus servicios en un velorio que apenas inicia. El relato de Elsa permite ver apenas lo que sucede en su pareja: él busca en el alcohol, la lejanía y la cantina un espacio que le permita dar cauce a su dolor y su pena. Los dominios de Elsa, sus espacios físicos y emocionales, no parecen coincidir con los de su pareja. Las arenas sociales donde cada uno se mueve tienen una lógica y una racionalidad que, lejos de permitir el contacto y la cercanía, invitan a la distancia y el aislamiento.

### *Los hijos que mueren ya “mayorcitos”*

Estos son los hijos que más duelen, “los que dejan más y más recuerdos”. En esta subcategoría se encuentran tres tipos diferentes de muerte en hijos mayores. Se trata de la muerte por accidentes urbanos, donde las mujeres narran eventos sorprendidos que acabaron con la vida de alguno de sus hijos; tiene mucho que ver la situación de la colonia y los hijos que andan solos y tienen que cruzar vías importantes, incluido el Periférico, para llegar a la escuela. Los accidentes a causa de atropellamiento son narrados por algunas de las mujeres.

Otro tipo es la muerte de los hijos en situaciones violentas, cuando las mujeres se refieren al asesinato de alguno de sus hijos. Dos de las entrevistadas han tenido que enfrentar este tipo de pérdidas: una perdió a su hijo cuando este migró a Estados Unidos y lo mataron en una balacera; la otra, debido a que su hijo era policía en Guadalajara y fue asesinado al estar cumpliendo con su deber.

Por último, se encuentra la muerte por enfermedad, cuando se refieren a la falta de recursos para atender problemas de salud de sus hijos a tiempo, y estos murieron a causa de las complicaciones de la enfermedad. Los problemas de salud narrados por las mujeres refieren enfermedades curables en su totalidad: tosferina, problemas gastrointestinales, hepatitis.

Analizar los diferentes tipos de muertes en hijos mayores permite encontrar matices emocionales importantes, así como formas diferenciadas de enfrentar y vivir el duelo. Las narrativas son elocuentes y dolorosas; las mujeres detallaron la secuencia de los eventos y los significados que le daban a cada uno de estos. El relato además permite conocer a profundidad la manera en que operan las redes sociales y de apoyo emocional ante el evento crítico y después de su resolución inicial.

La evidencia refleja duelos postergados ante la imposibilidad que viven muchas de estas mujeres para compartir de manera abierta su pena y su coraje, y ante la demanda cotidiana de continuar haciendo frente a la lucha por la sobrevivencia. El consenso sociocultural marca un tiempo de duelo y una forma específica de enfrentar la muerte de un hijo, la fortaleza de la madre es muy valorada y el dolor que no perece es sancionado a través del silencio.

Juana, una mujer que vivía en una unidad extensa con su pareja, su hijo y la familia de su hijo, narró la forma en que había perdido a su hijo hacía pocos años. El hijo trabajaba como policía y fue asesinado cumpliendo con su deber. En la narrativa destaca el comportamiento de los vínculos sociales y el apoyo emocional que de estos recibió. Estas narrativas muestran desde una perspectiva de género (Armon-Jones, 1986) las múltiples formas en que se refuerza socialmente la moderación femenina, entendida como las emociones de baja intensidad, asociadas a la resignación y aceptación

(aparente fortaleza) ante los eventos críticos de la vida como la muerte y la pérdida de los seres queridos. La iglesia tradicional, a través del sacerdote, como señala la narrativa de Juana, muestra también las formas de control emocional (Gordon, 1990) ante eventos de duelo. Por último, este caso muestra la lealtad del hijo vivo hacia sus padres, por encima de la lealtad hacia su propia pareja y descendencia. Este vínculo exacerbado tiene que ver con una estrategia compensatoria que recreó el hermano a raíz de la muerte del hijo mayor y con una forma sociocultural de construcción del vínculo entre madre e hijo.

[...] mi hijo siempre me dice: *“Amá, usted es bien fuerte, eres bien fuerte, porque otras personas en tu lugar, jefa, no, no lo hubieran soportado, porque tú eres más fuerte que mi papá, y más fuerte que yo, que somos hombres, tú tienes mucha fuerza de voluntad para superar las cosas”*, y le digo: *“Mijo, si nos ponemos los tres ahí a estar llorando, es cosa que nunca vamos a acabar y tiene que haber uno de los tres que somos, tiene que haber uno que tiene que tener un poco más de resistencia para hablarte a ti, para hablarle a tu papá, o ustedes para hablarme a mí”*, y me dice él: *“No, jefa, pero yo veo que tú eres bien fuerte, jefecita, y qué bueno, jefa, que sea así, bien fuerte para soportar las cosas”*, *“Pues, hijo, Dios le tiene a uno que dar fuerzas, porque son cosas muy duras”*. Yo siempre lo he dicho, *que tengo mucha fuerza de voluntad para todo, pero yo pienso para mis adentros que es muy fuerte perder a un hijo, y principalmente ya un hijo que le deja a uno muchos recuerdos [...]* Así pase el tiempo, hasta que yo me acabe, nunca, nunca voy a dejar de llorarle.

[...] y a veces digo, *no quiero llorarle, no quiero llorar [...]* porque me dijo el padre una vez, cuando yo lloraba mucho: *“No, mijita, ya no le ande llorando, déjelo descansar en paz, porque mientras usted le llore, él no descansa, no descansa él, él está también intranquilo, y mientras usted deje de llorarle, él también ya descansa”*. Y pues ya a veces digo: *“Ya no quiero llorar”*, y voy allá con él [al panteón] y sí le lloro un ratito, y digo: *“Ay, no, no quiero llorar, no, no, hijo, ayúdame a que ya no llore, ya no*

*tengo por qué llorar por ti, yo sé que tú estás conmigo, yo sé que donde yo ando, tú estás, andas conmigo”.*

[...] él [el hijo que murió] siempre me decía: “No, jefa, nosotros nunca los vamos a dejar, solamente que... —porque eran bien hocicones [los hijos]— que nos lleve la chingada, que nos lleve la chingada y entonces sí la vamos a dejar, pero por menos no, menos no”, y ahora este [su hijo vivo] dice: “No, mamá, yo nunca los voy a dejar, hasta que un día Dios me recoja pa’ con mi carnal, pero que yo... que diga esta mujer [su pareja] que no quiere estar con usted y que quiere que le ponga casa aparte, no, no mamá, nunca, es preferible que ella se vaya a su casa con sus padres que yo dejarlos a ustedes, porque para mí primero están ustedes que ella, también más primero están ustedes que mis hijos, aunque ellos sé que son mis hijos, pero ustedes son mis padres, y padres no voy a encontrar nunca, y hijos a lo mejor por ahí con otra tengo más hijos, entonces no los voy a dejar”, entonces pos él está aquí con nosotros, amontonado o como usted guste, con su mujer y sus hijos, pero ahí estamos, aquí seguimos...

### *Hijos dados*

Se refiere a las situaciones narradas por las mujeres donde se vieron en la necesidad de “dar a sus hijos” a otras personas y fueron ellas quienes tomaron esta difícil decisión. Una de las entrevistadas narró en detalle esta manera de perder a un hijo. Ella tenía una hija de cinco años, que vivía en Las Flores junto con ella y empezó a tener diversas enfermedades y alergias por la condición de este asentamiento. El polvo, las aguas negras, el aire constante y la falta de servicios, empezaron a mermar seriamente la salud de su hija. Esta mujer se había separado hacía unos años de su marido y este había formado una nueva familia y tenía una condición económica relativamente mejor a la de la entrevistada. Finalmente, tomó la decisión de darle su hija a su ex esposo.

Este tipo de narrativas refleja una gama de emociones muy importantes: la tristeza por perder la posibilidad de compartir la vida cotidiana con un

ser querido, la culpa por no tener los recursos para el cuidado y el bienestar del hijo, el coraje de tener que ceder a la pequeña a su ex esposo y a la nueva mujer de este. La narrativa muestra también las formas en que la mujer enfrenta esta pérdida y asume la decisión tomada.

### *Hijos quitados*

Se trata de varias narrativas que recogen experiencias de diversas mujeres entrevistadas a las que les fueron arrebatados sus hijos. Las implicaciones emocionales de un hijo dado y uno quitado son distintas, por lo que se agrupan en dos subcategorías diferentes. Los relatos de los niños quitados son tremendamente elocuentes y reflejan sobre todo la impotencia experimentada por las mujeres durante el evento y una cadena interminable de fantasías acerca de lo que habrá sido de ese niño. También está presente la culpa por no saber si se hizo lo suficiente en la búsqueda para recuperar al hijo arrebatado.

Una de las narrativas describe en detalle la forma en que un hijo recién nacido *desapareció* en el Hospital Civil de Guadalajara. La mujer narró cómo había visto a su hijo nacer y las frases de los médicos sobre la excelente salud del recién nacido. Ella no sabía leer, al hijo le pusieron una pulsera y lo llevaron al cunero; cuando quiso ver a su pequeño, este ya había desaparecido. Los médicos no solo dieron evasivas sobre este asunto sino que después de varios días le prohibieron a la madre y a su pareja el acceso al hospital por motivos de salud, ya que consideraron que la mujer podía contaminar a los enfermos por su escasa limpieza.

Otra narrativa describe el caso de una de las entrevistadas que dio a luz a un hijo cuando era adolescente y su padre, que se encontraba molesto por el embarazo de su hija soltera, se lo arrebató al nacer y lo entregó a *alguien* en complicidad con la madre. Esta mujer describe que desde entonces no ha podido hablar sobre este hecho con su madre, quien aun seguía viva.

En estas narrativas se evidencian experiencias de sufrimiento que están ligadas a condiciones de opresión y desigualdad. La falta de recursos, el desconocimiento sobre la forma de defenderse ante instituciones de salud

y el analfabetismo reflejan la configuración de relaciones asimétricas que de manera sistemática ponen en desventaja a quienes menos tienen.

### *Las fiestas y celebraciones*

La tercera categoría se refiere a *las fiestas y celebraciones*, narraciones de las mujeres en las que exponen el disfrute y el gozo ante eventos festivos familiares y religiosos. Malena evoca sus recuerdos festivos y plantea también la incertidumbre económica para poder celebrar en la actualidad este tipo de eventos para sus hijos:

[...] pues a mí fue la única que me lo festejaron, me hicieron mi fiesta, la misa, hubo conjunto, esa fue la etapa más bonita, los 15 años, porque es una ilusión muy bonita, que anhela uno cuando está uno chico, que ya le anda a uno por cumplir sus 15. Y yo pensaba que cuando tuviera a mis hijas les iba a festejar igual, pero, o sea, uno pone y Dios dispone, no se si tenga [dinero] de aquí a entonces, solo Dios sabe. Y es que yo pienso que son experiencias bonitas, cuando hacen su primera comunión, cuando salen de sexto.

### *La maternidad*

La cuarta categoría se refiere a la *maternidad*, y se divide en las siguientes subcategorías: la experiencia de ser madre, el parto, la educación de los hijos y la ancianidad. Se comentan dos de ellas, que concentran narrativas elocuentes sobre las formas en que operan las emociones.

### *La educación de los hijos*

Esta subcategoría retoma las experiencias significativas en torno a las formas de cuidado y atención a los hijos, así como las dificultades que en ello se tiene cuando se vive en situaciones económicas precarias. En el capítulo anterior se mostró en el diagrama emocional sobre la construcción social

del enojo (véase el diagrama 6.2), la relación existente entre este tipo de malestar y el contexto doméstico y de cuidado de los hijos.

Las mujeres reportaron como forma de regulación emocional principal ante las emociones de enojo y desesperación, el desquitarse con los hijos de diversas formas: pegarles, desatenderlos, gritarles, regañarlos e ignorarlos. El maltrato a los hijos asoma también en la primera categoría del diagrama expuesto en este capítulo: violencia de ella hacia los hijos.

El enojo, el coraje, la desesperación que sienten muchas de estas mujeres tiene que ver con la irresponsabilidad económica de la pareja y, por tanto, con las dificultades para solventar mínimamente los gastos del grupo doméstico. Este coraje es desviado y canalizado hacia un espacio de *dominio femenino* (los hijos), que permanece resguardado por las fronteras de lo privado.

El coraje, en su dimensión social, demanda ser analizado a partir de las formas de diferenciación, socialización y control emocional que se aprenden desde la infancia (Gordon, 1990). La violencia de las madres hacia sus hijos, sea emocional o física, no es una forma *natural* de expresión de emociones tales como el coraje, el enojo, la ira, se trata más bien de analizar los procesos socioculturales a través de los cuales se aprende el lenguaje de la violencia (Perinbanayagam, 1989).

A continuación se muestra el relato de Malena, una mujer que había quedado viuda con hijos pequeños y con dificultades para encontrar un empleo que garantizara la sobrevivencia de su familia; se subraya la necesidad de entender y asumir la violencia doméstica como una respuesta social que rebasa las fronteras de lo individual y de lo familiar:

O sea que con tanto problema, con tantas necesidades, *yo ando muy nerviosa, de cualquier cosa me altero, me enojo, les pego [a los niños]* Y yo no quiero ser así, yo sé que no está bien y sufre uno mucho, yo no quiero ser así, pero no sé, de cualquier cosa me altero. A veces siento aquí en el cerebro, no sé, cuando me enojo, siento que algo se me sube aquí al cerebro, no sé... como que me domina. Y a la niña yo le pego mucho, yo no le quiero pegar, pero es que a veces le doy para el camión [para ir a la



escuela] para que no se tarde y se viene a pie y a veces ya me llega después que pasa el camión, pues a mí *me da mucha preocupación por tanta inseguridad que hay por aquí y también me da mucho coraje con ella.*

Y luego en veces esta hija les pega a los hermanitos y le digo: “¿Se te hace bien lo que le hiciste a tu hermano? Eso es de delincuentes, hija”, digo, yo sé que no está bien, yo *pienso que en parte es mi culpa que sean así, que sean violentos.* O sea, yo quiero tratar de mejorar con ellos, porque no es una vida de familia, así la que estamos llevando. Yo *por más que quiero ser paciente y quiero ser amable con los niños, a veces no puedo.*

### *La ancianidad*

Esta subcategoría se encuentra incorporada a la categoría maternidad porque la forma en que las mujeres miran su ancianidad esta íntimamente ligada con su rol como madres y sus expectativas en torno a los hijos con el paso del tiempo. Se reúnen tres narrativas que ilustran sobre tres escenarios familiares distintos. La pobreza y las redes sociales, en particular con los parientes, tienen un papel central en la forma en que se mira y se vive el proceso de envejecer.

El primer escenario muestra una construcción alternativa (un contraejemplo) sobre la ancianidad, se trata de Maricela, una mujer separada que mira el futuro con una perspectiva no tradicional, donde su esperado rol como abuela es cuestionado de manera abierta y directa. Ella rompe en su discurso con la expectativa de la maternidad prolongada y se asume como una mujer con decisión y vida propia. Su narrativa refleja un pensamiento distinto y una agencia mayor en tanto formas de vivir la vida, su larga trayectoria como mujer separada e independiente confirma los hallazgos reportados por otros autores (González de la Rocha, 1999c; Chant, 1999): “y yo realmente te voy a decir que yo quedarme a cuidar nietos ¡no! ¿qué hago aquí encerrada y con el chiquillero? Me muero más pronto, ¡así es que no!”

Como segundo escenario, en contraste con el primero y de mucha mayor presencia en el contexto sociocultural estudiado, se expone el caso de Mariluz y su familia (vive con su pareja y cuatro hijos). Para ella, la ancianidad

significa soledad, tristeza y pérdida de valor y autoestima. La narrativa dibuja con nitidez la construcción social del género femenino en términos esencialistas: la mujer en tanto madre es la premisa fundamental:

Sí, cuando ellos se vayan yo, *yo voy a tener que estar sola y eso me apura, me apura* en cierta manera, económicamente no, porque, digo, yo pienso trabajar hasta que de veras ya no pueda, no quiero depender de lo que ellos me den, no quiero, no quiero que digan: “No pues tengo que darle a mi mamá, ya ves, hija” o decirle a la mujer “Pues sabes qué, hija, pues te voy a dar tanto porque le tengo que dar a mi mamá”, eso no lo quiero yo que pase, ¿verdad?... Quiero yo siempre trabajar, trabajar, trabajar, trabajar, ¿verdad? Pero emocionalmente sí pienso que sí se tienen que desligar [los hijos] de mí y es cuando yo pienso que *voy a estar, pues triste, ¿verdad? porque ellos ya no van a estar*, ya no me van a necesitar, es cuando *yo pienso que voy a devaluarme* y voy a llegar de ser algo que ahorita soy y que, que soy como quien dice la base de la familia, ¿verdad? este, que soy la que tiene que preparar el alimento, soy la que tiene que darles la ropa limpia, tiene que estarles revisando tareas, todo eso, pienso que todo eso se va a terminar, entonces *pienso que es cuando yo me voy a devaluar y no voy a valer para ellos, no voy a valer nada, porque cuando uno llega a ser un anciano uno llega a ser nada más un estorbo, ya no vale uno nada, eso pienso yo.*

En el tercer escenario se encuentra doña Mary, una mujer mayor que expresa en su narrativa emociones como la soledad y la tristeza. La comida, elemento clave en este relato, se manifiesta en dos niveles: el primero refiere la escasez de alimento como tal; el segundo, lo muestra como metáfora del afecto y la necesidad de compañía. Es a través de la comida como doña Mary plantea la necesidad de los vínculos:

[...] pienso en que, digo, *si él [su hijo] estuviera aquí, pos yo no estaba sola*, porque viera *qué triste es estar uno solo*, porque ni a quién le diga uno: “Oiga, tengo hambre, quiero comer, vamos comiendo”, *por eso estoy a*

*gusto cuando estoy con mi hijo [en su casa] porque allá las muchachas [las nietas] “Ándele, abuelita, véngase a comer y ándele, abuelita, ¿ya comió?” y yo: “No tengo hambre orita, hija”, “Ah, no, no, no, no, no, de una vez vamos a comer” y ya digo: “Bueno” y ya me siento y como, “Ai ta, ya ve, ¿no que no tenía hambrita? ¿vio que sí?”, y acá [en el cuarto donde vive] ni quién me diga nada, hay veces que, no le echo mentiras, pero, como orita, no he almorzado, ya si nadie me dice, ya no almuerzo... Y ya al rato me hago la comidita, alguna sopita o lo que puedo, y digo “Al ratito como” y me quedo oyendo el radio un rato y se me va el hambre y digo “Hasta la noche que vengan los niños [sus nietos]” y ya llegan los niños y veces cenan con su madre y les digo “Oigan, hijos, vamos a cenar, ¿calentamos?”, “Ya cenamos” dicen ellos, “Ah, bueno, vámonos a dormir”, y ya no cenan y ya no como, ni ceno, ni nada, y les digo “Ay, Dios mío”, yo creo que es de lo que me agarran los nervios y me agarra la desesperación, me duele la cabeza y me duele, y digo “Ha de ser de lo mismo que no como”, ¿edá? y por eso en veces me agarro platicándole a Dios, “Ay, si no estuviera sola, pos alguien me diría que comiéramos y ya algo arrimábamos de comida, lo que fuera, una sopita”. Y yo siento desesperación, digo “Ay, Dios mío, si pudiera caminar me iba yo de aquí a trabajar por ahí, a sacar dinero para ir a ver a mis hermanos y para no estar pidiendo ayuda”, que estoy que ándale que quiero ir, o que quiero hacer esto, ansina ni les andaba rogando [a su hijo o sus nietos] y esa es mi desesperación... Y pos me da nomás por llorar de mi impotencia, de decir “Señor, no puedo, ¿qué hago?” Lloro mi rato y luego digo “Perdóname, Dios mío, ya no voy a llorar” y ya me limpio mis ojos y ya me controlo yo sola.*

### *Las enfermedades*

La quinta categoría se refiere a *las enfermedades*. Las familias pobres urbanas lidian con ellas de manera cotidiana y continua. El diagrama 6.3 expuesto en el capítulo anterior, señala la presencia de enfermedades en la familia como la situación central para la expresión de este tipo de malestar emocional

femenino. Otra vez las condiciones de opresión y de desventaja socioeconómica están asociadas de manera íntima con el sufrimiento y la pena.

### *Alcoholismo*

Se incluye tanto en ella como en la pareja. Se destaca este aspecto por su fuerte presencia en muchas de las narrativas analizadas. El alcoholismo en las mujeres es un tema en apariencia *invisible* porque transcurre, en muchos de los casos, al interior del hogar y está vinculado con las penas, el sufrimiento y la soledad. La pérdida o muerte de seres queridos, los duelos no resueltos, en particular por muerte o pérdida de los hijos, como muestran las historias de Mónica y Juana, y las prácticas de consumo de alcohol, señalan una relación importante. Mónica tuvo un periodo de alcoholismo prolongado, al igual que doña Mary, y fue a través de AA (un vínculo social determinante) como lograron controlar su problema.

En la narrativa seleccionada, doña Mary construyó finamente los hilos emocionales que entretejieron su experiencia con el alcohol. Las emociones se van transformando, renombrando y resignificando de acuerdo con la historia del vínculo con el alcohol. Es AA el vínculo que resignifica la experiencia emocional (“cruda moral”) y ayuda a enfrentar el consumo excesivo de alcohol.

El consumo de alcohol en las mujeres pobres urbanas no debería ser visto exclusivamente como una patología del campo de la salud mental y de carácter meramente individual. Esta explicación lo aísla de un contexto socioeconómico y cultural que lo contiene, mantiene y oculta. Así como se mostró en el capítulo anterior la práctica de consumo de medicamentos para mitigar el sufrimiento asociado con el hambre (Scheper-Hughes, 1997), la escasez de recursos y las dobles y triples jornadas en las mujeres, el alcoholismo también es una forma de regulación emocional, tradicionalmente masculina, que busca mitigar un malestar que va mucho más allá de un padecimiento con orígenes y causas individuales. El alcoholismo en las mujeres pobres urbanas no se cura en los consultorios médicos-psiquiátri-

cos ni en los confesionarios sino en las transformaciones estructurales que permitan mejores condiciones de vida y el fortalecimiento de la agencia de las mujeres. Doña Mary relata:

[...] no, me la daba a juerzas [la bebida] porque me decía que si no tomaba me golpeaba, y yo *le tenía miedo*, yo estaba, como le digo, chica, y luego pos nos criaron de esas niñas que no salíamos ni a la calle, entonces *pos yo le tenía miedo* y dije “de veras me va a pegar”. Y yo para que no me golpeará... bebía, y *ya luego ya me gustó a mí el efecto*, porque el sabor nunca es bueno.

Y todo empezó cuando yo empecé a tener familia, mi esposo empezó a tomar muy duro, y llegaba a la casa y tenía que tenerle una ollita de agua para echarle el vino, y yo nunca había probado el vino, y ya él llegó una vez, y como en veces su mamá y él tomaban, me dijo “Ponme dos vasos” y le eché agua, después té, y ya jue y le echó brandy o sabe qué y luego me dice “Toma”, le digo: “¿Para tu mamá?”, “No, para ti y te lo vas a tomar”, le dije “No, yo no tomo, yo no sé tomar eso”, me dice: “Hoy te lo vas a tomar y si no, te lo echo en el pelo”, y entonces yo tenía el pelo grande y estaba recién bañada y me lo aventó bien caliente el agua... y me dice: “Y ora vete a servir otro”, y me fui a servir otro, “Y ahora te lo vas a beber y si no, te friego”, *no pos yo me asusté y empecé a tomar con él*. Y ahora gracias a él soy una alcohólica, pero gracias a mi padre Dios y a AA sin beber ya tengo nueve años, como le digo, gracias a Alcohólicos Anónimos y a mi nuera, que Dios le dé el cielo.

Y es que yo *duré muchos años tomando y me sentía cohibida, triste, acongojada y avergüenzada, muy avergüenzada, hum, llegaba agachada [a casa de su nuera], y yo callada*, y yo siempre he sido muy platicadora, y me decía mi hijo “Bueno, ¿por qué no platicas? ¿por qué estás tan triste? ¿qué te duele o que?” “No, nada”, “¿Cómo no? ¿o porque no has tomado alcohol..?”, “No, hijo no, no pos”, y *nos enseñaron en alcohólicos anónimos que eso era la cruda moral*. Y es que fue un taruguisimo mío de creerme de beber y ahora *le pido a Dios no creerme de beber, porque sé que es una enfermedad que a mí me va a hacer mal*.

## *El trabajo femenino*

La sexta categoría se refiere al *trabajo femenino*, en el diagrama se señalan las fronteras difusas entre las actividades intradomésticas y extradomésticas. Esta categoría ha sido analizada en el capítulo III.

## *Las relaciones de pareja*

La séptima categoría se refiere a *las relaciones de pareja*. Se desagrega de acuerdo con el análisis inductivo del material total de las entrevistas transcritas en cuatro subcategorías. Como ejemplo, se presenta a continuación la subcategoría referente al ejercicio de la sexualidad.

## *La sexualidad*

Este es un tema que difícilmente abordan las mujeres. En el siguiente capítulo se muestra cómo dentro de las temáticas conversacionales que practican las mujeres con sus redes de apoyo emocional, la sexualidad es el tema del que menos se habla o del que nunca se hablaría. Por ello, la entrevista a profundidad y de enfoque biográfico, realizada después de un intenso trabajo de campo y de la creación de un vínculo adecuado con cada una de las mujeres, permite recoger a lo largo de varias sesiones algunas narrativas que ilustran los tonos emocionales y los contextos relacionales en los que las mujeres practican su sexualidad.

La primera narrativa muestra la construcción de Ángeles, una mujer violentada por su pareja desde hacía muchos años, sobre la forma en que vivía la sexualidad en su relación. Ángeles evitaba el contacto sexual con su pareja y buscaba formas de “mantenerse a salvo”. La relación sexual es percibida como un peligro en el que las posibilidades de agencia femenina son escasas. El coraje reprimido, la aparente “ausencia de emociones” y “no poner resistencia, desistir”, son las expresiones y formas de regulación emocional que había desarrollado:

[...] Y que está insistiendo y le digo: “Ay, hombre, ahorita”, y yo me siento a hacer mis cosas, y le digo “Espérate”, o le digo “Espérate a que se duerman las niñas”, y como él así ha sido cuidadoso en ese aspecto de las niñas, este, y *pos se duerme y ya, ya me salvé*, así es como, como pues hago que, ese es mi método, que se duerme y siempre se duerme, y ai me la llevo.

Y cuando en la madrugada que estoy acostada, y pos hace lo que tiene que hacer, ya quiera yo o no quiera, no me dice que si quiero sino que... y *me da coraje*, porque estoy bien dormida, bien a gusto, y como te digo, *yo ya no siento nada, coraje es lo que me da*. Y, o sea, normal, *yo me desisto, ya no pongo, ya no pongo, como se dice, ya no pongo resistencia*.

En la segunda narrativa, Mariluz muestra un escenario distinto: una sexualidad insatisfecha por aparentes problemas de salud en la pareja. Las formas de significar esta insatisfacción, así como las estrategias de enfrentamiento, muestran pautas socioculturales importantes. De igual manera, destaca el papel del sector salud como vínculo formal en tanto sancionador y regulador del comportamiento sexual femenino, de acuerdo con una visión tradicional de los géneros y de la propia sexualidad.

[...] bueno, pues, este, pensaba yo que, que el tener relaciones era lo más, lo más importante, y ahora ya no, porque ya tengo dos años nueve meses que mi esposo, este, no, no estamos juntos, porque él está diabético y, este, y pues no, no puede, ha tomado algunos tratamientos naturistas y eso, pero no, no. Y la mayoría de los hombres que tienen diabetes [dicen] “Uy no, cómo que no, si yo soy bien gallo”, pero no es cierto, porque yo he ido a las pláticas al Seguro, y me han dicho a mí los doctores “*Señora, tenga paciencia*, usted ya hizo una vida con su esposo, *ya ahora viene la otra etapa de la quietud*, ya ver a los hijos grandes” y todo eso, pero *a veces sí me siento un poco egoísta*, porque digo: “No, es que yo no tengo la edad como para no tener relaciones”, y *tantito me destanteo ¿verdad?* pero pues ahí estamos luchando, ¿verdad?

Y cuando vamos a algún lado y que platicamos y estamos juntos, pero de eso nada, a la noche ya se va a dormir “Ai buenas noches, Chaparra”, “Buenas noches, Gordo”, o así, a veces: “Vente” y así, un cariñito o algo así, sencillo, pero no, también no me gusta mucho el empezar que el besito, que ya me agarró aquí, que ya me agarró acá, porque yo lo veo que luego, luego, empieza, y sé que eso le afecta mucho, entonces, este, por eso, este, “Duérmete, Gordo, déjame dormir ya, ya tengo sueño, ándale, duérmete, duérmete” y cosas así, para que no empiece, para que no le afecte, ¿verdad? porque yo veo que, que quiere y “Ay, Chaparra, no sirvo para nada, mira nomás a lo que hemos llegado”, y así, cosas así, entonces *ya después me empieza a afectar eso a mí* y yo digo “No, mejor así, lo he retirado así de mí”. Y transmitirle yo también que no es lo básico, que lo básico es estar juntos y luchando, ¿verdad? para sacar a nuestros hijos adelante, más que nada por ellos, ¿verdad?

Las narrativas expuestas en este capítulo tienen una fuerza evocadora que puede dar lugar a múltiples lecturas e interpretaciones. El marco a partir del cual se interpretan responde al enfoque constructivista (Coulter, 1989; Swanson, 1989; Hochschild, 1990, y Perinbanayagam, 1989) y a la noción planteada por Wood (1986) y Gordon (1990) sobre el análisis de las emociones a través del análisis de las historias, es decir, entender la emoción como el relato mismo.

La construcción del diagrama expuesto al inicio de este capítulo da cuenta y, por tanto, estructura, orden y jerarquía a las múltiples “vivencias” expresadas por las mujeres a través de sus historias. Este diagrama responde a un ejercicio evidentemente inductivo, elaborado en un contexto particular y que responde interpretativamente a ese contexto.

Estudiar la pobreza a partir de su dimensión emocional es una de las aportaciones de esta investigación. El análisis de las emociones ligadas al sufrimiento en contextos de exclusión y precariedad económica muestra las múltiples formas en que se entretajan las condiciones estructurantes de las sociedades contemporáneas y las formas en que significan, representan y enfrentan las emociones.



Trabajar la dimensión sociocultural de las emociones en contextos de pobreza y exclusión abre una puerta importante para el entendimiento de las subjetividades. Las emociones dan cuenta de las múltiples formas en que se interpretan y enfrentan los hechos sociales; se encarnan por fuerza en los contextos y es en las historias, en las formas en que representan las experiencias de la vida en sociedad, como se puede tener acceso a esta fuente de información.

Entendida como un fenómeno complejo y multidimensional, la pobreza necesita también ser abordada de manera analítica a partir de su dimensión emocional. El malestar emocional de las mujeres pobres urbanas tiene una implicación estructural. El hambre, las privaciones, el entorno urbano marginal, las precarias condiciones laborales, son elementos determinantes en la configuración social de emociones como la desesperanza, la inseguridad, la impotencia y la desesperación.

Analizar el carácter sociocultural de las emociones en contextos de exclusión aporta elementos hacia las formas de entender y atender el sufrimiento. El coraje, la tristeza, la desesperación, el miedo, buscan mostrar un camino poco andado, en el que las explicaciones en términos individuales o desde el binomio salud–enfermedad mental son rebasadas.

Las emociones se acrisolan en los receptáculos de las clases sociales, de las relaciones de género, de las identidades étnicas. En las emociones sociales se cristalizan las relaciones de poder, las lógicas de inclusión–exclusión social, las formas en que los distintos actores sociales se perciben a sí mismos y construyen sus relaciones y formas de intercambio con los otros.

El análisis constructivista de las emociones en contextos de exclusión puede ayudar en mucho al entendimiento de los determinantes que subyacen al fenómeno de la pobreza. A partir del camino andado, se sugieren algunas líneas emocionales a seguir trabajando.

El deterioro evidente de las redes sociales y de ayuda mutua en contextos de pobreza urbana en las grandes ciudades implica detenerse en el estudio de la construcción social de la “confianza urbana”. Los tejidos emocionales, conductuales y cognitivos que anidaban la confianza en el otro se han deteriorado en los contextos urbanos contemporáneos.

Es necesario explorar de manera analítica los remanentes socioculturales de esa forma de entender la confianza urbana y conocer los nuevos significados y comportamientos sociales que pueden favorecer las relaciones de confianza, solidaridad y asociación entre los pobres urbanos extremos. De igual forma, es central continuar profundizando en la construcción social de la reciprocidad y de la caridad en el entorno urbano. El papel que juegan los distintos actores en el acto del don y la forma en que se significa en la actualidad, y a través de un proceso intersubjetivo, el dar y el recibir.

El aislamiento social y las emociones que lo connotan es una línea de investigación importante en el campo urbano. En la evidencia mostrada destaca la presencia de familias que reportaron no contar con nadie en caso de necesidad económica o ante la necesidad de apoyo emocional. Esta paradoja urbana de la soledad frente a la multitud requiere de análisis cualitativos que aporten elementos para fortalecer, potenciar y activar los tejidos sociales urbanos.

De igual manera, la inseguridad y su relación con el miedo urbano son emociones eminentemente sociales que, como se ha mostrado a partir de la evidencia, juegan un papel central en la construcción del malestar emocional. Estas emociones adquieren sentido y significados específicos de acuerdo con los múltiples escenarios urbanos. El eje de la inclusión–exclusión puede ayudar a entender las formas de significar, regular y representar corpóreamente estas emociones.

El análisis sociocultural de las emociones implicadas en la violencia doméstica es un camino que puede dar luz no solo para el entendimiento del fenómeno violento sino también para el diseño de estrategias de intervención. Destacan emociones como la vergüenza, el miedo y el coraje en el fenómeno violento contra la mujer, en el que, sin lugar a dudas, las relaciones de poder en la pareja juegan un papel central.

Es necesario trabajar sobre la construcción social de la esperanza en el entorno urbano y desde sus múltiples frentes. En particular, las formas en que los pobres urbanos, hombres y mujeres de diferentes edades, imaginan, significan, representan y luchan por la esperanza.

## VIII. REDES SOCIALES Y DE APOYO EMOCIONAL EN MUJERES POBRES URBANAS: MARCO CONCEPTUAL

[...] mientras en otras partes hay que pertenecer a un grupo para vivir, ya sea un clan, una comunidad aldeana o tribal, y ese grupo ayuda a vivir. En nuestra sociedad, el hecho de pertenecer a una familia no proporciona a nadie, de por vida, sus condiciones de existencia, sea cual fuere la solidaridad existente entre sus miembros [...] sin dinero, sin recursos, no hay existencia social y, en última instancia, ni siquiera existencia a secas, ya sea material o psíquica (Godelier, 1998: 12).

Estudiar la dinámica de las relaciones humanas implica abordar el tema de las redes sociales, de los lazos de intercambio y ayuda mutua, del conjunto de vínculos sociales que permiten entretejer el nicho social desde el cual se enfrentan las demandas cotidianas de la existencia.

En México, así como en otras regiones de Latinoamérica, el deterioro en las condiciones materiales de vida ha generado en los últimos años profundos y necesarios cuestionamientos que buscan confrontar a la comunidad académica, a las autoridades y a la sociedad en general, sobre los alcances y limitaciones actuales de las redes de relaciones y de intercambio recíproco como estrategias exitosas de sobrevivencia cuando se vive en pobreza.

Producto de un trabajo etnográfico serio y sostenido, varias reflexiones académicas han puesto sobre la mesa de discusión las posibilidades reales que hoy tienen las familias empobrecidas del país para sobrevivir haciendo uso de sus redes familiares, vecinales y de amistad, donde el factor *reciprocidad* juega un papel fundamental (González de la Rocha, 1999a y 1999b; Estrada Iguíniz, 1999; Bazán, 1998; Salazar, 1996, y Abello, Madariaga y Hoyos, 1997).

Asimismo, la dimensión *emocional* de las redes sociales ha sido poco abordada en el campo de las ciencias sociales, en específico de la antropología social, esto es, el nicho de relaciones que el ser humano entreteje a lo largo de su vida para hacer frente al dolor, a la adversidad, a la dicha, a la felicidad, esos espejos sociales que permiten reconocerse en los otros, encontrarse con ellos, compartir la intimidad, dejar aflorar la vulnerabilidad, descubrir historias en común y continuar el camino. Son esos vínculos emocionales que actúan como agentes protectores ante la soledad, el aislamiento social, el desamparo y la desesperanza.

Aun cuando en diversos estudios se analiza el papel moral y emocional que desempeñan las redes sociales en la vida de los seres humanos, el abordaje en esta materia no ha sido central y la función emocional es percibida como una más de las cualidades y los atributos propios de las redes sociales. Así como las redes sociales no son recursos inagotables para hacer frente a la pobreza (González de la Rocha, 1999a), tampoco lo son cuando el punto de interés es el bienestar emocional de los sujetos.

En este sentido, resulta necesario el análisis profundo y sistemático de las determinantes sociales, culturales y económicas actuales que mantienen, fortalecen o erosionan las redes sociales y de apoyo emocional entre los más pobres del país, en concreto el caso de los hogares pobres urbanos y de las mujeres que los habitan.

## **Sobre el don y el intercambio social**

A partir de material etnográfico diverso, Marcel Mauss (1974) analiza las formas que adquiere el intercambio en grupos socioculturales específicos. El

autor centra su atención en esa triple relación que implica el dar, el recibir y el devolver. Para Godelier, quien revisita y analiza esta obra a partir del comportamiento de las sociedades en la época actual, la pregunta central de Mauss fue:

¿Qué es lo que hace que en sociedades, épocas y contextos tan diferentes, los individuos y / o los grupos se sientan obligados, no solamente a donar o, cuando se les dona, a recibir, sino también se sientan obligados, cuando han recibido, a devolver lo que se les ha donado, y a devolver, ya sea la misma cosa (o su equivalente), ya sea alguna cosa mayor o mejor? (Godelier, 1998: 23).

Mauss buscó establecer relaciones entre los modelos de intercambio de donativos y las estructuras sociales existentes. Para él, era posible encontrar sociedades donde el don se manifestaba de manera espontánea y desinteresada entre los individuos y grupos sociales. El don, en este sentido, implicaba más que el objeto mismo: a través de él, el que daba, el que recibía y el que retornaba lo recibido permanecían vinculados por el espíritu inherente a los individuos y a las cosas que se donaban.

Las sociedades descritas por Mauss parecen estar regidas por una economía y una moral del don, mientras que las occidentales están gobernadas por una economía y una moral de mercado y de la ganancia. Para Mauss, en las sociedades orientadas a la moral del don se cubrían ciertas condiciones indispensables para que este tipo de interacción social se concretara. Es decir, espacios sociales donde las relaciones personales desempeñaban un papel primordial y cada uno de los individuos y grupos involucrados promovían este tipo de relaciones como base primordial de la sociedad. Además,

[...] se necesitaba que las relaciones sociales fueran de tal forma que los individuos y los grupos que se encontraban implicados tuvieran el mayor interés, para reproducirse y reproducirlas, en mostrarse desinteresados. Y el interés en donar, en mostrarse desinteresado, residía finalmente en un

carácter fundamental del don, que es que, en dichas sociedades, lo que obliga a donar es el hecho de que donar obliga (Godelier, 1998: 29).

Para Godelier, las sociedades capitalistas actuales presentan condiciones sociales diferentes a aquellas que daban argumento y sentido a las tesis sobre el don planteadas por Mauss. En la actualidad se vive en sociedades donde el *tejido social* se ha desmembrado y el fenómeno de exclusión social ha adquirido dimensiones alarmantes. Para este autor, la existencia social de los individuos depende de la economía, de modo que cuando un sujeto pierde su empleo, en realidad está perdiendo mucho más que eso. En este contexto de exclusión surge de nuevo una invitación al don que promueve de muy diversas maneras, más allá de las creencias religiosas y virtudes teologales, los gestos de solidaridad entre los individuos y los grupos sociales.

El papel que los medios masivos de comunicación juegan en la actualidad, ha permitido que los seres humanos tengan acceso al fenómeno de la miseria, el hambre y la enfermedad que existe en el mundo. Ya no es, comenta Godelier, “el sufrimiento de nuestros vecinos el que solicita nuestros dones y nuestra generosidad, sino todo el sufrimiento del mundo” (1998: 16). En la realidad actual y en el contexto de las campañas masivas e internacionales de acopio y ayuda, el acto del don conecta a los individuos abstractos: donantes que desean expresar su solidaridad y donatarios que representan, a través de sus rostros, la carencia y la necesidad de muchos otros individuos.

El papel del don en las relaciones sociales que implicaban compromisos de reciprocidad entre parientes, amigos y vecinos, donde la ausencia de “cálculo” era un factor fundamental, se ha transformado de manera significativa a partir de los procesos de globalización que ha vivido el mundo. Aun así, comenta Godelier, en los contextos actuales de sociedades industrializadas, el don no ha perdido ni su carácter personal ni su carácter voluntario. Existen claramente intermediarios y mediadores que generan un puente “virtual” entre el donante y el donatario, a través de fundaciones dedicadas a la caridad y asociaciones internacionales de asistencia. De esta forma se hace una nueva invitación al acto del don, que adquiere una dimensión nueva con

respecto a las prácticas de reciprocidad e intercambio que caracterizaban a las sociedades “arcaicas o atrasadas”, estudiadas por Mauss.

## **Definición y caracterización de las redes sociales**

El estudio y la conceptualización de las redes sociales y de intercambio social han sido tareas asumidas por diversas disciplinas tanto en el campo de las ciencias sociales como en el de las ciencias de la salud. En este sentido, la categoría red social presenta diversos matices conceptuales y operacionales de acuerdo con los objetos de estudio propios de las diferentes áreas del conocimiento.

Para Sluzki (1996), el contexto sociocultural en el que está inmerso el sujeto social determina de manera sustantiva su universo relacional. La red social personal del sujeto puede ser definida como la suma de todas las relaciones que un sujeto percibe como significativas o define como diferenciadas de la masa anónima de la sociedad. Esta red corresponde al nicho interpersonal del individuo y contribuye sustancialmente a su propio reconocimiento como tal y a su imagen de sí mismo. En este sentido, para el autor, la red social personal puede ser registrada en forma de un mapa mínimo que integre los cuadrantes o áreas básicas de la vida relacional de un individuo dado: la familia, las amistades, las relaciones laborales y escolares, las relaciones comunitarias y de servicio o de credo.

Larissa Adler de Lomnitz, quien realizó un estudio sobre redes sociales en una población marginal de la ciudad de México (la Cerrada del Cóndor), define a la red social como el conjunto de relaciones de intercambio recíproco de bienes y servicios en un espacio social determinado. La autora hace una diferenciación importante en cuanto a tipos de redes sociales. En primer lugar, está la red egocéntrica, que se refiere al total de individuos con quienes ego intercambia de manera recíproca bienes y servicios. En segundo, se encuentra la red exocéntrica, donde “lo característico no es el intercambio con un individuo determinado, sino el intercambio de todos con todos” (1975: 143). En este sentido, las redes egocéntricas y exocéntricas pueden presentar algunas variaciones en su composición y funcionamiento.

Para la autora, las redes exocéntricas tienden a ser más intensas y duraderas que los vínculos sociales logrados en una red egocéntrica.

Desde esta perspectiva, la definición de red social propuesta por Sluzki retomaría sobre todo las características de una red egocéntrica; esto tiene mucho que ver con el objeto de estudio del autor. Para Sluzki, se trata principalmente de conocer las relaciones existentes entre la salud del individuo y la composición de la red social personal; mientras que para Adler de Lomnitz, el foco de interés radica en el papel que juegan las redes sociales y de intercambio recíproco en la lucha por la sobrevivencia en sectores urbanos marginados.

González de la Rocha (1986) y Estrada Iguíniz (1999), al igual que Adler de Lomnitz, abordan la tipología de la red social en cuanto a las características relacionales entre los sujetos, en términos de jerarquía. Las redes horizontales están sustentadas en la base del parentesco y en las condiciones sociales y económicas de vida similares entre los diferentes individuos que las componen. Para Adler de Lomnitz, el parentesco ofrece una dimensión cultural concreta donde los miembros comparten valores y normas que rigen y dan sentido a los procesos de intercambio social y de ayuda mutua. Las redes verticales se sustentan en las relaciones de tipo laboral y en los nexos que se construyen con diferentes sectores formales de la sociedad.

En este mismo sentido, se habla también de redes informales o de “bordes borrosos” (Dabas, 1993), es decir, redes de intercambio y ayuda mutua donde no existen contratos preestablecidos y un factor fundamental es “la ausencia de cálculo” (Godelier, 1998). Son redes conformadas sobre todo por parientes cercanos, vecinos y amistades, que a través del intercambio recíproco de bienes y servicios entretejen y alimentan sus vínculos. Las redes formales o de “bordes definidos” (Dabas) serían, entonces, aquellas que el individuo, la familia o un grupo social concreto establece con los sectores formales de la sociedad. Estas relaciones tienden a ser impersonales y jerárquicas, y el factor reciprocidad no es el ingrediente que sustenta la existencia y permanencia de este tipo de vínculos sociales.

Para Dabas, el concepto de red social implica un proceso de construcción permanente, tanto individual como colectivo. Es un sistema abierto a través



de un intercambio dinámico entre sus integrantes y con los de otros grupos sociales, que posibilita la potenciación de los recursos que se poseen y que se enriquece con las múltiples relaciones entre los diferentes miembros que la componen. González de la Rocha (1999a) y Abello, Madariaga y Hoyos (1997), al igual que Dabas, ponen especial énfasis en la necesidad de un entendimiento de las redes sociales como procesos dinámicos a través del tiempo y de las circunstancias sociales concretas: “Resulta sorprendente constatar que la mayoría de ideas sobre reciprocidad, solidaridad y ayuda mutua son de naturaleza estática y restringida. Según esta concepción el intercambio social es un fenómeno inamovible y no sujeto al cambio” (González de la Rocha, 1999a: 15).

Bronfman (2000) estudia el papel que juegan las redes sociales en la mortalidad infantil en las familias de escasos recursos. Para este autor, el concepto de red social se utiliza sobre todo para designar situaciones sociales donde se visualizan intercambios no institucionalizados. El propósito de esta herramienta conceptual y metodológica descansa en la posibilidad de detectar eventos e interacciones de individuos y grupos que facilitan a estos últimos la oportunidad de hacer frente común a las diversas demandas de la vida cotidiana, como: el cuidado de los hijos, los problemas económicos, la ayuda en eventos críticos, el apoyo moral y emocional. Al igual que Sluzki, Bronfman busca establecer relaciones importantes acerca de cómo la red social afecta positiva o negativamente la salud de los individuos y las familias, y cómo los individuos y las familias afectan a la red social.

### **Factores que intervienen en la formación y consolidación de las redes sociales**

La forma de abordaje metodológico de la red social depende de la definición conceptual de la misma y sobre todo del objeto de estudio construido. En este sentido, la categoría red social es una abstracción conceptual que busca contener diversas formas de relaciones sociales, y donde las fronteras tanto conceptuales como operacionales dependen del objetivo específico de aquello

que se pretende analizar. Esta dimensión polisémica de la red social guarda, sin embargo, ciertos comunes denominadores cuando hacemos referencia a los factores necesarios para el surgimiento y mantenimiento de una red social concreta, ya sea de sujetos individuales o colectivos.

Para Adler de Lomnitz (1975), al igual que para autores como González de la Rocha (1986), Bazán (1998) y Estrada Iguíniz (1999), en las redes sociales existen cuatro factores fundamentales que regulan la intensidad de los vínculos establecidos:

- La distancia social. De acuerdo con cada grupo sociocultural, existen pautas preestablecidas sobre lo que se puede esperar e intercambiar en una relación concreta, por ejemplo, el tipo de contratos implícitos entre padres e hijos, abuelos y nietos, hermanos y hermanas, compadres y comadres, amigas y amigos, varía significativamente de una cultura a otra.
- La distancia física. La vecindad física, sobre todo en poblaciones pobres, juega un papel fundamental para que la ayuda mutua y las relaciones de intercambio puedan existir. En este sentido, los lazos de parentesco por sí solos no garantizan el buen funcionamiento de la red social cuando la distancia física está presente.
- La distancia económica. La existencia de condiciones sociales y económicas similares es un factor relevante para que las redes de intercambio recíproco puedan operar. Cuando se presenta una movilidad económica en alguno de los miembros de la red social, este factor predispone a una relación de intercambio asimétrica y el vínculo tiende a deteriorarse o a desaparecer, pues ya no hay una igualdad de condiciones, carencias y necesidades.
- La distancia psicológica. Se trata sobre todo del componente psico-social denominado *confianza*. Es decir, el deseo y la disposición para iniciar y mantener una relación de ayuda mutua entre dos personas. La confianza implica la familiaridad, la cercanía física y el conocimiento de las necesidades y los recursos de los otros.

La *conectividad* de la red social ha sido otro elemento abordado por diferentes autores. Bott (1980) realizó un estudio sobre los papeles conyugales y las redes sociales en familias urbanas londinenses; trabajó el concepto de *conectividad de la red* y lo definió como la medida en que las personas conocidas por una familia se tratan y reúnen entre sí de manera independiente de la familia. En este sentido, la red dispersa tiene que ver con la existencia de vínculos escasos entre los diferentes miembros de la red. Una red muy conectada estaría caracterizada por un incremento en los vínculos que unen a las diferentes personas que forman parte de la red de un individuo o una familia. Estos mismos contenidos son trabajados por Turner (1980), quien caracteriza las redes sociales de acuerdo con su *tejido interno*: redes de tejido abierto (baja conectividad), de tejido mediano (conectividad media) y de tejido cerrado (alta conectividad).

Bott hace referencia explícita a la función emocional que desempeñan las redes sociales. Cada individuo hace una *inversión emocional* importante en sus relaciones con los miembros que componen su red; cada miembro participa en procesos de intercambio recíproco tanto en el ámbito de lo material como de lo emocional con los demás miembros de su red social. En las redes de conectividad alta, los individuos están más expuestos y sensibles a la opinión y los comportamientos de los otros, debido a que la mayoría se conoce entre sí y comparte los mismos valores. Esto da lugar a que se puedan aplicar entre los diferentes miembros de la red sanciones informales importantes.

Para Bronfman (2000) existen ciertos factores que influyen de manera significativa en el *grado de conectividad* de una red, es decir, en que exista un mayor o menor nivel de intercambio de bienes y servicios entre los individuos que la componen. Estos factores son:

- Lazos económicos entre los miembros de la red. La conectividad de la red tiende a aumentar considerablemente si los diferentes miembros que la componen se pueden apoyar en la búsqueda laboral. Si existen posibilidades de que la red misma provea de contactos para el desempeño de actividades laborales.

- Tipo de vecindario. El hecho de que la gente que compone la red viva en el mismo barrio es también un factor que favorece de manera significativa las relaciones de intercambio y de reciprocidad.
- Oportunidad de establecer relaciones fuera de los límites de las redes existentes. Al parecer, las redes sociales fortalecen sus vínculos hacia el interior cuando existen pocas posibilidades de entablar nuevas relaciones con individuos ajenos a la red original.
- Movilidad espacial y movilidad social. Cuando existen cambios tanto en el espacio físico como en la dimensión social, el grado de conectividad de la red disminuye. Los cambios de residencia y las transformaciones en el nivel social y económico favorecen el debilitamiento de los vínculos con la red social inicial y el fortalecimiento de nuevos lazos sociales.
- Rasgos de la personalidad. Las características de personalidad de cada individuo que compone la red también tienen un efecto en el grado de conectividad.

Un elemento clave en la conformación y el mantenimiento de una red social es la *reciprocidad* entre los miembros que componen ese tejido social. Para Adler de Lomnitz, los modos de reciprocitar entre las personas están altamente determinados por el factor “confianza” y esta a su vez es influida por variables culturales (distancia social), físicas (cercanía en los lugares de residencia) y económicas, que determinan la intensidad del intercambio. Para esta autora, el grado de confianza en una relación varía en el tiempo y depende sobre todo de que existan valores y normas compartidos entre aquellos que establecen el vínculo social. De igual manera, “el factor cercanía se vuelve un componente esencial de la confianza; la cercanía estimula y el alejamiento inhibe la confianza” (1994: 86). Sin embargo, argumenta que cuando los vecinos de una población marginal específica son originarios de regiones diferentes o estratos socioculturales diversos, las posibilidades de establecer una relación de confianza íntima son menores.

Para González de la Rocha, el factor reciprocidad permite la continuación y la permanencia de las relaciones sociales: “Reciprocitar un favor, una ayuda, el apoyo recibido en un momento difícil o en cualquier momento

de la vida cotidiana es, de hecho, dejar la puerta abierta a la relación; no reciprocitar implica lo contrario” (1999a: 16). Además, añade la importancia de entender el principio de reciprocidad en contextos concretos donde no por fuerza se intercambian los mismos bienes y servicios y donde la temporalidad para el acto recíproco permite una cierta flexibilidad en cuanto a la inmediatez o el largo plazo, como es el caso del compromiso moral de apoyo de los hijos hacia los padres una vez que estos envejecen.

Estrada Iguíniz (1999) coincide con González de la Rocha en cuanto al papel central que juega la reciprocidad en las redes sociales. Ambas mencionan los costos reales que implica poder mantenerse en una red, sobre todo en contextos de exclusión laboral. En este sentido, las relaciones de intercambio recíproco constituyen al mismo tiempo una carga y una protección para los individuos y las familias. Cuando las posibilidades de reciprocitar se agotan, las relaciones se tornan frágiles y los individuos quedan más expuestos. Sobre este punto, Adler de Lomnitz plantea la existencia de tres patrones de respuesta cuando el *intercambio* en una red social se torna *asimétrico*: uno de origen rural, que resuelve la asimetría a través de la redistribución en formas tales como el consumo de alcohol; uno intermedio, que implica la emergencia de la figura del cacique, el jefe de la barriada con una función de mediadora entre el campo y la ciudad, y uno de ruptura del vínculo e incorporación a nuevas redes.

Godelier (1998) considera que el donar implica una doble relación entre el que dona y el que recibe el don. Por un lado, se trata de una relación de solidaridad donde se comparte con el otro lo que se tiene; por otro, es una relación de superioridad debido a que el que recibe el don contrae una deuda con el que se lo otorgó. De esta forma, el don aproxima y aleja. Para el autor, la deuda (el distanciamiento) es la que parece tener mayores repercusiones en la vida social de los individuos.

Adler de Lomnitz (1994) plantea también la existencia de *mecanismos de refuerzo* que posibilitan y favorecen la consolidación de las redes sociales en poblaciones urbanas marginales. Se refiere en primer lugar al *compadrazgo* como un parentesco ficticio que permite reforzar la lealtad en los vínculos; otro mecanismo es el *cuatismo*, que culturalmente busca reafirmar las rela-

ciones de amistad masculinas y, por último, habla acerca de la *ideología de la ayuda mutua*, que implica la utilización de sanciones no formales cuando un individuo o una familia deja de participar en los procesos de intercambio y de reciprocidad.

## Sobre las características estructurales de las redes sociales

Bronfman (2000) propone tres dimensiones: la *densidad de la red*, que se muestra por la extensión de la misma (amplia o restringida, según el número de miembros que la componen), así como por la frecuencia de los intercambios (frecuentes o esporádicos); la *conectividad de la red*, que puede ser débil (cuando la red condiciona los intercambios por intereses de los miembros que la componen) o fuerte (cuando no se condicionan los intercambios), y la *porosidad de la red*, que puede ser discriminante (cuando condiciona la incorporación de nuevos miembros), cerrada (cuando no permite nuevos vínculos) o abierta (cuando permite sin condiciones la entrada de nuevos individuos).

Sluzki (1996) coincide con la clasificación propuesta por Bronfman y amplía sobre algunos elementos estructurales a tomar en cuenta cuando se estudian las redes sociales y su impacto en la salud de los individuos:

- Sobre el tamaño o extensión de la red, considera que existe evidencia que indica que las redes de tamaño mediano (de ocho a diez vínculos significativos) son más efectivas que las pequeñas o las muy numerosas. Las redes pequeñas son menos funcionales en situaciones de sobrecarga o de tensión de larga duración, ya que los miembros que componen la red empiezan a evitar el contacto para disminuir la sobrecarga. Las redes muy numerosas corren el riesgo de la baja o nula participación basadas en la idea de que “otros se están haciendo cargo del problema”. Algunos de los factores más importantes que afectan el tamaño de las redes son las migraciones, los procesos propios de envejecimiento y los cambios de residencia.

- A diferencia de Bronfman, Sluzki visualiza la densidad como las conexiones entre los miembros, independientemente de ego. El autor argumenta que un nivel medio de densidad favorece la máxima efectividad del grupo, al permitir el cotejamiento de impresiones. Una red con densidad alta promueve la conformidad entre los miembros, ya que ejerce presión para que los individuos se adapten a las normas y pautas sociales, y además puede promover la exclusión del individuo cuando se violan las reglas prescritas. Un nivel de densidad muy bajo reduce la efectividad, por la falta del efecto potenciador del cotejamiento.
- La composición o distribución de la red social se refiere a la manera en que se distribuyen los miembros de la red de acuerdo con las diferentes áreas de la vida: familiar, vecinal, laboral. Las redes muy localizadas son menos flexibles y efectivas, y disminuyen las opciones que las redes de distribución más amplia tienen.
- Con respecto a la dispersión o accesibilidad de la red, la distancia geográfica juega un papel fundamental ya que afecta a la sensibilidad de esta sobre las variaciones del individuo o del grupo doméstico y a la eficacia e inmediatez ante situaciones de crisis.
- La homogeneidad o heterogeneidad de los vínculos, de acuerdo con diferencias sociodemográficas económicas y culturales.

### **Sobre las características funcionales de las redes sociales**

Para Bronfman (2000), quien analiza el papel que juegan las redes sociales en la multimortalidad infantil en familias de escasos recursos en el país, el funcionamiento de una red social depende de: el lazo social, por consanguinidad, por amistad o por relaciones vecinales y comunitarias; la accesibilidad de la red, espacial geográfica o temporal, y el tipo de intercambio, de información, de bienes y servicios, de tiempo y espacio, de convivencia social y apoyo moral y de ayuda extraordinaria ante situaciones críticas.

Adler de Lomnitz (1994), quien establece las características funcionales de las redes a partir de su trabajo etnográfico en poblaciones urbanas marginales, considera los siguientes tipos de intercambios: de información

(orientación para la vida urbana); de entrenamiento y ayuda para el empleo; de préstamos de dinero y en especie; de bienes compartidos en común; de servicios (hospedajes, cuidado de niños y ancianos, actividades para la autoconstrucción), y de apoyo emocional y moral tanto en los rituales como en la vida diaria (chismes entre mujeres y el compartir la bebida entre los “cuates”).

Por su parte, Sluzki (1996), quien hace hincapié en el papel que juegan las redes sociales y de apoyo emocional en la salud física y mental de los individuos, establece las siguientes funciones: la compañía social, que se refiere a la realización de actividades conjuntas o al simple hecho de “pasar tiempo juntos”; el apoyo emocional, que tiene que ver con intercambios que connotan una actitud emocional positiva, un clima de comprensión y empatía, de estímulo y apoyo, el poder contar con la resonancia emocional y la buena voluntad del otro; de guía cognitiva y consejos, es decir, interacciones sociales que buscan compartir información personal o social, aclarar expectativas y proveer modelos de rol; de regulación o control social, se refiere a las interacciones que recuerdan y refuerzan responsabilidades y roles, neutralizan desviaciones de comportamiento que se apartan de las expectativas colectivas, permiten el manejo de la frustración y la violencia, y favorecen la resolución de conflictos; de ayuda material y de servicios, y de acceso a nuevos contactos.

Sluzki plantea también la importancia del análisis de los atributos del vínculo: las funciones prevaletentes se refieren a la función o combinación de funciones que caracterizan de manera dominante un vínculo; multidimensionalidad o versatilidad tiene que ver con la cantidad y diversidad de funciones (trasferencias) que caracterizan al vínculo; reciprocidad se refiere a la simetría o asimetría en las funciones, es decir, si las funciones que se intercambian son equivalentes o diferentes; intensidad o compromiso de la relación tiene que ver con el grado de intimidad existente en los vínculos; frecuencia de los contactos refiere que mientras mayor es la distancia, mayor es el requerimiento de mantener activo el vínculo para mantener la intensidad (aun así, los vínculos intensos se reactivan con rapidez, aunque los



periodos de tiempo de ausencia de contacto sean prolongados), y la historia de la relación, el tiempo de iniciado el vínculo y su historia.

Como se puede observar, existen autores que enfatizan las funciones de la red social en cuanto al intercambio recíproco de información y de bienes y servicios, y otros centran su indagación en la búsqueda de vínculos que favorecen el soporte social y emocional de los individuos. Sin embargo, aun cuando en el caso de Sluzki se explicita la búsqueda de vínculos que favorecen la “resonancia emocional” entre los miembros y en el de Adler de Lomnitz se habla de la importancia de la confianza y del apoyo moral, la búsqueda intencionada, profunda y sistemática de la relevancia del apoyo emocional en situaciones críticas y en eventos cotidianos no toma un papel central en los estudios revisados. El apoyo emocional es una dimensión amplia que necesita ser definida tanto conceptual como operacionalmente con mayor precisión. Es relevante conocer, por ejemplo, hasta qué punto y en qué circunstancias relacionales puede existir un vínculo emocional fuerte, aun cuando las posibilidades de intercambio de bienes y servicios sean escasas, sobre todo en contextos de precariedad económica.

### **Redes sociales y pobreza urbana: el debate vigente**

La pregunta central de Adler de Lomnitz cuando realizó su investigación en la década de los setenta con grupos marginales urbanos fue:

[...] ¿cuáles son los mecanismos que permiten a millones de latinoamericanos, básicamente huérfanos de toda protección social, subsistir en barriadas a pesar de una notoria falta de ahorros y de aptitudes para ganarse la vida en un medio urbano industrial? [y su respuesta central fue:] son las redes de intercambio desarrolladas por los pobladores las que constituyen un mecanismo efectivo para suplir la falta de seguridad económica que prevalece en la barriada (1994: 48).

Han pasado tres décadas desde que esta autora se planteó esta sugerente interrogante y, aun cuando sigue teniendo un valor social y académico relevante,

la respuesta a la que llegó en los setenta ha sido rebasada por la realidad social que hoy en día viven millones de familias en extrema pobreza en las zonas metropolitanas del país. El trabajo de Adler de Lomnitz en Cerrada del Cóndor ha representado una plataforma de información y un análisis valioso que planteó el problema de la pobreza urbana desde una perspectiva de los recursos y potencialidades con que cuentan los pobres urbanos para sobrevivir en condiciones de exclusión y marginación, y dejó a un lado los enfoques centrados en el análisis de las carencias, las lacras y las ausencias con que se había tratado de comprender el fenómeno en ese entonces.

Muchos han sido los investigadores sociales (González de la Rocha, 1986 y 1994; García y De Oliveira, 1994; Abello, Madariaga y Hoyos, 1997; Chiarelo, en González de la Rocha, 1999a) que a lo largo de los años se sumaron al esfuerzo emprendido por Adler de Lomnitz y encontraron en las redes sociales de intercambio recíproco y de ayuda mutua una de las estrategias más exitosas para sobrevivir cuando se es pobre en la ciudad.

Sin embargo, la crisis económica de los ochenta y la de 1995 han tenido un impacto significativo en las condiciones sociales y materiales de vida de muchos mexicanos. El proceso continuo de empobrecimiento ha mermando las posibilidades de un intercambio recíproco eficaz, cuando se vive en contextos de exclusión laboral (González de la Rocha, 1999a) y cuando los servicios públicos y de seguridad social no llegan a los más necesitados.

Ante este panorama, han surgido estudios que buscan confrontar y poner en la mesa de discusión la validez actual de la tesis que plantea a los mecanismos de intercambio recíproco y de ayuda mutua como estrategias exitosas para mitigar y amortiguar el problema de la pobreza en las poblaciones urbanas.

González de la Rocha (1999 a y b) ha planteado el proceso de erosión de los sistemas de apoyo en contextos de exclusión laboral. La autora argumenta que en la década de los ochenta se intensificó el papel que las redes sociales y de intercambio recíproco desempeñaron como mecanismos amortiguadores de la pobreza. Sin embargo, la crisis y restructuración económica de los noventa ha generado una situación tal donde “la familia, como instancia que resuelve los problemas de escasez, ha experimentado cambios en su or-

ganización y en su posibilidad de responder con sus estrategias tradicionales de sobrevivencia” (1999a: 20). El argumento central de la autora cuestiona las posibilidades actuales de un intercambio recíproco que implica costos en tiempo, disponibilidad y sobre todo una inversión material tanto en bienes como en servicios en contextos de deterioro del empleo y de agudización de la pobreza. Los recursos escasos de los pobres urbanos obstaculizan las posibilidades de reciprocitar los favores y apoyos recibidos. No contar con un capital mínimo para asegurar y mantener la pertenencia a la red social, ha favorecido situaciones de aislamiento social que dejan en condiciones de vulnerabilidad y desamparo social a muchos hogares urbanos pobres. La autora concluye con la importancia de realizar nuevas investigaciones que permitan conocer con mayor profundidad cuáles son los contextos sociales y los escenarios familiares que permiten mantener vigentes los mecanismos de reciprocidad y ayuda mutua, y cuáles son esos otros que ven amenazada su posibilidad de reciprocitar los bienes y servicios recibidos.

Por su parte, Estrada Iguíniz (1999) analiza el impacto de la crisis de 1995 en grupos domésticos del sector urbano popular en el Distrito Federal, que habían sufrido ya un proceso de empobrecimiento importante años atrás. La población elegida fueron familias de origen urbano formadas por los obreros de la industria manufacturera (ex petroleros de la Refinería 18 de Marzo) y los trabajadores por cuenta propia.

La autora, al igual que González de la Rocha (1999a y 1999b), cuestiona las posibilidades de intercambio social que se basan en el mecanismo de la reciprocidad cuando los recursos se agotan:

[...] las redes sociales en general, pero sobre todo las familiares, enfrentaron límites muy graves en su capacidad para brindar apoyo. Al escasear el dinero y el trabajo, se presionó de manera doble la base de esta relación. Por un lado, cada vez había menos bienes que se podían repartir entre los parientes, mientras que por otro, las necesidades crecían sin cesar (Estrada Iguíniz, 1999: 90).

Estrada Iguíniz ilustra en detalle las formas en que la ayuda entre parientes se empezó a condicionar: en varios casos se compartía la vivienda, pero ya no los alimentos; la cooperación para el pago de gastos escolares y médicos se dejó de practicar; los préstamos y créditos informales disminuyeron de manera significativa. Para la autora, las repercusiones de esta imposibilidad de mantener el intercambio recíproco que se había venido practicando afectaron no solo en las condiciones materiales de vida de los pobres urbanos sino también en los patrones socioculturales que están detrás de la lógica del intercambio y la solidaridad. Asimismo, el límite de los recursos que viven muchos hogares pobres urbanos en la actualidad está generando nuevos patrones de comportamiento familiar, doméstico y social.

Bazán (1998), quien ha trabajado con el mismo grupo social que Estrada, elaboró un análisis sugerente donde da cuenta de los dinamismos sociales y económicos que provocaron a partir de la década de los ochenta el debilitamiento de las unidades familiares extensas (ampliadas y trigeneracionales) y el aglutinamiento de la familia nuclear.

El desempleo masivo vino a incidir en un elemento que parecía intocable: la solidaridad familiar amplia y trigeneracional. Las familias nucleares se aglutinaron y la colaboración al interior de cada una de ellas se hizo muy intensa a costa de la relación con la familia extensa: las mujeres salieron de sus casas a conseguir trabajo y los hijos empezaron a participar en actividades productivas. Las relaciones con la familia más amplia se debilitaron e incluso se tiñeron de enojos y resentimientos. La familia extensa cedió su lugar a la familia nuclear (Bazán, 1998: 12).

Posteriormente, Bazán analizó los impactos de la crisis de 1995 en las familias que habían sufrido ya un proceso de nuclearización a raíz de las crisis económicas anteriores: la casa diversificó sus funciones para dar lugar a tareas tanto productivas como reproductivas; muchos hombres perdieron el empleo y esto implicó un reajuste en los espacios, tiempos y rutinas al interior de los hogares, para darle cabida a una presencia más intensa de ellos; las mujeres sufrieron una sobrecarga mayor y las jornadas se duplicaron

y triplicaron; muchos niños y jóvenes dejaron la escuela y se incorporaron al trabajo informal. Esta situación familiar basada en “acuerdos de subsistencia” (Bazán, 1998: 11) generó relaciones en tensión al interior de las familias nucleares. Ante este contexto, la autora considera que las relaciones familiares centradas en la unidad del parentesco se están transformando en unidades orientadas a la producción, lo que ha provocado procesos de descomposición familiar importantes.

Salazar (1996) ha estudiado los vínculos extradomésticos que establecen y mantienen a través del tiempo las mujeres que residen en asentamientos populares de la periferia urbana de la ciudad de México. La autora ha encontrado, al igual que Bazán, situaciones familiares en conflicto donde el intercambio recíproco y la ayuda mutua están lejos de ser lo que Adler de Lomnitz encontró en Cerrada del Cóndor años atrás. Además, la distancia geográfica, producto de los cambios de residencia, ha afectado profundamente las posibilidades de mantener vínculos significativos en muchas de las mujeres entrevistadas. La falta de arraigo en el territorio y la presencia de antecedentes diversos de localización urbana imposibilitan en gran medida la generación de redes de apoyo social hoy en día.

Salazar toca un aspecto importante que tiene que ver con la confianza, elemento básico en las redes de ayuda mutua: las mujeres prefieren —al parecer, debido a la desconfianza— resolver sus problemas cotidianos de manera autónoma y autosuficiente, y establecer límites espaciales definidos para evitar la cercanía social. Los lazos entre vecinas son escasos y en muchas ocasiones de simple cortesía. La autora sugiere que el empobrecimiento de las redes de apoyo y solidaridad puede estar relacionado con los procesos de consolidación urbana de las colonias; cuando se ha logrado obtener los servicios públicos necesarios, el nivel de participación entre los colonos tiende a disminuir y el espacio urbano compartido se convierte en un escenario de encuentros, donde las demandas cotidianas se resuelven de manera independiente y hacia el interior de cada uno de los hogares.

Al participar en un estudio sobre pobreza, condiciones de vida y salud en la ciudad de México, Mogrojevo (1997) comenta sobre el papel simbólico que juega la casa en la vida de las mujeres y de sus familias. Tener una casa

significa la posibilidad de romper los vínculos de dependencia con los suegros y otros parientes. En este sentido, las mujeres prefieren la autonomía, aun cuando empeoren sus condiciones de vida.

Pucci (1993), lo mismo que Salazar, retoma el papel que juegan los procesos de consolidación urbana en el mantenimiento y fortalecimiento de las redes sociales y de solidaridad. Dabas (1993) profundiza sobre la importancia de la construcción de “nuevos territorios”; para esta autora, los factores propios de la migración y el desplazamiento urbano constante han generado fracturas serias en las redes sociales de los pobres urbanos: los vínculos sociales se van desdibujando. Este fenómeno de exclusión y aislamiento social es nombrado por Castells (en Dabas) como “zona de desafiliación”, y precede a la “zona de vulnerabilidad”, donde se presenta la fragilidad laboral y el soporte social debilitado. Sobre este mismo punto, Sluzki (1996) considera que el fenómeno de migración conmociona y trasfigura la red. Durante un tiempo considerable, la nueva red tenderá a ser de menor tamaño, mostrará una distribución más irregular, tendrá una menor densidad y un repertorio más estrecho de funciones, será también menos recíproca e intensa. Todo ello caracteriza a una red insuficiente que, por lo tanto, tiende a la sobrecarga y a la descompensación, a las crisis familiares e individuales, y a un clima constante de estrés y agotamiento.

Ante este contexto, producto de la migración y de los cambios constantes de residencia en áreas urbanas, Dabas argumenta sobre la relevancia de facilitar la construcción de nuevas redes (nuevos territorios) que incluyan, por un lado, los remanentes de las redes anteriores y, por otro, la creación de nuevos vínculos con aquellos que comparten las mismas necesidades y el mismo espacio geográfico.

### **Redes sociales y salud: algunas consideraciones**

Bronfman (2000) elabora sus análisis a partir del entendimiento de la red social basada sobre todo en las relaciones de parentesco y la manera en que esta influye en la mortalidad infantil. Sluzki (1995 y 1996) realiza una serie de relaciones entre salud–enfermedad y red social individual, desde

una óptica dialéctica que permite detectar algunos de los círculos virtuosos y viciosos en las relaciones sociales, cuando existe enfermedad.

Para Bronfman, existen ciertas características de la estructura y del funcionamiento de las unidades domésticas empobrecidas que condicionan las posibilidades del establecimiento de redes y el impacto positivo de estas ante los riesgos de muerte infantil. Estos factores son:

- Debilidad o ruptura de las redes de parentesco a partir de la unión de la pareja. Cuando no existe consentimiento por parte de los padres hacia la unión de los hijos, es muy común que las redes familiares sufran fracturas serias y esto imposibilite la petición de ayuda tanto en bienes y servicios como emocional cuando existe una crisis.
- Ruptura de la red familiar de la mujer y permanencia de la red familiar del varón. En estos casos, la mujer es subordinada a un segundo plano en la unidad doméstica de su pareja y no cuenta con el apoyo familiar y emocional de su grupo doméstico de origen.
- Comportamientos que la familia de origen juzga como inadecuados para la convivencia familiar. Esto tiene que ver con problemas de adicción y de violencia, entre otros.
- Familias que otorgan ayuda, pero sin reciprocidad. Relaciones asimétricas donde en momentos de crisis no se cuenta con el apoyo de los otros.
- Dinámica familiar conflictiva. Presencia de violencia y maltrato. Sistemas familiares rígidos que tienden a responder de la misma manera ante situaciones críticas diversas. Esto impide el acceso de nuevas personas que pueden apoyar para la solución de problemas.
- Inestabilidad laboral. Disminuye la conectividad, es difícil lograr nuevos vínculos y mantener la reciprocidad.
- Falta de cohesión e identificación en el barrio o colonia. Es lo que Bronfman señala como sentimientos, como la desconfianza, la hostilidad y el miedo al rechazo, que se conjugan para obstaculizar un adecuado establecimiento de las redes vecinales. Indica que además es frecuente que las familias deseen mantener en privado sus asuntos,

lo que se origina en la ausencia de confianza hacia los demás y deriva en un mayor aislamiento (Bronfman, 2000: 134)

- Discontinuidad en las relaciones familiares, extrafamiliares y con las instancias formales. Ante los problemas de salud, las familias pobres urbanas recurren cada vez con diferentes médicos y profesionales de la salud. Son vínculos muy dispersos y esporádicos que obstaculizan la posibilidad de un seguimiento de las condiciones de salud del niño y de la familia en general.
- Lugar de residencia. La distancia física es un factor clave en el acceso a las redes en momentos de crisis. A mayor distancia, los apoyos son más eventuales. El grado de intimidad del vínculo es también un factor clave para que la red se active en el momento adecuado.

Bronfman considera la ausencia de red como la “no presencia” de la red en los momentos coyunturales en términos de problemas de salud: esto no quiere decir que no exista sino que no está disponible de manera oportuna.

Para Sluzki, existe amplia evidencia de que una red social personal estable, sensible, activa y confiable, protege a la persona de las enfermedades, afecta positivamente la pertinencia y la rapidez de la utilización de servicios de salud, acelera los procesos de curación y aumenta la sobrevivencia, es decir, es salutogénica. Por otro lado, también existe evidencia de que la presencia de enfermedad deteriora la calidad de la interacción social y a largo plazo, y puede reducir el tamaño y la accesibilidad de la red social.

Para este autor, los mecanismos a través de los cuales la red social afecta positivamente la salud de los individuos son: el estrés tiende a reducirse ante la presencia de vínculos familiares positivos; en un nivel de existencia, las relaciones sociales contribuyen a proveer de sentido la vida de los individuos; en un nivel de práctica social, la red ofrece retroalimentación cotidiana acerca de las desviaciones de salud y promueve comportamientos correctivos; en este sentido, la red social actúa como monitor de la salud. Por último, la red social favorece muchas actividades personales que se asocian de manera significativa con la sobrevivencia: rutinas de dieta, ejercicio físico, ciclos sueño-vigilia y cuidados de la salud en general.



En cuanto a las formas en que la enfermedad de un individuo afecta la efectividad de su red social: las enfermedades, sobre todo las crónicas, poseen un efecto interpersonal aversivo y pueden generar en los demás conductas evasivas; coarta la movilidad del sujeto, lo que reduce su oportunidad de contactos sociales y provoca situaciones de aislamiento; disminuye las posibilidades de reciprocidad y esto deteriora los vínculos de manera gradual; las enfermedades crónicas tienden a desgastar y a agotar a los miembros de la red (la no evidencia de mejoría repercute en las relaciones sociales), y por último la presencia de enfermedad puede también ayudar a generar nuevas redes que fortalezcan las ya existentes (Sluzki).

Riquelme, Buendía y Rodríguez (1993) realizaron un estudio en el que buscaron analizar el papel que desempeña el apoyo social cuando se vive en condiciones de estrés económico. Concluyeron que la percepción de apoyo social y emocional juega un papel fundamental cuando se vive en condiciones de pobreza.

Lara (1996) realizó un análisis sobre la utilización de servicios para problemas de salud mental en población urbana y rural, y encontró comportamientos similares en hombres y mujeres con depresión severa y moderada: la gran mayoría no acude a instancias formales de ayuda; los apoyos sociales más importantes con los que reportan contar son los familiares, los amigos y en algunos casos los sacerdotes. Además, las prácticas de automedicación son bastante frecuentes. La autora concluye también que las mujeres pobres urbanas con depresión moderada y poca escolaridad componen uno de los grupos de “alto riesgo” en cuanto a problemas de salud mental, debido a que solicitan menos ayuda de familiares y amigos, acuden a servicios no especializados, como los dispensarios, perciben más a menudo que los servicios no están disponibles y temen esperar mucho, sienten que nadie las puede ayudar, cuentan con menos ayuda para el cuidado de sus hijos, y la poca ayuda formal que reciben es casi siempre farmacológica.

Abello, Madariaga y Hoyos (1997) han profundizado en el papel que juegan las redes sociales más allá de las transferencias monetarias y de bienes y servicios: se refieren a las transferencias simbólicas y afectivas a través del apoyo moral y emocional. Los resultados que encontraron señalan que la

mayoría de estas transferencias simbólicas proviene de las madres e incide en la vida de los hijos, de los parientes y de las amistades más cercanas. El apoyo emocional proviene también de los vecinos y amigos. La proximidad física y geográfica determina que las personas tengan acceso a este tipo de apoyos que significan alivio, descanso, desahogo, demostración de cariño y de afecto.

Cufre (1995) considera que ante las situaciones sociales que se viven en la actualidad (desempleo, pobreza, estrés y alienación), los indicadores más pertinentes para evaluar el bienestar de los individuos son: el nivel de participación social y las vías de organización creadas para lograrla; la capacidad de asistencia solidaria entre pares, y la aceptación de las diferencias mutuas.

## IX. REDES SOCIALES Y DE APOYO EMOCIONAL EN MUJERES POBRES URBANAS

Las preguntas orientadoras en este capítulo son: ¿cuáles son las características actuales de las redes sociales y de apoyo emocional en espacios urbanos pobres? ¿de qué manera influyen los diferentes tipos de escenarios domésticos (estructura, ciclo doméstico y jefatura de hogar) en el comportamiento de la red social y de apoyo emocional de las mujeres? y ¿qué papel desempeñan las redes sociales y de apoyo emocional en las experiencias emocionalmente significativas narradas por las mujeres?<sup>1</sup>

El tamaño y distribución de la red social de las mujeres de acuerdo con los diferentes cuadrantes es el primer punto de análisis. Posteriormente,

1. Para abordar el tema de las redes sociales y de apoyo emocional en la población elegida, se trabajó con tres estrategias metodológicas: el cuestionario sobre “redes sociales y de apoyo emocional”, de preguntas cerradas, que fue diseñado para este estudio, para ello se retomaron algunos aspectos del esquema de indagación propuesto por Burt (1993) y se hicieron las modificaciones necesarias de acuerdo con los objetivos perseguidos, cuenta en total con 19 indicadores y a través de ellos se abordan las características estructurales y funcionales de la red, así como los atributos del vínculo, fue aplicado a un total de 60 mujeres—madres que se encontraban ubicadas en la colonia Las Flores y forma parte de la encuesta levantada en Las Flores durante 1998–1999, donde se tuvieron cuatro sesiones de dos horas con cada una de las mujeres elegidas de manera aleatoria; entrevistas en profundidad de enfoque biográfico y, una vez aplicada la encuesta, se eligió de acuerdo con criterios cualitativos a 11 mujeres de la muestra total, con ellas se realizaron entrevistas en profundidad, en las que a partir de un guión preestablecido se abordaron, entre otros temas, las características de las redes sociales y de apoyo emocional a lo largo de su historia de vida; diario de campo, que recoge el trabajo etnográfico realizado en la colonia (1998–2001) y el foco de atención está orientado a la observación y el registro de las redes cotidianas con las que las mujeres hacían frente a su condición de pobreza y a su problemática emocional.

se profundiza en las características de la red de apoyo emocional a la cual tienen acceso estas mujeres. Para ello, se abordan las siguientes dimensiones de la red:

- Estructural. El tamaño, densidad, composición o distribución de la red, dispersión (distancia geográfica y accesibilidad ante necesidad emocional) y homogeneidad o heterogeneidad del vínculo (sexo, nivel de educación y edad).
- Funcional. Funciones como la compañía social, el apoyo emocional, la guía cognitiva, los consejos, la regulación o el control social, la ayuda material y de servicios, el acceso a nuevos contactos, el apoyo económico y la temática conversacional.
- Atributos del vínculo. Las funciones prevalecientes en la red del individuo, a la multidimensionalidad, la reciprocidad, la intensidad o el compromiso, la frecuencia de contactos y la historia de la relación.

Se buscó establecer relaciones entre las características de las redes sociales y de apoyo emocional de las mujeres y los diferentes tipos de arreglos familiares en los cuales se encuentran insertas, tomando en cuenta el tipo de jefatura, la etapa del ciclo doméstico y el tipo de estructura familiar. Por último, se abordan también las características de la red de acuerdo con las diferentes categorías de trabajo femenino.

### **Características de la red social**

Debido a que el interés era conocer la red social de cada una de las 60 mujeres que conformaban el estudio, se partió del concepto propuesto por Sluzki (1996): la red social del individuo puede ser definida como la suma de todas las relaciones que un sujeto percibe como significativas o define como diferenciadas de la masa anónima de la sociedad. Esta red corresponde al nicho interpersonal del individuo y contribuye sustancialmente a su propio reconocimiento como individuo y a su imagen de sí mismo. La red social es definida por el sujeto. Para este autor, la red social personal pue-

de ser registrada en forma de un mapa mínimo que integre los cuadrantes o áreas básicas de la vida relacional de un individuo dado: la familia, las amistades, las relaciones laborales y escolares, las relaciones comunitarias y de servicio o credo.

En este sentido, y tomando en cuenta los hallazgos obtenidos por Estrada Iguíniz (1999) sobre el deterioro agudo de las redes horizontales y verticales a partir de la crisis económica de 1995, se pretendió abordar de manera primordial las redes sociales horizontales de las mujeres, pero también conocer los vínculos verticales que formaban parte de su nicho interpersonal, como las relaciones que establecían con las patronas a través del trabajo doméstico en diferentes zonas de Guadalajara.

La manera como se define y aborda metodológicamente la red social tiene semejanzas y diferencias con las propuestas originales de Adler de Lomnitz (1975 y 1994). Esta autora la define como el conjunto de relaciones de intercambio recíproco de bienes y servicios en un espacio social determinado. Aun cuando aborda la red egocéntrica y exocéntrica, esta última adquiere especial relevancia en su estudio.

En esta investigación, se puso especial énfasis en los vínculos emocionales y las transferencias simbólicas; además, la pregunta con la que se indagó fue lo suficientemente abierta como para que la entrevistada pudiera reportar aquellos vínculos que eran importantes para ella y que no se encontraban en su entorno socioespacial en esos momentos. Se trabajó sobre todo con las redes egocéntricas, es decir, con los vínculos que establecía cada mujer con los otros, tomando ego como punto de referencia.

### **Tamaño y distribución de la red social**

La red social de las mujeres entrevistadas estaba concentrada sobre todo en el ámbito del hogar y de las relaciones de parentesco (véase el cuadro 9.1). En promedio, la red estuvo conformada por 13.89 vínculos, de ellos casi nueve pertenecen al ámbito familiar. Es decir, 64% de los vínculos que las mujeres consideraron importantes en su vida cotidiana se encontraban ubicados en las relaciones por parentesco. Esta concentración de la red social

**Cuadro 9.1**  
**Número de vínculos por cuadrante y promedio por mujer**

Cuadrante	Vínculos	Promedio de vínculos por mujer
Casa	225	3.7
Parientes	309	5.1
Trabajo / escuela	92	1.5
Iglesia / actividades recreativas	54	0.9
Vecinos	93	1.5
Servicios formales	44	0.73
Otros	28	0.46

en solo dos cuadrantes puede ser leída en términos de Sluzki (1996) como redes muy localizadas, que pueden presentar menor flexibilidad y ser menos efectivas, ya que generan menos opciones que las redes más amplias.

En el caso del cuadrante *casa* resulta interesante que las mujeres atribuyeron el vínculo más importante a las hijas y después a los hijos. El tercer lugar lo ocupó la pareja, aun cuando este dato debe ser matizado por los casos de mujeres que no contaban con pareja; de cualquier manera, el vínculo con las hijas y los hijos viene a reconfirmar el papel central que ellos juegan en la vida de las mujeres.

En el cuadrante sobre *parientes*, las relaciones más importantes fueron con las personas que pertenecían a la misma generación que las mujeres, es decir, las hermanas; en segundo lugar, los hermanos. La madre y las hijas (que vivían fuera del hogar de las entrevistadas) fueron vínculos también importantes. Se debe notar cómo el padre y los hijos varones empezaban a jugar una posición más periférica en la red social de las mujeres. Los datos refirieron una red familiar altamente femenina.

Es también interesante el porcentaje de vínculos que estuvieron en el cuadrante *vecinos*, las personas que vivían en la misma colonia y no eran parientes (de estos últimos algunos vivían también en la misma colonia). El porcentaje total de vecinos ascendió a 11% de la red social total de las mujeres. Este dato es importante y refleja, por un lado, la prevalencia de las relaciones de parentesco en la red social de las mujeres y, por otro, un

índice bajo en cuanto a relaciones con personas de la misma colonia con quienes no las unían lazos de parentesco.

Desde el punto de vista de Bazán (1998) y Estrada Iguíniz (1999), las posibilidades de ayuda mutua y de reciprocidad se han deteriorado de manera significativa en los últimos años, debido sobre todo a la crisis económica en la que se encuentran muchos hogares donde no es posible seguir manteniendo las estrategias de subsistencia que implicaban relaciones recíprocas más allá de los límites del hogar. La familia extendida ha cedido su espacio a la nuclear, y esta se ha volcado hacia su interior en búsqueda de los recursos necesarios para sobrevivir ante la precariedad económica. González de la Rocha (1999a) cuestiona las posibilidades reales que tienen los hogares pobres urbanos en la actualidad para alimentar y mantener las relaciones de ayuda mutua y de reciprocidad que en otros momentos fueron estrategias para sobrevivir. Los datos mostrados sobre la composición de la red social en las mujeres entrevistadas permiten observar que la proximidad física no necesariamente implica posibilidades de un vínculo significativo en su vida cotidiana.

La situación de los pobres urbanos en Las Flores muestra diferencias claras con respecto a lo encontrado por Adler de Lomnitz en la década de los setenta en Cerrada del Cóndor. Esas redes sociales nutridas de relaciones de parentesco, de afiliaciones por compadrazgo y por cuatismo, que representaban el colchón social para quienes migraban a la ciudad de México, no existen en el universo estudiado. Un ejemplo es el caso de los compadres y las comadres, relación estudiada por Adler de Lomnitz (1975 y 1994), que es utilizada como mecanismo para reforzar los vínculos con el otro. En el caso de Las Flores, solo existían, en el total de vínculos (845), dos personas reportadas como comadres y dos como compadres.

El papel que juega el salario en el mantenimiento y fortalecimiento de las redes de intercambio recíproco es fundamental, y González de la Rocha (1999a y 1999b) ha mostrado evidencia sobre ello. Los ingresos promedio de los hogares en la colonia estudiada estaban por debajo de la línea de pobreza; en estas condiciones, las posibilidades de ayuda mutua se veían seriamente amenazadas.

En las relaciones de reciprocidad, otro factor relevante es el fenómeno de la inseguridad que se vive en la actualidad en estos asentamientos urbanos: la inseguridad en Las Flores apareció como una de las situaciones que más preocupaban a las mujeres y a sus familias.

A partir del trabajo etnográfico realizado, se considera que el bajo porcentaje en las redes vecinales tiene que ver claramente con los problemas de delincuencia y violencia en general que se vivían día a día en este lugar, así como en otros localizados en la periferia urbana. Como es sabido, un elemento sustantivo en la creación y el fortalecimiento de las redes sociales es la confianza (Adler de Lomnitz, 1975), sin ella hay pocas posibilidades para la construcción de un tejido social. En la actualidad, las familias pobres urbanas prefieren invertir en levantar una barda y una puerta que proteja de los otros, aun cuando detrás se tengan un solo cuarto y muchas carencias. Las mujeres están atemorizadas por los problemas de drogadicción, alcoholismo y delincuencia que existen al interior de la colonia y en el entorno urbano cercano. Una de sus preocupaciones fundamentales es el ambiente de inseguridad en el que viven sus familias, el problema de las adicciones en los jóvenes ha traspasado en muchos casos sus propios hogares o los hogares de los vecinos. El clima de desconfianza y de temor tiene un efecto importante en la conducta de retraimiento y aislamiento social que están viviendo muchos hogares mexicanos, en especial aquellos que viven en pobreza extrema y, por tanto, no cuentan con recursos que otras familias más acomodadas han desarrollado para hacer frente a esta situación.

El panorama social que presentó la colonia Las Flores tiene similitudes con lo que Salazar (1996) encontró en sectores marginados de la ciudad de México. Las mujeres desconfían de su entorno y prefieren resolver sus problemas cotidianos de manera autónoma y “autosuficiente”, estableciendo límites espaciales bien definidos para evitar la cercanía social. Los lazos entre vecinas son escasos y en muchas ocasiones de simple cortesía.

El cuadrante referente a vínculos en el *trabajo o escuela* obtuvo 11% de la red social total de la mujer. Las relaciones más importantes fueron con amigas, compañeras y patronas. Por un lado, y tomando en cuenta el bajo porcentaje obtenido en este cuadrante, parece que la red laboral de estas



mujeres no representaba el punto de soporte que otros vínculos, como los del parentesco, parecían jugar. Es importante señalar que el tipo de trabajo femenino que desempeñaba la mayoría de las mujeres entrevistadas no genera por fuerza las condiciones para alimentar y fortalecer nuevos vínculos. Varias de ellas eran trabajadoras domésticas, con las implicaciones propias de este tipo de actividad, como el aislamiento, la ausencia de prestaciones y la posible explotación. Sin embargo, se debe rescatar que la relación de amistad parecía tener un peso importante en este cuadrante (es la frecuencia más alta), lo cual habla también de las posibilidades de ampliar la red social cuando se tiene acceso al trabajo, por precario que este sea, o cuando se participa en alguna actividad educativa informal.

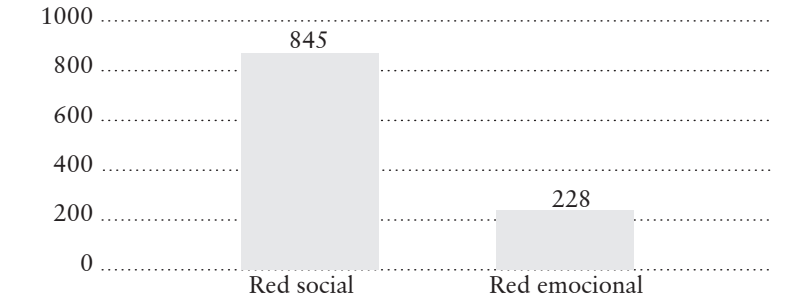
### **Estructura y distribución de la red de apoyo emocional**

Una vez revisados el total de vínculos que las mujeres consideraron importantes en las diferentes áreas de su vida, se abordan las relaciones que señalaron como emisoras y receptoras de apoyo emocional, es decir, los vínculos sociales donde el apoyo emocional, el consejo, la compañía y la convivencia cotidiana juegan un papel fundamental. Son esos espacios de relación donde es posible compartir, platicar, desahogar y recargar los ánimos para continuar la jornada.

Ya se mostraron las diferentes emociones que las mujeres reportaron vivir de manera cotidiana, así como las maneras en que las significaban y enfrentaban (véase el capítulo VII). A partir de este contexto, donde las emociones experimentadas estaban encarnadas en situaciones sociales concretas, se aborda el papel que jugaban las redes sociales, sobre todo de apoyo emocional en la vida y el bienestar de las mujeres entrevistadas.

Un primer dato importante es el descenso de la red cuando se aborda de manera explícita su función emocional (véase la gráfica 9.1): de la red social, solo 26.9% corresponde a los vínculos que implican apoyo emocional. El promedio de personas por mujer en cuanto a apoyo emocional es de: 3.8 vínculos en comparación con 14.08 por mujer en la red social amplia. De las 60 mujeres, hubo tres casos que mencionaron no contar con nadie para

Gráfica 9.1  
Red social y de apoyo emocional



platicar sobre sus sentimientos y sus preocupaciones. La red emocional es predominantemente femenina (véase el cuadro 9.2).

Del total, 49 mujeres vivían con su pareja, pero esta solo apareció como apoyo emocional en primer lugar en 18 casos; en cuatro casos apareció en el segundo lugar de jerarquía y en otros cuatro en el tercer lugar; después, este vínculo desapareció. Estos datos parecen tener una relación importante sobre lo que Burín, Moncarz y Velázquez (1991) afirman: el matrimonio es factor de protección para los hombres y de riesgo para muchas mujeres. La cercanía física por sí sola, como bien expresa Adler de Lomnitz (1975), no garantiza un vínculo de apoyo emocional importante; los problemas propios de pareja parecen jugar un papel clave, el desempleo que viven muchos hombres y la intensa respuesta laboral femenina, aun en condiciones precarias, ha ocasionado conflictos y violencia en las relaciones de pareja. Elsa, jefa económica y casada con un hombre que tiene problemas con el alcohol, narra lo siguiente:

[...] cuando me iba yo a trabajar [de empleada doméstica] a veces también bueno y sano [se refiere al esposo en momentos de no haber ingerido alcohol] decía que yo andaba con los hombres que porque yo llegaba tarde, y yo le decía: “Yo del trabajo a mi casa, si me entretengo es porque a veces hay mucho quehacer, me pongo a lavar y a planchar y a hacer

**Cuadro 9.2**  
**Red de apoyo emocional**

Tipo de relación	Sexo	Viven en casa	No viven en casa	Total frecuencia
Hija	F	22	17	39
Hermana	F	–	29	29
Pareja	M	26	–	26
Hijo	M	14	12	26
Amiga	F	–	23	23
Mamá	F	4	17	21
Vecina	F	–	20	20
Papá	M	–	5	5
Sacerdote	M	–	5	5
Comadre	F	–	3	3
Patrona	F	–	3	3
Nuera	F	2	1	3
Compañera	F	–	3	3
Nieto	M	1	1	2
Cuñada	F	–	2	2
Sobrina	F	–	2	2
Compadre	M	–	2	2
Tía	F	1	1	2
Enfermera	F	–	1	1
Maestra	F	–	1	1
Nieta	F	1	–	1
Hermano	M	–	1	1
Abuela	F	–	1	1
Doctor	M	–	1	1
Doctora	F	–	1	1
Cuñado	M	–	1	1
Amigo	M	–	1	1
Sobrino	M	–	1	1
Suegra	F	–	1	1
Tío	M	–	1	1
Total		156 vínculos femeninos=68.42%		
72 vínculos				
masculinos=31.57%	71	157	228	

toda la casa de la patrona”, él me decía: “No, pero que esto y el otro... si te quieres ir, vete, está la puerta libre...” (Entrevista en profundidad, junio de 1999).

La situación social señalada por Elsa y los problemas de alcohol y de desempleo experimentados por el marido, generaron eventos de violencia física y emocional contra ella, los que, aunque ya se habían presentado antes, durante esta época se exacerbaron de manera considerable. Además, Elsa dejó ver a través de su relato la ausencia de vínculos emocionales que le permitieran sobrellevar estas experiencias de una manera distinta:

[...] sí, él me pegaba y yo no podía hacer nada porque yo me sentía sola en el mundo, no sentía con quién apoyarme, que me apoyara pues, porque yo era persona que tenía menos experiencia, yo pensaba que si me iba de la casa [abandonar al esposo] nadie me iba a ayudar y pues no sentía a alguien que me dijera: “Oye, ¿pos qué te pasa, en qué te ayudo?” [...] cuando menos platicar con alguien, yo no tenía amigas, yo no tenía con quién desahogarme, nomás yo me estaba enfermando, había días que perdía hasta el sueño, hasta el hambre, hasta para caminar no tenía juerzas, sentía como un deshuese del cuerpo [...] se va enfermando uno y no siente uno cómo desahogarse, no puede uno defenderse [ante los golpes del marido] porque es uno muy miedoso, como un animalito que le pegan y le vuelven a pegar, y tiene que obedecer uno, uno tiene que sentir miedo porque siente uno que le duelen los golpes a uno (Entrevista en profundidad, junio de 1999).

Una siguiente mirada al cuadro 9.2 permite conocer quiénes permanecen presentes como apoyos emocionales en la vida de las mujeres: destacan las hijas y las hermanas; en cuarto lugar aparecen también los hijos varones. Al igual que en la red social amplia, la emocional se presenta fuertemente femenina y orientada sobre todo a lazos estrechos y directos de parentesco.

En el caso de Elsa, resulta interesante la forma en que ella enfatizó el tipo de apoyo emocional que había recibido y seguía recibiendo de sus hijas

e hijos ante los problemas con su marido. Además, es posible constatar la forma en que ella aconsejaba y confortaba a sus hijas ante los problemas de pareja que ellas vivían en su presente. Los hijos de Elsa habían formado sus propias familias, pero todos vivían físicamente cerca de la vivienda que ocupaban Elsa y su marido. El apoyo emocional funciona también desde un consenso de lo que socialmente se espera de los otros en un contexto específico. Las redes sociales operan a través de sanciones no formales que permiten restablecer el equilibrio perdido (Adler de Lomnitz, 1975), y de regulación o control social (Sluzki, 1996). Así, Elsa señala:

[...] no pos ellos [los hijos] ellos nunca me dijeron: “Mamá, déjelo [al esposo]”, no, hasta eso, ellos me decían: “Mamá, vámonos a pasear por ahí, vamos a pasearnos en lo que se le pasa la borrachera”. Yo les decía: “Hijos, yo ya voy a largar a su papá”, y ellos me decían: “No, mamá, no lo largues, aguántalo mamá, que al cabo ya está viejo mi papá, tú también ya estás mayor y qué vas a hacer, aguántalo y verás que ya va a cambiar, porque si tú lo dejas, mamá, tú te vas a trabajar, tú no vienes a verlo, tú no lo ves y él va a agarrar la borrachera de diario, de diario, de diario... y se va a morir, y tú vas a llevar esa conciencia, tú misma te vas a arrepentir por haberlo abandonado, mamá... hasta que Dios diga que estén juntos los dos, no lo dejes, porque va a andar todo borracho y enfermo, todo distraído, todo mugroso, sin comer y sin dormir, de todos modos, mamá [...] nunca se va a largar para toda la vida”.

*Entonces, ¿usted siempre les hizo caso a sus hijos?*

Sí, yo les hice caso [...] bendito sea Dios, y ahora yo les digo a mis hijas... porque mis hijas nunca han largado a sus maridos, les digo: “Miren, hijas, ustedes y sus hermanos así como me aconsejaban, así ustedes llévensela bien con sus maridos [...] ¿yo cuándo largué a su papá?... porque yo, sí me daban ganas de largarlo, y él se iba a morir y a enfermar, y yo iba a llevar eso en la conciencia, y ustedes iban a decir, si se moría, que era mi culpa, por haberlo largado, otra cosa hubiera sido si se lo hubiera llevado Dios, ¿ven, hijas?” y de veras que nunca lo largué, ni una vez, ni de jugarrera...

El relato de Elsa muestra la forma en que se transmiten generacionalmente las pautas de comportamiento femenino en un contexto de pobreza. Su pareja era un hombre enfermo y que, en caso de ser abandonado, habría quedado desprovisto de toda protección social informal y formal. Para Elsa y sus hijos no parecían existir apoyos sociales que permitieran mantener con vida al señor más allá de las fronteras familiares. Los servicios formales dentro o fuera de la colonia en ayuda a personas alcoholizadas permanecían en apariencia ausentes. Las posibilidades de apoyo por parte de los vecinos tampoco parecían jugar un papel importante en el relato. Todo ello tiene relación con lo que Castells (en Dabas, 1993) denomina como zona de desafiliación, es decir, vínculos sociales desdibujados y situaciones de exclusión social sin retorno. Para la pareja de Elsa, ser “largado de casa” no solo significaba perder los vínculos familiares sino caer en un vacío social sin retorno, donde lo único predecible era la muerte.

Las siguientes relaciones que obtuvieron frecuencias altas fueron los vínculos con la madre, la vecina y la amiga. Los vínculos fueron de nuevo con mujeres y en dos de ellos no existía lazo de parentesco. Esta información habla de que aun cuando no eran los vínculos de mayor frecuencia ni con mayor jerarquía, sí estaban presentes para un grupo importante de las mujeres entrevistadas.

### **Red de apoyo económico**

Ante la pregunta: “Mencione por orden jerárquico, ¿quiénes son las personas a las que usted puede acudir en caso de necesidad económica?” (véase el cuadro 9.3), se observa en primer lugar que la red social se contrae a 18.09% cuando se trata de apoyo económico. El promedio de vínculos por mujer desciende a 2.2, en comparación con 14.08 en la red social amplia. Además, de las 60 mujeres, cinco mencionaron no contar con nadie en caso de necesidad económica.

Los datos indican que la red de apoyo económico estaba orientada sobre todo a la familia de origen de la entrevistada; tanto en el apoyo

**Cuadro 9.3**  
**Red de apoyo ante necesidad económica**

Tipo de relación	Sexo	Viven en casa	Vive fuera de casa
Hermana	F	–	17
Amiga	F	–	13
Hermano	M	–	11
Mamá	F	2	11
Vecina	F	–	11
Hijo	M	4	10
Papá	M	–	9
Pareja	M	6	2
Hija	F	3	5
Cuñada	F	–	7
Comadre	F	–	6
Tío	M	–	4
Suegra	F	–	3
Cuñado	M	–	2
Conocido que presta dinero	M	–	2
Patrona	F	–	2
Ex patrona	F	–	1
Sacerdote	M	–	1
Compadre	M	–	1
Suegro	M	–	1
Amigo	M	–	1
Totales	Femenina: 81=60%		Masculina: 54=40%
	120 apoyos de fuera de casa		15 apoyos de casa
Total:	135 vínculos		Promedio: 2.2 vínculos por mujer

emocional como en el económico, la hermana apareció como uno de los principales vínculos.

Lara (1996) y Salgado y Maldonado (1992) han realizado diversos estudios epidemiológicos en materia de salud mental en México, en donde indican que son los familiares, en primer lugar, con quienes las mujeres acuden cuando experimentan malestar emocional. Con este trabajo, se

puede considerar que en mujeres–madres pobres urbanas los apoyos emocionales descansan sobre todo en el vínculo con las hijas y las hermanas; los apoyos ante necesidad económica se encuentran concentrados en la familia de origen. Además, existe un orden jerárquico importante que señala como primer apoyo a la hermana, después al hermano y a continuación la madre, seguida del padre.

Bazán (1998) habla sobre las tendencias actuales de las familias urbanas empobrecidas a volcarse de manera forzosa hacia su interior en búsqueda de soluciones que les permitan sobrevivir. La evidencia empírica muestra que estas mujeres contaban con vínculos escasos en situaciones de necesidad económica (dos en promedio). Sin embargo, resulta relevante y preocupante, por las condiciones de escasez de recursos, que sean sobre todo los miembros de la familia de origen de la entrevistada quienes fueron percibidos como posibles ayudas ante la necesidad económica. Además, es posible observar que en cuanto a apoyo económico la distribución de los vínculos por sexo es menos contrastante (60% son femeninos y 40% masculinos) con respecto a la red de apoyo emocional. Este dato confirma algunos consensos sociales que conceden a la mujer un papel importante en el campo de las emociones y al hombre un rol primordial como proveedor. Un ejemplo ilustrativo es el caso de los hermanos varones: mientras que en la red de apoyo emocional su presencia es mínima, en la de apoyo económico aparecen en tercer lugar, antes de la madre y las vecinas. Todo esto orienta a considerar que aun en contextos de pobreza extrema, donde las posibilidades de intercambio y ayuda mutua son restringidas, las relaciones de parentesco, sobre todo las más directas, parecen tener un papel crucial para que la gente logre sobrevivir. No se trata de redes de parentesco tan ricas y nutridas como las que encontró Adler de Lomnitz (1975) en Cerrada del Cóndor sino de los vínculos de parentesco más cercanos que han logrado perdurar y permiten mantener la esperanza de la ayuda y del apoyo en muchas mujeres en situaciones de carencia cotidiana.

A continuación se muestran algunos casos etnográficamente ilustrativos sobre las características del apoyo económico existente en Las Flores. El primer caso es de doña Rosa y su pareja, don Antelmo:



Saludé a doña Rosa con mucho gusto, ella es una mujer ya mayor, de alrededor de 70 años [...] Ella ha participado durante las diferentes fases de la investigación. Comenté a doña Rosa que la fui a buscar y no la encontré. Ella me contó acerca de su “peregrinar [...]”: “No, seño [...] ya tengo tiempo que no vivo en ese cuarto, mi señor y yo nos pusimos muy enfermos, de a tiro no podíamos ni salir, ni caminar, ahí solos y sin podernos mover [...] hasta que un hijo vino por nosotros [después de tres semanas] y ya nos trajo a un cuarto que está más cerca de aquí del movimiento [más cerca del templo y del mercado] Yo he estado muy enferma, con muchas dolencias en mis piernas, mire nomás cómo se me pusieron [me muestra sus piernas, que lucen muy hinchadas y la piel agrietada] y pos ahí la estamos pasando ahora en ese cuarto, días comemos y días no, ai cuando nos trae mi hijo algo de dinero o cuando consigo alguna cosa pos ya comemos algo mi señor y yo. Y luego perdí [el acceso–derecho] a despensa [cada mes una organización de la sociedad civil, OSC, entrega despensa a las familias necesitadas de la Colonia, pero a cambio las mujeres deben asistir a algún curso] porque no fui a los cursos, pero pos cómo voy a ir si andaba tan enferma que ni caminar podía y pos bajar hasta el templo, no podía [...]” (Diario de campo, 15 de octubre de 1999).

Doña Rosa siguió narrando la situación que había vivido en los últimos tiempos, la falta que le hacía su despensa y la necesidad de poder arreglar el acceso mensual a esta. Los problemas de salud de doña Rosa y su pareja eran graves, el hecho de movilizarse para allegarse de recursos y contactarse con los otros ya era difícil para ellos. Desde lo narrado, la condición de aislamiento que día a día vivían, y que se había agudizado, reitera lo encontrado en los datos de la encuesta y de las entrevistas en profundidad: los ancianos se encuentran doblemente excluidos y es uno de los grupos (por edad) que vive situaciones de vulnerabilidad económica y social más graves. En muchas ocasiones, quedan a merced de la caridad y de las buenas intenciones y el apoyo de los hijos. Hallazgos similares han sido reportados

por Estrada Iguíniz (1999) en la ciudad de México y por Sluzki (1996) en los inmigrantes ilegales en Estados Unidos.

En el caso de doña Rosa y su pareja, uno de los hijos llevó a cabo hechos concretos para amortiguar un poco la situación de crisis económica y enfermedad que vivían sus padres. Sin embargo, según comentó ella, las posibilidades económicas que este hijo tenía para alimentarlos y cuidarlos eran muy escasas; él contaba ya con su propia familia y vivía en una situación de pobreza similar a la de muchas familias de esta colonia.

Las redes de ayuda, sobre todo aquellas que no garantizan la reciprocidad, debido a la situación de incapacidad en que se encontraban doña Rosa y su pareja, no se activan de manera oportuna ante la situación de crisis y enfermedad (Sluzki). Doña Rosa y su pareja tuvieron que pasar varias semanas antes que uno de sus hijos hiciera algo al respecto. Además, la permanencia de las funciones de la red, en este caso, de abastecer a esta pareja anciana de dinero y de víveres, no se daba de manera continua, ni con un patrón en el tiempo ni en la forma, dependía de las posibilidades familiares y económicas que el hijo o los vecinos de la colonia tuvieran. En términos de Adler de Lomnitz (1975 y 1994), se trata de algunos de los factores más importantes que regulan la intensidad de un vínculo y en el caso de doña Rosa y su pareja estaban debilitados: la distancia física que los separaba de su hijo era determinante; la distancia social había quedado amenazada ante las propias demandas que el hijo tenía sobre su nueva familia, y en cuanto a la distancia económica, doña Rosa y su pareja no tenían posibilidades de reciprocitar, lo cual convertía este vínculo en una relación asimétrica que ponía en desventaja y en entredicho el bienestar de esta pareja.

El segundo caso es el de doña Mary, quien tenía un puesto de huaraches en el mercado de la colonia. Llamaba la atención su puesto, porque la mayoría era de venta de verdura y algunos otros alimentos. De un total de 30 locales, solo estaban ocupados alrededor de nueve, las ventas eran muy escasas y la gente solo compraba los alimentos que resultaran más económicos. Doña Mary comentó que ese local se lo prestaba un hijo y que los huaraches que vendía se los proporcionaba él; además, la nuera le daba mochilas para que vendiera. Doña Mary también comentó que su hijo le

daba un poco de dinero cuando vendía huaraches, pero que su nuera no le daba nada por las mochilas. En el local, rara vez se vendía algo:

[...] las ventas andan muy mal, yo de a tiro no vendo nada, nomás cuando viene mi hijo y me pregunta que si vendí algo, yo le digo: ay sí, sí, pero ni es cierto [...] yo sé que este hijo es el único que se mortifica por mí, pero me da pena decirle que no vendí nada porque luego se pone retriste y no me gusta verlo triste.

Doña Mary tenía dos hijas y un hijo vivos; una de ellas vivía en la misma colonia, pero pocas veces la visitaba: “esa hija casi no se mortifica por mí”. Su otra hija, comentó doña Mary: “Esa está bien, bien de dinero, pero casi nunca la veo, vive en otro lado de la ciudad y no acostumbra venir a la colonia, a veces, será como cada dos o tres meses, viene y me regala que un reloj [...] y yo ¿pa’ qué quiero eso?, a mí que me traiga comida, que eso es lo que necesito”. El hijo era quien al parecer estaba más cercano a la vida y las necesidades de doña Mary.

La red de relaciones basada en el parentesco parecía no operar de manera adecuada en la vida y la lucha por la sobrevivencia cotidiana de doña Mary. Sin embargo, en el caso de esta anciana, existían redes vecinales que le habían brindado el soporte necesario para su subsistencia y su bienestar, más allá de las meras condiciones materiales de vida. La pregunta central sería: ¿cuáles son las estrategias que utilizaba doña Mary para dar mantenimiento a su red social, a diferencia de las estrategias y consecuentes condiciones de vida en que se encontraban doña Rosa y don Antelmo?

En primer lugar, el mercado era el escenario social en donde doña Mary entretendía sus relaciones de ayuda mutua y de intercambio recíproco. Doña Mary no iba, estaba en el mercado. Su pequeña silla iba de un puesto a otro conforme iba visitando y saludando a su gente; de vez en cuando echaba un vistazo hacia su puesto de huaraches y continuaba su rutina social. El puesto no representaba su medio de subsistencia, simbolizaba más bien un puente importante a través del cual daba estructura a su rutina diaria y alimentaba sus relaciones de apoyo y reciprocidad con los vecinos. La reciprocidad,

elemento indispensable para el funcionamiento de las redes sociales de ayuda mutua (González de la Rocha, 1999a), estaba presente en la faena cotidiana de doña Mary. Además de platicar con los demás locatarios, doña Mary se *acomedia* y ayudaba a limpiar los puestos, a acomodar la mercancía. A cambio, recibía bienes en especie que le proporcionaban lo necesario para su subsistencia. Su puesto era mucho más que un espacio de compra-venta: las funciones sociales y de interacción cotidiana que desempeñaba en este escenario social definían y soportaban, en buena medida, su propia vida.

Otro factor importante se refiere a los rasgos de personalidad del sujeto. De acuerdo con la propuesta de Bronfman (2000), estos influyen de manera significativa en el grado de conectividad de la red. En el caso de doña Mary, es muy evidente que uno de sus recursos más importantes era su habilidad social para establecer relaciones y mantenerlas, sobre todo con los vecinos de su colonia.

Por último, otro elemento importante que nutría la red social de doña Mary era que ella era “sobadora”:

Yo sobo, pero no compongo [...] componer es otra cosa [se refiere a poner los huesos en su lugar cuando a alguien se le salieron de sitio] eso se lo dejo a los ángeles, yo sobo [...] y si vieras cómo me buscan aquí la gente, la misma gente del mercado. Mi papá, cuando yo era niña, me enseñó esta ciencia y ya tengo mucho, mucho sobando.

Aunque doña Mary era mayor que doña Rosa, contaba con habilidades, como el “sobar”, que tenían fuerte demanda en la colonia y le permitían, en un acto de reciprocidad, regresar los favores recibidos y mantener las posibilidades de intercambio.

## Densidad de la red de apoyo emocional

De acuerdo con Sluzki (1996), la densidad de la red se refiere a las conexiones entre los miembros independientemente de ego. Bott (1980) denomina a esta característica de las redes sociales como conectividad y la define como la

medida en que las personas conocidas por un individuo o una familia se tratan y reúnen entre sí de manera independiente al individuo o la familia.

Para evaluar esta variable, se utilizó una matriz y una serie de preguntas. Además de conocer si los miembros que componían la red emocional de las mujeres eran extraños o conocidos entre sí, se buscó analizar si existía cercanía emocional y física (sin ser categorías excluyentes) entre ellos. Los datos muestran que el nivel de conectividad de la red emocional era alto: el promedio de personas extrañas entre sí por mujer fue de 0.85, mientras que el de cercanas emocionalmente fue de 2.9; en cuanto a cercanía física, el promedio fue de 2.3. Los datos muestran que existía un índice alto en los vínculos que unían a las diferentes personas que formaban parte de la red emocional de las mujeres (Bott, 1980). Estos hallazgos tienen que ver con que los vínculos emocionales significativos estaban localizados básicamente en el cuadrante *casa* y, en menor medida, con otros *parientes* no corresidentes.

En términos de Turner (1980), se trata de redes de tejido cerrado. El autor considera que los miembros que componen una red participan en procesos de intercambio recíproco en el campo de lo material y de lo emocional. En las redes de tejido cerrado o de conectividad alta, los individuos están más expuestos y sensibles a la opinión y el comportamiento de los otros debido a que la mayoría se conoce entre sí y además comparte los mismos valores. Esto da lugar a que se puedan aplicar entre los diferentes miembros de la red sanciones informales importantes. Para Sluzki (1996), una red con densidad alta puede promover la conformidad entre los miembros, ya que ejerce presión para que los individuos se adapten a las normas y pautas sociales; además, puede promover la exclusión del individuo cuando se violan las reglas prescritas.

Es importante recordar que la densidad o conectividad alta que presentó la red de apoyo emocional de las mujeres entrevistadas, tiene mucho que ver con que se trataba sobre todo de vínculos por parentesco. Esto, como mencionan diversos autores, puede ser un *arma de doble filo*: por un lado, puede permitir la ayuda oportuna y efectiva en momentos de crisis, por ejemplo, la enfermedad de los hijos, pero, por otro, puede restringir las

posibilidades de soluciones creativas que rompan o amenacen los valores y normas de la familia. Un caso interesante sobre ello es el de Elsa, quien era aconsejada por sus hijos para que no “largara al marido”, aun cuando este se encontraba alcoholizado de manera constante y la maltrataba física y emocionalmente desde hacía muchos años.

## Dispersión de la red de apoyo emocional

### *Distancia geográfica*

Este punto ha sido abordado por autores como González de la Rocha (1986, 1994), Bronfman (2000), Adler de Lomnitz (1975, 1994), Salazar (1996) y Abello, Madariaga y Hoyos (1997). La distancia geográfica es uno de los elementos principales para que puedan florecer las relaciones de intercambio y ayuda mutua. En este caso, interesaba sobre todo conocer el papel que jugaba la cercanía o lejanía física en la existencia de las redes de apoyo emocional en la vida de las mujeres.

A partir de los resultados, se encontró que 57% de la red de apoyo emocional de las mujeres se encontraba en la misma casa (29%), en la misma cuadra (12%) o en la misma colonia (16%). Sin embargo, 43% se ubicaba fuera de esta colonia: en colonias vecinas (24%), en otros municipios (12%) o fuera de la ciudad (3%), del estado (3%) o del país (1%). Si se toma en cuenta que en promedio las mujeres contaban en su red de apoyo emocional con 3.8 vínculos y que los de mayor frecuencia eran la hija, la hermana, la pareja y el hijo, se está hablando de que los vínculos emocionales más cercanos físicamente eran con la propia familia (los que viven en casa) y, en menor medida, con la familia de origen.

Los datos muestran una dispersión geográfica mayor de la red (en este caso, acentuando su dimensión emocional) a lo encontrado por Adler de Lomnitz (1975) en Cerrada del Cóndor. Como se mostró en capítulos anteriores, no existía un patrón de movilización urbana en las mujeres entrevistadas y sus familias. Muchas de las familias se conocieron cuando se establecieron en Las Flores. Además, varias habían dejado vínculos impor-

tantes fuera de la colonia, del municipio, de la ciudad y, en algunos casos, del estado y del país. Todo esto torna más difícil y compleja la creación de redes sociales, más aún cuando se trata de redes que impliquen inversión emocional y, por lo tanto, un alto grado de intimidad.

Elsa, por ejemplo, había logrado que cada uno de sus hijos se casara y se quedara a vivir en la colonia, incluso en el mismo lote y en diferentes cuartos. Aunque la red de apoyo emocional de Elsa no era fuerte en cuanto a lazos de parentesco más allá, sí contaba con sus hijos e hijas, que la habían apoyado cuando el marido enfermaba y ella había correspondido también cuando existían crisis en las familias de sus hijos (en ese tiempo, una de sus hijas estaba enferma y Elsa se preocupaba por su bienestar).

En el caso de doña Mary, es posible percibir también que la cercanía física de una de sus hijas no garantizaba un apoyo importante para ella. Sin embargo, las relaciones vecinales (íntimamente asociadas con la cercanía física), más allá de las de parentesco, habían jugado un rol importante en su vida social y emocional. Cuando el hijo vendió el lote de huaraches en el mercado, esto tuvo repercusiones importantes en las posibilidades de sobrevivencia de doña Mary. Ella pasaba la mayor parte del tiempo en su casa (un pequeño cuarto) y cada vez tenía mayor dificultad para moverse. El mercado, entendido como un escenario social importante para nutrir y mantener vigente la membresía de doña Mary a las redes de apoyo y ayuda, había dejado de existir en su vida cotidiana.

### *Grado de accesibilidad a la red*

Cuando se aborda la red de apoyo emocional, es importante conocer el grado de accesibilidad que tienen las mujeres a ella en momentos de crisis o de necesidad importante. Además del apoyo emocional, muchos de los vínculos existentes pueden auxiliar de diversas maneras, como dando información pertinente y orientación sobre servicios, así como con bienes en especie y alojamiento. Sin embargo, al explorar la red emocional se pone especial atención en aquellos vínculos donde hay un grado de intimidad suficiente para el desahogo, la escucha activa, el consejo, el apoyo emocional,

el intercambio de historias en común y sobre todo el apoyo ante situaciones sociales críticas, como la muerte de los seres queridos, la violencia y el maltrato intradoméstico, o el abandono de la pareja.

Bronfman (2000) analiza los conceptos: “presencia o ausencia de red”. Para él, la ausencia no se refiere a que la red no exista sino a que no está presente en el momento clave en que es requerida. Por su parte, González de la Rocha (1999a) enfatiza en el costo en tiempo, disposición y recursos materiales que implica mantener activa una red social.

En este estudio se entiende por accesibilidad a la red emocional, la disposición en tiempo y presencia inmediata de cada uno de los vínculos que componían la red emocional ante situaciones de crisis que experimentaban las mujeres entrevistadas y sus familias.

En el caso de las mujeres de Las Flores, algunas de las situaciones sociales que les implicaban mayor angustia, sufrimiento y, por lo mismo, necesidad de apoyo, consejo y compañía, estaban relacionadas con los problemas de salud de los hijos, los conflictos recurrentes con la pareja, la soledad y la falta de apoyo por la ausencia o lejanía de seres queridos, el dolor ante la muerte de los hijos y de los padres, y las preocupaciones económicas, sobre todo por la falta de recursos para atender la alimentación de los hijos. Sobre este contexto, se analiza el grado de accesibilidad de la red, según la percepción de las mujeres entrevistadas (véase el cuadro 9.4).

Los datos muestran el total de personas nombradas: 186 vínculos de los 228 que conforman la red emocional completa. Esto implica que ante la pregunta sobre el grado de accesibilidad, la red se contrae un 18.5%, lo que equivale a una reducción en la red de cuatro a tres vínculos en promedio por mujer.

Otro dato interesante, retomando la óptica de género, permite detectar que al indagar sobre el grado de accesibilidad ante una necesidad de ayuda emocional, la red se incrementó de manera significativa en los vínculos femeninos (74.7%) y presentó un decremento en los masculinos (25.3%). Las redes se comportan de manera singular de acuerdo con el tipo de necesidad requerida por alguno de los miembros que la componen; cuando fue de carácter económico, la presencia masculina mostró un ascenso significativo,



**Cuadro 9.4**  
**Accesibilidad a la red**

	1	2	3	4	5	6	7	8	General
Hermana	3	6	9	5	2	4	2		31
Hija	11	8	6	3		1			29
Esposo	18	5	1	2		1			27
Hijo	3	8	3	1	1		1		17
Mamá	5	5	2	3	1				16
Vecina	4	2	4	3	2				15
Amiga	3	5	1	2	2				13
Padre	1	2	2	1					6
Familia política	2	1	1	2					6
Hermano	1	1						1	3
Comadre	3								3
Cuñada	2			1					3
Sacerdote		1	2						3
Familia cercana	1			1	1				3
Compañera	2								2
Doctora		1	1						2
Nuera		1	1						2
Pareja	1		1						2
Compadre		1							1
Doctor			1						1
Maestra		1							1
<b>Total general</b>	<b>58</b>	<b>46</b>	<b>36</b>	<b>25</b>	<b>11</b>	<b>6</b>	<b>3</b>	<b>1</b>	<b>186</b>

cuando fue de carácter emocional, prevaleció la presencia femenina. En este sentido, las normas y los valores del grupo social en estudio son determinantes en cuanto a lo que se espera de los sujetos y conforme a las construcciones socioculturales de las identidades masculina y femenina existentes.

Nuevamente las principales expectativas de ayuda estuvieron concentradas en la propia familia; los datos son similares a lo que encontraron Bazán (1998) y González de la Rocha (1999a) al indagar sobre vínculos que participan en el intercambio recíproco de bienes y servicios. Las relaciones de parentesco con la familia de origen de la entrevistada o de su pareja tuvieron una influencia menor ante situaciones críticas. La misma

situación se presentó con los vecinos, que representan solo 8% de la ayuda ante situaciones difíciles.

Otro dato importante es la manera en que las mujeres jerarquizaron el apoyo de sus hermanas; ellas estuvieron presentes en el primer o los primeros lugares a lo largo de las diferentes indagaciones con respecto a la red social y de apoyo emocional. Sin embargo, aun cuando obtuvieron la frecuencia más alta en cuanto a jerarquía, no fueron percibidas por las mujeres entrevistadas como los vínculos más accesibles en tiempo y presencia inmediata. Esto puede estar determinado en muchos casos por la distancia física que separaba a las mujeres de sus hermanas y por las propias demandas cotidianas que experimentaban sus hermanas al interior de sus hogares y en su entorno social específico.

Destaca también la percepción que tenían las mujeres sobre el apoyo de la pareja ante una situación crítica y de presencia inmediata; este aparente apoyo emocional debe ser matizado con la evidencia mostrada en los capítulos anteriores. La pareja parece ser uno de los vínculos con disposición y presencia ante eventos críticos, sin embargo, el apoyo era de carácter operativo más que emocional. Un ejemplo interesante que permite ver cómo se activa la red de apoyo con la pareja, aunque pudieran existir problemas diversos, es el caso de Ángeles. Ella era una mujer joven, madre de una hija adolescente y de dos hijas pequeñas. Su pareja, Raúl, estuvo desempleado o con empleos temporales durante mucho tiempo y también había tenido problemas con el alcohol y había presentado conductas violentas hacia Ángeles desde hacía varios años.

Hace unos meses la hija adolescente de Ángeles y Raúl fue atropellada por un carro cuando salía de la secundaria, estuvo hospitalizada dos semanas y tuvieron que operarla en dos ocasiones de un pie.

A Ángeles, quien tiene problemas del corazón, no le dijeron que su hija había sido atropellada en el momento del accidente, solo le comentaron su esposo y su hermana que Lore [la hija] se había luxado un pie y que la estaban atendiendo. Finalmente Ángeles supo sobre el accidente de su hija y estuvo las dos semanas cuidando de ella en el hospital, su madre

que vive en la colonia Polanquito, la ayudó a cuidar de sus hijas pequeñas y su esposo también cooperó, dejó de trabajar una semana, pues estaba mortificado por el problema de la hija.

Ángeles comenta que el accidente de su hija, aunque implicó mucho desgaste físico y preocupación para toda la familia, finalmente trajo buenas cosas, dice: “No hay mal que por bien no venga”, resulta que su pareja cambió bastante a raíz de este accidente: “En lo que va del año [...] solo ha tomado tres veces y ahora cuando anda tomado se queda aquí afuerita en el patio y yo le digo: ‘Vente, gordo, vámonos a dormir, ya ponte en paz’. Desde hace varios meses no me ha maltratado y anda muy cambiado”.

Ángeles comenta también que después del accidente, a las dos semanas, asaltaron a su pareja para quitarle un radio ahí en la colonia y que le dieron tres “piquetazos” y que eso también lo hizo cambiar. Otro punto importante es que su pareja entró a trabajar desde enero pasado en una fábrica como operador y se ha mantenido ahí: “Va un mes de día, un mes de noche y el otro de comodín”. Además, comenta Ángeles: “Ahora, en su nuevo trabajo, le depositan en banco y como él no sabe nada de esas cosas, pues ahora yo soy la que tengo el dinero, pues voy y saco y yo me encargo de los dineros. Un día lo llevé al banco, pa’ no verme egoísta y le dije: ‘Ven, gordo, yo te enseño esto de los manejos en banco’, pero él no quiso... ahora yo soy la del dinero” (diario de campo, 13 de octubre de 1999).

Este caso nos permite recuperar varios puntos importantes: el accidente activó rápidamente la red de apoyo de Ángeles. La participación de Raúl, su pareja, fue importante en dos niveles: en primer lugar, asumió un papel protagónico en la búsqueda de ayuda para atender de manera adecuada a Lore y, en segundo lugar, asumió una función protectora hacia Ángeles, debido a su condición delicada de salud.

Es posible detectar también la participación de otros dos actores sociales que funcionaron como apoyos importantes ante esta crisis familiar: la hermana y la madre de Ángeles ofrecieron apoyo a la familia que implicó, por un lado, estar al tanto de la salud de Lore y, por otro, cuidar que el

accidente pudiera repercutir en la salud de Ángeles. La madre, al igual que la pareja, ofreció su ayuda para cuidar de las hijas pequeñas y favorecer así las visitas hospitalarias de Ángeles a Lore.

¿Qué vínculos permanecieron ausentes? Extraña sobre todo la ausencia de vecinos en el relato de Ángeles. Ella comentó:

[...] gastamos muchísimo dinero con el accidente de Lore, pues aunque la atendieron en el Seguro [gracias al trabajo actual de su pareja], tuvimos que pagar el aparato especial para la pierna de Lore y muchas idas y venidas en taxi para revisiones médicas, en cada taxi eran 100.00 de ida y 100.00 de regreso.

Lo que extraña es sobre todo la ausencia en apoyos puntuales como un medio de transporte para llevar y traer a Lore del hospital: los vecinos cercanos de Ángeles eran algunas de las muy contadas personas de esta colonia que contaban con carro.

Las redes vecinales no eran en Las Flores, y quizá en otros escenarios similares, los apoyos más importantes. Tal vez estos hallazgos tengan que ver con lo que Bronfman (2000) denomina como: “la falta de cohesión e identificación en el barrio o la colonia”, donde sentimientos como la desconfianza y la hostilidad se conjugan para obstaculizar un adecuado establecimiento de las redes vecinales. Otra explicación que proporcionan tanto Bronfman como Salazar (1996), es que en la actualidad en este tipo de asentamientos urbanos las familias desean mantener en privado sus asuntos o, como afirma Bazán (1998), las familias pobres urbanas tienden a nuclearizarse y perder las redes de intercambio y ayuda mutua que tradicionalmente habían existido con los vecinos y los parientes de la familia extendida.

Es necesario entender el comportamiento de las redes sociales y de apoyo emocional como procesos dinámicos y complejos, no estáticos y permanentes; González de la Rocha (1999a y b) enfatiza la necesidad de este tipo de lecturas. En el caso de Ángeles, es evidente que existieron diversos factores que contribuyeron a la participación de su pareja en el momento crítico, contaba desde meses atrás con un trabajo estable que le

permitía ser otra vez el proveedor principal en el hogar y con el Seguro Social, a través de ese empleo; además, gracias a los adelantos tecnológicos bancarios, Ángeles tenía ya un mayor control de los ingresos de su pareja. Todos estos factores participaron en la activación de un vínculo de la red de Ángeles: su pareja.

### **Homogeneidad o heterogeneidad del vínculo por sexo, nivel de educación y edad**

La red de apoyo emocional de las mujeres entrevistadas era en especial femenina (67%). En términos de promedios, 2.5 vínculos fueron femeninos y 1.2 masculinos. Es innegable el trasfondo sociocultural que está detrás de esta evidencia: las mujeres se sienten con mayor confianza e identificación para expresar su malestar y sus preocupaciones con personas del mismo sexo. González de la Rocha (1986) comenta que las redes sociales femeninas suelen ser relaciones locales entre vecinos y parientes cercanos, ya que se utilizan en la vida cotidiana y tienen que ver sobre todo con las tareas reproductivas. Con la evidencia encontrada, es importante resaltar la repercusión que tiene una red altamente femenina ante situaciones de crisis familiar o individual: las alternativas de solución y la creatividad misma estarán dependiendo de las mujeres, lo que deja en menor medida las aportaciones y apoyos masculinos.

En cuanto a los niveles de educación de la red de apoyo emocional de las mujeres, fueron los siguientes: primaria 48%, secundaria 20%, ninguno 12%, preparatoria 7%, no sabe 6%, universidad 4%, carrera comercial: 3%.

Uno de los criterios que resalta Aldler de Lomnitz (1975, 1994) como importante para que exista una relación recíproca, es la igualdad de carencias y de condiciones entre los vínculos. Las relaciones asimétricas no permiten de la misma manera el flujo de bienes, de servicios y de transferencias simbólicas.

El nivel de educación formal de la red de apoyo emocional de las mujeres era parecido al de las propias mujeres entrevistadas: 45% había estudiado al menos algún grado de primaria y 33% alguno de secundaria; 16.6% reportó no haber estudiado.

Aun cuando los vínculos que tienden a la semejanza parecen jugar un papel fundamental en el intercambio recíproco de bienes y servicios, en el caso del apoyo social y emocional, y tomando en cuenta lo propuesto por Sluzki (1996), se considera que las redes sumamente homogéneas restringen las posibilidades de ayuda, de acceso a nueva información y nuevas maneras de percibir y abordar la problemática en cuestión, de cotejamiento de impresiones y de búsqueda de soluciones.

Por otra parte, se observó también que las edades coincidían en su mayoría con las de las mujeres entrevistadas. La edad de la red emocional sí presentó heterogeneidad, ya que la muestra de mujeres entrevistadas incluyó tanto a mujeres jóvenes como ancianas: las edades fueron desde los dos años (algunas mujeres consideraban a sus nietos o hijos pequeños como parte de su red) hasta los 87 años. Las edades con mayor frecuencia se encontraron entre los rangos de 20 a 30 años y de 31 a 40. Esta información señala la existencia de dos o tres generaciones distintas con las cuales se mantenían vínculos significativos.

### **Funciones de la red de apoyo emocional**

Bronfman (2000), Adler de Lomnitz (1975 y 1994) y Sluzki (1996) ponen especial atención en aquellas funciones de la red que forman parte de sus objetos de estudio. Bronfman y Sluzki abordan sobre todo la relación entre la red social y la salud del individuo; en este sentido, existen ciertas funciones de la red que son más relevantes que otras. Adler de Lomnitz, por su parte, trabaja las redes de intercambio recíproco de bienes y servicios, y su foco de atención está orientado a la función que desempeñan las redes sociales en la lucha cotidiana por la sobrevivencia cuando se vive en la ciudad y se es pobre.

Para propósitos de este estudio, se exploró en particular la dimensión emocional de la red social. Con ello, se asumió que los vínculos que cada mujer reportó estaban desempeñando más de una función a la vez; de esta manera, es importante conocer cómo se interrelacionaban y vinculaban

**Cuadro 9.5**  
**Funciones de la red de apoyo emocional**

Funciones	Frecuencia	Promedio	Porcentaje
Consejos	175	2.9	17%
Apoyo emocional	173	2.8	17%
Compañía	135	2.2	13%
Apoyo material	131	2.1	13%
Apoyo económico	128	2.1	13%
Información	117	1.9	11%
Contacto nuevas personas	81	1.3	8%
Indicar formas comportamiento	77	1.2	8%

diferentes funciones entre los individuos que componían la red (véase el cuadro 9.5).

Los datos permiten reflexionar sobre la diversidad de funciones que desempeñaban los diferentes miembros de la red. Sin embargo, también se puede considerar que podían existir vínculos donde quizá el intercambio recíproco de bienes y servicios no estuviera presente o fuera escaso y, aun así, existieran posibilidades de apoyo emocional, compañía y consejo entre los miembros de la red. En este sentido, se considera que las redes sociales no se nutren solo de ese intercambio sino también, y en buena medida, de intercambios simbólicos que tienen que ver con la posibilidad de acompañar, escuchar y aconsejar al otro cuando enfrenta situaciones difíciles en su vida cotidiana.

Una última observación tiene que ver con el bajo porcentaje que presentó la función de contacto con nuevas personas. Se ha observado en apartados anteriores que las mujeres entrevistadas presentaban redes muy densas, de conectividad alta y tejido social cerrado. Estas características afectan la posibilidad de acceder a nuevos vínculos que permitan abrir las posibilidades de ayuda en diferentes direcciones. Se trata, en términos de Bronfman (2000), de redes con porosidad cerrada que impiden y restringen el acceso a nuevos

miembros que puedan enriquecer, cuestionar, matizar o complementar los “mapas de realidad” existentes en la red y las rutas de acción a seguir ante situaciones cotidianas y críticas de la vida de las mujeres y de sus familias.

### **Temática conversacional**

En el cuestionario aplicado se contempló un apartado sobre temática conversacional que buscó explorar el tipo de temas que las mujeres abordaban con sus vínculos, los asuntos que no se tocaban y los temas de los cuales nunca habrían hablado con los miembros de su red. En estos temas se incluyeron también los diferentes sentimientos de los que las mujeres hablaron a lo largo de esta investigación; cada uno de ellos implica situaciones sociales y cotidianas concretas (véase el cuadro 9.6).

Las preocupaciones cotidianas en torno a la alimentación, la salud y el bienestar de los hijos eran ejes rectores en la vida de estas mujeres. En capítulos anteriores se mostró cómo los sentimientos de “preocupación” y “tener una idea pegada en la mente” están íntimamente asociados con las condiciones materiales de vida y con las posibilidades de hablar de manera directa sobre ello con los vínculos sociales existentes.

El cuadro muestra también que alrededor de la mitad de las mujeres buscaban hablar con su red emocional sobre emociones tales como la tristeza, el enojo, las angustias y los miedos. Esta información muestra una forma de regulación emocional que tiende a abrir los espacios interpersonales para compartir los sentimientos, pero existen ciertos tópicos, como la violencia al interior de la familia y el sexo, que permanecen al margen de estas prácticas conversacionales.

Compartir experiencias cotidianas y situaciones críticas, donde sentimientos como el enojo, la tristeza, los nervios, el miedo y la angustia están presentes, permite que las mujeres construyan significados compartidos y, sobre todo, que se sientan acompañadas e identificadas con las historias de los otros y con las posibles soluciones y evaluaciones que hacen los demás sobre las experiencias compartidas.



**Cuadro 9.6**  
**Temática conversacional**

Temas	Sí hablan	No hablan	Nunca hablarían
Problemas económicos	80.5%	19.4%	2.5%
Preocupaciones	77.9%	22 %	5.1%
Sentimientos	69.6%	30.3%	5.6%
Enojos	67.5%	32.4%	6.4%
Religión	63.6%	36.3%	7.3%
Tristezas	59.7%	40.2%	6.9%
Nervios	57.5%	42.4%	7.3%
Miedos	57.1%	42.8%	8.6%
Problemas de la colonia	57.1%	42.8%	8.2%
Angustias	54.9%	45%	6.4%
Vecinos	48.4%	51.5%	12.1%
Violencia familiar	49.3%	50.6%	11.6%
Sexo	33.7%	66.2%	37.6%

## Atributos del vínculo de la red de apoyo emocional

### *Funciones prevalecientes en el vínculo y su multidimensionalidad o versatilidad*

Se refiere a las funciones que de manera relevante connotan la relación. Para conocer esta variable, se le presentó a la entrevistada una lista de posibles relaciones y se le pidió que mencionara qué tipo de vínculo tenía con cada una de las personas que conformaban su red de apoyo emocional.

La lista de relaciones resultante está compuesta por 11 tipos de relación, pero estos no son excluyentes: una misma persona puede ser la pareja y también el compañero de trabajo, familiar y amigo, de acuerdo con la percepción de la mujer entrevistada.

La cantidad total de relaciones que se registraron fue de 372 de las 60 mujeres entrevistadas (véase el cuadro 9.7). Las frecuencias y los porcentajes permiten observar que la función prevaleciente es la que implica una relación de amistad; es alta debido, en parte, a que se puede conjugar con

**Cuadro 9.7**  
**Funciones prevaletientes**

<b>Función (tipo de relación)</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje</b>
Amigo	114	30%
Hijos	62	16%
Familiar	38	9%
Vecinos	28	8%
Esposo / pareja	28	8%
Hermanos	26	7%
Padre	25	7%
Compañero de trabajo	14	4%
Compadre	14	4%
Conocido	10	3%
Otra relación	7	2%
Jefe	6	2%

todas las demás relaciones. Además, se confirman también las funciones de parentesco a través de los hijos y de los familiares en general.

### *Reciprocidad del vínculo*

Un elemento clave en la conformación y el mantenimiento de una red social es la reciprocidad entre los miembros que componen este tejido social. La reciprocidad determina la simetría o la asimetría existente en una relación. Para conocer esta variable, se les preguntó a las mujeres cómo era el tipo de ayuda entre ella y las personas de su red emocional.

La reciprocidad estuvo presente en la mayoría de las relaciones que las mujeres establecían con su red (71%). En los casos donde las mujeres reportaron una relación asimétrica “de ellos hacia mí” (17%), se pudo corroborar que se trataba de mujeres de edad mayor, donde las posibilidades de reciprocitar eran mucho menores. Cuando la relación asimétrica fue “de mí hacia ellos” (12%), se trató sobre todo del apoyo que brindaban las mu-

jeros hacia sus hijos pequeños o personas ancianas, donde las posibilidades de devolver el favor y la ayuda, eran menores.

Diversos autores, como Adler de Lomnitz (1975, 1994), González de la Rocha (1986, 1994 y 1999a), Bronfman (2000), Bazán (1998), Estrada Iguíniz (1999) y Sluzki (1996), han evidenciado la importancia de la relación recíproca para que las redes puedan florecer y mantenerse. Los hallazgos presentados permiten aseverar que cuando se indaga sobre el nicho de relaciones que posibilitan el apoyo emocional, la reciprocidad es un elemento fundamental.

### *Intensidad o compromiso del vínculo*

Este punto explora el nivel de intimidad que existe con los miembros de la red. Tener intimidad con otra persona se refiere a sentirse cómodo y en confianza para compartir experiencias importantes de la vida personal. La importancia de analizar este aspecto del vínculo se relaciona con el interés de conocer las características de la red de apoyo emocional de las mujeres, donde el grado de intimidad condiciona las posibilidades de intercambio afectivo y de ayuda mutua.

El grado de intimidad en las relaciones de las mujeres entrevistadas se comporta de la siguiente manera: intensas 37%; poco intensas 31%; muy intensas 26%, y nada intensas 6%. Estos datos permiten observar que se trata de relaciones que rebasan las fronteras de la cortesía y avanzan hacia la intimidad. Mucho tiene que ver que la mayoría de los vínculos descritos por las mujeres eran con personas de su familia nuclear o de su familia de origen.

Es también importante destacar que la intimidad permite que un vínculo sea duradero a través del tiempo y, en muchas ocasiones, del espacio físico. Sin embargo, existían vínculos emocionalmente significativos con personas mayores que ellas, en especial con sus madres, donde la variable tiempo determinaría que en un futuro no lejano este vínculo se perdiera, como muchas de las mujeres ya lo habían experimentado.

¿Qué posibilidades tenían las mujeres de reforzar la intimidad con otros vínculos de su red, como las vecinas y las compañeras de trabajo, que les permitieran un intercambio emocional significativo cuando sus seres queridos dejaran de estar? En capítulos anteriores se habló acerca de la soledad y la tristeza que muchas mujeres experimentaban por la ausencia de seres importantes en su vida (sobre todo se referían a su familia de origen); sus nexos se habían roto por las constantes movilizaciones del campo a la ciudad y, después, en la ciudad misma, además, muchas no tenían la posibilidad económica de trasladarse en el transporte urbano para alimentar los vínculos más significativos en la esfera afectiva y emocional.

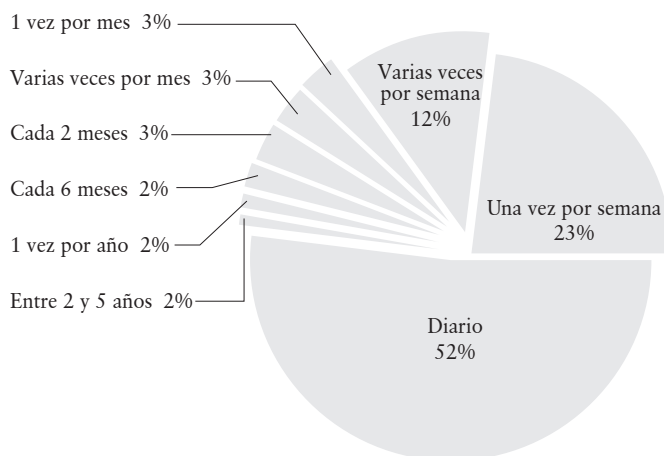
### *Frecuencia de contactos con los vínculos*

Este atributo establece qué tan seguido se veían las mujeres entrevistadas con los diferentes miembros de su red de apoyo emocional. Un factor que determina esta variable es la distancia geográfica. La frecuencia de contactos tiende a ser alta, pero es necesario matizar estos hallazgos con datos anteriores que muestran que las redes de apoyo emocional de las mujeres estaban sumamente concentradas en el cuadrante *miembros que residen en la misma casa* y en el de *parientes cercanos*. De cualquier manera, se está hablando de la presencia de intercambios cotidianos donde el apoyo emocional está vigente (véase la gráfica 9.2).

### *Historia de la relación*

Este atributo del vínculo indica el tiempo que llevaban las mujeres entrevistadas de conocerse con cada uno de los miembros de la red. Los resultados muestran que la mayoría de los vínculos era *de toda la vida*; nuevamente se observa que las relaciones de parentesco eran determinantes. También se puede deducir que el factor tiempo juega un papel determinante en el grado de intimidad que logran las mujeres con sus redes emocionales. Los hallazgos orientan a considerar que las relaciones familiares, en términos

**Gráfica 9.2**  
**Frecuencia de contactos**



de apoyo emocional, sí se mantienen, aun cuando los apoyos económicos tiendan a debilitarse por la escasez de recursos (véase la gráfica 9.3).

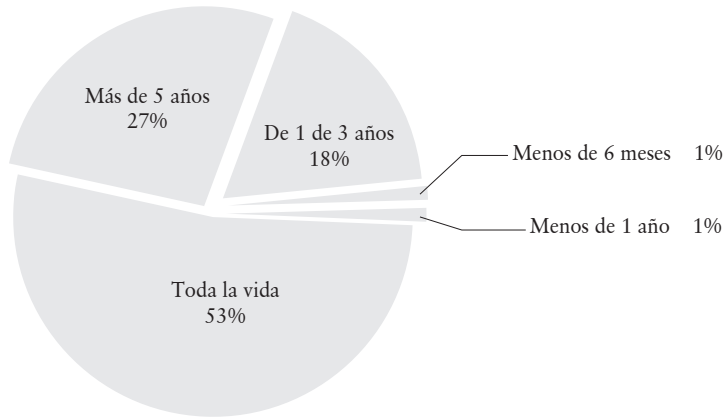
### **Redes sociales y de apoyo emocional**

Se presentan algunas reflexiones sobre las formas en que se comportaba la red social y de apoyo emocional de las mujeres entrevistadas, cuando se toman en cuenta los diferentes tipos de escenarios familiares en los cuales vivían y las características del trabajo extradoméstico que desempeñaba la mayoría de ellas.

#### *Según el tipo de estructura familiar*

Al analizar el tamaño y la distribución de la red social y emocional tomando en cuenta el tipo de estructura familiar (véanse los cuadros 9.8 y 9.9), se observa que las mujeres que residían en las unidades domésticas extensas presentaron un promedio de vínculos menor a aquellas que vivían en las

Gráfica 9.3  
Historia de la relación



unidades domésticas nucleares. Si se analiza la manera en que se distribuyen los vínculos de acuerdo con cada uno de los cuadrantes, resulta que el cuadrante *familia* (parientes que no residen bajo el mismo techo) presentó un incremento en las mujeres que vivían en unidades nucleares con respecto a las extensas y que, además, esta diferencia no se compensó en el cuadrante *casa* de las mujeres que vivían en unidades extensas con respecto a aquellas que vivían en unidades nucleares.

En términos generales, se puede inferir que las mujeres que viven en organizaciones nucleares perciben un mayor número de vínculos sociales significativos que aquellas que residen en organizaciones extensas. Sin embargo, cuando se indagó sobre la red de apoyo emocional, los resultados fueron diferentes: el promedio de vínculos en la red emocional fue bastante similar en las mujeres que residían en organizaciones familiares extensas con respecto a aquellas que residían en organizaciones familiares nucleares. Esto quiere decir que un incremento en la red social amplia no determina que la red de apoyo emocional pueda sufrir fluctuaciones importantes en términos de tamaño para la muestra estudiada.

**Cuadro 9.8**  
**Red social por estructura familiar**

Cuadrantes red social	Nuclear (42 hogares)	Extensa (18 hogares)
Casa (225)	153 = 3.64	72 = 4.0
Familia (309)	245 = 5.8	64 = 3.5
Trabajo / escuela (92)	74 = 1.76	18 = 1
Iglesia / actividades recreativas (54)	42 = 1	12 = 0.66
Vecinos (93)	66 = 1.57	27 = 1.50
Servicios formales (44)	30 = 0.71	14 = 0.77
Otros (28)	18 = 0.42	10 = 0.55
Total general (845)	628 = 14.9	217 = 12.05

**Cuadro 9.9**  
**Red de apoyo emocional por estructura familiar**

Red de apoyo emocional	Nuclear	Extensa
228 = 3.8	158 = 3.76	70 = 3.88

*Según la etapa del ciclo doméstico*

Al tomar en cuenta la etapa del ciclo doméstico, se observa que las mujeres que se encontraban en hogares en etapa de consolidación presentaron un incremento significativo en el tamaño de su red social, ubicado sobre todo en el cuadrante *trabajo* (véanse los cuadros 9.10 y 9.11). Los datos corroboran lo que González de la Rocha ha mostrado en diversos trabajos, donde afirma que la etapa de consolidación permite una mayor participación de la mujer en otras esferas de la vida, como la laboral. Lo interesante es constatar que esta condición de la mujer se ve reflejada en el número de vínculos que reporta como importantes en su vida.

Por otro lado, el promedio de vínculos en la red de apoyo emocional no presentó variaciones tomando en cuenta la etapa del ciclo doméstico. Se constató nuevamente que el intercambio emocional estaba determinado

**Cuadro 9.10**  
**Red social por ciclo doméstico**

Cuadrantes red social	Expansión (24 hogares)	Consolidación (16 hogares)	Dispersión (20 hogares)
Casa (225)	88 = 3.6	75 = 4.6	63 = 3.6
Familia (309)	129 = 5.3	88 = 5.5	92 = 4.6
Trabajo / escuela (92)	31 = 2.2	39 = 3.9	22 = 2.2
Iglesia / actividades recreativas (54)	20 = 0.83	19 = 1.18	15 = 0.75
Vecinos (93)	37 = 1.54	20 = 1.25	36 = 1.80
Servicios formales (44)	15 = 0.62	14 = 0.87	15 = 0.75
Otros (28)	11 = 0.45	7 = 0.43	10 = 0.50
Total general (845)	331 = 13.7	262 = 16.3	252 = 12.6

**Cuadro 9.11**  
**Red de apoyo emocional por ciclo doméstico**

Red de apoyo emocional	Expansión	Consolidación	Dispersión
228 = 3.8	81 = 3.3	64 = 4	83 = 4.1

por factores clave como el grado de intimidad e intensidad de la relación, la historia del vínculo y la confianza, entre otros, que se parecían lograr solo en relaciones con parientes cercanos y donde el tiempo de conocerse era un elemento determinante.

### *Según el tipo de jefatura*

Fueron las jefas económicas, en comparación con las mujeres que pertenecían a jefaturas femeninas tradicionales, las que tuvieron una red social más amplia. Cercanas a ellas se encontraron las mujeres separadas. La situación de las viudas y de las madres solteras era menos favorable: el tamaño de las redes tendió a disminuir, lo cual podía repercutir en el grado de vulnerabilidad social y económica que experimentaban ellas y sus familias.

Por último, un hallazgo interesante es que en el caso de las mujeres separadas, el incremento en su red social total, también se vio reflejado en



**Cuadro 9.12**  
**Red social por jefatura de facto y jefatura femenina económica**

Cuadrantes red social	Jefatura masculina casadas (35)	Jefatura femenina madre soltera (2)	Jefatura femenina separadas (3)	Jefatura femenina viudas (6)	Jefatura femenina económica (14)
Casa (225)	139 = 3.9	5 = 2.5	17 = 5.6	11 = 1.8	53 = 3.7
Familia (309)	190 = 5.4	6 = 3	13 = 4.3	36 = 6	64 = 4.5
Trabajo / escuela (92)	41 = 1.17	7 = 3.5	1 = 0.33	4 = 0.66	39 = 2.7
Iglesia / actividades recreativas (54)	29 = 0.82	0 = 0	2 = 0.66	9 = 1.5	14 = 1
Vecinos (93)	46 = 1.3	7 = 3.5	8 = 2.6	9 = 1.5	23 = 1.6
Servicios formales (44)	23 = 0.65	0 = 0	3 = 1	4 = 0.66	14 = 1
Otros (28)	15 = 0.42	1 = 0.50	0 = 0	7 = 1.16	5 = 0.35
Total general (845)	483 = 13.8	26 = 13	44 = 14.6	80 = 13.3	212 = 15.1

**Cuadro 9.13**  
**Red de apoyo emocional por jefatura de facto y por jefatura femenina económica**

Red de apoyo emocional	Jefatura masculina casadas (35)	Jefatura femenina madre soltera (2)	Jefatura femenina separadas (3)	Jefatura femenina viudas (6)	Jefatura femenina económica (14)
228 = 3.8	129 = 3.6	8 = 4	17 = 5.6	20 = 3.3	54 = 3.8

su red de apoyo emocional: presentaron una diferencia significativa importante y a favor de ellas, con respecto al total de las mujeres entrevistadas y tomando en cuenta la variable jefatura de hogar. Los casos de dos mujeres separadas, Mónica y Maricela (véase un análisis en detalle en el capítulo III), mostraron las dificultades vividas durante la separación así como los costos de esta decisión y las ventajas en términos emocionales obtenidas a través del tiempo, una vez que habían logrado retomar el control de sus vidas.

### *Según tipo de trabajo femenino*

Por último, al tomar en cuenta las características del trabajo femenino, se puede corroborar que las mujeres que contaban con un trabajo principal fueron las que presentaron un incremento en el tamaño de su red social.

**Cuadro 9.14**  
**Red social por trabajo femenino.**

Cuadrantes red social	Ama de casa (26 mujeres)	Trabajo principal (21 mujeres)	Trabajo secundario (13 mujeres)
Casa (225)	94 = 3.6	81 = 3.8	50 = 3.8
Familia (309)	134 = 5.1	115 = 5.4	60 = 4.6
Trabajo / escuela (92)	19 = 0.73	60 = 2.8	13 = 1
Iglesia / recreación (54)	22 = 0.84	16 = 0.76	16 = 1.2
Vecinos (93)	33 = 1.26	35 = 1.6	25 = 1.9
Servicios formales (44)	19 = 0.73	18 = 0.85	7 = 0.53
Otros (28)	19 = 0.73	3 = 0.14	6 = 0.46
Total general (845)	340 = 13.07	328 = 15.61	177 = 13.61

**Cuadro 9.15**  
**Red de apoyo emocional por trabajo femenino**

Red de apoyo emocional	Ama de casa	Trabajo principal	Trabajo secundario
228 = 3.8	101 = 3.8	78 = 3.7	49 = 3.7

La elaboración de alternativas para el combate a la pobreza implica retos enormes. Existen avances importantes que dan cuenta de las condiciones sociales y materiales de vida que en la actualidad imperan en las unidades domésticas pobres. Sin embargo, hay ciertos temas que han sido poco abordados, o bien las construcciones teórico–metodológicas han permitido ver ciertos aspectos de la realidad y alejado de otras posibles lecturas. Uno de estos temas tiene que ver con la condición emocional de aquellos que viven en situaciones de pobreza extrema, en específico con el caso de las mujeres adultas y de sus contextos familiares particulares.

El estudio de la dimensión emocional de las mujeres que viven en condiciones de pobreza implica por fuerza crear puentes que vinculen las prácticas sociales cotidianas con la problemática emocional. Por ello, las emociones deben ser vistas y analizadas como fenómenos que trascienden la experiencia

intrapésica y guardan una estrecha relación con las situaciones sociales de vida que dan sentido y orientación a la existencia.

Conocer la problemática emocional de las mujeres pobres urbanas y el potencial de sus redes sociales y de apoyo emocional implica acercarse a su mundo familiar y social. En este sentido, este libro partió del análisis detallado de las características de los hogares en los que residían las mujeres de la colonia Las Flores, así como del estudio del contexto sobre la comunidad en la que se ubicaban estos hogares.

A partir del escenario de las relaciones familiares y comunitarias, se exploró el mundo emocional y social de las mujeres. Se aportó al estudio de las formas, los contenidos y los procesos con los que se construyen socialmente emociones, tales como la tristeza, los nervios, el miedo, la preocupación y el enojo, en un ambiente urbano de marginación y exclusión.

Esta obra estableció un compromiso explícito con el análisis de las emociones que estaban vinculadas con la experiencia de malestar. Se focalizó en las emociones ligadas al sufrimiento, sin negar las experiencias de dicha y gozo en la vida de las mujeres, pero concentrando la mirada analítica en las emociones que estaban asociadas a situaciones de opresión y desventaja en las condiciones de vida de las mujeres y de sus familias.

Para el análisis de la red social, la configuración que cada mujer elaboró sobre ella adquirió especial importancia y, por ello, el interés por conocer los vínculos que las mujeres percibían como importantes en su vida cotidiana.

Los análisis realizados abordan de manera explícita la función emocional de las redes sociales en la vida de mujeres que viven en condiciones de pobreza extrema. Las transferencias simbólicas nutren los vínculos sociales y permiten la permanencia, a pesar de las crisis económicas.

Con respecto al debate vigente sobre la efectividad de las redes de intercambio recíproco como estrategias para enfrentar la pobreza, existen ciertos frentes que según el material de campo analizado merecen especial atención debido a su relevancia actual.

La diversidad de orígenes de las personas que viven hoy en día en los asentamientos urbanos pobres es un factor fundamental; aun cuando algu-

nos adultos eran originarios, en el caso de este estudio, de Guadalajara, no existía un patrón definido de movilización urbana. Así, la gran mayoría de las familias venía de diferentes municipios y colonias, y pocas de ellas habían entretejido sus vínculos con anterioridad. Además, había un porcentaje muy alto de mujeres que eran originarias de diferentes estados de la república y tampoco existía un patrón en cuanto a la migración interna: se presentó una gran diversidad de localidades rurales de origen. Este contexto afecta profundamente las posibilidades de construcción de redes sociales; las diferencias socioculturales tienen una repercusión clara en las posibilidades, sobre todo a un corto y mediano plazo, de establecimiento de redes de intercambio recíproco y de intensidad alta.

La confianza, elemento indispensable para la producción de redes sociales, está seriamente amenazada en este tipo de poblaciones urbanas pobres. Las relaciones vecinales se han deteriorado y los vínculos se centran en las relaciones de parentesco más cercanas. Todo esto tiene mucho que ver con el problema de inseguridad y de violencia que se respira de manera cotidiana en estos asentamientos. Las mujeres prefieren mantener a sus hijos dentro de las viviendas y evitan intimidar con los vecinos; los problemas de alcohol y droga no les son ajenos, y temen por el bienestar de sus familias.

La sobrecarga es algo que viven muchas mujeres que realizan dobles y triples jornadas día a día. Las posibilidades de inversión de tiempo son escasas y esto genera comportamientos más individuales para la resolución de los conflictos y necesidades que imperan en los diferentes grupos domésticos y al interior mismo de las colonias.

Las redes sociales generadas a través de organizaciones de colonos en búsqueda de los servicios públicos y de la consolidación urbana no son lo suficientemente fuertes. La desconfianza, la inseguridad, la falta de tiempo y de recursos, afectan también la posibilidad de que se mantenga este tipo de agrupaciones sociales.

Es necesario conocer con mayor profundidad las condiciones actuales de los diferentes tipos de escenarios familiares y la calidad de las redes sociales con las que cuentan, así como ante qué eventos de la vida familiar es posible acceder a un mayor apoyo por parte de los otros en el contexto actual.

Es relevante, en el campo de la salud emocional, el conocimiento preciso de las formas en que operan los vínculos emocionales cuando hay que hacer frente a la adversidad. La información analizada permite afirmar la existencia de un proceso de debilitamiento de las redes emocionales que está generando situaciones de aislamiento social, en especial en los individuos de mayor edad que han perdido muchos de los vínculos que construyeron a lo largo de sus vidas y para quienes la expectativa de contar con los hijos y los nietos para lograr sobrevivir no queda de ninguna manera garantizada cuando se vive en pobreza.

La feminización de las redes emocionales en la población entrevistada es un fenómeno importante. Además, esos nexos se particularizan sobre todo en las hermanas, las hijas y las madres. Los apoyos formales son muy escasos y no retoman la dimensión sociocultural para el entendimiento del sufrimiento, la pena, la tristeza y la desesperanza.

Las redes emocionales presentan una densidad alta y se encuentran localizadas en la familia nuclear y en algunos miembros de la familia de origen. Esta evidencia puede tener dos lecturas importantes: en primer lugar, una red densa y claramente localizada puede ser activada con mayor rapidez y oportunidad; esto favorece la resolución positiva de las situaciones de crisis y necesidad que viven las mujeres de manera continua. Sin embargo, los recursos con los que cuentan los vínculos para apoyar ante necesidades importantes no son los suficientes, debido a la situación de pobreza y precariedad en la que vive la mayoría de los individuos que componen este tejido social. Se trata de vínculos con características muy homogéneas en cuanto a condiciones socioeconómicas. En segundo lugar, la evidencia habla de redes de porosidad cerrada, que no permiten con facilidad la entrada de nuevos miembros y las posibilidades de un repertorio mayor de alternativas y recursos para resolver las situaciones que se presentan en la vida cotidiana de estos hogares. Esta porosidad cerrada debe ser analizada con mayor profundidad pues se origina por fuerzas tanto internas (de la misma red) como externas (fuera de la red) que no permiten la expansión y el empoderamiento de los grupos sociales.



## BIBLIOGRAFÍA

- Abello Llanos, Raimundo; Camilo Madariaga Orozco y Olga Lucía Hoyos de los Ríos (1997). “Redes sociales como mecanismo de supervivencia: en estudio de casos en sectores de extrema pobreza. México”, en *Revista Latinoamericana de Psicología*, vol.29, núm.1, Fundación Universitaria Konrad Lorenz, Bogotá.
- Aceves, Jorge (coord.) (1996). *Historia oral. Ensayos y aportes de investigación*, CIESAS–Occidente / Casa Chata, México.
- Acosta Díaz, Félix (1994). “Los estudios sobre jefatura de hogar femenina y pobreza en México y América Latina”, en *Mujeres en la pobreza*, GIMTRAP / El Colegio de México, México.
- (1995). Participación femenina, estrategias familiares de vida y jefatura femenina de hogar: los problemas de la jefatura declarada. *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol.3, núm. 30, El Colegio de México, México.
- (1998). *Estructura familiar, hogares con jefatura femenina y bienestar en México*, tesis doctoral, El Colegio de México / Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, México.
- Adler, Patricia A. y Peter Adler (1987). *Membership roles in field research* (Qualitative Research Methods Series, 6), Sage, Londres.
- Adler de Lomnitz, Larissa (1975). *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México.

- (1994). *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*, Porrúa / FLACSO, México.
- Arias, Patricia (1998). “El trabajo femenino a domicilio ayer y hoy”, en *Sociológica*, año 13, núm.37, UAM–Azcapotzalco, México, mayo–agosto.
- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2001). “Cambios y continuidades en el trabajo, la familia y la condición de las mujeres”, ponencia presentada en el Seminario de Investigación: “Mujeres migrantes mexicanas en contextos transnacionales: trabajo, familia y actividades político–comunitarias”, Chapala, 22–24 de marzo.
- Armon–Jones, Claire (1986a). “The thesis of constructionism”, en Harré, Rom (ed.), *The social construction of emotions*, Basil Blackwell, Oxford.
- (1986b). “The social functions of emotion”, en Harré, Rom (ed.), *The social construction of emotions*, Basil Blackwell, Oxford.
- Asad, Talal (ed.) (1990). *Anthropology and the colonial encounter*, Humanities Press, Nueva York.
- Barquet, Mercedes (1994). “Condicionantes de género sobre la pobreza de las mujeres”, en *Mujeres en la pobreza*, GIMTRAP / El Colegio de México, México.
- Bazán, Lucía (1998). “El último recurso: Las relaciones familiares como alternativas frente a la crisis”, ponencia preparada para LASA 98, Chicago.
- (1999). *Cuando una puerta se cierra cientos se abren. Casa y familia: los recursos de los desempleados de la Refinería 18 de Marzo* (Antropológicas), CIESAS, México.
- Bazán, Lucía y Margarita Estrada (1998). “Recién llegados a la informalidad: la experiencia de los petroleros desempleados”, en *Sociológica*, año 13, núm.37, UAM–Azcapotzalco, México.
- Beezley, William, William French y Martin Cheryl (1994). *Rituals of rule, rituals of resistance*, Scholarly Resources, Wilmington.
- Benería, Lourdes y Martha Roldán (1992). *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, El Colegio de México / FCE, México.



- Boltvinik, Julio (1996a). “Evolución y magnitud de la pobreza en México”, en *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm.32, vol.11, núm. 2, El Colegio de México, México, mayo–agosto.
- (1996b). “Magnitud y características de la pobreza en México”, en Valencia Lomelí, Enrique (coord.), *¿Devaluación de la política social?*, Red Observatorio Social, México.
- (1999). “Mapa de pobreza del estado de Jalisco, 1996. Sobre la base de la Encuesta del Estado de Jalisco de Ingresos y Gastos de los Hogares de 1996”, en *Pobreza y desarrollo social. Una estrategia para el combate a la pobreza en Jalisco*, CD–rom, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara.
- Boltvinik, Julio, et al. (1996). *La familia: investigación y política pública*, DIF / UNICEF / El Colegio de México, México.
- Bott, Elisabeth (1980). “Familias urbanas: papeles conyugales y redes sociales”, en Anderson, Michael (sel.), *Sociología de la familia*, FCE, México.
- Bronfman, Mario (2000). *Como se vive se muere. Familia, redes sociales y muerte infantil*, UNAM / CRIM, Cuernavaca.
- Burín, Mabel; Esther Moncarz y Susana Velázquez (1991). *El malestar de las mujeres: la tranquilidad recetada* (Ideas y perspectivas), Paidós, Buenos Aires.
- Burt, Ronald (1993). “Network items and the general social survey in”, en Valente, Thomas W, *Network models of diffusion: intellectual spin-offs of the medical innovation study*, The Johns Hopkins University Baltimore, Gresskill.
- Buvinic, Mayra (1990). *The vulnerability of women headed households: policy questions and options for Latin America and the Caribbean*, documento presentado a la reunión Vulnerable Women, organizada por The Population Council, Viena, 26–30 de noviembre.
- Buvinic, Mayra y Judith Bruce (1998). “Prefacio”, en Schmukler, Beatriz (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación*, Population Council / Edamex, México.

- Cano, Yadira y Lourdes Estrada (1997). *Reporte de servicio social: proyecto de vivienda Chuluapan*, material no publicado, ITESO, Guadalajara.
- Carretero, Teresa Cristina (2002). “Historia de una vida, historia de una sociedad de exclusión”, en *Perfiles Latinoamericanos*, vol.10, núm.21, FLACSO, México, diciembre.
- Castells, Manuel (2000). *La era de la información: economía, sociedad y cultura: el poder de la identidad*, Siglo XXI, México.
- Cerruti, Marcela y René Zenteno (2000). “Cambios en el papel económico de las mujeres entre las parejas mexicanas”, en *Estudios demográficos y urbanos*, núm.43, vol.15, núm.1, El Colegio de México, México, enero-abril.
- Chalita, Patricia (1994). “Sobrevivencia en la ciudad: una conceptualización de las unidades domésticas encabezadas por mujeres en América Latina”, en Massolo, Alejandra (comp.), *Mujeres y ciudades: participación social, vivienda y vida cotidiana*, El Colegio de México, México.
- Chant, Sylvia (1988). “Mitos y realidades de la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México”, en Gabayet, Luisa *et al*, *Mujeres y sociedad*, El Colegio de Jalisco / CIESAS, México.
- (1996). *Gender, urban development and housing*, United Nations Development Programme, Nueva York.
- (1997). *Women-headed households. Diversity and dynamics in the developing world*, Macmillan, Basingstoke.
- (1999). “Las unidades domésticas encabezadas por mujeres en México y Costa Rica: perspectivas populares y globales sobre las madres sin pareja”, en González de la Rocha, Mercedes (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS / Plaza y Valdés, México.
- Chiarello, Franco (1994). “Economía informal, familia y redes sociales”, en Millán, René (comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*, IIS-UNAM, México.
- Comaroff, Jean y John Comaroff (1992). *Ethnography and the historical imagination*, Westview Press, Boulder.

- Condes, Carmen y Jorge Caraveo (1991). "La medicina folklórica: un estudio sobre la salud mental", en *Revista Interamericana de Psicología*, vol.25, núm.2, IMP, México.
- Cortés, Fernando (1997). "Determinantes de la pobreza de los hogares", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol.59, núm.2, México, abril-junio.
- Cortés Cáceres, Fernando y Rosa María Rubalcava Ramos (1995). *El ingreso de los hogares*, t.VII, INEGI / CM / UNAM, México.
- Coulter, Jeff (1989). "Cognitive penetrability and the emotions", en Franks, David D. y Doyle McCarthy (eds.), *The sociology of emotions: original essays and research papers*, Jai Press, Greenwich.
- Crespo, Eduardo (1986). "A regional variation: emotions in Spain", en Harré, Rom (ed.), *The social construction of emotions*, Basil Blackwell, Oxford.
- Cuevas, Susana (s / f). *Investigación sobre salud mental y proceso migratorio: resultados y aspectos teóricos*, IMP, México.
- Cufre, Leticia (1995). "Crisis y salud mental", en *Psicología y Salud*, núm. esp, Universidad Veracruzana, México.
- Dabas, Elina (1993). *Red de redes. Las prácticas de la intervención en redes sociales* (Grupos e Instituciones, 48), Paidós, Buenos Aires.
- Damián, Araceli (2002). "Evolución reciente de la pobreza y pobreza extrema", en *Memorias del Foro: Hacia una agenda integral de atención a la pobreza*, DECA Equipo Pueblo, México.
- Delgado, Juan Manuel (coord.) (1994). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (Síntesis Psicología. Metodología de las ciencias del comportamiento, 2), Síntesis, Madrid.
- Devereux, George (1977). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Siglo XXI, México.
- Ekman, Paul (1993). "Facial expression and emotion", en *American Psychologist*, vol.48, núm.4, American Psychological Association, Washington, abril.
- Enríquez, Eugène (2002). "El relato de vida: interfaz entre intimidad y vida colectiva", en *Perfiles Latinoamericanos*, vol.10, núm.21, FLACSO, México, diciembre.

- Enríquez Rosas, Rocío (1998). *Voces de la pobreza. Malestar emocional femenino y redes sociales. Un estudio comparativo sobre jefaturas de hogar pobres* (Avances, 5), ITESO, Guadalajara.
- (1999a). “Composición de los hogares pobres urbanos: caso “Las Flores”: la investigación en curso”, en *Trabajo Social*, número especial sobre pobreza, vol.23, UNAM, México.
- (coord.) (1999b). *Hogar, pobreza y bienestar en México*, ITESO / SIMORELOS, Guadalajara.
- (2000). “Redes sociales y pobreza: mitos y realidades”, en *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, vol.11, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- (2001a). “Social networks and urban poverty”, en *Development and Society. Latin American Development Social Policy*, vol.30, núm.2, Corea del Sur, diciembre.
- (2001b). “Pobreza y hogares de jefatura femenina en México”, en Gallardo, Rigoberto; Joaquín Osorio y Mónica Gendreau (coords.), *Los rostros de la pobreza: el debate*, t.II, Limusa / UIA / ITESO, Guadalajara.
- (2002a). *El crisol de la pobreza. Malestar emocional femenino y redes de apoyo social en mujeres pobres urbanas*, tesis de doctorado, CIESAS–Occidente, Guadalajara.
- (2002b). “Woman and survival strategies in poor urban contexts: a mexican study case”, en *Journal of Developing Studies*, vol.18, núms.2–3, Routledge, septiembre.
- (2002c). “Pobreza urbana: dinamismos actuales”, en *Foro Pobreza ignorada. Memorias*, Museo de la ciudad de México, 24 y 25 de octubre de 2001, DECA Equipo Pueblo, México.
- (2003a). “Los nuevos rostros de la pobreza urbana”, en *Comercio Exterior*, vol.51, núm.5, Banco Nacional de Comercio Exterior, México, mayo.
- (2003b). “Woman and survival strategies in poor urban contexts: a mexican case”, en Menjívar, Cecilia (ed.), *Through the eyes of women:*

- gender, social networks, family and structural change in Latin America and the Caribbean*, De Sitter Publications, Ontario.
- (2003c). “Cuando se vive al día. Trabajo femenino y pobreza urbana: reflexiones para la acción”, en Valencia Lomelí, Enrique (coord.), *Los dilemas de la política social, ¿cómo combatir la pobreza?* Universidad de Guadalajara / UIA / ITESO, Guadalajara.
- (2005). “Malestar emocional femenino en contextos de pobreza urbana: un estudio de caso”, en Gendreau, Mónica (coord.), *Los rostros de la pobreza: el debate*, t.IV, ITESO, Guadalajara.
- Enríquez Rosas, Rocío y Paola Aldrete (1999). “Características de los hogares pobres urbanos: caso ‘Las Flores’”, en Enríquez Rosas, Rocío (coord.), *Hogar, pobreza y bienestar en México*, ITESO, Guadalajara.
- Enríquez Rosas, Rocío *et al.* (1992). *Aproximación psicosocial a familias de escasos recursos de una zona de Guadalajara*, tesis de maestría.
- (1998). “Salud mental y redes sociales en familias pobres urbanas: primeros hallazgos”, en *Memorias Congreso CNEIP*, Guadalajara.
- Escobar, Agustín (2000). “México: la pobreza vista desde una perspectiva política y académica”, en Gallardo Gómez, Luis Rigoberto y Joaquín Osorio Goicochea (coords.), *Los rostros de la pobreza: el debate*, vol. III, ITESO / Universidad Iberoamericana / Limusa, México.
- Esteinou, Rosario (1994). “Fuentes de solidaridad: familia y estado benefactor”, en Millán, René (comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*, IIS-UNAM, México.
- Estrada Iguíniz, Margarita (1999). 1995. *Familias en crisis* (Antropologías), CIESAS, México.
- Feijoo, María del Carmen (1999). “De pobres mujeres a mujeres pobres”, en González de la Rocha, Mercedes (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS / Plaza y Valdés, México.
- Folbre, Nancy (1991). *Women on their own: global patterns of female headship*, Population Council / ICRW, Washington.
- Franks, David y Doyle McCarthy (eds.) (1989). *The sociology of emotions: original essays and research papers*, Jai Press, Greenwich.

- Frijda, Nico (1988). "Moods, emotion episodes, and emotions", en Lewis, Michael y Jeannette Haviland-Jones (eds.), *Handbook of emotions*, Guilford Press, Nueva York.
- Gabayet, Luisa (1988). *Obreros somos: diferenciación social y formación de la clase obrera en Jalisco* (Estudios Sociales, 5), CIESAS / El Colegio de Jalisco, Guadalajara.
- Galindo, Jesús (1987). "Encuentro de subjetividades, objetividad descubierta. La entrevista como centro del trabajo etnográfico", en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, vol.1, núm.3, Universidad de Colima, Colima, mayo.
- García, Brígida (1998). "Dinámica familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana", en Schumkler, Beatriz (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación*, Population Council / Edamex, México.
- García, Brígida; Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira (1982). *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, IIS-UNAM / El Colegio de México, México.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México.
- (2006). "La familia y el trabajo: principales enfoques teóricos e investigaciones sociodemográficas", en Garza Toledo, Enrique de la (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología*, Anthropos / UAM-Iztapalapa, Barcelona.
- García, Brígida y Edith Pacheco (2000). "Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la ciudad de México en 1995", en *Estudios demográficos y urbanos*, núm.43, El Colegio de México, México, enero-abril.
- Giddens, Anthony (1998). *Sociología*, Alianza, Madrid.
- Godelier, Maurice (1998). *El enigma del don*, Paidós, Barcelona.
- González, Luis (1988). *La investigación cualitativa en la enseñanza. Cuatro artículos* (Cuadernos de apuntes, 41), ITESO, Guadalajara.
- (1998). "La sistematización y el análisis de los datos cualitativos", en Mejía Arauz, Rebeca y Sergio Antonio Sandoval Cortés (coords.), *Tras*

*las vetas de la investigación cualitativa: perspectivas y acercamientos desde la práctica*, ITESO, Guadalajara.

González de la Rocha, Mercedes (1986). *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco / CIESAS, Guadalajara.

— (1988). “De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara”, en Gabayet, Luisa *et al*, *Mujeres y sociedad*, El Colegio de Jalisco / CIESAS, México.

— (1994). *The resources of poverty. Women and survival in a mexican city*, Basil Blackwell, Oxford.

— (1999a). “La reciprocidad amenazada: un costo más de la pobreza urbana”, en Enríquez Rosas, Rocío (coord.), *Hogar, pobreza y bienestar en México*, ITESO, Guadalajara.

— (1999b). “Las artesanas de la sobrevivencia”, trabajo presentado en el II Foro sobre Política Social, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

— (1999c). “Hogares de jefatura femenina en México: patrones y formas de vida”, en González de la Rocha, Mercedes (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS / Plaza y Valdés, México.

— (1999d). “Assets and vulnerability: approaching coping strategies in the context of transition and structural adjustment”, manuscrito, s / d.

— (1999e). “A manera de introducción: cambio social, transformación de la familia y divergencias del modelo tradicional”, en González de la Rocha, Mercedes (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS / Plaza y Valdés, México.

— (s / f). “Encuesta sobre unidades domésticas” (material no publicado), s / d.

González de la Rocha, Mercedes y Agustín Escobar (1999). “Recursos y activos de los pobres urbanos. Género, familia y trabajo: un intento de diálogo con la política social”, en *Pobreza y desarrollo social. Una*

- estrategia para el combate a la pobreza en Jalisco*, CD-rom, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara.
- Gordon, Steven (1990). “Social structural effects on emotions”, en Kemper, Theodore D. (ed.), *Research agenda in the sociology of emotions*, State University of New York Press, Nueva York.
- Guadarrama, María Eugenia (1994). “Mujeres del movimiento urbano popular: actuaciones y discurso de género”, en Massolo, Alejandra (comp.), *Los medios y los modos*, El Colegio de México, México.
- Gutmann, Matthew (1999). “A manera de conclusión: solteras y hombres. Cambio e historia”, en González de la Rocha, Mercedes (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS / Plaza y Valdés, México.
- Hammersley, Martyn y Paul Atkinson (1994). *Etnografía: métodos de investigación*, Paidós, Barcelona.
- Hochschild, Arlie (1990). “Ideology and emotion management: a perspective and path for future research”, en Kemper, Theodore D. (ed.), *Research agenda in the sociology of emotions*, State University of New York Press, Nueva York.
- Honey, M.A. (1987). “The interview as text: hermeneutics considered as a model for analyzing the clinically informed research interview”, en *Human Development*, núm.30, Regis University, Denver.
- Hunt, Jennifer (1989). *Psychoanalytic aspects of fieldwork* (Qualitative research methods series, 18), Sage, Londres.
- Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales y Universidad Rafael Landívar (1995). *Los pobres explican la pobreza: el caso de Guatemala*, IIES / Universidad Rafael Landívar, Guatemala.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, INEGI (1994). *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH)*, INEGI, Aguascalientes.
- (1996). *Encuesta Nacional de Empleo*, INEGI, Aguascalientes.
- (2000a). “SCINCE, por colonias”, en *XII Censo de Población y Vivienda*, INEGI, México.



- (2000b). “Tabuladores básicos. Las mujeres en Jalisco”, en *XII Censo de población y vivienda*, INEGI, Aguascalientes.
- (2000c). *Anuario estadístico de Jalisco*, INEGI, Aguascalientes.
- (2000d). *XII Censo General de Población y Vivienda*, Resultados preliminares, INEGI, México.
- (2001). *Cuaderno de estadísticas vitales del estado de Jalisco*, INEGI, Aguascalientes.
- (2002). *Las mujeres en el México rural*, INEGI, Aguascalientes.
- (2003). *Las mujeres en Jalisco*, INEGI, Aguascalientes.
- (2005). *Los hogares con jefatura femenina*, INEGI, Aguascalientes.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, INEGI, y Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer, UNIFEM (1995). *La mujer mexicana: un balance estadístico al final del siglo XX*, INEGI / UNIFEM, México.
- Jackson, Jean (1990). “I am a fieldnote: fieldnotes as a symbol of professional identity”, en Sanjek, Roger, *Fieldnotes, the making of anthropology*, Cornell University Press, Ithaca.
- Katzman, Rubén (1992). “¿Por qué los hombres son tan irresponsables?”, en *Revista de la CEPAL*, núm. 46, CEPAL, Santiago de Chile, abril.
- (coord.) (1999). *Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*, PNUD / CEPAL, Uruguay.
- Kleinman, Sherryl y Martha Copp (1993). *Emotions and fieldwork* (Qualitative Research Methods Series, 28), Sage, Newbury Park.
- Lara, Asunción *et al.* (1996). “Utilización de servicios para problemas de salud mental en población femenina: tres estudios”, en *Salud Mental*, vol.19, núm.2, México, abril–junio.
- Lara, Asunción y Maricarmen Acevedo (1996). “Patrones de utilización de los servicios de salud mental”, en *Salud Mental*, vol.19, suplemento núm.1, México, abril.
- Levi Strauss, Claude (1970). *Tristes trópicos*, EUDEBA, Buenos Aires.
- Lezama, José (1993). *Teoría social, espacio y ciudad*, El Colegio de México, México.

- López Barajas, María de la Paz y Haydea Izazola Conde (1995). *El perfil censal de los hogares y las familias en México*, INEGI / UNAM / Secretaría de Salud, Aguascalientes.
- Lutz, Catherine (1986). “The domain of emotion words on Ifaluk”, en Harré, Rom (ed.), *The social construction of emotions*, Basil Blackwell, Oxford.
- Malinowski, Bronislaw (1975). *Los argonautas del Pacífico occidental*, Península, Barcelona.
- (1985). *Magia, ciencia y religión*, Planeta, México.
- Martínez, Miguel (1996). *La investigación cualitativa etnográfica en educación. Manual teórico-práctico*, Trillas, México.
- Massolo, Alejandra (1992). *Por amor y coraje: mujeres en movimientos urbanos de la ciudad de México*, El Colegio de México, México.
- (1994). *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, El Colegio de México, México.
- Mauss, Marcel (1974). *The gift. Forms and functions of exchange in archaic societies*. Routledge / Kegan Paul, Norfolk.
- McCarthy, Doyle (1989). “Emotions are social things: an essay in the sociology of emotions”, en Franks, David y Doyle McCarthy (eds.), *The sociology of emotions: original essays and research papers*, Jai Press, Greenwich.
- Medina-Mora, María Elena *et al.* (1992). *Trastornos emocionales en población urbana adulta mexicana: resultados de un estudio nacional*, Instituto Nacional de Psiquiatría, México.
- Mingione, Enzo (1994). “Sector informal y estrategias de sobrevivencia: hipótesis para el desarrollo de un campo de indagación”, en Millán, René (comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*, IIS-UNAM, México.
- Mogrojevo, Norma (1997). “Relatos de vida de mujeres de las colonias populares: la otra cara de la ciudad”, en Schteingart, Martha (coord.), *Pobreza, condiciones de vida y salud en la ciudad de México*, El Colegio de México, México.

- Moore, Henrietta (1988). *Feminism and anthropology*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Morfín, Guadalupe y M. Sánchez (1984). “Controles jurídicos y psicosociales en la producción del espacio urbano para estratos populares en Guadalajara”, en *Encuentro: Temas Urbanos*, vol.I, núm.2, El Colegio de Jalisco, Zapopan, enero–marzo.
- Moser, Caroline (1996). *Confronting crisis. A comparative study of household responses to poverty and vulnerability in four poor urban communities* (Environmentally Sustainable Development Studies and Monographs Series, 8), Banco Mundial, Washington.
- Muñiz, Patricia y Rosa María Rubalcava (1996). “La reproducción de la pobreza”, en *DemoS*, núm.9, UNAM / UNFPA / INEGI / El Colegio de México, México, enero.
- Nigenda, Gustavo y Ana Langer (eds.) (1995). *Métodos cualitativos para la investigación en salud pública* (Perspectivas en Salud Pública, 20), Instituto Nacional de Salud Pública, México.
- Oliveira, Orlandina de (1998). “Familia y relaciones de género en México”, en Schmukler, Beatriz (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación*, Population Council / Edamex, México.
- Oliveira, Orlandina de y Marina Ariza (2000). “Género, trabajo y exclusión social en México”, en *Estudios demográficos y urbanos*, vol.15, núm.1, El Colegio de México, México, enero–abril.
- Pedrero Nieto, Mercedes (2005). “Trabajo doméstico no remunerado en México. Una estimación de su valor económico a través de la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo 2002”, mimeo, INMUJERES, México.
- Peña, Guillermo de la (1994). “Estructura e historia: La viabilidad de los nuevos sujetos”, en Tarrés, María Luisa (coord.), *Transformaciones sociales y acciones colectivas: América Latina en el contexto internacional de los noventa*, El Colegio de México, México.
- Peña, Guillermo de la y René de la Torre (1990). “Religión y política en los barrios populares de Guadalajara”, en *Estudios Sociológicos*, vol.VIII, núm.24, El Colegio de México, México, septiembre–diciembre.

- (1993). “Irregularidad urbana, contradicciones sociales y negociación política en la zona metropolitana de Guadalajara”, en Azuela de la Cueva, Antonio (coord.), *La urbanización popular y el orden jurídico en America Latina*, Coordinación de Humanidades–UNAM, México.
- Perinbanayagam, Robert S. (1989). “Signifying emotions”, en Franks, David D. y Doyle McCarthy (eds.), *The sociology of emotions: original essays and research papers*, Jai Press, Greenwich.
- Pozos, Fernando y Carlos Barba (1999). “Atlas social de Jalisco y sus regiones”, en *Pobreza y desarrollo social. Una estrategia para el combate a la pobreza en Jalisco*, CD–rom, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara.
- PROGRESA (1997). *Programa Nacional de Educación, Salud y Alimentación. Lineamientos generales de ejecución*, Sedesol, México.
- Pucci, Lucila (1993). “Autogestión comunitaria asistida de asentamientos populares urbanos: un método de trabajo con la comunidad”, en Dabas, Elina, *Red de redes: las prácticas de la intervención en redes sociales*, Paidós, México.
- Ramírez Sáiz, Juan Manuel (1993). *La vivienda popular y sus actores*, Red Nacional de Investigación Urbana / CISMOS–Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- (1995). *Los movimientos sociales y la política. El Comité Popular del Sur en Guadalajara*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- (1999). “Hacia una estrategia de participación ciudadana para la superación de la pobreza en Jalisco”, en *Pobreza y desarrollo social. Una estrategia para el combate a la pobreza en Jalisco*, CD–rom, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara.
- Reguillo, Rossana (1995). *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, ITESO, Guadalajara.
- Rello, Maricarmen (2001). “El gobierno de Jalisco no recibirá de la Sedesol 43 millones de pesos para vivienda”, en *Público*, sección Ciudad y Región, Guadalajara, 26 de junio.
- Riessman, Catherine Kohler 1993. *Narrative analysis* (Qualitative Research Methods Series, 30), Sage, Newbury Park.

- Ríos Martínez, José Rafael (pres.) (2003). *Encuesta de política social Jalisco* (Cuadernos estatales de política social, 4), Secretaría de Desarrollo Humano–Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara.
- (2004). *Encuesta de política social Jalisco Jalisco* (Cuadernos estatales de política social, 4), Secretaría de Desarrollo Humano–Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara.
- (2005). *Reporte de indicadores regionales para Jalisco* (Cuadernos estatales de política social, 6), Secretaría de Desarrollo Humano–Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara.
- Riquelme, A.; J. Buendía y M. Rodríguez (1993). “Estrategias de afrontamiento y apoyo social en personas con estrés económico”, en *Psicothema*, vol.5, núm.1, Colegio Oficial de Psicólogos del Principado de Asturias, Asturias.
- Riquer, Florinda (1994). “Ámbito doméstico y participación social de las mujeres: el caso del Movimiento Popular de Pueblos y Colonias del Sur”, en Salles, Vania y Elsie McPhail (coords.), *Nuevos textos y renovados pretextos*, El Colegio de México / PIEM, México.
- (1996a). “Desigualdad de género y pobreza”, en Valencia Lomelí, Enrique (coord.), *¿Devaluación de la política social?*, Red Observatorio Social, México.
- (1996b). “Dinámica doméstica y cuidado infantil en familias de bajos recursos”, en Stern, Claudio (coord.), *El papel del trabajo materno en la salud infantil. Contribuciones al debate desde las ciencias sociales*, El Colegio de México / Population Council, México.
- (1996c). “La maternidad como fatalidad”, en Lartigue, T. y H. Ávila (comps.), *Sexualidad y reproducción humana en México*, vol.I, UIA / Plaza y Valdés, México.
- Roberts, Bryan (1995). *The making of citizens: cities of peasants revisited*, Arnold, Londres.
- Robins, L.N. et al. (1988). “The Composite International Diagnostic Interview: an epidemiologic instrument suitable for use in conjunction with different diagnostic systems and in different cultures”, en *Archives General Psychiatry*, vol. 45, núm. 12.

- Rodríguez, Cecilia (1997). “Entre el mito y la experiencia vivida: las jefas de familia”, en González Montes, Soledad y Julia Tuñón Pablos (comps.), *Familias y mujeres en México*, El Colegio de México, México.
- Rodríguez Herrero, Hipólito y Agustín Escobar Latapí (coords.) (2004). *Los barrios pobres en 31 ciudades mexicanas: estudio de antropología social. Dimensiones de la pobreza urbana en México*, Sedesol / CIESAS, México.
- Rodríguez Gómez, Gregorio; Javier Gil Flores y Eduardo García Jiménez (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*, Aljibe, Málaga.
- Rosaldo, Renato (1989). *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, Grijalbo / CONACULTA, México.
- Rose, Dan (1990). *Living the ethnographic life* (Qualitative Research Methods Series, 23), Sage, Newbury Park.
- Ruiz Olabuénaga, José Ignacio (1989). *La descodificación de la vida cotidiana*, Universidad de Deusto, Bilbao.
- Ruiz Velasco, Guadalupe y Germán Solinís (1988). “Proceso de formación de asentamientos irregulares en Guadalajara”, en *Renglones*, año 4, núm.10, ITESO, Guadalajara, abril.
- Russell, Bernard (1995). *Research methods in anthropology. Qualitative and quantitative approaches*, Altamira Press, Walnut Creek.
- Safa, Helen (1999). “Prólogo”, en González de la Rocha, Mercedes (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS / Plaza y Valdés, México.
- Saidón, Osvaldo (1995). “Las redes: pensar de otro modo”, en Dabas, Elina y Denise Najmanovich (comps.), *Redes: el lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*, Paidós, Buenos Aires.
- Salazar, Clara Eugenia (1996). “Relaciones extradomésticas en los hogares populares de la periferia urbana de la ciudad de México, ¿estrategias de sobrevivencia?”, en *Sociológica*, año 11, núm.32, UAM–Azcapotzalco, México, septiembre–diciembre.
- Salgado, Nelly y Margarita Maldonado (1992). “Respuestas de enfrentamiento e indicadores de salud mental en esposas de emigrantes

- a los Estados Unidos”, en *Salud Mental*, vol.15, núm. 4, México, diciembre.
- (1993). “Funcionamiento psicosocial en esposas de emigrantes mexicanos a los Estados Unidos”, en *Revista Latinoamericana de Psicología*, vol.25, núm.2, Fundación Universitaria Konrad Lorenz, Bogotá.
- Salgado, Nelly; Margarita Maldonado, y María de Jesús Díaz Pérez (1996). “AIDS: Risk behaviors among rural–origin Mexican women married with migrant workers in the US”, en *AIDS. Education and prevention*, vol.8, núm.2, Guilford Press.
- (1995) “Los nervios como motivo de búsqueda de ayuda en mujeres mexicanas de origen rural”, en *Salud Mental*, vol.18, núm.1, México, marzo.
- Salles, Vania (1994). “Pobreza, pobreza y más pobreza”, en Alatorre, Javier *et al*, *Las mujeres en la pobreza*, GIMTRAP / El Colegio de México, México.
- (2001a). “Familias en transformación y códigos para transformar”, en Gomes, Cristina (comp.), *Procesos sociales, población y familia*, FLACSO / Porrúa, México.
- (2001b). “Sociología de la cultura. Relaciones de género y feminismo: una revisión de aportes”, ponencia presentada en el seminario de investigación “Mujeres migrantes mexicanas en contextos transnacionales: trabajo, familia y actividades político–comunitarias”, Chapala, 22–24 de marzo.
- Salles, Vania y Rodolfo Tuirán (2000). “¿Cargan las mujeres con el peso de la pobreza? Puntos de vista de un debate”, en García, Brígida (coord.), *Mujer, género y población en México*, El Colegio de México, México.
- Sánchez Díaz, Sergio y Abel Pérez Ruiz (2006). “La sociología del trabajo latinoamericana frente al siglo XXI”, en Garza Toledo, Enrique de la (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología*, Anthropos / UAM–Iztapalapa, Barcelona.
- Schein, Edgar (1987). *The clinical perspective in field work* (Qualitative Research Methods Series, 5), Sage, Newbury Park.

- Scheper–Hughes, Nancy (1992). *Death without weeping. The violence of everyday life in Brazil*, University of California Press, Berkeley [en español: (1997). *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*, Ariel, Barcelona].
- Selby, Henry et al. (1994). *La familia en el México urbano. Mecanismos de defensa frente a la crisis (1978–1992)*, CONACULTA, México.
- Sluzki, Carlos (1995). “De cómo la red social afecta a la salud del individuo y la salud del individuo afecta a la red social”, en Dabas, Elina y Denise Najmanovich (comps.), *Redes: el lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*, Paidós, Buenos Aires.
- (1996). *La red social: frontera de la práctica sistémica*, Gedisa, Barcelona.
- Strickland, Lee (1994). “Autobiographical interviewing and narrative analysis: an approach to psychosocial assessment”, en *Clinical Social Work Journal*, vol.22, núm.1, Springer Netherlands, primavera.
- Swanson, Guy (1989). “On the motives and motivation of selves”, en Franks, David D. y Doyle McCarthy (eds.), *The sociology of emotions: original essays and research papers*, Jai Press, Greenwich.
- Taylor, Steve J. y Robert Bogdan (1996). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*, Paidós, Barcelona.
- Torre, René de la (1995). *Los hijos de la luz. Discurso, identidad y poder en la luz del mundo*, ITESO / Universidad de Guadalajara / CIESAS, Guadalajara.
- Trotter, R.T. (1981). “Remedios caseros: Mexican American home remedies and community health problems”, en *Social Science & Medicine*, vol.15b, núm.2, Oxford.
- Turner, C. (1980). “Los papeles conyugales y las redes sociales: una revisión”, en Anderson, Michael (comp.), *Sociología de la familia*, FCE, México.
- Verdú, Vicente (1997). *Emociones*, Taurus, Madrid.



- Vicente Torrado, Trinidad Lourdes y Raquel Royo Prieto (2006). *Mujeres al frente de familias monoparentales*, Universidad de Deusto / Instituto de Derechos Humanos, Bilbao.
- Vite Pérez, Miguel Ángel (1999). “Amartya Kumar Sen: notas para pensar la pobreza y la desigualdad social”, en *Sociológica*, vol.14, núm.39, UAM–Azcapotzalco, México, enero–abril.
- Warren, Carol (1988). *Gender issues in field research* (Qualitative Research Methods Series, 9), Sage, Newbury Park
- Wolf, Diane (1994). *Factory daughters. Gender, household dynamics, and rural industrialization in Java*, University of California Press, Berkeley.
- Wood, Linda (1986). “Loneliness”, en Harré, Rom (ed.), *The social construction of emotions*, Basil Blackwell, Oxford.
- Woods, Peter (1995). *La escuela por dentro. La etnografía en la investigación educativa* (Temas de educación, 2), Paidós, Barcelona.
- Zaffaroni, Cecilia (1999). “Los recursos de las familias urbanas de bajos ingresos para enfrentar situaciones críticas”, en Kaztman, Rubén (coord.), *Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*, PNUD / CEPAL, Uruguay.
- Zenteno, René (1999). Crisis económica y determinantes de la oferta de trabajo femenino urbano en México: 1994–1995, en *Estudios demográficos y urbanos*, vol.14, núm.2, El Colegio de México, México, mayo–agosto.

**El crisol de la pobreza:  
mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales**  
se terminó de imprimir en noviembre de 2009  
en los talleres de Editorial Pandora, SA de CV,  
Caña 3657, Guadalajara, Jalisco, México, CP 44470.  
La edición estuvo a cargo de la Oficina de Difusión  
de la Producción Académica del iteso.

Un crisol, en sentido figurado, es lo que tiene lo más característico de algo y por eso se tiene como modelo. Esta obra ofrece precisamente un modelo para entender la pobreza en las mujeres urbanas, a través de las maneras en que enfrentan sus emociones y el papel que juegan las redes de apoyo social en un entorno adverso.

Desde la antropología social, la autora realiza un trabajo etnográfico serio y ampliamente sustentado que tiene como escenario un asentamiento irregular ubicado en la periferia de Guadalajara, México, para, a partir de ahí, realizar una importante aportación al entendimiento profundo de la pobreza mediante el estudio de las subjetividades: reconocer las formas en que se expresa, se significa, se siente y se enfrenta la vida cuando se vive en condiciones de pobreza extrema en las grandes ciudades.

**Rocío Enriquez Rosas** es profesora investigadora del Departamento de Economía, Administración y Finanzas del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Es doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) Occidente y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Hogar y pobreza ha sido el tema de varios de sus libros y artículos publicados en diferentes países. Coordinó el tomo V de la colección *Los rostros de la pobreza* (ITESO / Universidad Iberoamericana / Sistema Universitario Jesuita de México, Guadalajara, 2008).



**ITESO**  
Universidad Jesuita  
de Guadalajara

